Ecuador: drama y paradoja

LEOPOLDO BENITES VINUEZA

Leopoldo Benites Vinueza

ECUADOR:
DRAMA Y PARADOJA

PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA
COMISIÓN NACIONAL PERMANENTE
DE CONMEMORACIONES CÍVICAS

Miembros

Doctor Claude Lara,
Presidente (e) de la CNPCC.
Doctora Cumandá Campi,
Miembro, Representante de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.
Coronel E.M.C. Arturo Cadena Merlo,
Miembro, Representante de las Fuerzas Armadas.
Embajador Hernán Holguín,
Miembro, Representante del Ministerio de Educación.
Doctor Carlos Joaquín Córdova,
Miembro Asesor, Representante de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.
Economista Fabiola Cuvi Ortiz,
Miembro Asesor, Representante del Instituto Ecuatoriano de Capacitación e Investigación de la Mujer.
Doctor Manuel de Guzmán Polanco,
Miembro Asesor, Representante de la Academia Nacional de Historia.
Fabián Bedón Samaniego, Secretario (e),
Jimmy Chung, Asistente.

ECUADOR: DRAMA Y PARADOJA
Leopoldo Benites Vinueza

Estudio introductorio,
David Guzmán Játiva

Cuarta edición:
Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas
Av. Amazonas 477 y Roca, Telfax: 2 502 770 - 2 231 596
conmeciv@mmrree.gov.ec - www.conmemoracionescivicas.gov.ec

Fotografía de portada: Archivo histórico del Banco Central del Ecuador
Diseño, diagramación, impresión
CREAR GRÁFICA - EDITORES
ISBN: EN TRAMITE

Quito, octubre de 2005
Impreso en el Ecuador - Printed in Ecuador

Leopoldo Benites Vinueza

ECUADOR:

DRAMA Y PARADOJA

ESTUDIO INTRODUCTORIO

David Guzmán Játiva

Octubre 2005

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Nuestra época, deslumbrada por los artificios de la tecnología e indiferente a la contemplación y al estudio del pasado, extravía el sentido de los símbolos y las realidades que forman su presente. El viaje de retorno a los orígenes revela siempre los verdaderos lenguajes y realidades que se encuentran tras los aspavientos de la simulación o el error. El tiempo presente y el tiempo pasado- decía T. S. Eliot- se encuentran presentes en el tiempo futuro. Y el futuro en el pasado contenido. No existe, en verdad, destructor más tenaz que el Tiempo. Pero es verdad también que la memoria -y sus metamorfosis- mantiene vivo en nosotros aquello que no merece ser destruido.

Ahora que, por ejemplo, los Estados nacionales ceden al paso arrollador de la globalización, parece que las naciones no tuviesen historia. Se comienza a perder la idea de nación para dar paso, como en un regreso a un pasado primitivo, a las tribus, a los nómadas y, paradójicamente, como en un encuentro entre lo absolutamente moderno y lo arcaico, a las comunidades de naciones.

Sin embargo, mientras en las metrópolis en las que se concentra el poder se pasa a formar una comunidad de naciones, al mismo tiempo que se conservan aspectos esenciales de la nación o de lo local, en los países periféricos se experimenta una flagrante dispersión y negación de lo propio, provocadas por la incursión poderosa del capital transnacional y la cultura de masas que tiene su epicentro en los países donde se concentra el capital. América Latina, para resistir al asedio y al poder del mercado y de la cultura de masas, tiene que dasarrollar una conciencia con pensamientos propios, una imaginación con sueños suyos.

Los capitales transnacionales, volátiles y apátridas, no ven más que su propio beneficio. Una asociación de los destinos de inversión puede proteger los recursos y la mano de obra de la voracidad del mercado. El mercado ha llegado a dominar de tal forma la política de países como el nuestro que, incluso indicadores como el de Riesgo País, un signo producido por expertos que trabajan para el capital transnacional, y que no es una señal objetiva de nuestras economías, provoca crisis políticas.

La cultura de masas, esa trama omnipresente de signos, caóticos en apariencia, responde a una necesidad de los centros de poder: mantener el conformismo, alentar el consumismo. Todos los pueblos cuentan entre sus episodios gestas heroicas, hondos deseos de transformación: los medios de masas son una trama de signos sin historia. La historia, cuando se estudia, señala en una dirección, es un deseo de cambio en permanente oposición a la inmovilidad. Dice Raúl Vallejo sobre los medios de masas: "A los consumidores de entretenimiento los están educando continuamente para digerir las opiniones cargadas de ramplonería de los espíritus simples, para asimilar sus propios prejuicios sobre la gente y las cosas como si fueran doctrina, para fisgonear en lo intimidad del prójimo en los modernos coliseos romanos que son los escenarios de los *talk shows* y creer que con ello se está auscultando el alma humana".[1]

En nuestros países las elites que han gobernado, por la falta de ideas que les pertenezcan tanto a ellos como a su realidad, se convierten en fáciles adoradores de lo foráneo, se vuelven tristes imitadores de lo extranjero. ¡Mientras que los monos no han podido negar su condición de primates, muchos americanos rechazan una herencia que les pertenece! Los americanos tenemos miedo del dolor que existe en el fondo de nuestra condición.

El destino de nuestras naciones todavía está por resolverse: sin perder de vista el exterior, en América Latina es vital una lectura constante de lo interior.

---

1 Vallejo, Raúl, *presentación de Antología Esencial siglo. XX, el Ensayo,* ed. Eskeletra, Quito, 2004.pág 12.

Ecuador: drama y paradoja, es con toda razón, un libro esencial en este momento de crisis. La comprensión de nuestro ser histórico es urgente, en la medida en que nos permita plantearnos nuevamente un proyecto de país, indispensable para avanzar hacia lo que parece un destino necesario: una comunidad de naciones. Sólo una comunidad de naciones puede enfrentar los capitales transnacionales, y sólo el estudio y amor por lo propio puede frenar la superficial identidad producida por la cultura de masas.

Es pertinente, para comprender el nacimiento y fin de *Ecuador: drama y paradoja*, acercarnos a la época que constituye el lento y periódico concebir y trabajar del libro. Cada época cuenta con los hombres capaces de mirar, como desde una atalaya, el sentido de cuanto sucede en su momento. Los historiadores son los profestas con la mirada fija hacia el pasado: la memoria no es una efigie estática sino un arma cargada de futuro (¿No se parece a la poesía, a la que Roberto Fernández Retamar llamó un "arma cargada de futuro", en la medida en que la memoria y la poesía son actos de creación, de recreación?).

Leopoldo Benites compuso su libro a partir de los artículos que diariamente publicaba en *El Universo*, desde los años 30 hasta 1945, fecha de escritura del libro. El germen del texto se encuentra en esos artículos, y tras esos trabajos periodísticos existió una realidad que es necesario comprender, al menos en sus grandes rasgos, para así aproximarnos mejor al sentido de la obra.

El momento histórico

En Julio de 1925 un grupo de militares jóvenes echó abajo el dominio de la oligarquía financiera y agroexportadora. El cacao perdió entonces su brillo áureo, pues no volvió a ocupar el lugar privilegiado entre las exportaciones.

Estos jóvenes militares progresistas representaban el ascenso de la clase media, con sus convicciones centradas en la necesidad de una transformación social, y también con todo su arribismo.

En el año de 1926 se funda el partido socialista, que representa, en un sentido, la asimilación de ideas provenientes del exterior, y en otro la organización de obreros -muy escasos para entonces- campesinos y profesionales liberales.

Los militares entregaron el poder a Isidro Ayora quien, entre sus obras significativas creó el Banco Central, con el fin de regular la economía, en especial, la emisión de moneda. Antes, era el banco Comercial y Agrícola el que, sin contar con un apoyo real en sus arcas, desató una crisis inflacionaria al emitir moneda de manera excesiva.[2]

En 1931, en plena crisis mundial por la caída de la bolsa de Nueva York, Isidro Ayora renuncia al poder. El Banco Central, que había asumido el patrón oro para controlar la emisión de moneda, vuelve a emitir moneda como lo hacía el Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil, es decir, sin otro apoyo que el ingreso de divisas. Un poco antes, "en el mismo año de 1929, es decir, al tiempo que se expedía una constitución progresista, el gobierno no vacilaba en reprimir violentamente los levantamientos indígenas de Columbe y Colta".[3]

La crisis económica mundial, unida a la carencia de un proyecto claro de las clases medias, hizo posible el pacto entre el poder bancario y agroexportador de la costa y los terratenientes de la sierra. Pacto que se disolvió y que dio paso a una permanente disputa por el poder. El año de 1931 marca el inicio de un periodo de inestabilidad política y social que incluye una guerra civil, dos dictaduras, y que tiene su corolario infausto en el conflicto armado del 41 contra el Perú. El derrocamiento de Arroyo del Río, llevado a cabo por un movimiento nacional que entregó el poder a Velasco Ibarra, en el acontecimiento histórico conocido como la Gloriosa, puede entenderse como el significativo epílogo de un episodio de nuestra historia: en el momento de la crisis del estado nación, las clases contrapuestas que lo conforman, se unen para evitar su disolución.

---

2 Cuaderno de Divulgación Civica No. 22. *"La Revolución Juliana y el Gobierno de Ayora"* de Plutarco Naranjo. www.conmemoracionescivicas.gov.ec/ccc/cc22.pdf

3 Cueva, Agustín. El Ecuador de 1925 a 1960. Nueva Historia del Ecuador, volumen 10., Corporación editora nacional, 1983. Pág 95

En la guerra civil de 1932, conocida como la guerra de los cuatro días, se enfrentaron militares progresistas, clases medias organizadas, liberales y socialistas contra la Compactación Obrera Nacional, un movimiento de pequeños artesanos y obreros católicos, dirigido por terratenientes y conservadores. El enfrentamiento tuvo lugar por la elección de Neptalí Bonifaz como presidente, quien llegó al poder apoyado por la Compactación Obrera Nacional, y quien era acusado de peruano.

Derrocado Bonifaz, ascendió al poder, mediante fraude electoral, Juan de Dios Martínez Mera, representante de la banca y de los agroexportadores de la costa. Martínez Mera renuncia en 1933, por la presión social que existía en su contra.

Para entonces, las clases terratenientes de la sierra habían iniciado una incipiente industrialización, especialmente en la producción textil, y las clases medias comenzaban a encontrar un lugar en el aparato estatal, es decir, en la burocracia. Isidro Ayora, además del Banco Central, había creado la Superintendencia de Bancos, la Dirección General de Aduanas, la Contraloría General de la República, la Asesoría del Banco Central del Ecuador, la Dirección General del Tesoro, la Dirección General de Suministros, la Dirección General de Ingresos y otros. Allí se instaló la clase media, tras los escritorios de esas instituciones. En los mismos años son constantes también, además de las movilizaciones en las ciudades, las protestas campesinas. "Las explosiones de Simiatug (Bolívar, 1931), Palmira (Chimborazo, 1932), Pastocalle (Cotopaxi, 1932), Mochapata (Tungurahua, 1933), Rumipamba (Imbabura, 1934) (...)"[4] son una respuesta a las invasiones y abusos de terratenientes que, en medio de la crisis mundial, debido a la contracción del mercado que puso límites al poder agroexportador, intentaron ampliar un mercado interno que les favorezca, apropiándose de tierras comunales.

El ascenso de Velasco Ibarra al poder, en 1934, apoyado en las elecciones por el subproletariado de Quito y Guayaquil, mantuvo en

---

4 Almeida Vinuesa, José, Luchas Campesinas del Siglo XX. Nueva Historia del Ecuador, Volumen 10.Corporación Editora Nacional. pág 179.

expectativa a las clases dominantes de costa y sierra que, en cooperación con el ejército, decidieron derrocarlo un año después.[5]

Se suceden entonces dos dictaduras militares, la de Páez, que favoreció los intereses de terratenientes y de la Iglesia, y que duró hasta 1937, y la de Enríquez, que permitió la expedición de un código del trabajo, y que acabó con los privilegios de las compañías extranjeras en el país.

Los albores de la guerra mundial permiten que el mercado sea conveniente a la producción de la clase agroexportadora de la costa. Mosquera Narváez, representante de esta clase y del capital extranjero, asume el poder en 1939. Luego de un breve periodo de gobierno en el que prevaleció la represión y la destrucción de las organizaciones sindicales y obreras, así como de la educación pública, Mosquera Narváez muere por enfermedad. Le sucede, valiéndose del fraude electoral, Arroyo del Río, que representa los mismos intereses que su predecesor y mantiene la misma política, es decir, defensa de una economía basada en la exportación de productos agrícolas y alianza con el capital internacional.

La oposición general al gobierno de Arroyo del Río fue permanente, por lo que en 1941, cuando las tropas peruanas invadieron nuestro territorio, "colocaron(...)" al gobierno Arroyista en el siguiente dilema: armar al pueblo para defender las fronteras patrias, pero corriendo el riesgo de que con las mismas armas se desencadenase luego una insurrección antioligárquica; o mantener el "orden" interno y no ofrecer ninguna resistencia de envergadura al invasor. Arroyo tomó naturalmente la segunda opción, y ni siquiera se decidió a enviar los cuerpos militares mejor armados a la frontera, puesto que le eran indispensables como aparato interno de represión."[6]

---

5 Durante el periodo 1931-1948, el Ecuador tuvo 22 presidentes. Cuando un presidente renunciaba, entregaba el poder al primer ministro. Cuando éste abdicaba, cedía el poder al presidente del congreso. O tomaban el poder los militares. Velasco Ibarra gobernó dos veces. La segunda vez fue, en primer lugar, Jefe Supremo (junio-agosto de 1944),luego Presidente Constitucional(agosto 1944-marzo 1946), Dictador (marzo 1946-agosto 1946) y Presidente Constitucional (agosto 1947).

6 idem 1, pág 107.

El mismo año de 1941, en medio de la guerra mundial, y de una política norteamericana destinada a crear un frente de defensa del continente, el Ecuador cede, en Río de Janeiro, a las ambiciones peruanas con el objeto de conservar la paz continental.

Tres años después, en 1944, un movimiento nacional, que incluía a socialistas, comunistas así como a terratenientes y disidentes liberales se levantó contra Arroyo del Río y colocó en el poder a Velasco Ibarra. Éste, luego del movimiento nacionalista conocido como la Gloriosa, que cohesionó en torno a la idea de nación a fuerzas opuestas, comenzó a gobernar con las clases conservadoras y terratenientes, y reprimió a socialistas y movimientos obreros y campesinos. Dice Leopoldo Benítez, refiriéndose a la Gloriosa: "El 28 de mayo de 1944, el día en que se hizo una revolución popular, fue el día de la decapitación de la última esperanza".[7]

El periodo que antecede a la publicación de *Ecuador: drama y paradoja,* y que al mismo tiempo entraña parte esencial en su concepción, se encuentra dominado por la crisis política: la inminente disolución de la nación provocada por una guerra civil (la guerra de los cuatro días), la fragilidad de las instituciones democráticas que son golpeadas aún más por el fraude electoral (Martinez Mera, Arroyo), la intervención de los militares (Páez, Enríquez), la invasión exterior sumada a un fracaso diplomático, y la ausencia de un proyecto nacional. Entre los intelectuales, este crítico periodo encuentra su réplica en teorías como la de Benjamín Carrión, o en indagaciones como la de Benites Vinueza, ésta última que pretende -y consigue- fijar nuestras raíces más hondas, para tener presentes nuestros rasgos de identidad, y por lo tanto, nuestras posibilidades hacia el futuro.

---

7 Benites, Leopoldo, *Ecuador: drama y paradoja,* Campaña Nacional por el Libro y la Lectura, 2003 pág 248. La primera edición de Ecuador: drama y paradoja es de 1950, y fue publicada por el Fondo de Cultura Económica de México. Leopoldo Benites escribió el libro en apenas dos meses, a petición del Fondo de Cultura Económica. El prólogo a la edición de 1980 publicada por el Banco Central es de Simón Espinosa.

Breve Biografía

Una lucha heroica, como él mismo la llama, es la fuente primigenia de inspiración de Leopoldo Benites Vinueza. La lucha de su padre: "(...) mi padre es mi mayor orgullo.(...). Dramáticamente pobre, con su voluntad hizo sus estudios. Se graduó de médico. Nunca olvidó esta raíz humilde y esta lucha heroica".[8] Leopoldo Benites nació en Guayaquil, en 1905. Fue profesor en el Colegio Vicente Rocafuerte, y entre sus discípulos tuvo a quienes formaron la generación de escritores del 30. Dice sobre Demetrio Aguilera: "Lo conocí cuando era un adolescente, un tanto huraño, que se abría fácil a la lumbre del afecto. Tres o cuatro años de edad me separaban de él. Era yo un joven profesor(...)".[9] Él mismo fue precursor y actor de esa generación trascendental en la literatura del país. "Las gentes jóvenes salimos a la acción con profunda desilusión de los dos partidos (liberal y conservador). Fue la razón del movimiento de denuncia".[10]

Comienza en 1936 su actividad periodística en las páginas de diario *El Universo.* Escribía entonces artículos sobre la actualidad política o sobre aspectos económicos y sociales. Su columna diaria fue la escuela que lo preparó para el ensayo, como él mismo confiesa. En 1943 el gobierno de Arroyo del Río, a quien él combatía con dureza desde su columna periodística, lo envió a la cárcel, donde permaneció 10 meses sin juicio. En carta a Pedro Jorge Vera, fechada en Esmeraldas el 23 de Junio de 1943 escribe Leopoldo Benites Vinueza:

Querido Amigo:

Nelson Estupiñán estuvo a visitarme en su nombre y ha tenido la gentileza de entregarme la suma de S/. 250 que según me dice me envía usted a nombre de un grupo de amigos a fin de aliviar la dura situación

---

8 Rodríguez Castelo, Hernán, Leopoldo Benites por el mismo, diario El Tiempo, Quito, 8 de Junio de 1971.

9 Leopoldo Benites, Cuadernos del Guayas Nro 50, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, mayo de 1983.

10 idem 6.

económica de un hombre a quien se le priva de sus medios de trabajo y de su libertad. Gracias para usted y espero que alguna vez me dará el nombre de los amigos que han tenido tan delicada manifestación de solidaridad en las horas de prueba.

No se aún cual puede ser mi situación futura. Espero que quizás en agosto se dará amnistía a todos los detenidos políticos o que antes de esa fecha "generosamente" el régimen conceda la libertad de los mismos a fin de que el Congreso encuentre reinando en el país la libertad y la democracia. No sé si esto sea así. De todos modos, he rogado a mis amigos que no se haga ninguna gestión de libertad que parezca una petición de gracia o que comprometa mi dignidad de hombre o coarte mi libertad futura. En tanto resistiré todo.

Le ruego, querido Pedro Jorge, dar de mi parte mis agradecimientos a los bondadosos amigos a que se ha referido nuestro amigo Estupiñán y usted reciba la seguridad de mi afecto de amigo y de mi estimación de compañero. Pero antes de despedirme, quisiera pedirle que no se molesten por mi causa con sacrificios económicos pues me preocupa mucho el esfuerzo que tendrán que hacer por mi causa los amigos. Me basta con saber que me acompañan con el afecto.

Su amigo invariable.

Leopoldo Benites[11]

La nobleza, la elevada condición ética de Leopoldo Benites, y la lucha heroica que libró en su momento, semejante a la lucha de su padre y a la de los personajes por quienes sintió admiración, se revelan en esta carta que, por su contenido que considero esencial, he citado completamente.

---

11 Los Amigos y los años, Correspondencia de Pedro Jorge Vera, 1930-1980, prólogo, selección y notas de Raúl Serrano Sánchez. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito 2002.

En 1944 fue diputado funcional por la prensa en la Asamblea Constituyente que redactó una de las constituciones más avanzadas en la historia del país, y en el mismo año miembro fundacional de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Es decir, su genio lo llevó a representar las fuerzas de la cohesión, la unidad y el cambio político, y también el ideal de un país representado en el pensamiento.

Se inició en la carrera diplomática en 1948. Fue embajador en Bolivia, Argentina, Uruguay y México, y en las Naciones Unidas, cuya asamblea Ordinaria presidió en 1973, y la extraordinaria en 1974. Representó al Ecuador, hasta el año de 1976, ante la Comisión de Derechos Humanos con sede en Suiza. Desde 1976 a 1980 formó parte de la comisión de investigación sobre la violación de los derechos humanos en Chile.[12]

A su retorno al Ecuador, en el año de 1984, luego de cumplir su última misión diplomática en México, continuó con su actividad periodística. Dice Benjamín Carrión de él: "Su gran estatura intelectual, no ha sido construida principalmente con materiales de relatador, cuentista o novelista. Está hecha por un poder de polemista férreo, de la gran línea de Montalvo, de Solano o de Calle".[13]

En 1991 recibió el premio Grupo de Guayaquil por su trayectoria.

Licenciado en Ciencias Sociales, fue catedrático universitario en su ciudad natal, y recibió las siguientes distinciones académicas: Doctor Honoris Causa de la universidad de Montevideo 1946; Doctor Honoris Causa en Derecho, en la universidad Setton Hall de New Jersey, y Doctor Honoris Causa por la Universidad de Guayaquil.

Como profesor encarnó a aquel viejo Próspero que modela a sus discípulos, pero a diferencia del personaje de *Ariel* que señala el idealismo

---

12 Parte de esta última información ha sido tomada de Yovany Salazar Estrada, *Lectura Plural de la mala hora,* CCE-Núcleo de Loja. 2000.

13 Carrión Benjamín, *Nuevo Relato Ecuatoriano,* Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1958. Segunda Edición.

como la actitud humana más elevada, me atrevo a creer que Benites Vinueza colocó al heroísmo- del que su padre era un representante, y del cual él mismo llegaría a serlo en su momento- y al conocimiento en el lugar más alto. Son de su época de profesor los primeros estudios sobre Espejo y Mejía, los héroes sabios que siempre admiró.

Como escritor y periodista su obra es tanto la denuncia de la injusticia, como una ansiosa búsqueda de la identidad de su pueblo. En su primer libro, *La mala hora,* en su trabajo periodístico en *El Universo,* y en sus últimos poemas utilizó la palabra para enfrentar el abuso de quienes representan la ley y el poder. En sus ensayos históricos, en oposición a la injusticia y la bajeza que combatía, Benítes Vinueza escogió la figura de los sabios y los héroes para modelar la identidad de su pueblo, y en un segundo momento, escogió la historia de su propio pueblo para mostrar el origen del drama en que vive, y señalar las posibilidades de la acción transformadora.

Como diplomático representó, en la más elevada instancia democrática a nivel mundial, la identidad nacional que ayudó a modelar. Su paso por las Naciones Unidas, no sólo es significativo para el Ecuador, sino para América latina.

Por último, en sus versos cantó el amor pleno, el amor por una muchacha y por la vida.

Leopoldo Benites Vinueza murió en Guayaquil, su ciudad natal, en 1995.

Obra en breve

Leopoldo Benites cultivó todos los géneros literarios: el relato, la novela, la poesía, el teatro y el ensayo. Publicó *La mala hora*, 1927, relatos; *Argonautas de la Selva,* 1945, novela histórica; *Ecuador, drama y paradoja,* 1950, ensayo; *Aguas turbias,* teatro, 1956; *Poemas en tres tiempos,* 1977, poesía; *El habitante de la noche,* 1984, que recoge los ensayos biográficos sobre Espejo y Mejía publicados en 1960, y que incluye uno sobre Montalvo. Publicó, además, estudios críticos sobre literatura ecuatoriana y universal.

Como narrador, su obra *La mala hora*, de 1927, que incluye dos relatos (*La mala hora y el enemigo*) es considerada como precursora y parte del realismo social. Con un lenguaje directo y cercano al habla popular, el escritor señala las injusticias que viven montubios e indios.

Los argonautas de la selva, novela publicada en 1945, es la ilustración literaria de la crónica de Gaspar de Carvajal sobre el descubrimiento del Amazonas. La novela contiene dos partes: "En la primera la selva le disputa al héroe su condición protagónica".[14] Mientras en la segunda, Orellana, personaje que interesó a Benites por ser fundador de Guayaquil y por su sentido trágico, se muestra con toda su fe y en toda su lucha por tomar posesión del río de las Amazonas. Novela histórica, o biografía novelada de un personaje histórico, el narrador no profundiza tanto en la conciencia del protagonista, aunque señala la importancia de la fe en su idea del mundo. El énfasis de la obra se encuentra en la descripción de la naturaleza, en la relación de las vicisitudes del viaje y en la concepción trágica del héroe.

De *Aguas turbias*, obra de teatro estrenada en 1956, el mismo Benites rescata el carácter protagónico de la naturaleza, pues desde los griegos, el hombre ha sido siempre el centro, y él pretendió mostrar otro punto de vista, aunque, según él mismo, el teatro no era su camino.[15]

Poemas en tres tiempos (1977), es en realidad el último libro de Benites Vinueza, pues aunque es de 1984 la última publicación de sus ensayos biográficos, éstos ya se habían publicado antes. Recoge, esta obra, poemas de los años cuarenta, sesenta y setenta. Los primeros, sonetos y cantos, son poemas de amor *(Sonetario del amor sin orillas y cantos del amor unívoco). Cantos de Nueva York* reflejan la civilización tecnológica, la soledad de las multitudes, la nostalgia por el lugar de origen. *En la voz sin eco*, última parte del libro, se expresa el horror por

---

14 Rodríguez Castello, Hernán, prólogo de Argonautas de la Selva, Campaña Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura, 5ta Edición, 2002.

15 idem 5.

la inminente destrucción total que pueden provocar las armas nucleares y la soledad del hombre sin Dios.

Los ensayos biográficos sobre Espejo, Mejía y Montalvo fueron escritos en dos momentos distintos. Sobre Espejo y Mejía nuestro autor publicó unos primeros estudios en 1931, en la revista del Colegio Vicente Rocafuerte. Sólo en 1960 estos dos ensayos se publicaron, aumentados, como parte del prólogo a las obras de Espejo y a los discursos de Mejía, en la Biblioteca Básica Ecuatoriana. En 1984 aparecen los tres ensayos reunidos en la colección básica de escritores ecuatorianos publicada por la Casa de la Cultura.

Los ensayos biográficos dedicados a Espejo, Mejía y Montalvo son una continuación del culto por los héroes que se inició en la novela sobre Orellana, y revelan una visión que pretendía ser total de la historia del Ecuador: la sociedad colonial que es el ambiente en el que vive y piensa Espejo; la independencia, en la que participa Mejía desde España; y la República, cuyo polemista cimero es Montalvo. "Desde mis años mozos- dice Benites Vinueza- tres personajes de mi patria ejercieron sobre mí una atracción apasionada. Eran tres rebeldes en quienes el inconformismo tomó formas diversas: personajes polémicos los tres, en torno de cada uno de los cuales se ha tejido un mito."[16] Estos tres ensayos forman parte de lo que vendría a ser su obra mayor: *Ecuador: drama y paradoja.*

El ensayo

El ensayo literario tiene en Montaigne y Bacon a sus creadores. El primero definió el ensayo como un género cercano a la confesión, mientras que el segundo veía en el ensayo una aproximación objetiva a la realidad. Estas dos visiones comparten un territorio común: el lenguaje literario, que puede ir del lirismo poético a la prosa informativa, es decir, de la confesión a la descripción, con un amplio margen que permite tanto la crónica, como la relación o la argumentación.

---

16 Prólogo Leopoldo Benites Vinueza, Astuto, Philiph, Eugenio Espejo, reformador ecuatoriano de la ilustración editorial abrapalabra, Quito, 1992, pág 7.

Esta condición proteica del ensayo vuelve difícil su definición. Dice John Skirius en su introducción al ensayo hispanoamericano del siglo XX:"Si la literatura puede dividirse en tres géneros básicos-prosa, poesía y drama- entonces el ensayo es un subgénero de la prosa a saber, prosa de no ficción, que con frecuencia se acerca a las técnicas poéticas, los elementos de la ficción, y más raramente a los efectos dramáticos".[17]

Resulta mucho más sencillo aceptar la naturaleza siempre fronteriza del ensayo, y hacer énfasis en la importancia de la expresividad y belleza del lenguaje. A diferencia de los textos especializados que utilizan el metalenguaje de cada ciencia, el ensayo literario es mucho más legible. Según Raúl Vallejo: "En general, los ensayistas han sido escritores preocupados por la fuerza literaria del lenguaje: de ahí que en su escritura puedan ser encontradas las mejores características de textos de no ficción: claridad expositiva, economía de lenguaje, ordenamiento lógico de las ideas, coherencia lógica y voluntad de estilo".[18]

La calidad literaria del ensayo lo convierte en una expresión viva, no sólo de la individualidad del escritor, sino de una cultura y una época. A diferencia de los tratados científicos o teóricos, el ensayo- sea histórico, sociológico, literario- tiene entre sus virtudes la absoluta heterodoxia, esa capacidad de negar y negarse constantemente. Por eso Theodor W. Adorno decía que "la más íntima ley formal del ensayo es la herejía".

El ensayo moderno se encuentra fundado en la razón. Sin duda, la época de esplendor del ensayo fue el siglo XVIII. Rousseau, Voltaire, Diderot, los enciclopedistas, fueron los grandes transformadores del pensamiento de su época: el liberalismo -laico, mercantil, discursivo- se oponía a la herencia clerical del medioevo -religiosa, feudalista, ritual-. La confrontación del pensamiento moderno y del pensamiento antiguo tendría sus consecuencias políticas: la revolución francesa cambió a la monarquía por la república, al derecho divino por los derechos del hombre.

---

17 Skirius John, *El Ensayo Hispanoamericano del Siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México 1994 pág 11.

18 idem 1.

En América Latina la independencia fue como el fin del medioevo. España había transplantado sus instituciones medievales a América, y estas han permanecido intactas hasta entrado el siglo XX. La lucha librada en América latina por la reforma de las estructuras sociales ha sido también una lucha por la transformación del pensamiento. En América, luego de la independencia, se mantuvieron los feudos, el enorme poder de la iglesia y una enseñanza ajena a la realidad. Desde el siglo XIX, y con mayor fuerza en el siglo XX, los escritores, los ensayistas en especial, han invocado a veces a la razón y en otras al espíritu romántico para cambiar una educación deformadora, un sentimiento servil en amplios sectores de la sociedad, y un fanatismo religioso que impedían, no sólo la consolidación de un proyecto unitario de nación, sino el ingreso de América Latina en el mundo moderno. Mientras que en el siglo XVIII los enciclopedistas franceses iniciaron el giro de la monarquía a la república, en América Latina los pensadores del siglo XX y del siglo XXI tratan de iniciar el viraje del subdesarrollo y la dependencia a la industrialización y a la soberanía política.

El ensayo de América Latina

En los inicios del siglo XX, el pensamiento en América Latina se encontraba hondamente influenciado por el idealismo. Sin embargo del idealismo, representado en el ensayo por la figura cimera de Rodó, se pasó al positivismo que provocó una rápida decepción: la guerra mundial acabó con cualquier esperanza en el progreso material. Un arielista crítico con el positivismo fue Vasconcelos, quien defendió en sus libros, en especial en su *Ulises Criollo* (1935), un ensayo autobiográfico, la condición mestiza y la necesidad de una filosofía a la vez universal y americana.

En la misma época, los años 20 y 30, Mariátegui, en el Perú, señalaba los problemas del indio a partir de datos y estadísticas que corresponden a una interpretación marxista de la economía política. El mismo Mariátegui señalaba además la necesidad de los mitos, y refiriéndose al Perú, se dedicó a crear el mito del esplendor Inca, tan distinto al presente del indio explotado. Su obra fundamental *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), tiene además, una interpretación de la literatura peruana a partir de los problemas culturales propios de la

nación."La economía- escribía Mareátegui en la década del 30- no explica probablemente, la totalidad de un fenómeno y de sus consecuencias. Pero explica sus raíces. Estos es claro, por lo menos, en la época que vivimos. Época que si por alguna lógica parece regida es, sin duda, por la lógica de la economía".[19]

En Colombia, Germán Arciniegas, quien consideraba el ensayo como el espacio ideal para tratar el problema de América, concentró sus estudios en el ámbito regional, en la herencia colonial, y en el problema actual de América Latina. *Este pueblo de América* (1945) es uno de sus ensayos más importantes.

Mariano Picón Salas, en Venezuela, con un ensayo que va de la confesión a la objetividad, expone las relaciones que existen entre la realidad de su pueblo, la historia y la geografía. También se destaca como biógrafo de figuras históricas. *Regreso de tres mundos* (1959) es uno de sus ensayos más representativos.

Un ensayista que hace al mismo tiempo una lectura psicosocial y económica de la condición de su país es Ezequiel Martínez Estrada, quien en *Radiografía de la pampa* (1933) inicia la reflexión sobre la relación problemática entre el campo y la ciudad. Escribe Ezequiel Martínez Estrada: "El que trabaja está aquí, pero su salario o su ganancia se fija en el exterior, y sufre una merma igual al interés y a la amortización que percibe el banquero que ignora que su dinero está en América, más la ganancia del intermediario a quien suponemos el dueño. Así el trabajo no alcanza a formar a su vez centros de fuerza, sino que permanece tanto más individual y gaseoso cuanto el capital más se concentra; hasta que puede decirse que no hay luchas de clases ni problemas sociales".[20] Como vemos, la crítica a una economía dependiente también fue una preocupación de Martínez

---

19 Mariátegui, José Carlos, "El Hecho económico en la historia peruana" en *Peruanicemos al Perú,* Lima, Empresa Editora Amauta, 1970, pág 58.

20 Martínez Estrada, Ezequiel, "Desmembración", en *Radiografía de la Pampa,* Buenos Aires, Babel, 1933, pág 85.

Estrada. Una preocupación que comienza a plantearse en términos económicos, distintos a los que utilizó el uruguayo Rodó 30 años antes, quien concebía el conflicto entre el sur y el norte en términos culturales.

Todos estos autores latinoamericanos, al igual que los que irrumpen después con el realismo mágico, y que los autores ecuatorianos que pasaremos a señalar adelante, comparten un rasgo singular: "el sentido de responsabilidad" señalado por Carlos Piera[21] como una cualidad del ensayo en América Latina.

El ensayista se convierte en América latina en un moralista (recordemos que el primer moralista fue Sócrates) por lo tanto, el ensayo latinoamericano cumple, como lo señala José Onís, el papel de una "literatura funcional" que está definida más que por su lenguaje, por su contenido. El ensayo en América Latina es una de las maneras de la acción, es un ejercicio transformador.

En Ecuador existe una tradición muy rica en lo relativo al ensayo. Sin duda Montalvo es la figura más visible, y su obra, plena de Romanticismo, se inscribe más en la línea de Montaigne que en la de Bacon, es decir, en el ensayo como confesión. Entre los ensayistas que se inscriben en la tradición de Bacon, y que en especial cultivaron el ensayo histórico, se encuentran Abelardo Moncayo (Benites Vinueza fue amigo de Moncayo), Mera, Pedro Fermín Cevallos, Marieta de Veintimilla y Roberto Andrade, autor de una historia del Ecuador que se mantuvo en el índex de los libros prohibidos hasta los años 80 del siglo pasado.

Con Belisario Quevedo y Pío Jaramillo Alvarado, el ensayo adquiere características de estudio sociológico.

Escribe Belisario Quevedo en *Ensayos Sociológicos, político y morales:*

---

21 Wingberg, Liliana, *El ensayo, entre el paraíso y el infierno,* Universidad nacional Autónoma de México, 2001. pág 15.

> "Los ecuatorianos sentimos una innata necesidad de tutela gubernativa generada por nuestra incapacidad para gobernarnos. A este respecto estamos todavía en los tiempos heroicos de Grecia y Roma; estamos en los tiempos primitivos en los que, como dice Montesquieu, son los individuos los que forman al Estado y no el Estado el que forma a los individuos. Sentimos la necesidad de un caudillo, de un salvador, de un héroe como los que nos pinta Carlyle. Queremos siempre encontrar un hombre para darle junto con la suma de todos los poderes la suma de todas las libertades a las que renunciamos gustosos".[22]

Entre estos autores, que escriben un ensayo basándose en datos y análisis de la economía y de la sociología, se encuentran los antecedentes de la concepción esencial de *Ecuador: drama y paradoja.*

Sobre *Ecuador: drama y paradoja*

Benites Vinueza parte del análisis cronológico de la historia. Divide la "biografía del pueblo ecuatoriano", como él subtituló la obra, en ocho capítulos, cada uno correspondiente a un periodo histórico.

El primer capítulo, *Escenario*, contiene tres partes: “Trasunto del paisaje”, la primera, es una descripción poética de la geografía del país, desde las selvas exuberantes de Esmeraldas, la sabana costera del litoral, los andes, los valles cálidos entre las montañas, y la Amazonía. En “Una encrucijada de la geografía”, la segunda parte, se señala nuestra situación geográfica como causa del aislamiento para con el resto del mundo. (apartados de las grandes rutas marítimas hasta el siglo XIX, en que acaba la era atlántica y comienza la era ecuménica). En “El duelo de la selva y la montaña”, la parte que cierra este capítulo, el autor expone la idea de la dispersión, de la falta de unidad entre los andes y el trópico, y del inexorable destino que los llevará al encuentro.

---

22 Quevedo, Belisario, *Ensayos sociológicos, políticos y morales,* Samuel Guerra Bravo, ed. Quito, Banco Central del Ecuador/ Corporación Editora nacional, 1981.

Dramatis personae, el segundo capítulo, se inicia con "Hombres de Barro". Las migraciones de mayas, chibchas, caribes que vinieron desde el norte, las de yungas, chimús, aymaraes desde el sur, las que provinieron de oriente (de las cuales el hombre de Punín se considera una huella) y las que provinieron del mar, anteceden a los pueblos caranquis, puruhaes, cañaris y paltas que se integraron por medio de los ríos con los pueblos huancavilcas y mantas del litoral, y con los Jíbaros (hoy ya es caduca esta nominación) de la selva. Poco antes de la llegada del blanco aparecieron los Incas a dominar lo que el Padre Juan de Velasco supone constituyó el reino de Quito, es decir, una unidad. Junto con los incas vinieron los mitimaes: los Salasacas y los Saraguros. "Aquellos hombres blancos", la segunda parte de este capítulo, relata la epopeya caballeresca del descubrimiento alentada por la fe y el oro, la guerra entre los heroicos hidalgos, que anhelaban ascender socialmente, y lo que era el escindido Imperio Inca. El hombre negro, la esclavitud y la libertad montaraz en la que arribó a lo que comenzaba a ser el Ecuador se relatan en "Ébano vivo", y se sugiere la necesidad de investigar los orígenes africanos del pueblo negro ecuatoriano.

Crisol, el tercer capítulo, se inicia con "Sangre y Oro", parte en la que se hace una relación de las crueldades de los españoles cometidas contra los indios, explicadas por la búsqueda del oro, por la neurosis que experimentaron al encontrarse en un medio hostil y extraño, y por su misticismo religioso que hacia ver a los indios como infieles. En "La conquista del trópico", segunda parte del capítulo, el autor relata las tentativas de los conquistadores por establecerse en el trópico, y cómo lo consiguen al fundar las ciudades de Portoviejo y Guayaquil. Cierra este capítulo con "La locura de la espada", en la que se explica el origen de la encomienda como una réplica del feudo medieval, y se narra las luchas entre conquistadores, es decir entre futuros encomenderos, y entre los conquistadores y las primeras autoridades reales.

Entre dos mundos, cuarto capítulo de la obra, es un cuadro de la vida colonial. En "Configuración", primera parte del capítulo, se describe la figura piramidal basada en la encomienda (que en el fondo es un feudo), y en el esclavismo, y en la separación entre castas que se fue volviendo

borrosa por la mixtigenación (término que el autor prefiere a mestizaje, porque incluye también la noción de mulataje) entre el blanco, el indio y el negro. “La Trinidad Sangrienta”, segunda parte, es una caracterización de las tres formas de explotación de la época, ejercidas por los encomenderos, con la complicidad de corregidores y curas: la encomienda, que consistía en poseer a los hombres como parte de la tierra; la mita, que era un servicio que los indios debían cumplir en minas y en tierras; y el obraje, la fábrica textil colonial. “Santos y verdugos”, la tercera parte, es un análisis del papel de la iglesia en la colonia, papel que se encuentra representado por religiosos ilustres que se dedicaron a la educación y a la defensa de los indios, pero también por una enorme cantidad de frailes y curas poseídos por la avaricia y la lujuria, que explotaban al indio. “La Mancha negra”, parte cuarta, describe la situación del negro, escaso al inicio y que vivía una esclavitud no tan dura por su alto costo; sin embargo, aumentó la población negra cuando se pretendió iniciar la explotación del cacao. “La Impronta Indiana”, parte quinta, se encuentra dedicada al arte colonial -que en su tiempo fue considerado artesanía- y que es testimonio de la riqueza de las órdenes religiosas, y de la naturaleza de un arte indio y mestizo que se destaca en la pintura, el labrado y el tallado, y que es realista, a diferencia del español que es místico. En “La Marginalidad Mestiza”, sexta parte, se exponen las contradicciones sociales y psicológicas del producto de la mixtigenación: bajo los blancos, que eran españoles rara vez nobles, se encontraban los criollos, ansiosos por adquirir nobleza. Eran blancos y también criollos quienes llegaban a ocupar cargos públicos. Entre la casta dirigente y la base de la pirámide integrada por indios y negros, se encontraba el mestizo. Ejemplo del drama del mestizo es la obra y vida de Espejo: no pertenece ni a la clase sometida ni a la dominante, sino que se encuentra dividido entre las dos.

Tránsito, quinto capítulo, se inicia con “Fermentos de insurgencia”, parte en la que se remonta los antecedentes de la independencia al momento de la conquista, ya que los conquistadores convertidos en encomenderos, y tiempo después los criollos, nunca aceptaron del todo a los peninsulares que llegaban a América a enriquecerse como comerciantes o como burócratas. Además, se describe la profunda pobreza que vivió la real audiencia de Quito durante la colonia, por los prejuicios criollos de

no trabajar, y por las restricciones económicas que venían de España. Sin embargo se hace notar que la independencia no fue para todos, pues los mismos criollos que la hicieron, reprimieron las rebeliones indígenas, que en el siglo XVIII fueron más numerosas que en los siglos anteriores. En "El aluvión", segunda parte de este capítulo, se narra como en el 10 de Agosto de 1809, la Junta Soberana que tenía como presidente al marqués de Selva Alegre, secundado por los letrados Morales y Salinas, destituyó al presidente de la real audiencia. Se define al movimiento como un producto de las elites, seguido por las masas mestizas que, sin conciencia política, se identificaban con el vencedor, antes que con un ideal. "El despertar del Trópico", tercera parte, señala el lugar de Guayaquil en los acontecimientos de la independencia: desde Guayaquil ascendió hacia Quito el ejército libertador comandado por Sucre. Libre Guayaquil, se mostraba indeciso de a que nación unirse, si al Perú o a la Gran Colombia, o si declararse nación independiente junto con las provincias del interior. Al final, como se sabe, se impuso el partido Grancolombiano. En "El Orto del Caudillo", se cierra este capítulo con un análisis sobre las fuerzas que integraron el ejército libertador, y cómo esas fuerzas, que Bolívar trató de volver una unidad, se convirtieron en caudillismo y dispersión.

El sexto capítulo, *Del Caos a la Unidad*, comienza con "A la sombra de las espadas", parte en la que se expone las luchas internas por el poder y la necesidad de encontrar un punto de cohesión nacional. La figura preeminente de este periodo es Flores, quien representó en el país el militarismo extranjero. En "La Misa de las lanzas", segunda parte, se relata como acabado el militarismo extranjero, se inicia el militarismo nacional, con Urbina, quien abolió el tributo de indios y la esclavitud del negro, utilizando a este último para formar sus milicias. Los mulatos, negros y pardos entran así en la vida política. "Partida de Azar contra el destino", tercera parte, describe el ascenso de García Moreno al poder, la política teocrática y fundada en el terror que impuso, las transformaciones técnicas que pretendió realizar, y los repetidas traiciones que cometió tratando de entregar el país a peruanos y franceses. "El profeta inerme y el arcángel sangriento", cuarta y última parte de este capítulo, es una lectura del momento histórico en el que parecen nacer los partidos políti-

cos: el liberal y el conservador, representados por Montalvo(el profeta) y por García Moreno(el arcángel). Es también un análisis del gobierno de Veintimilla, a quien el autor llama gendarme traidor del idealismo liberal.

Drama y paradoja, capítulo séptimo, tiene como primera parte "La Hoguera Bárbara", en la que se interpreta los años intensos de la revolución liberal, la lucha del trópico agroexportador contra el latifundismo serrano. Se describen las transformaciones que la revolución, encabezada por Eloy Alfaro, consiguió (separar iglesia del estado, la ley de manos muertas, etc) y el ocaso de la revolución al perder lo esencial de la ideología liberal. Esencia que puede resumirse en la necesidad de acabar con el latifundismo colonial para inaugurar el capitalismo moderno. "El becerro de oro", segunda parte, recrea la situación política y económica de los años posteriores al ocaso de la revolución: la identificación de los liberales con los latifundistas de la sierra y con la banca agroexportadora de la costa, que tenía su principal fuente de riqueza en el cacao. La crisis del cacao, unida a la irresponsable emisión de moneda sin respaldo real, provocó el advenimiento de una nueva política económica: el patrón oro como respaldo de la moneda, la creación del Banco Central. Sin embargo esta política tampoco funcionó. Durante estos años, hasta la fecha que el autor pone como límite (1942), liberales y conservadores, entre los cuales ya no existe una diferencia evidente en la ideología, se disputan el poder. Nace el partido socialista, que al carecer de las bases que posee en los países desarrollados, tiene una actitud contradictoria, al menos en la sierra, ya que en la costa existían ya organizaciones obreras modernas. "Hombres sin tierras y Tierras sin Hombres", cierra el capítulo al exponer las condiciones en que se encuentra repartida la tierra, que responden a una estructura colonial, feudalista. Entre los datos que cita, quizá el más certero sea el de que el 40% del valor de la tierra se encuentra repartido entre 960 personas, según datos de 1942. La tercera parte de la tierra, según el autor, pertenece al estado, y el resto es propiedad de las clases medias y bajas. Además 9/10 de las tierra cultivable no se aprovechan.

"En busca del destino", única parte de *Desenlace*, el último capítulo, es el resumen de las ideas centrales del libro: sobrevive una sociedad de castas y una estructura económica latifundista que convive

con una concepción monetarista, en lo económico, y democrática, en lo político. Toda esta contradictoria estructura social se encuentra fundamentada en la geografía que determinó las formas de producción, distintas en costa y sierra, así como son distintos el mestizo y el mulato. La dispersión es el producto de estas contradicciones. La paradoja se encuentra en la oposición espacial de las regiones, que sin embargo forman una unidad, y en la contradicción de las estructuras sociales, que pertenecen a distintas épocas, y que sin embargo forman también una unidad. El drama es la lucha de las clases y los hombres por transformar esas contradicciones, uniendo las regiones por medio de la técnica y cambiando las estructuras sociales: encontrarle un lugar al mestizo, crear instituciones políticas que respondan a nuestra realidad.

El ensayo sobre los orígenes y sobre el destino

Una aproximación

Considerado como el primer ensayo moderno en el país, *Ecuador: drama y paradoja,* concentra en su concepción el culto por la razón, y la rebelión contra la misma. Estas dos actitudes relativas a la razón, el culto y la rebeldía, vienen a ser las dos partes sustanciales de la modernidad. La tradición del iluminismo y su contradicción, el Romanticismo, conviven en el ensayo de Benites.

Su fe en la razón se expresa en los acercamientos a la realidad desde la economía, la sociología o la historia. Mientras que su espíritu romántico se expresa en la descripción poética que abre el libro o en la narración de las vidas heroicas de algunos personajes históricos. Comunión de lenguajes, la modernidad se expresa con toda su fuerza en este ensayo.

El ensayo es un punto de intersección de varios lenguajes. El lirismo convive con una interpretación marxista de la economía política, y los dos con un análisis de la sociedad de castas. Además existe el propósito de desmitificar a ciertos personajes - o de mitificar a otros. El ensayo es siempre más versátil que el trabajo historiográfico o histórico: no tiene que demostrar una tesis, ni proponer una antítesis, ni formular una síntesis. No demuestra; muestra.

¿Cómo encontrar una coherencia fundamental entre el pasaje poético del primer capítulo, y la parte en la que se plantea la paradoja de los hombres sin tierra y la tierra sin hombres, por medio de datos estadísticos? No existe método único: existe un tema, es decir, una idea que admite aproximaciones desde varios puntos de vista. Y el ensayo, sea histórico o político, conserva para sí la libertad de citar o no las fuentes al pie de la página. Es verdad que por su contenido *Ecuador: drama y paradoja* puede leerse como un texto de historia. Pero también como un libro de economía política. O incluso de sociología o psicología del mestizaje. Abundan los datos, pero no obedecen a un solo punto de vista, sino a varios, que en una visión general, resultan complementarios.

Desmitificar a los héroes de la independencia, revelando que tras sus acciones se escondían intereses económicos, o mitificar a Montalvo y a García Moreno, al compararlos con Aquiles y Héctor, son artificios que, en el primer caso, recurren a las artes del historiador, y en el segundo, a las del poeta.

Ahora bien, la unidad del ensayo se encuentra explicada por el tema: el Ecuador. El tema abarca muchos aspectos: sus orígenes remotos, sus personajes relevantes, las estructuras sociales que determinan la conciencia de sus habitantes, la geografía, la relación con el mundo, el nombre que lleva. Sobre el nombre de Ecuador, del que Benites, en una larga tradición que se inicia en la República, reniega, creo pertinente recordar unas palabras de Miguel Donoso Pareja: "Como tengo la convicción de que uno es quien hace el nombre, con sus acciones, y no el nombre a uno, pienso que a estas alturas de nuestra existencia como país, tenemos que asumir el nombre que tiene, darle toda la dimensión que podamos y sumarla a la que, a pesar de todo, tenemos y nos permite sentirnos ecuatorianos".[23]

---

23 Donoso Pareja, Miguel, *Ecuador: identidad o esquizofrenia,* Eskeletra Editorial, Quito, 2000.

Así como Simón Espinosa señala que el autor descuida, en su análisis, la época colonial, podríamos pensar que descuidó una descripción de las formas de producción indígenas, como la comuna. Curiosamente toda visión que pretende ser totalizadora es siempre parcial. Un libro absoluto no es más que otra aproximación. Y como tal, sujeta a concesiones.

Justo es, ya que las perspectivas utilizadas son múltiples, intentar un comentario desde las que se refieren a tres aspectos esenciales del texto: el histórico, el de la economía política y el de la sociología que toma como categoría de análisis la división por castas.

Un comentario

Un intento de aproximación a los sentidos de nuestra realidad, como el de *Ecuador: drama y paradoja*, suscita innúmeras lecturas. Nos acercaremos a las que provocan nuestra atención, y que creemos esenciales: la historia como drama, es decir, como género de la literatura, la economía política como problema filosófico, es decir, como expresión paradójica, y la sociología que toma como categoría de análisis a la división por castas como un punto de encuentro entre el drama y la paradoja.

La historia como drama

El drama, género literario que pretende mostrar a los hombres tal como son, en toda su medianía, es el escogido por el autor para ensayar su interpretación de la historia. Dilatada, moderada en su violencia, es concebida la historia como drama; mientras que sobrehumana, excesiva, aparece con brillo cegador la historia como epopeya o como tragedia."(...) el movimiento elemental de la conquista obedeció más a una supervitalidad física y espiritual".[24] Descomunal despliegue de fuerzas es la epopeya del origen, el genocidio del origen. Mientras en ciertos periodos republicanos y coloniales, los más extensos, prevalece el drama:

24 idem 6, pág 52.

"La feudalidad colonial, borrosa y llena de contenidos esclavistas, fue más doméstica y suave en su agresividad pendenciera (que la conquista)pero oprimió al indio con las torturas constantes del látigo y del trabajo forzado".[25]

Así como en otros momentos, mucho más breves e intensos, la historia se convierte en tragedia:

"(...)la época liberal hasta el momento de la muerte del caudillo fue una hoguera bárbara de pasión. El país entero ardió. Llamarada trágica que ilumina medio siglo de combate".[26]

Y en otros momentos el autor cuestiona el contenido trágico- es decir heroico- de ciertos capítulos de la historia, como el de la independencia. Convirtiendo una acción de temple sobrehumano, en una actitud común.

"Todos los elementos futuros se encuentran así en potencia en la libertad naciente: caudillismo, que hizo poner frente a frente al marqués de Selva Alegre contra las casas rivales de Selva Florida, primero, y de Villaorellana, después; ansia burocrática; acción dispersa del mestizo que actúa sin plan; acción del clero preponderante; menudas aspiraciones personales y actitudes desinteresadas que encubren reales intereses económicos".

Y existen también ligerísimos contenidos cómicos, como cuando se narra las mezquindades de un cura, que en la colonia, alquila la botella de vino a los indígenas para poder bendecir las ofrendas que llevan estos a sus difuntos.

Es el drama el que, sin embargo, prevalece en la concepción histórica. Drama de la prehistoria: selva y montaña en perpetua oposición, es decir, geografías contrapuestas. Drama de la historia: el latifundista contra

---

25 idem 6, pág 107.

26 idem 6, pág 227.

los hombres sin tierra. Drama de las culturas: las costumbres y tradiciones del blanco en oposición a las del indio y el negro.

En los héroes trágicos es en quienes se encuentra vivo el símbolo de la rebelión de los sometidos (los sin tierra, los negros y los indios) contra los dominadores(los latifundistas, los blancos). De ahí que la biografía del pueblo ecuatoriano se convierta por momentos en la biografía de los héroes. Recordemos que los estudios sobre Espejo, Mejía, y Montalvo, héroes y sabios a quienes admiraba Benites, anteceden al ensayo sobre la biografía del pueblo ecuatoriano. La historia se convierte en literatura, o más exactamente, en mitología. O viceversa, cuando se pretende desmitificar a los héroes.

La economía política como paradoja

El sentido paradójico de una realidad entendida como drama, viene dado por la unidad que forman los actores que se mantienen contrapuestos. Unidad que no encuentra solución posible, y que se encuentra reflejada en la falta de correspondencia entre las estructuras económicas y las instituciones políticas. "La paradoja de una estructura política democrática y liberal sobre un fundamento feudal-colonial (...)".[27] Mientras que la realidad obedece, por un lado, a las evidencias de injusticia y explotación, de que la tierra se encuentra en manos de muy pocas familias; el lenguaje, en especial el lenguaje que utiliza el poder para fundar sus instituciones, reconoce derechos y libertades ciudadanos y políticos para la mayoría, derechos que no tienen correspondencia con la realidad. Mientras en la realidad se mantiene la desigualdad, en la ley se defiende la igualdad. Este desacuerdo provoca la coexistencia de dos países en uno: el de verdad y el de las leyes. Y suscita a su vez una serie de problemas derivados de esta situación paradójica: una política monetaria en lugar de una política económica, una actitud evasiva en lugar de la acción transformadora. Por último, la dependencia económica que Benites entrevé en el último capítulo, provoca una distorsión de las instituciones políticas. El capital transnacional deforma el concepto de soberanía política.

---

27 pág 258.

Drama y paradoja: el mestizo

Paradoja encarnada, drama de carne y sangre el mestizo, no encuentra solución a su problema. Como un símbolo vivo de la confusión económica y política, y como territorio en el que se libran las luchas del drama histórico, se encuentra el mestizo, se encuentra Espejo, el personaje que cautivó a Benites Vinueza, y de quien no pudo concluir su biografía. No pudo darle un lugar, como si quedarse fuera de lugar fuera su destino histórico.

"Clase sin clase, la del mestizo era fluctuante y vaga. Tenía la inestabilidad de lo transitorio, pues podía subir hacia la clarificación de la piel que le daba capacidad de hombrearse con las clases dirigentes o podía bajar hasta los límites más serviles de las clases dominadas. Por eso el mestizo estuvo en la Colonia -y lo está quizás hoy- dispuesto a servir a los dominadores más que a sentir el dolor de los dominados".[28]

Mientras que la paradoja filosófica de Aquiles y la tortuga, planteada por Zenón de Elea tiene su explicación en las tesis del griego que identifican la división infinita con el ser (a diferencia de Parménides, su contemporáneo, que pensaba el ser como unidad)[29] y al parecer encontró su solución a principios del siglo XX, la paradoja mestiza carece de solución: económicamente es y ha sido excluido, pues la tierra y los bienes no le pertenecen, y políticamente tiene que servir a intereses económicos opuestos a los que vendrían de su auténtica moral: repartir los bienes y la tierra entre mestizos e indios. (¿Es éste el origen del populismo?) La solución vendría a ser que exista coherencia entre un proyecto político y las estructuras económicas del país. La paradoja

---

28 idem 6, pág 142.

29 La célebre paradoja de Zenón de Elea dice que en una carrera en la que Aquiles y una tortuga compitiesen, Aquiles no debería alcanzar a la tortuga si esta saliese apenas un segundo antes. En la realidad no sucede así. La paradoja consiste en que a partir de una idea del mundo en la que el espacio y el tiempo son divisibles infinitamente, no se puede comprender como se pasa de una división a otra. Aquiles no podría avanzar del segundo 1 al 2, porque entre 1 y 2 existen infinitas divisiones. Al parecer la paradoja se resolvió en el siglo XX con la teoría de la relatividad.

mestiza se debate, por lo tanto, entre ocupar el sitio destinado al verdugo, sirviendo a las clases que poseen poder económico, o mantener su ausencia de ser (de tesis clarificadora) con la evasión. Pocas veces el mestizo se identifica con los dominados.[30]

El mestizo es a la vez el territorio en el que se libran las luchas de los opuestos: el dominador y el dominado. Drama de la historia: el latifundista contra los sin tierra. Drama de las culturas: el blanco contra el indio y el negro. El mestizo se encuentra en la mitad de la lucha, es el territorio que podríamos llamar neutral, pero que al final toma partido. Su perpetuo contradecirse encuentra solución en estas palabras de Icaza sobre el Chulla Romero y Flores:

"La tragedia, el desacuerdo íntimo- inestabilidad, angustia, acholamiento- que tuvo el mozo por costumbre resolverla y ocultarla fingiendo odio y desprecio hacia lo amargo, inevitable y materno de su sangre, se había transformado gracias a la circunstancias planteadas por la injusticia de funcionarios y burócratas, el amor sorpresivo de Rosario, a la esperanza en el futuro del hijo, a la diligencia leal y generosa del vecindario- en la tragedia fecunda de la permanencia de su rebeldía(...)".

Para enlazar las palabras de Icaza con el sentido que Benites Vinueza quiere dar a la historia (su condición de drama), podríamos decir que no era "la tragedia del desacuerdo íntimo-inestabilidad, angustia, acholamiento (...)" sino el drama del desacuerdo íntimo-inestabilidad, angustia, acholamiento(...) y que ese drama histórico de nuestra nación, reflejado en la lucha por la tierra, la distinción entre castas, expresado el drama como paradoja mestiza, sólo encuentra su solución, en la "tragedia fecunda de la permanencia de su rebeldía" que para Benites Vinueza tiene que adquirir formas organizativas no violentas sino conscientes de su destino. "Una riqueza potencial capaz de dar prosperidad a una población

30 A diferencia de Espejo, que pretendió ascender socialmente, Tupac Amaru, que era mestizo y cacique de Tinta, se identificó con la lucha de los indios. Los dos vivieron en el siglo XVIII.

diez veces mayor, existe en el Ecuador(...). Todo menos la conciencia clara de su destino y la voluntad organizadora que vence el infortunio".[31]

Del ensayo moderno al ensayo posmoderno

De la prehistoria a la historia contemporánea, el viaje en el tiempo es también un trasladarse por los sentidos que socialmente el hombre produce. El punto de encuentro entre el tiempo y el espacio son los sentidos que el hombre construye: topos y cronos son como los ejes de un plano cartesiano. El hombre ocupa ciertas coordenadas históricas que son un significado. El área infinita que forman esos puntos, esos significados, vendría a ser la historia.

Son infinitos los significados que posee la historia. Sin duda, el significado depende del punto de vista. Del lenguaje, que es un reflejo de la conciencia. O que es la conciencia. Todo punto de vista, es decir toda conciencia, es parte también de la superficie histórica. Una superficie a la que podemos dotar de profundidad: el fondo de la historia es, en realidad, el fin último del hombre en el mundo. Es preciso añadir un eje más a nuestro plano cartesiano: una tercera dimensión que vendría a ser el contenido religioso, filosófico o artístico que prevalece en cada época. (He utilizado aquí los estadios de conciencia que Hegel considera superiores. El Religioso se encuentra por sobre el Filosófico, y éste por sobre el Artístico).

En un espacio y tiempo específicos existen un arte, un pensamiento, una religión que son una síntesis de la cultura de un pueblo. Barrocos, escolásticos y católicos: la colonia es una convivencia de estas maneras de crear, de pensar y de creer. Cada una comunica a la otra un estilo, una idea o una fe. El periodo de transición de la independencia revela la contienda entre el barroco y el neoclasicismo, entre el iluminismo y la escolástica, y en un momento final, entre el laicismo y el catolicismo.

Sin embargo, la profundidad de la historia contiene en sí misma sus límites: Hegel, filósofo liberal, no consideró la estructura económica

31 idem 6 pág 262.

como un objeto de estudio filosófico. El desplazamiento en el tiempo y en el espacio es también un trasladarse en el ámbito de la profundidad: medio siglo después de Hegel, Marx y Engels pasaban a analizar el arte, el pensamiento y la religión desde el punto de vista de un análisis de las estructuras económicas. Del feudalismo al capitalismo primitivo: de una economía colonial cerrada en sí misma, a la producción de cacao que se comercializa con el mundo.

Sin embargo, una profundidad distinta, mucho más antigua y soterrada convive con la que proviene del análisis de la economía política, de las creaciones del arte, de las luchas del pensamiento y de la fe. Una profundidad que proviene de los pueblos originarios de América: el comunismo de occidente no es lo mismo que la comuna del indio, el cristianismo es extraño al animismo de nuestros pueblos, la poesía y el pensamiento occidentales expresan un sentimiento y una pasión distintos a los que han existido en América.

Dice un fragmento de jailli o himno quechua al Hacedor transcrito por Juan santa Cruz Pachacuti en “Relación de Antigüedades deste Reyno del Pirú”.

A WIRACOCHA

¡Que resplandor!, diciendo
me prosternaré ante ti;
mírame, Señor, adviérteme.
Y vosotros, ríos y cataratas,

Y vosotros pájaros,
Dadme vuestras fuerzas,
Todo lo que podáis darme;
Ayudadme a gritar
Con vuestras gargantas,

Aun con vuestros deseos,
Y recordándolo todo
Regocijémonos,

Tengamos alegría;
Y así, de ese modo, henchidos,
Yéndonos, nos iremos.[32]

Decía la historiadora Laurette Sejourné que la arqueología y el psicoanálisis se parecen, porque los dos revelan al inconsciente. El psicoanálisis, es del individuo. Y la arqueología, es de los pueblos. ¿No es preciso, ahora que vivimos esto que se ha dado en llamar posmodernidad, iniciar una incursión hacia esa profundidad siempre relegada, negada y explotada que constituye nuestro ser precolombino? ¿Hacerlo sin exotismo y sin dogmatismo?¿No es el mundo del inconsciente el que domina la mayor parte de nuestras acciones?

Runapag Llaqui

Cuyatucug apucuna,
Cancunahuanmi riman:
Runapag jatun llaquita,
Uyasha nishpaca, uayaychi.

Cuyayllami causacunchi,
Cushilla causana randi,

32 *Poesía del Perú,* de la época precolombina al modernismo, Selección y presentación de Javier Sologuren, ed. Universitaria, Argentina 1964.

Cancuna yaycushcaraycu
Runapa cashca llagtapi.

May alli llagtashi cana
(yuyagcuna huillahuanmi);
mayshi Inga yayaca cuyag;
mayshi camag; mayshi charig.[33]

El fin de la modernidad, del imperio de la razón europea, puede hacer posible un retorno al mundo primigenio. Sin olvidar, por supuesto, esfuerzos como el de Benites Vinueza, que vendría a ser una incursión en el mundo de lo consciente, de lo histórico. Quizá en América Latina necesitamos una arquelogía del saber, como la que inició Foucault con *Las palabras y las cosas.* De un saber Americano, por supuesto.

33 Fragmento de Desventura del Indio, poema compuesto por Luis Cordero. Jefes que fingís querernos/ a vosotros me dirijo; oíd, si os place, la historia/ de la desdicha del indio./ En vez de vivir alegres/llenos de pesar vivimos/ desde que os hicísteis dueños/del suelo en que hemos nacido./Bella dizqué fue esta Patria/(los mayores nos lo han dicho); dizqué poderoso y grande/fue el monarca que tuvimos.

Las obras de Leopoldo Benites Vinueza:

La Mala Hora, Guayaquil, Ed. Novedes, 1927.

El Zapador de la Colonia, Guayaquil, Ed. Vicente Rocafuerte, 1941.

Argonautas de la selva, primera edición, México, Colección Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, 1945. Segunda Edición, Guayaquil-Quito, Clásicos Ariel 68 y 69, s.f. Tercera edición , Madrid, Fondo de Cultura Hispánica, 1976. Cuarta Edición Quito, Libresa, 1992. Quinta edición, Quito, Campaña Nacional Eugenio Espejo por el libro y la lectura.

Ecuador: drama y paradoja, primera edición, México, Colección Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, 1950. Segunda Edición, Quito, Banco Central del Ecuador, 1980. Tercera Edición, Quito, Campaña Nacional Eugenio Espejo por el libro y la lectura, 2003.

"Francisco Xavier Eugenio de Santa Cruz y Espejo", Precursores, Quito-Puebla, Cajica, Biblioteca Ecuatoriana Mínima.

"José Mejía Lequerica", precursores, Quito-Puebla, Cajica, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1960.

"Introducción" a Eugenio Espejo, reformador ecuatoriano de la ilustración de Ph. L. Astuto, México, Fondo de Cultura Económica, 1969. Segunda edición, edición abrapalabra, Quito, 1992.

Poemas en tres tiempos, Guayaquil, Colección letras del Ecuador, CCE., Núcleo del Guayas, 1977.

Francisco Eugenio Espejo, Habitante de la noche, CCE, 1984. Ensayos sobre Espejo, Mejía y Montalvo.

Bibliografía sobre el autor y el tema

ADOUM, Jorge Enrique, *Ecuador: señas particulares,* Eskeletra Editorial, Quito, 1999.

ARGUEDAS, José María, *Formación de una cultura nacional indoamericana,* México, Siglo XXI, 1977.

AYALA MORA, Enrique (editor), *Nueva Historia del Ecuador,* Corporación Editora Nacional, Quito, 1983.

CARRIÓN, Benjamín, *Nuevo Relato Ecuatoriano,* Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1958, Segunda Edición.

CUEVA, Agustín, *Entre la ira y la esperanza,* Quito, ECCE, 1967.

DONOSO PAREJA, Miguel, *Ecuador: identidad o esquizofrenia,* eskeletra editorial, Quito 2000.

GUZMÁN David, *"Leopoldo Benites Vinueza, vida y obra",* Quito, Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas, Cuaderno de Divulgación Cívica No. 24, 2005.

MARIÁTEGUI, José Carlos, *Siete Ensayos de Interpretación de la realidad peruana,* caracas, Biblioteca Ayacucho 69, 1979.

RODRÍGUEZ CASTELO, Hernán, *Entrevista a Leopoldo Benites Vinueza,* Diario El Tiempo, Quito, 8 de Junio de 1971.

SALAZAR ESTRADA, Yovany, *Lectura plural de la Mala hora de Leopoldo Benites Vinueza,* CCE- Núcleo de Loja, 2000

SKIRIUS, John (Compilador), *El Ensayo Hispanoamericano del Siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, tercera edición.

REYES, Alfonso, *Notas sobre la Inteligencia Americana*, en Obras Completas, tIV, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

VALLEJO, Raúl (Selección y Presentación), *El Ensayo, Antología Esencial Ecuador Siglo XX*, Eskeletra Editorial, Quito 2004.

Páginas WEBS acerca de Leopoldo Benites Vinueza

www.literaturaecuatoriana.com
www.edufuturo.com
www.sre.gov.ec
www.onu.org
www.eluniverso.com
www.conmemoracionescivicas.gov.ec/publicaciones.html

Nota Biográfica del autor del estudio introductorio

David Guzmán Játiva, escritor y periodista. Ha publicado *Bomba* (relatos, ed. Clandestina 2000) y *Dulce Demonio* (poesía, ed. Clandestina 2002). Ha sido incluido en antologías del país y del exterior.

Lcdo. en Comunicación y literatura por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Becario de la Universidad Andina Simón Bolívar en Estudios de la Cultura.

Actualmente es coproductor del programa Palabra Suelta, que se transmite diariamente por radio genial Democracia, y periodista del quincenario Tintají. Dirije la revista virtual www.semanaecuador.com.

ESCENARIO

TRASUNTO DEL PAISAJE

La línea divisoria del mundo -el Ecuador terrestre- pasa al norte.

No llegan hasta allá las aguas frías de la corriente antártica. La selva hunde sus dedos en el mar. La selva es verde como una esmeralda caliente y móvil. El mar es verde como una esmeralda. La tierra misma lleva un nombre significativo: es la provincia de las Esmeraldas.

El nombre vino desde los días del asombrado encuentro del hombre blanco con los ardientes litorales del trópico: cuando Pizarro y su mesnada llegaron al río de los Atacames y encontraron, entre las riquezas acumuladas, gruesas esmeraldas en las que el sol rompía deliciosamente sus rayos. Era el momento en que el hombre bautizaba los elementos, y lo sujetaron a su designio con el nombre del Río de las Esmeraldas.

La selva tiene allí el empuje de la vida primigenia. Fuerza vegetativa formidable y agobiadora. Pujanza de crecimientos sin limitaciones. Hay árboles. Árboles. Árboles. Caucho de suave líquido que emana de las abiertas heridas vegetales. Balsa suave y liviana. Duro guayacán y ébano moreno. Pechiche oloroso y bálsamo fragante. Tagua, marfil vegetal. Maderas preciosas y variadas.

Es la pura e ilimitada fuerza de la naturaleza del trópico.

Bajo los enormes árboles de la selva se tienden los ríos sonoros, anchos, con su leve palpitación luminosa.

Amplias playas sonoras se acuestan junto al mar con una calidez de mujer. Y, más allá, un horizonte de palmas hace un tatuaje verde claro sobre el cielo demasiado azul. O, cuando la playa se angosta al acercarse a la boca de sus ríos musicales -en San Lorenzo hay una sinfonía de agua, los manglares meten sus mil brazos largos en las aguas transparentes.

Los ríos esmeraldeños -doblemente esmeraldeños por el color y la nominación- tienen una belleza distinta: el Cayapas es una paradoja. Tranquilidad idílica del agua en un crepitar de gritos animales, de cantos alados, de ruidos de élitros. El Esmeraldas tiene una voz grave, un gran acento sonoro. Corre sobre un plano inclinado, veloz como los pies de un atleta fugitivo de un hexámetro de Píndaro.

Todos ellos llevan oro. El sistema del Santiago es aurífero por excelencia: el Cayapas, el Onzole, el Cachabí, el Bogotá, el Playa de Oro, los Zapallos. Y junto a la pepita áurea, suele encontrarse la pepita blanca y rutilante del platino.

Más al sur, desobedeciendo la linderación política, se prolonga la selva hacia otra provincia: la de Manabí, cuyo nombre fue arrancado de la remota prehistoria ante-incaica.

La invasión del trópico se detiene, viniendo de norte a sur, casi a la altura del cabo Pasado. Allí el duelo de la selva y el mar se plantea. La corriente fría antártica, cuyo ramal marcha hasta ese punto paralelo a la costa ecuatoriana, aridece la tierra. Y cambia bruscamente la decoración. Son sabanas. Ni una nota de color en el largo secano. El sol reseca la tierra que fue humedecida por las lluvias y la agrieta formando la *serteneja*, difícil red de tierra endurecida que obstaculiza el paso animal y el avance humano.

A la selva abrumadora de exuberancia, sigue un paisaje seco y gris. De trecho en trecho se alzan los algarrobos, resistentes a la sequía, que

ofrecen sus vainillas resecas al hombre y la sed de los ganados. Y el ceibo, oveja vegetal de la tierra.

Ningún árbol tiene la prodigiosa individualidad que este extraño árbol de secano. La lluvia lo cubre de hojas, de pequeñas flores. Pero en la larga estación seca abandona el lujo inútil de la hoja. Se despoja de la gloria transeúnte de la flor. Y quedan más visibles los gruesos troncos de corteza casi animal, rugosos y retorcidos. La fantasía no se cansa de encontrar metáfora en la serie ininterrumpida de ceibos. Tienen formas sexuadas, reminiscencias fálicas, en el incrustarse de sus ramas sobre el tronco. Obscenas figuraciones. O parecen enormes rebaños de elefantes con las trompas hacia cielos grises. O fantasmas vegetales.

La monotonía de la sabana se corta por las pequeñas elevaciones montañosas. Las cordilleras costeñas ejercen su acción modificadora en la climática y bioclimática del litoral. Los cerros de Hojas y Montecristi, los dientes erizados de Paján, las sinuosidades de las montañas de Colonche y Chongón con sus prolongaciones hacia el cerrillo del Carmen y las Cabras, las elevaciones de Zamba Pala en la Puná, cambian la vegetación.

El bosque trepa por los flancos verdes agarrándose con las raíces del guayacán de corazón acerado, el guachapelí duro, las maderas que proveyeron a las ciudades costaneras de su arquitectura primitiva hasta que llegó la era unificadora del cemento.

Guayaquil, el puerto, queda propiamente en la región sabanera. Lejos del imperio del trópico. Enlazada la ciudad por los brazos de dos ríos, rehuye el abrazo y el agua se tiende a sus plantas en una ancha ría que corre hacia el Pacífico. Por la sombra grata de los soportales, pasea desde la tarde el viento marinero que viene recorriendo las áridas llanuras con los pies mojados de humedad salubre como el viento homérico de la *Ilíada*. Y a pesar de que su nombre evoca ideas de calor sofocante, la temperatura no sube ni aun en la época húmeda y caliente a más de 35 grados centígrados en horas de la tarde.

Próxima a la ciudad, empieza la vida del pantano. La extensión verde y temblorosa -*la tembladera*- en donde suelen arremansarse las

garzas y tenderse al sol el caimán gigantesco. La vida multiforme y sin límites del insecto y la rana colorea los bordes palúdicos del agua.

Entre la costa, sujeta a la variabilidad de las corrientes marinas, y la serranía, sujeta al imperio cósmico de los Andes, está la enorme planicie virgen, la selva tropical, el mundo rugiente de la fiera. Es el trópico ignoto e intacto. Desde él bajan los ríos como el Guayas, de cuyo sistema hidrográfico ha vivido el Ecuador y el Santiago. O por él se abren paso los torrentes andinos que van formando sistema hidrográfico, como el Esmeraldas y el Jubones. Cientos de afluentes cortan la selva con su fulgor de agua, custodiada por enormes mangos espesos y naranjos frutecidos de amarillo claro.

Es la zona del cacao que dio su vida dramática al Ecuador republicano. Del banano de anchas hojas sonoras. De la palma real, atalaya de los vientos. De las maderas finas y perdurables del trópico.

La acción andina se patentiza en esa región casi abandonada, modificando la calidad de la tierra. La acidez vegetal de la descomposición de hojas putrefactas debería acentuar el PH. Pero la ceniza arrojada en siglos de erupción por los volcanes, transformada por la paciencia diligente del agua y del tiempo, alteró su acidez y dio al extenso cinturón tropical que une al macizo andino con la zona costanera, una riqueza sólo comparable a la de las tierras de Java.

Arriba, dominan las montañas. El paisaje no es igual. A veces es una égloga de la poesía cósmica. Otras, un paisaje de arenas muertas sobre las que el viento traza signos fugaces. A veces, un áspero paisaje de tempestad: cielos grises de amenaza.

El valle es el idilio de la tierra: un río músico que se desliza quebrando sus leves notas de espuma sobre la piedra. Árboles que tienen la doble dulzura del canto y del fruto. Pastizales extensos en donde, sobre el verde tierno de la hierba, estalla como una metáfora imprevista la flor morada de la alfalfa. Eucaliptos sonoros que se doblan de música en el viento. Suaves colinas y laderas inclinadas.

Más arriba, cerca de las cumbres, comienza la vida del páramo: la desolación en infinitud de horizonte. Es el arenal áspero. Apenas si crecen hierbas pequeñas. Espadañas rectas y cortantes. Cactus sinuosos y rugosos.

El viento pasea ancho y libre por el páramo. Un viento que lleva agujas de nieve como saetas pequeñas y crueles. Sopla por las abras de la cordillera. Penetra hasta los valles. Pero en la soledad sin límites de la enorme puna -la soledad que se contempla a sí misma- el viento es el dominador brutal del escenario.

Cerca del Chimborazo, el arenal parece no tener más límite que la nieve y el cielo. Enorme y transido de viento, el arenal se extiende por kilómetros. Sin una hierba ni una brizna, como un paisaje lunar. Sólo tatuado por los huesos de animales -y de hombres- a quienes sorprendió la noche de ventisca o la helada matadora. Y dominando el espectáculo con una grandeza insensible, la nieve lejana que el viento anticipa.

El paisaje andino está labrado a fuego. La acción volcánica ha sido un constante batallar de la tierra y el fuego. El Cotopaxi, el Tungurahua, los Pichinchas -el Rucu y el Guagua-, el lejano Sangay, han mantenido alternativamente la batalla multisecular que agitó la tierra temblorosa. Otros, como el Carihuairazo, están silenciosos desde hace siglos. Mudos, con una expresión de grandeza extinta, muestran las cicatrices de sus glaciares y el golpe cortante de sus cráteres.

La serranía es "un galope de volcanes". La alta y serena majestad del Chimborazo preside con su soledad nevada el titanismo cósmico de los montes. Grande, sereno, regular casi, tiene algo de patriarcal junto al Carihuairazo giboso y a la rebeldía geométrica del Altar, adoratorio del cielo para la fiesta solar del amanecer y el orto idílico de la luna. El Tungurahua, cónico y fino, tiene una silueta de luchador liviano. Es el insurgente cósmico que suele hablar con palabras de humo y metáforas de lava. El Cotopaxi, paradoja de nieve y fuego, es el titán amarrado al silencio por un lazo de agua tremolante. El Rumiñahui tiene algo de esa aspereza bronca del héroe aborigen que le dio su nombre. Los Iliniza son

como los adolescentes felices del gran coro trágico del vulcanismo ecuatoriano. Más lejos, enamorado de la blancura, el Cayambe es como un asceta solitario, fugitivo hacia el cielo y el silencio petrificado del Antizana se recuesta sobre la tierra.

Arriba, muy arriba, pasean los huracanes y se arremolinan en escuadrones las nubes deshilachadas. Es la zona de condensación de las aguas, las enormes masas de agua que suben de la selva caliente y de la vasta Amazonía. Cae la lluvia con la fuerza diluvial de los días primigenios del mundo, y de una cordillera a otra -como el mito cósmico de los Puruhaes - la palabra bárbara del trueno lleva las exhalaciones vitales de la montaña.

El agua de los deshielos baja desde las cumbres. Es, al principio, un leve murmullo cantante que va aumentando. Rueda por las laderas, corre fugaz sobre suaves planos inclinados. Rompe con paciencia diligente la roca. Y salta, al fin, en la espumosa catarata: Agoyán, con su voz grave, profunda; Inés María, con su palabra de espuma; el manto irisado de la Chorrera.

El paisaje andino tiene la animación trémula del agua. El río es una égloga. Se desliza con una transparencia diáfana entre los grandes pedazos de roca. Se tiende en el suave remanso acariciado por el sueño vegetal de los sauces, como en los ríos azuayos, maravillosos: el Yanuncay de sabroso color de vino claro, el Tomebamba cristalino, el Tarqui umbroso, el Machángara raudo.

Al llegar a los hondones menos profundos -las abras de los ríos orientales- asoma el paraíso inesperado, la frescura gloriosa de un paisaje acariciador: Baños de Tungurahua, Paute, Gualaceo. Hasta la luz es más luz en ese edén perdido. La luz de Gualaceo y de Paute, de Catamayo y Vilcabamba, del Patate y de Ibarra, acaricia.

Su palpitación luminosa es tan leve que ni enceguece la pupila ni quema la piel. Frutecen allí -real primavera eterna- el limón y la naranja, junto al melocotón suave de los climas templados. La caña de azúcar y la espiga del cereal. Es el límite dichoso del trópico y la serranía, sin el calor del uno ni el frío de la otra. Hasta los ríos son domesticados y apacibles:

no corren con la fuerza de torrentera del río serrano y suelen arremansarse para acunar el reflejo de los árboles llenos de frutas y de pájaros.

Baños del Tungurahua no tiene la serenidad de idilio clásico de los valles profundos de las comarcas australes. Don Juan Montalvo, gran amador de soledades musicales gustaba ese paisaje de contraste, violento como su alma. Y era la pequeña villa de Baños su lugar predilecto para la evasión introspectiva. Sentado junto al frondoso aguacatero de grandes hojas frescas, que hasta hoy sabe del coloquio de amantes y de pájaros que dejan en su tronco y en sus ramas iniciales y cantos, el gran romántico solía gozar de ese revuelto paisaje de trópico y serranía, de rocas ásperas y de remansos apacibles, que canta con la débil voz de la vertiente y ruge con la gran voz sonora de la catarata.

Los lugares idílicos y tibiamente primaverales -Baños, Paute, Gualaceo- son las puertas de la inmensa Amazonía: el declive suave de la cordillera oriental.

Más allá, se levanta la selva. Agua y árboles. Agua que baja de la montaña y que sube de la selva. Árboles grandes, grandes. Es un mundo que está naciendo, informe y caótico. Es la Amazonía ilimitada, el mundo virgen y patético que está en espera del destino.

De los Andes ecuatorianos bajan ríos de maravilla. La cadena oriental se tiende suavemente a descansar entre la selva su cansancio de roca y de fuego. En sus laderas, el bosque subtropical se agarra a la montaña para lucir mejor su vestido de árboles y el adorno claro de sus cataratas.

Al principio, los ríos se retuercen entre rocas. Saltan y bullen. Llevan pedruscos negros y lava petrificada. Bloques ciclópeos. Después, al rodar por la planicie, se acuestan a cantar -con voz de nostalgia- canciones de serranía.

El paisaje es contrastado y sin par. Doseles de ramas forman bóvedas solemnes, y a veces entre el claro de la selva, se ve a la distancia la blancura en fuga de la nieve cordillerana: el Sangay irisado de sol crepuscular y el Sumaco que asombró a los hombres blancos de la aventura primigenia en la selva, que le dieron el nombre arrancándolo de la suave raíz quechua *sumaj*, que significa bello.

La Amazonía es el mundo del misterio. Dramático y sombrío mundo preñado de hostilidad para el hombre. Pero los declives orientales del Ecuador no tienen aún ese ceño de áspera infranqueabiidad. La acción de la cordillera dulcifica el clima y también modifica la acidez de la tierra, transformando en riqueza de humus la excesiva putrefacción de la hoja y la raíz.

El clima de los declives orientales -si bien húmedo, denso de agua no tiene el rigor abrasador y sofocante de la Amazonía. Corren las brisas andinas como una caricia entre el bosque. Se mantiene la temperatura en grados tolerables. No comienza el pantano amazónico su enorme imperio y aún el mosquito no lleva en sus glándulas salivales el hematozoario siniestro de la malaria.

La tierra vegetal tiene una pujanza sin limitaciones. Todos los frutos del trópico duplican su tamaño y su rendimiento. Los frutales europeos o asiáticos de clima cálido se adaptan al ambiente, pero multiplican su crecimiento en proporciones de gigantismo sorprendente.

El caucho llora por sus heridas vegetales el líquido blancuzco en cuya búsqueda el hombre blanco animalizó sus instintos. La quina de su corteza misteriosamente febrífuga que hizo una odisea fantástica, una peripecia aventurera de desarraigo, para ir a servir a los holandeses de Java. Las maderas más extraordinarias crecen allí: maderas de suave pulpa rosada como piel de mujer, de color suave como un sueño, o negra y dura -el ébano- para el decorado elegante.

Vastas zonas altas serían propicias para dehesas mugidoras, para vacadas apacibles al amparo de un clima salubre, con gran cantidad de agua aprovechable.

Los ríos llevan oro, casi todos. Quizás la mayor riqueza aurífera de América, como lavaderos, está en el Oriente ecuatoriano abandonado. Y en el subsuelo hay petróleo. [1]

---

1 A partir de 1972 comenzó la era petrolera.

El Oriente es selva. Y agua. Las torrenteras andinas se ensanchan para formar los ríos navegables que van hasta el distante Amazonas -ecuatoriano por el esfuerzo conquistador y el título jurídico, pero perdido por un hábil golpe de audacia en los salones de Itamarati- y corren hacia el Atlántico. Algunos son navegables desde territorio ecuatoriano. Y así este pequeño país contrastado y desigual mira -para un futuro de esperanza- hacia dos mares y dos mundos, con la mirada verde -verde como el símbolo de la esperanza- de dos selvas: la selva occidental y la enorme selva amazónica de Oriente.

UNA ENCRUCIJADA DE LA GEOGRAFÍA

El Ecuador es un drama de la geografía.

El factor geográfico actúa en él con una intensidad primordial. No es sólo el ambiente físico lo que determina de inmediato la existencia ecuatoriana, sino lo geográfico en su sentido más extenso de posición en el mundo.

Hasta su vago nombre está determinado por ese factor: Ecuador -nombre geométrico y geográfico- es una denominación postiza que nada significa en la tradición y que se debió a circunstancias accidentales en vez de ser una denominación expresiva.

La tradición señalaba el nombre de Quito como el indicado para expresar la nacionalidad de modo más arraigado en la conciencia del pueblo y con un sentido histórico más rico de contenidos. Antes de existir como República independiente, el Ecuador fue: Gobernación independiente de Quito y luego Audiencia y Presidencia de Quito y más remotamente había formado el Reino indio de Quito, si nos atenemos a la tradición un tanto borrosa y controvertida de los Shyris. Sólo una fortuita circunstancia determinó la nominación: el haber dado el nombre de Ecuador a un departamento de la Gran Colombia en las leyes de división territorial de aquella unidad transitoria. Ni siquiera fue a la totalidad del actual territorio ecuatoriano. Pero el país nació a la vida republicana con ese nombre que nada significaba en su vida histórica ni en su leyenda nacional.

Su posición en el mundo -bajo la línea ecuatorial- no justificaba la denominación. En cambio determinó un conjunto de hechos que constituyen hasta ahora un sino que no ha sido posible vencer: en el momento en que el mundo se hacía atlántico -saliendo de la era mediterránea de la cultura- el Ecuador, situado sobre el Pacífico, en el centro del continente demasiado vasto, quedó fuera de las corrientes del comercio.

El siglo XV inició, con la conquista de las rutas oceánicas, el poseso de transculturación sobre el Atlántico. En el XVI fue el azul Caribe el mar de la aventura. Tanteando sus costas, en busca del camino hacia las Indias, partieron de ese mar los duros conquistadores del norte, los de la epopeya de México, los hombres del Darién y el Yucatán, lo mismo que los primeros aventureros españoles de la Florida. Explorando hacia el sur, los Yánez Pinzón y los Díaz de Solís avanzaron hasta el mar dulce de la Amazonía y luego Magallanes abrazó la cintura de la tierra con un inmenso cinturón de espumas.

Los litorales atlánticos ofrecían en el norte la ventaja de su mayor proximidad a Europa y de sus anchas vías de penetración: los ríos navegables. La colonización inglesa posterior no tuvo la peripecia heroica que la aventura española: vencimiento de imperios, conquista de altas mesetas, dominio de cordilleras ásperas, sometimiento del trópico. Se extendió hacia el interior por ríos apacibles. Se arraigó en una tierra propicia, de clima regulado por estaciones, más blando a veces que el clima europeo.

Los litorales atlánticos del sur ofrecieron al aventurero español o portugués una tierra rica, de especiería codiciada y de madera del Brasil. Hacia el sur del Pacífico se extendió solamente la masa de buscadores de metales. Cuando comenzó a vibrar la campana de plata del Potosí, acudieron hacia allá los hombres de la aventura. Se arraigaron en los lugares de riqueza minera: el Alto Perú, cuyo nombre despertaba en la imaginación de esos hombres la idea de lo fabuloso y de lo mítico. O se fijaron en los lugares en donde el clima les ofrecía semejanza con la Europa añorada, como ocurrió en el sur chileno.

Situado en un recodo del Pacífico, el Ecuador quedaba inaccesible. Para llegar a él había que vencer la ardiente manigua del Istmo de

Panamá. O que lanzarse por el Estrecho de Magallanes a desafiar tempestades. Las oleadas migratorias tuvieron que irse sedimentando en los lugares más fáciles y próximos. Las velas impulsaban demasiado lentamente los barcos para permitir que llegaran hasta ese lejano país de Quito los aventureros de la colonización.

Llegaron, sin embargo. En los primeros tiempos de la conquista, los atraía una leyenda. Contaban del tesoro perdido. Cuando el Inca quiteño Atahualpa, soberbio y majestuoso, quiso calmar la filocrisia del conquistador, le ofreció llenar de oro una habitación "hasta la altura de un hombre con los brazos alzados". Del sur peruano recién conquistado -Quito acababa de convertirse en conquistador- comenzaron a llegar las cargas de oro.

A lo largo de los reales caminos que trepaban por lo más fragoso de la cordillera, la procesión indiana llevaba hasta la fría Caxamarca el tesoro salvador ofrecido como rescate. Todos los ríos quiteños acarrean oro: los cañaris sabían labrarlo con primor sacándolo de las alturas de Nabón y Sígsig o del apacible río Gualaceo; sabían labrarlo también las demás tribus comarcanas. Y para salvar al Inca quiteño, la procesión innumerable caminaba horas y días por los caminos reales que trepaban la cordillera andina.

Una parte del tesoro no alcanzó a llegar. La suspicacia española quiso ver en la oferta fabulosa una manera de dar tiempo para la preparación del levantamiento indio. Atahualpa fue asesinado después de una farsa curialesca. Una ola de horror sagrado corrió por el reino quiteño y vibró con un sentido poético popular recóndito, maravilloso, la frase anónima: *Chaupi punchapi tutayacu* (anocheció en la mitad del día).

Mas no fue sólo la elegía desconsolada. Un hombre de estirpe quiteña llamó a la rebelión haciendo sonar un extraño tambor de guerra: Orominabí, o Rumiñahui. Ati de Píllaro, según cuenta la leyenda, mandó cortar la cabeza y sacar la piel al débil Quillascacha, el príncipe complaciente, listo a la colaboración con el conquistador, y con su piel hizo construir el épico tambor. Acudieron a la llamada. Las tropas indianas se aglomeraron. Se dio la batalla. Y Rumiñahui, vencido, fue quemado en la ciudad de San Francisco de Quito, que acababan de cristianizar los españoles.

La noticia del tesoro hizo arder la mente de los españoles. Sebastián Moyano nativo de Belalcázar, lugarteniente de Pizarro, subió desde San Miguel de Piura en pos del tesoro. Diego de Almagro, el socio del Marqués Gobernador, llegó a la zaga. Desde Guatemala, después de un ascenso heroico de la cordillera, llegó a Quito el Adelantado don Pedro de Alvarado.

Pero el tesoro indio jamás descubrió su secreto.

Lo buscaron en las breñas y las llanuras. Exploraron en la terrorífica soledad de los Llanganatis. Excavaron en las tierras de Loja. Inútilmente. Hasta hoy el tesoro sigue guardando su mudez de secreto. Se calcula que más de veinticinco mil cargas de oro, cada una del peso de una arroba española, están bajo la tierra.

A pesar de ello, el siglo XVI quiteño fue el siglo del oro.

Los ríos fueron explorados. El río de Paute, cristianizado con el nombre de Santa Bárbara, vio remover sus aguas de maravilla. Se hundieron los cuerpos indios, bajo el látigo del capataz mestizo o blanco, en las aguas heladas de los altos ríos cordilleranos o en los orientales, sonoros de espumas y de mosquitos. Se siguió el trabajo de la metalurgia iniciado por la sabiduría de los Cañaris y otras tribus. Surgieron ciudades en la jungla: Sevilla del Oro y Logroño de los Caballeros, fundada ésta por el capitán don Bernardo de Loyola y Guinea, en la selva densa y ardiente de los declives amazónicos, allá donde los ríos que horadaron la piedra de las montañas se tienden sobre las planicies sedimentando sus pepitas de oro.

Pocos años después de la Conquista, cuando el volumen de hombres blancos era escaso para poblar las extensiones ilimitadas del continente, Sevilla del Oro y Logroño llegaron a tener 25.000 habitantes, según lo consigna el P. Vacas Galindo. Y cuando, en 1599, la voz bronca del caudillo jíbaro Quiruba llamó a la rebelión a los selvícolas, murieron, bajo las lanzas diestras y las flechas envenenadas, 12.000 blancos y 7.000 mujeres fueron raptadas, incluyendo las monjas enclaustradas de la Concepción. La selva devoró luego las ciudades, cuya huella jamás volvió a encontrar el hombre.

En 1549, luego de la llegada blanca, las viejas minas de Zaruma -después copiosamente explotadas por la South American Development- comenzaron a sentir que el hombre les hurgaba las entrañas. Y el heroico capitán don Alonso de Mercadillo fundó la Villa y Real Asiento de Minas de Zaruma.

Pero pronto la oleada migratoria del XVI -el siglo del oro quiteño- refluyó hacia tierras más fáciles y prósperas. La tierra ecuatorial rechazaba al hombre. No sólo por la dificultad de llegar hasta ella, sino por la dificultad de penetrarla. Selvas extensas obstaban el paso de las cabalgaduras. Ríos bravos y anchos cortaban los senderos. Grandes pantanos les oponían trampas peligrosas. Y luego, para llegar a las mesetas templadas, gratas para el europeo, había que subir los peldaños de una cordillera áspera y fragosa. Demasiado alta. Inaccesible. Custodiada en sus laderas por la vegetación formidable del subtrópico y coronada arriba por el páramo cortante, frío, en donde pasea el viento andino aullador y desapacible.

Las corrientes de migración se apartaron. No llegaron en el XVII, siglo de la sedimentación propiamente colonizadora. Ni en el XVIII, de la estructura colonial definitiva. Ni siquiera en el XIX, emancipado políticamente. Para que el Ecuador comenzara a vivir internacionalmente tenía que esperar que pasara la era atlántica y, que llegara, la gran era ecuménica que conquista los mares remotos y los océanos distantes con la máquina de petróleo. Y sobre todo, tenía que esperar ese fíat creador del hombre que unió los océanos desunidos: el Canal, que vio la voluntad mística del español, que soñó el genio clarividente de Bolívar y que realizó la paciencia domesticada y la técnica del norteamericano.

El Ecuador se incorpora al mundo cuando el resto de América está ya en avance. Llegó tarde a las rutas comerciales. Se incorporó tarde a la vida ecuménica. Cuando ya las corrientes migratorias se habían lanzado en busca de las fáciles regiones del norte. Cuando ya el Atlántico había servido de sendero para las ansias religiosas del puritano, para la rapaz aventura del mercader, para la voluntad intrépida del aventurero.

Tenía que esperar, también, que la técnica venciera la aspereza tenaz de su geografía que el vapor pudiera subir fácilmente sus ríos, que

las paralelas de hierro dominaran la oposición de la montaña, que la ingeniería aprendiera a domesticar los pantanos.

El determinismo geográfico es más intenso mientras menor es el desarrollo técnico. En un principio, la geografía es primordial. Lo telúrico, el paisaje, la posición en el mundo, determinan de modo absoluto el destino del hombre. Es un drama patético: o la naturaleza vence al hombre y lo sojuzga a su imperio sombrío e inconsciente, o el hombre vence a la naturaleza y la somete a su designio. El determinismo geográfico ha dominado en el escenario ecuatoriano durante siglos. Sólo ahora comienza la lucha del hombre por vencerlo. Y es en esa lucha en donde radica el patetismo de sus dramas políticos, de sus revoluciones sangrientas, de su inestabilidad social. El Ecuador es un país en nebulosa que busca todavía sus núcleos condensadores. Un país en formación económica. Y su vida aún está regida por las determinaciones de su medio geográfico.

Ese medio geográfico es de extraordinaria complejidad. La posición del país -bajo la línea ecuatorial- sugiere de inmediato la idea de la exuberancia, del tropicalismo, del calor agobiador, del clima malsano e insalubre. El nombre mismo de Ecuador despierta la asociación de África con sus pantanos bullentes y su selva agobiadora, acechante de muerte y tatuada de peligros. Sin embargo, pese a ser un país tropical y ecuatorial, las condiciones de existencia en él tienen óptimas ventajas.

Hay dos factores que modifican las condiciones ecuatorianas: las enormes elevaciones de los Andes, muy próximas al mar, y las corrientes alternativas que se acercan hasta sus litorales.

Pío Jaramillo Alvarado ha dicho la frase definidora: "El Ecuador es los Andes". La cadena vertebral de montañas americanas, que en Sudamérica es los Andes, se divide al llegar al Ecuador en ramales paralelos: la cadena oriental, que atalaya los bosques de la Amazonía, y la cadena occidental, que mira hacia el Pacífico. Entre el océano y la cordillera se tiende la verde tierra tropical, la zona maravillosa que, según estudios técnicos es de prodigiosa riqueza en humus, sólo comparable a las tierras de Java. Entre los dos ramales de la cordillera, la meseta interandina ríe

en la gracia de sus valles y sus zonas templadas paradisíacas. Más allá de la cordillera oriental se tiende la inmensurable tierra amazónica, a la que bajan reptando los ríos ecuatorianos ricos de oro: el Napo, el Pastaza, el Morona, el Zamora.

La acción andina sobre el clima es decisiva. Sirve para la condensación de la evaporación del bosque y determina el ritmo de las lluvias. La nieve perpetua y los vientos que salen por las bocas rugosas de sus abras, enfrían el ambiente litoral que de otro modo sería de calidez rigurosa. Y da a la meseta interandina -la zona templada- su eterno y grato clima semejante a la primavera o al otoño septentrionales.

Esta acción modificadora del clima impone al Ecuador una variedad extraordinaria y peligrosa: la selva tropical caliente, la zona templada y grata de los valles, el rigor del páramo frío, la zona glacial de la nieve perpetua se encuentran reunidos en una zona territorial reducida e imponen al hombre ecuatoriano una diversificación que retardó -y retarda aún- el proceso de unidad política y económica.

Propiamente -y si se prescinde de diferenciaciones más particulares- hay tres países unidos y aún no vertebrados de modo definitivo: la zona litoral, húmeda, de grandes bosques y de tierra excepcionalmente fértil, la zona interandina, templada, de clima grato hasta los 3.000 metros, en donde han prendido todos los árboles europeos y se madura la espiga del cereal: trigo, cebada: la zona del pan y de la fruta; y la zona amazónica oriental, que tiene rasgos climáticos distintos de los de la zona litoral aun cuando posea las calidades genéticas de tropicalismo.

Además de la acción modificadora del macizo andino, hay otro factor determinante: el mar. Hasta el Cabo Blanco, en el norte del Perú, sube la corriente antártica a la que dio su nombre el sabio Alejandro de Humboldt. La acción de esa corriente fría rige la existencia del litoral peruano estéril y reseco. Desde ese punto, la corriente de Humboldt se desvía hacia el oeste y se aleja por las soledades océanicas, después de pasar por las islas encantadas de las leyendas románticas: el archipiélago de Colón o Galápagos.

Mas un ramal de dicha corriente se acerca al litoral ecuatoriano. Se hunde un tanto en el Golfo de Guayaquil, sigue hacia el norte, y a la altura del cabo que los españoles bautizaron con el nombre de Pasao o Pasado, dobla definitivamente hacia el oeste.

La acción de la corriente antártica de Humboldt en el clima peruano y ecuatoriano no fue bien determinada. La aridez de la costa peruana llevó a sabios como Raymondi y Bouger al círculo vicioso de una explicación simplista; la falta de lluvias era explicada como consecuencia de la falta de vegetación. Pero, a su vez, la falta de vegetación sólo era explicable por la falta de lluvias. Fue un sabio de vida apasionada el ex-jesuita Teodoro Wolf, de la Politécnica de Quito un ex-sacerdote que trocó a San Ignacio por Lutero y es quien había de dar la explicación certera; la corriente antártica, al enfriar la extensa superficie marina, no permite la condensación de la humedad sobre la tierra caliente, sino que se precipita en forma de tenues garúas y densas nieblas sobre el mar.

La acción de la corriente es, de este modo, doble: aridece la tierra por la falta de lluvias, y refresca el ambiente con sus brisas frías que van, recorriendo las sabanas aridecidas, hasta Guayaquil, cuyas noches durante la estación seca tienen un clima delicioso y tónico.

Los Andes y el mar rigen la vida del país. Mas su determinismo no es inevitable ni su acción homogénea. La cordillera dividida se une, de trecho en trecho, por nudos montañosos que dan a la región interandina un aspecto del país de hondones y de hoyas: los nudos de Boliche, Mojanda-Cajas, Tiopullo, Sanancajas-Igualata, Tiocajas, Azuay, Portete-Tinajilas, Ancayana-Guagrahuma y Cajanuma, dividen la zona interandina en nueve hoyas diferenciadas difícilmente accesibles una a otra. A veces los hondones de la cordillera son tan profundos -como en el Chota y Yungilla- que en medio de la serranía se encuentra el trópico con todas sus características.

Tampoco la llanura litoral es uniforme. La sección sureña, sometida aún a las condiciones genéricas del litoral peruano, sufre la acción aridecedora de la corriente de Humboldt con dos modificaciones importantes: la aproximación al mar de la cordillera en el sur, que crea el sistema del Jubones y la sección rica del Guabo, y la elevación de una pequeña cordi-

llera, la de Colonche, que en el norte de la provincia del Guayas se aproxima al mar, condensa la humedad, y forma un oasis maravilloso de Manglaralto a Colonche y Guangala.

Desde el punto en que la acción de la corriente fría deja de hacerse sentir, campea el trópico con toda su riqueza lujuriante: el norte de la provincia de Manabí y toda la de Esmeraldas, bella como un ensueño de la naturaleza.

La acción de esa corriente, que modifica el clima, la vegetación, el régimen de lluvias, las condiciones mismas de la vida humana, es a su vez modificada por la rítmica corriente cálida que, desde enero hasta mayo, visita las costas del Ecuador. Esta corriente -mal estudiada todavía-, que aparece en los días cristianos de la Navidad, y que por lo mismo ha sido bautizada con el nombre de corriente del Niño, recorre el mar en un sentido opuesto: de norte a sur. La tibieza de sus aguas modifica la corriente fría. El mar se hace tibio. Y entonces es posible la precipitación de las lluvias abundantes sobre la tierra aridecida y caliente. La sabana gris se viste de verde. Hay alegría animal y vegetal: una euforia de la naturaleza que se baña de sol, de lluvia y de cantos.

Esa corriente parece tener cierta periodicidad: ciclos de siete años en que se hace más intensa. Y llega a serlo tanto que a veces el cambio de la salinidad y la temperatura provocan la fuga de las variedades de peces del litoral. Vuelan entonces grandes bandadas de aves marinas hambrientas hasta los pantanos de la región tropical -de tierra adentro- a la que no ha llegado la acción de las corrientes. Nubes de pájaros vuelan, días y días, como un presagio siniestro para las gentes sencillas de la campiña litoral.

Las condiciones externas de carácter geográfico determinan de este modo la vida ecuatoriana Le imponen su dramatismo. Le impiden la aglutinación en el presente como antes le impusieron por la excentricidad, el aislamiento. Y si bien este determinismo no es invencible para la técnica, aún es patente en el drama de la vida ecuatoriana.

EL DUELO DE LA SELVA Y LA MONTAÑA

Entre los Andes -gigantescas arrugas de la tierra- y la selva tropical bullente de vida informe, se desenvuelve la existencia del hombre. El escenario es descomunal y le impone un sino de lucha contra fuerzas elementales demasiado grandes.

La falta de uniformidad, y la diferenciación bioclimática le imprimen, como pueblo, una fisonomía especial. La geografía no es un factor aglutinante, unificador, sino por el contrario, dispersante, centrífugo. En vez de un país ha creado tres países aún imperfectamente unidos, y dentro de cada uno de ellos las modificaciones impuestas por el determinismo geográfico han creado variedades hasta hoy inconciliables.

Ni el occidente tropical, ni el centro interandino, ni el oriente inasimilado forman, cada uno, unidad geográfica. Están cada uno en sí mismo, dominados por el factor de la dispersión.

La llanura litoral, con sus costas áridas, tiene una bioclimática diferente que el mismo litoral en las zonas selváticas del trópico puro. Aun el factor hombre es tan disímil, que entre el mulato de las zonas boscosas -el montubio- y el indígena supérstite de las costas -el cholo-, hay diferencias psicológicas y sociológicas profundas. Entre el mestizo que domina en los lugares de junción de trópico y serranía y el negro de la zona tropical esmeraldeña, no hay proximidad alguna.

La alimentación difiere por la violenta imposición del clima: el costanero es ictiófago, con rica alimentación proteinada, y el selvícola es más frugívoro y consumidor de la gramínea dominante: el arroz.

La serranía tiene, a su vez, diferenciaciones profundas. Ni la base común del indio es idéntica. No se puede hablar del indio ecuatoriano. El gallardo indio de Otavalo, región de lagos y tierra fértil, poco tiene de común con el indio oprimido de las zonas centrales. El salasaca, antiguo mitimae traído desde el Alto Perú, no se concilia con el zámbiza quiteño. Ni tiene rasgo alguno semejante el indio cañari con el saraguro que invade a veces la zona costanera del sur, bajando desde el austro andino.

Y es que todos los factores geográficos ecuatorianos fueron dispersantes: la hoya serrana, que encierra al hombre; la selva litoral, que ejerce una acción centrífuga; el duelo de la selva y la montaña, que tuvo importancia primordial antes de que principiara la domesticación del pantano y la disciplina de la pendiente por la ingeniería que sujeta la naturaleza a sus designios.

Ningún nexo firme podía establecerse entre dos tipos aislados y tan diferentes. El Incario no pudo sojuzgar al selvícola. La Colonia vivió en riguroso separatismo. Para vencer el obstáculo de la selva y la montaña al paso del hombre había que aventurarse en peripecias heroicas. El viaje regular, antes de que el ferrocarril uniera a la selva y la montaña, significaba once días de angustia, trepando sobre el lomo, erizado de horror de las cuestas, subiendo las pendientes resbalosas de lodo y de muerte, agarrándose con el casco del mular a las laderas inclinadas y cruzando, sobre puentes débiles, abismos envueltos en niebla y espanto.

La selva y la montaña se miraron hostiles. Las primeras tentativas de penetración del hombre de la meseta en la selva occidental fueron inútiles. Ni los conquistadores de imperios de la Incanidad -Túpac Yupanqui y Huayna Cápac- pudieron someter a su voluntad, sino ocasionalmente, las tribus de las tierras bajas. Tampoco pudo el indígena de la meseta sojuzgar al selvícola de Oriente. Ni el blanco en cuatro siglos pudo someterlo. Aún vagan en lo recóndito de la selva occidental de Esmeraldas el cayapa, errátil y voluntarioso, y el colorado, con su piel pintada de achiote. Y vive en soledad soberbia el indio oriental, el indómito jíbaro hostil a toda tentativa reductora y el auca, señor y rey, cada hombre, de su selva y de su propia vida.

La selva actuó desde los días primeros como un elemento dispersante. La vida del selvícola no tuvo complejidad. Era pescador en ríos abundantes y cazador en selvas hirvientes de fauna. Era frugívoro en regiones en donde la fruta cae por su propia madurez en manos del hombre. No tenía la necesidad del vestido abrigador, en climas cálidos en donde la única defensa requerida -la protección contra la lanceta del

mosquito- podía encontrarla en el rojo achiote. Ni se le imponía la necesidad de la vivienda compleja y estable, pues su choza de guaduas podía transportarla o abandonarla fácilmente para ir a lugares más lejanos.

La selva, de por sí, es un factor centrífugo. La muralla vegetal del árbol imposibilita la unión tribal, la aglutinación de grupos humanos. Salvo en las zonas costaneras de mar y de llanura, o en la tierra insular de Puná, ninguna otra sección ecuatoriana del litoral pudo estructurar organizaciones sociales definidas.

En la zona amazónica viven aún los grupos humanos mínimos, apenas unidos por lazos familiares inmediatos, dispersos en la selva. Salvo en las orillas de los ríos, cuyas aguas viajeras sirven de nexo unificador, no es posible que la selva permita la formación de grupos más extensos.

La ejemplificación puede extraerse de la actual organización del salvaje selvícola, occidental y oriental. El indio cayapa vive en las orillas de su río -el Cayapas- en pequeños grupos familiares. El río es su vehículo. La piragua lo conduce y lo vincula. Pero no admite la unificación política sino como necesidad de vinculación con ese mundo blanco que tiene que soportar de mala gana: ninguna autoridad civil o militar ejerce sobre él un dominio. Su propio cacique o gobernador indio es el intermediario entre los grupos dispersos y el hombre blanco, en las relaciones políticas.

El cayapa no ha podido formar unidad. Vive en grupos familiares y no es sedentario, sino que aún conserva cierto nomadismo. Pero el río unificador le ha impuesto rasgos comunes de sociabilidad. El pueblo -el viejo pueblo de San Miguel de Cayapas- no sirve para la vida estable, sino para la ceremonia anual de reconocimiento y solidaridad. Aparte de ese nexo común, la individualidad solitaria es la que domina en el maravilloso escenario en que desenvuelve su existencia.

El colorado, cuyo espacio de vida transcurre en la planicie extensa y rica que queda entre los Andes y la región costanera -la enorme planicie

de Santo Domingo de los Colorados-, no tiene el mismo nivel cultural. Forma agrupaciones incidentales.

El selvícola de la región oriental amazónica tiene rasgos físicos semejantes: el acentuado tipo mongoloide y ciertas semejanzas de estructuración social. Pero es más impermeable y hosco. Más agresivo y hostil.

La tipología étnica del Oriente es bastante diferenciada. El yumbo es diverso del jíbaro y éste del záparo o el cofanes. Las diferencias lingüísticas no son simplemente dialectales, sino que constituyen variaciones definidas. Entre el quichua más o menos degenerado del yumbo y el agudo idioma monosilábico del záparo hay diferencias fundamentales.

El yumbo es el habitante próximo del altiplano. Ocupa las laderas y pendientes cercanas a los Andes y es, posiblemente, el sucesor de tribus o grupos fugitivos de las duras condiciones impuestas por la conquista y la colonización españolas. Aún la selva no ha marcado su garra fuerte sobre el yumbo. No tiene el soberbio sentido de independencia y la fuerte individualidad que produce una vida de constantes contactos con el peligro. Es, por lo mismo, el más permeable a la acción civilizadora que se traduce en domesticidad.

El jíbaro, como el auca, es indómito, fuerte, musculoso, ágil, dominador de ríos y señor de selvas, cazador errátil y certero, guerrero de oficio, polígamo y señor de su serrallo, sin relaciones tribales acentuadas, es el individualista por excelencia, que no admite traba para su ancho círculo vital. De la civilización sólo acepta lo útil: la carabina que alarga el radio de la muerte o la escopeta para la cacería, el puñal de hoja fina y el largo machete que prolonga la mano mortífera hasta el corazón del enemigo. Alguna cosa de adorno brillante. Pólvora. Y nada más.

No cubre su desnudez sino con abreviados vestidos. Usa el cabello redondeado como una melena de mujer, con cerquillo que traza una línea paralela con los ojos vivaces y penetrantes. Se adorna con collares de dientes de mono o de plumas vistosas. Unta su cara de rojo y negro, en arabescos caprichosos o en líneas.

Su honor, su alegría y su vida dependen de la guerra. Es, ante todo, guerrero. La cerbatana envenenada o la escopeta pedida al hombre blanco son sus armas. Y cuando alcanza la victoria, se prepara a la fiesta de la *tzantza*, la cabeza disecada del enemigo que reduce, por métodos misteriosos y rituales, al tamaño de una naranja. Bebe entonces el *natema* profetizante y se prepara para nuevas correrías por la selva de la que es señor.

El jíbaro, como el auca, no forma unidades tribales. Pero pacta alianzas accidentales que convoca con la voz de lejanía del *tunduli*, el tambor hecho con un tronco hueco, que lleva la palabra del selvícola a las más remotas distancias.

Toda tentativa civilizadora ha fracasado. Ni el Inca pudo someterlo ni el blanco domesticarlo. Huayna Cápac fracasó en su intento frente a las flechas agudas de los pacamoros. Quiruba, el jefe indio, acabó con el sueño de dominación blanca destruyendo, en el siglo XVI, las opulentas ciudades españolas de Sevilla del Oro y Logroño de los Caballeros. Y aún en estos días de fusiles mecánicos, caen con frecuencia los exploradores bajo la asechanza invisible del jíbaro emboscado. Pero cuando se piensa en lo que es la *civilización* para el selvícola, cuando se recuerda a los indios cazados con perros, quemados vivos, asaeteados o ahorcados en las horribles caucherías de los Arana, en pleno siglo XX, no tenemos por qué ponernos sentimentales si la flecha jíbara defiende la integridad de la selva a la penetración blanca que le quitaría su libertad, su dominio y su soberbia independencia.

El arte de matar y de reducir la cabeza de las víctimas a *tzantza*, no es, sin embargo, hábito fortuito o amor de coleccionista a la manera de un filatélico o de un recopilador de condecoraciones. La cacería de cabezas tampoco es un deporte. Es un ritual. Y sólo se convierte en *tzantza* la cabeza del enemigo a quien se mata en guerra. A no ser que el excesivo interés del blanco por el trofeo -más codicioso aún que el del salvaje- haga alguna vez industrializar la producción para satisfacer los pedidos de viajeros excéntricos.

El záparo difiere del jíbaro en estructura corporal y social. Vive en los ríos sureños. Pío Jaramillo Alvarado, gran orientalista, lo ha llamado

"un súbdito chino extraviado en nuestras montañas tropicales". Es menos agresivo en sus hábitos. Más huraño en su insociabilidad.

Ninguna de las variedades étnicas de la selva oriental muestran capacidad para la aglutinación social más allá de vagas formas tribales. Sus hábitos son errátiles. La selva actúa como elemento dispersante e impide la acción unificadora.

La actualidad de la vida salvaje, en las zonas tropicales del Ecuador, ejemplifica lo que debió ser la existencia social anteincaica. Los núcleos sociales que encontraron los conquistadores blancos estaban a orillas de los ríos, como los atacames y esmeraldeños en el norte y los huancavilcas y daulis en el sistema del Guayas; o en la zona pampeana de la costa, como Manabí y Santa Elena, cuya proximidad al mar hacía posible la existencia de poblados; o en territorio insular rico, como en la Puná incrustada en el golfo de Guayaquil.

Entre los núcleos marítimos y la serranía, en donde se habían formado agrupaciones permanentes, estaba la selva poco habitada o con tipos de indígenas muy semejantes a los actuales salvajes de oriente y occidente. La gran muralla vegetal obstaba el paso. Y el duelo tuvo que ser sañudo. Toda tentativa de imponer a la selva la disciplina de la meseta, fracasó.

La meseta tampoco pudo aglutinar una unidad. Existían en ella elementos centrípetos, ciertamente. El clima frío obligaba a viviendas permanentes, de gruesas paredes abrigadoras. El vestido imponía la cría de ganado lanar: la llama de línea grácil. La alimentación había que sacarla del suelo mediante lenta preparación, siembra y cosecha: el maíz era la base. Había, pues, los elementos para una sedimentación. Para una disciplina unificadora.

La meseta, por lo mismo, estructuró desde pronto tipos estables, con vínculo de solidaridad estrecha y prieta interdependencia de hombre a hombre. Una fuerza cohesiva ató los grupos tribales. Y fue posible la existencia de una disciplina social.

Pero la meseta tampoco es uniforme. La configuración geográfica divide la región interandina en un cuadriculado de hoyas custodiadas por

los macizos andinos y los nudos que unen las cordilleras paralelas. Y esta configuración geográfica determinó en gran parte una tendencia al aislamiento. Una impermeabilidad social de grupo a grupo. La sedimentación no se realizó en extensión, sino en profundidad. Y esto determinó la diversificación prolija de los grupos tribales en tantas formaciones como hoyas andinas, apenas unidas por vagos vínculos de comercio o relaciones de guerras cruentas y fortuitas.

Las hoyas, de norte a sur, configuran una variedad social y política altamente diferenciada: la hoya de Quito llegó a ser un núcleo diferente de la de Ibarra; los núcleos del Ambato, distintos de los Puruhaes de la hoya de Riobamba; los cañaris de la hoya del Azuay, diversos de los paltas y saraguros más australes. Diferenciación que, naturalmente, no es absoluta y hermética, pues relaciones inevitables tenían que producirse.

Esa tendencia al aislamiento diversificó el sentimiento y los vínculos sociales por mucho tiempo. Y aún determinan en el Ecuador actual separatismos no sólo regionales sino locales.

Esas condiciones del Pre-incario están aún subsistentes. Aún son los ríos los núcleos organizadores de la vida en la selva y las hoyas los centros de sedimentación bastante diferenciada de los grupos sociales. Una distinción fina puede encontrar diferencias dialectales, modismos idiomáticos, diversidad de costumbres, de alimentación, de formas del sentir religioso, no sólo en las regiones sino entre las hoyas, aún bastante impermeables.

Los tipos de producción, las condiciones de adaptabilidad, son diferentes de zona a zona. Y si bien desde comienzos del siglo XX se ha iniciado el proceso de aglutinación mediante los ferrocarriles y los caminos carreteros, ese proceso está aún incompleto y ofrece una modalidad extraña de país aún imperfectamente unificado, en el que la diferenciación geográfica marca una huella separatista entre las regiones y las zonas regionales.

Las condiciones de clima imponen diferencias regionales violentas. El clima tropical, de influencia marítima, de la costa; el templado del

valle; el frío del páramo; el continental sin influencia marítima, tropical puro, de la Amazonía son de tan agudo contraste que exigen procesos biológicos enteramente diversos al hombre blanco y actúan como diferenciadores psíquicos y sociales.

El problema del Litoral y del Oriente es el debatido problema de la adaptación del hombre a los trópicos, el de la transformación biopsíquica que implica todo trasplante humano. Y es natural que tal problema imprima a las poblaciones del litoral, ya que hasta ahora no se intenta la colonización oriental, una fisonomía peculiar.

En la adaptación del hombre blanco al litoral hay que establecer diferenciaciones. El clima costanero, de influencia marítima, no ofrece casi problema. La zona sometida a la influencia de la corriente fría de Humboldt es fresca y grata. De clima seco, pues la humedad es absorbida ávidamente por la enorme extensión casi desértica. La cantidad de agua que cae en la costa de la península de Santa Elena es de 393 mm. El calor no es intenso y se reduce a pocas horas del día en la estación lluviosa. Hay un promedio de 23 grados centígrados, que constituye un ambiente sumamente grato. La vida al nivel del mar no exige adaptaciones violentas.

En la zona tropical el problema varía. La humedad es densa. Caen en Babahoyo 2.438 mm. de lluvia como promedio. La selva tiene una respiración húmeda y caliente. La adaptación del hombre blanco se dificulta. Debe adecuar su sistema glandular de secreción superficial.

El problema de adaptación al trópico ha sido motivo de largas discusiones que no es del caso reproducir. Pero puede señalarse como línea aceptada que es un proceso en que entra en gran parte el color o pigmentación de la piel. La piel del hombre habituado a climas fríos no se adapta fácilmente. En este sentido es el negro quien tiene óptimas condiciones de adaptación al medio.

Aun el indio tropical, según la opinión de Vidal de la Blache, en sus *Principios de Geografía Humana,* no está íntegramente capacitado para soportar el trabajo intenso bajo el quemante sol del trópico.

> La intensa coloración de la piel, la actividad de las glándulas de secreción, que es su consecuencia, constituyen para los negros una ventaja sobre las demás razas que también viven en las regiones tropicales; la evaporación activa que se produce en la superficie de los tejidos, y el enfriamiento que la sigue, mantienen el equilibrio entre el calor del cuerpo y el calor exterior. El indio de la Amazonía está, por consiguiente, muy lejos de hallarse bien dotado para resistir su clima.

Para el indio de la serranía o el hombre aclimatado a la meseta, el proceso de adaptación al trópico exige esfuerzos biológicos extraordinarios, lo que hace más impermeable la selva y más difícil su conquista para el hombre del altiplano. La superficie de la piel del hombre interandino, cuyo *hábitat* tiene elevaciones enormes y está sometido al frío permanente de un país sin estaciones, no posee las mismas condiciones de las del negro que constituyó la base étnica de los litorales después de la conquista española, o del mulato que es la variedad predominante de la población litoral en la República.

Además de las dificultades físicas de ambiente, el clima actúa en el Ecuador como una barrera en esta lucha de la selva y la montaña. Pues, a la inversa, la alta meseta opone a la penetración del hombre del trópico enormes dificultades de adaptación biológica, modificaciones del sistema circulatorio, de los tejidos retículoendoteliales y de las secreciones endocrinas.

El investigador brasileño Osorio de Almeida sostiene que:

> la aclimatación consiste esencialmente en la modificación lenta y progresiva del metabolismo basal hasta su fijación en un valor compatible con las condiciones nuevas de clima en que se encuentra el individuo.

Ese proceso de adaptación, observado por dicho investigador en las tierras bajas del Brasil, es más intenso en cuanto se refiere a la meseta. Ya Marinelli había establecido que un clima superior a 1390 metros trae una disfunción glandular. Y esos estudios han sido cuidadosamente continuados por Mantegazza, Samper y Jourdanet. Este último que estudió las

condiciones de adaptación en las mesetas mexicanas, establece como causas modificadoras la menor presión atmosférica, que rompe el equilibrio entre la presión externa y la tensión interna, y la rarefacción del aire, que impone la menor absorción de oxígeno por el pulmón, lo cual obliga a un esfuerzo respiratorio mayor y sería la causa del ancho tórax del indio mexicano en comparación con el hombre europeo.

Los estudios acerca de la adaptación del hombre a la meseta andina han recibido dos aportes valiosos: los del médico peruano Monje, quien describe la enfermedad de la altura, que lleva su nombre, el soroche, y las investigaciones de ese gran talento y gran corazón que fue el médico ecuatoriano doctor Gualberto Arcos.

En un prolijo estudio acerca de la *Biotipología del habitante del Altiplano*, el destacado investigador ecuatoriano señala lo siguiente:

> El límite superior de la humanidad en Europa está a 2.500 metros de elevación en pequeñas cabañas de los Alpes. Entre nosotros las ciudades y los lugares habitables están hasta 3.500 metros; y los habitados hasta 4.200. En las haciendas de la cordillera los caseríos llegan al límite inferior de las nieves eternas... El organismo que no soporta esas influencias y no puede adaptarse por ley natural de la supervivencia de la especie, emigra en busca de medios más favorables. El mestizaje de blanco e indio proporciona las cualidades de la raza autóctona. La raza humana es esencialmente cosmopolita; pero precisa anotar lo que acontece entre nosotros: los negros transportados a América desde las ardientes costas africanas no han establecido poblaciones en los lugares altos, de clima templado y baja presión barométrica. Habitan las regiones del país en donde los rayos solares permiten el funcionamiento normal del mayor número de glándulas sudoríparas que por centímetro cuadrado tiene la piel del negro. Para vivir a 2.850 metros sobre el nivel del mar, altura de Quito, todos los hombres de todas las razas del globo tienen que ensanchar el perímetro del tórax; multiplicar por mm3 el número de glóbulos rojos del plasma sanguíneo; desviar hacia la alcalinidad del PH de la sangre para desviar la concentración "tampón"; aumentar la tasa de la hemoglobina, para por medio de la catálisis del hierro, que es la función respiratoria, captar el oxígeno necesario para la combustión. Y deben, entre

> otros factores más, aumentar los diámetros del corazón derecho y acrecer el espesor y resistencia de las válvulas mitrales, como ha demostrado el doctor M.E. Bejarano en más de 100 necropsias de habitantes de la meseta interandina. Estas funciones de adaptación y aclimatación, permiten al hombre y a los seres vivos del Antiplano equilibrar, con rendimiento normal, a cada especie, el fisologismo en atmósfera donde, por expansión de la mezcla gaseosa, el oxígeno está en tensión menor por unidad de volumen.

Las condiciones climáticas, de un modo u otro, han ejercitado una acción diferenciadora. Evitan el contacto y la permeabilidad regional que, naturalmente, se hace, pero a costa de enormes esfuerzos biológicos y psíquicos. Y diferencian los aportes migratorios, que tienden a sedimentarse de acuerdo con las características bioclimáticas.

La montaña y la selva, separadas por corta distancia en kilómetros lineales, se miran hostiles. Pero tienen un sino fatal la complementación. En la búsqueda de esta ruta está el destino y el drama del pueblo ecuatoriano.

DRAMATIS PERSONAE

HOMBRES DE BARRO

El amanecer histórico ecuatoriano está envuelto en la niebla confusa de la leyenda.

¿De dónde llegaron los hombres de color bronceado a quienes en el español sonoro dieron el nombre de "indios"?

Vinieron de los cuatro puntos del horizonte:

Algunos creen que del norte llegaron oleadas migratorias de mayas, quichés, chibchas y caribes. Se detuvieron en los bosques Iitorales o siguieron como una leve oleada transeúnte. Influencias mayas pueden encontrarse en las viejas y sugestivas orfebrerías indianas de Esmeraldas y Manabí. Puede ser posible una zona de confusión con los chibchas norteños. Es probable una afluencia de las audaces razas navegantes de los caribes.

Vinieron quizás del sur: de las tierras yungas y del chimú. Quizás aymaraes. Posiblemente quechuas; si se atiende a la hipótesis de una organización prequechua que inquietó tanto al investigador de la prehistoria señor Von Buchwald. Con seguridad, hay afluencias mochicas dispersas en el territorio ecuatoriano.

Vinieron seguramente del oriente: no falta la hipótesis de migraciones amazónicas que trajeron sangre arawaca y caribe. El venerable testimonio del más antiguo hombre ecuatoriano, el *puninoide*, nombre dado por Eisckedt al hombre del pleistoceno encontrado en Punín (provincia de Chimborazo), habla de parentescos con la raza de Lagoa Santa y afirma, para algunos, la posibilidad de migraciones amazónicas hacia la cordillera.

Llegaron del occidente. En troncos flotantes y almadías, como grandes pájaros marinos, es posible que arribaran a Puná y Manabí hombres de razas lejanas.

Las migraciones pasaron de largo o se detuvieron. Se extendieron por las enormes regiones de los bosques tropicales o remontaron los ríos hasta las abras cordilleranas y penetraron en las hoyas andinas.

La prehistoria ecuatoriana está llena aún de misterio.

Leyendas brumosas hablan de los caras -¿caribes?- que dieron su nombre a la bahía de Caráquez y que después de una etapa transitoria subieron por el cauce inclinado del Esmeraldas hasta el Guayllabamba para penetrar así a la hoya de Pichincha, en donde encontraron viejas poblaciones que desplazaron. Así nació -según la controvertida historia del Padre Velasco- el reino de Quito o de los shyris.

La polémica en torno a la existencia de ese reino ha sido tenaz y dura. Doctas discusiones -no por doctas menos apasionadas- han girado en torno de los señoriales shyris que, si se atiende a la tradición, se expandieron hacia el norte y sur de Quito. Los arqueólogos, como el Arzobispo González Suárez y el notable investigador don Jacinto Jijón y Caamaño, han impugnado la tradición. Los historiadores, como el ilustrado "doctor en ecuatorianidades" Pío Jaramillo Alvarado y J. Félix Proaño, la han aceptado.

Si se acepta la leyenda, los shyris o señores de Quito extendieron su dominación por el norte hasta la hoya de Ibarra y por el sur hasta la de Chimborazo. La leyenda romántica del matrimonio de Hualcopo y Toa, cierta o falsa, expresa la unificación de dos grupos antes no eslabonados: los de la hoya del Pichincha -que habían sometido ya a los de la hoya de

Latacunga- con los de la hoya de Chimborazo. Y ambos, unificados, siguen hacia el sur en donde, en otra hoya geográfica, la del Azuay, se había desenvuelto la cultura del pueblo cañari.

Cualquiera que sea la extensión y veracidad de la tradición del reino de Quito o señorío de los shyris, refleja dos hechos importantes: la organización social y política por hoyas geográficas impermeables una a otra, que comienzan su fusión sólo en un estadio avanzado de la historia, y que, al llegar la última oleada migratoria, la del Incario, que conquista por las armas el territorio quiteño, esa unificación no estaba concluida.

Al rechazar la hipótesis del reino de Quito también es constatable otro hecho. El erudito investigador don Jacinto Jijón y Caamaño señala una gran diversidad de grupos lingüísticos o dialectales en el territorio del Ecuador. Y si bien admite la unidad común de algunos de ellos, puede establecerse la relación entre las hoyas geográficas y los núcleos lingüísticos diferenciados. El idioma caranqui se extendía hasta el sur de la hoya de Ibarra.

Puede pues afirmarse con probabilidad, que el territorio caranqui terminaba en Pomasqui, Puembo y Tumbaco.

O sea que eran estas limitaciones la última zona de influencia, ya en la hoya de Quito, de una cultura dominante en la hoya del norte.

En la hoya de Quito no existía una unidad idiomática clara. Al referirse a Cieza de León, dice Jijón y Caamaño:

> De Chillo y Alangasí no nos dice Cieza de León que sus naturales fuesen de la nación panzaleo, sino sus amigos y confederados y así debió ser, pues parece que andaban allí los elementos étnicos revueltos y confundidos.

El idioma panzaleo parece haber sido circunscrito por otra hoya geográfica:

> ...saliendo de Mocha para ir a la antigua Riobamba, siguiendo los páramos del Chimborazo y Carihuairazo, entraba en el país puruhá que estaba separado del de los panzaleos por el nudo de Sanancajas.

También la cultura puruhá estaba limitada por otro nudo:

> El nudo del Azuay y el cañón del Chanchán separaban el territorio en que se hablaba el cañari de aquel en que se usaba el puruhá... El nudo de Sanancajas era el lindero norte.

Más al sur, en otra hoya geográfica, la de Loja, dominaba otro idioma:

> De estos datos escasos se deduce que el palta era el idioma de una buena parte de la actual provincia ecuatoriana de Loja que se extendía hacia el SE y llegaba hasta Jaén.

Las investigaciones lingüísticas y arqueológicas parecen así coincidir con el hecho trasuntado por las leyendas y tradiciones: la existencia de una serie de culturas diversas en expresión idiomática, que corresponden a la característica geográfica de un país montañoso, con dos cadenas de cordilleras cortadas por nudos, o sea un país de hoyas cuya acción separatista se nota en el Pre-incario.

La acción separatista de las hoyas configuró una heterogénea variedad étnica sobre un corto territorio; una variedad lingüística que hacía más impermeable aún la cultura aislada en cada hoya a la penetración de las otras; una dispersión política que no llegó sino a aglutinar esporádicas reuniones tribales o estallar en violentas relaciones de guerra.

La tendencia parece haber sido más bien a extenderse o relacionarse cada hoya geográfica con su sección costanera respectiva por las abras de la cordillera labradas por los sistemas fluviales. El mismo Jijón y Caamaño señala el hecho de que la unidad lingüística caranqui se extiende hacia los colorados y la unidad lingüística de origen mochica o yunga se encuentra en las orillas del Guayas y se adentra hacia la cordillera por el río Yaguachi hasta el territorio cañari y puruhá. El río Zamora sirvió de camino de relación entre la parte austral de tipo palta con las extensas variedades étnicas de la Amazonía, pero de modo muy especial con el jíbaro.

La interpretación de esas zonas lingüísticas que señala el arqueólogo ecuatoriano, está demostrando la interdependencia que impuso la

geografía en la época anterior al Incario y cuya enseñanza hasta hoy no ha percibido la República: cada hoya está vinculada con una sección de litoral formando cierta unidad, debido, precisamente, a la heterogeneidad geográfica. Sea porque las culturas ascendieron desde el litoral a la meseta por los sistemas fluviales, sea porque la necesidad de comercio impuso a la meseta bajar hacia los litorales, el hecho es que esas zonas lingüísticas corresponden de modo claro a la correlación de cada hoya con el sistema fluvial que engendra: la de Chimborazo, Cañar y Azuay con Manabí, Guayas y El Oro; la de Imbabura con Esmeraldas; la de Loja con el Oriente amazónico.

Jijón y Caamaño afirma:

> En la actual provincia del Guayas se hablaban diferentes idiomas: ...los indios marítimos se entendían todos entre sí,...Guayaquil, Yacual, Colonche, Colonchillo, Chanduy, Chongón, Daule, Chonama, Goaya, Cacao y Vilao eran pueblos huancavilcas, esto es, que posiblemente usaban un idioma semejante al puruhá; mientras que los pueblos de Puná, cerca de Baba, Chillintomo, Pucheri y Nausa no estaban en la provincia de los Huancavilcas. Respecto de Chilintomo hay bastantes datos para creer que, hasta 1835, estaba poblado por colorados.

La unidad idiomática que él llama puruhá-mochica se extendía de ese modo en contraposición a la unidad idiomática caranqui- colorado.

> Así sólo pudo haber, al tiempo de la Colonia, existido contacto entre los varios pueblos de lengua puruhá-mochica en los lugares siguientes: entre puruhaes y huancavilcas por la hoya de Yaguachi; entre los cañaris y huancavilcas por el límite occidental del primero de estos pueblos; entre huancavilcas y manabitas, a lo largo de la costa. Entre el grupo ecuatoriano y peruano parece que la separación era casi completa, interponiéndose jíbaros y tallanas de tal modo que las relaciones sólo podían ser mantenidas por navegantes.
>
> Cada una de estas naciones había desarrollado una cultura peculiar; la del Guayas es diferente de la de Manabí; la de Puruhá, no obstante el innegable influjo manabita, es diversa e inconfundible

> con la de cualquier punto del Litoral; entre Cañar y Puruhá existen marcadas diferencias en todas las épocas conocidas; la cultura de los puruhá-mochicas, no obstante ciertas innegables relaciones, es muy diversa de la de los peruanos.
>
> La dispersión de estos pueblos, sus diferentes civilizaciones, son indicios de la antigüedad de sus movimientos migratorios; establecidos en un vasto territorio sin formar unidad política; su lengua debió fraccionarse en diferentes dialectos, poco más o menos diferenciados.[2]

Una correlación existe así, evidente, entre la poética leyenda, sentimentalmente defendida, de un reino de Quito y la fría crítica del arqueólogo que, basándose en las realidades supervivientes de las viejas culturas y en el estudio de la lingüística comparada, formula sus hipótesis. Y esa correlación se expresa en el hecho unánime de que, antes de la llegada imperialista de los Incas, existía en el territorio ecuatoriano cierta unidad, un poco difusa, al par que una diferenciación evidente producida por la geografía.

La unidad está dada por la común raíz mochica o yunga, que se extiende desde las bajas tierras calientes de los huancavilcas y desde las tierras de la actual provincia de El Oro hasta las secas tierras de los manabíes en la actual Manta por el Litoral, y asciende a la cordillera ejerciendo su influencia en las hoyas de Chimborazo, Azuay, Cañar y Loja. Esa extensión vasta de influencia mochica expresaba un factor étnico y cultural común, pero diferenciado por las circunstancia de una geografía violentamente contrastada.

La de tipo caranqui-colorado se extendía desde el norte hasta la hoya de Quito y bajaba hacia los litorales influyendo sobre toda la zona boscosa hasta el sistema fluvial del Guayas y posiblemente el de Esmeraldas.

Ambas unidades culturales, pese a sus diferenciaciones posteriores, están en absoluta contradicción con el tipo impuesto por el Incario. Duchi-

---

2 Jijón y Caamaño. El Ecuador interandino y occidental antes de la conquista.

cela y Toa, el heroico Cacha, pueden haber existido o no. Lo importante es que el actual territorio ecuatoriano tuvo una fisonomía distinta frente al Inca imperialista y le opuso una resistencia tenaz, la resistencia de país de hoyas en las que el sentimiento loca! es más profundo y aferrado, como ocurrió en la España de Pelayo. El reino de Quito toma así un sentido nuevo: el de una unidad geográfico-cultural en contraposición al tipo cultural del Incario, hayan o no existido los shyris del Padre Velasco.

Hay la certeza histórica de esa resistencia. Entre la ambición conquistadora del Incario y la aún no perfectamente fundida unidad ecuatoriana, o quiteña si conviene más llamarla así, se opuso la bravía independencia del bracamoro y del palta, la resistencia del cañari, la guerra de los panzaleos de Latacunga.

El andariego y curioso cronista Pedro Cieza de León, quien hacía la historia como soldado para luego escribirla, nos dice en su vieja lengua sabrosa como un vino añejo:

> Por los Bracamoros entró y volvió huyendo, porque es mala la tierra aquella de montaña; en los Paltas y en Guancabamba, Caxas y Ayavaca y sus comarcas, tuvo gran trabajo en sojuzgar aquellas naciones, porque son belicosas y robustas y tuvo guerra con ellas más de cinco lunas... De estas tierras anduvo Tupac Inca Yupanqui hasta ser llegado a los Cañares, con quienes tuvo también sus porfías y pendencias... Puesta en orden la tierra de los Cañares, fuese para Tiquizambi, Cayambi, los Puruaes y otras muchas partes a donde cuentan dél cosas que hizo, ques de no creer, el saber que tuvo para hacerse monarca de tan grandes reinos. En La Tacunga tuvo recia guerra con los naturales...

También Huayna Cápac, hijo de Túpac Yupanqui, tuvo que guerrear, al extender sus dominios hacia el norte, con la unidad o liga de naciones de cultura caranqui-colorado.

Y el localismo quiteño se acentuó más aún al recorrer las armas de Atahualpa, Inca quiteño, en sentido contrario, el camino triunfal de los conquistadores, para acabar con la sombra de dinastía imperial cuzqueña. El reino de Quito pudo no tener la vistosa apariencia dieciochesca de las

narraciones de nuestro ingenuo Herodoto que fue el Padre Velasco pero tuvo sentido, frente al imperialismo cuzqueño del Incario. Era ya, en cierto modo, una guerra de la geografía, la hoya defendiendo su impermeabilidad frente a la acción unificadora del Inca.

Tampoco la selva permitió la aglutinación social.

A lo largo de la costa, en la zona de influencia marina, fue posible una unidad fortuita. El mar es el camino de la aventura y es también el camino de la unidad política. Las aguas del Pacífico, en la costa ecuatoriana, justifican el dulce nombre que le dio Balboa cuando desde el otero divisó el océano de la esperanza. Son costas mansas y gratas, con estuarios fáciles, sin grandes borrascas ni tormentas, recorridas por corrientes estables y acariciadas por vientos blandos.

Los pueblos marineros que encontraron los españoles eran activos y vivaces. Nautas expertos iban de sur a norte y de norte a sur en sus almadías de madera liviana o en sus grandes canoas marineras provistas de velas blancas. Bartolomé Ruiz, el piloto heroico del descubrimiento del Pacífico, según lo cuenta en su antañona prosa el cronista don Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez:

> vido venir del bordo de la mar un navío que hacía muy gran bulto que parecía vela latina.

El activo comercio costanero puso en contacto las poblaciones de la zona ecuatoriana y llegó a formar una especie de liga de mercadantes o confederación de pueblos marítimos, de una cultura más avanzada y desenvuelta. Las diferencias de remotos aportes migratorios, fueron borrándose poco a poco. Y la unidad se impuso sobre la heterogeneidad.

También los ríos sirvieron para esa obra de unificación. Sobre el Guayas y su afluente el Yaguachi se extendió la cultura huancavilca, idiomáticamente emparentada con el grupo mochica-puruhá de la meseta. Hacia el interior, remontando la corriente idílica del Daule, la mancha racial del colorado caranqui se situó en vastas extensiones de selva. Sobre el Esmeraldas, floreció esa maravillosa cultura, que asombra aún en las

excavaciones de La Tolita. Y bajando quizás de la cordillera se ubicaron sobre el Cayapas los indios de ese nombre.

La selva, la enorme selva densa, se interponía entre ellos. Y aparte de la acción unificadora de los ríos y del camino sin senderos del mar, no tenían otro nexo.

Al oriente, también fueron únicamente los ríos los condensadores de las agrupaciones tribales. Todas las tribus o variedades del jíbaro oriental estudiadas por Tessamann tienen su fijación en un río: los Agaruna, en la orilla sur del Marañón; los Natipa, en la orilla norte; los Uambisas, en el curso medio del Santiago: los Makas, en el Morona; los Atschual, en el Pastaza medio. Y los Canelos, estudiados por Carten, en el alto Bobonaza.

La extensión boscosa y húmeda, plagada de mosquitos, dramatizada por la vida reptante del oficio y el rampante peligro de la fiera, fue un elemento dispersante de la actividad humana e impidió -como impide todavía- la formación de grupos estables.

El duelo de la meseta organizada y disciplinada con la selva, amaneció en la historia ecuatoriana. Los esfuerzos del Inca para dominar la selva fracasaron. Túpac Yupanqui tuvo que huir frente a los bracamoros. Tampoco Huayna Cápac fue más afortunado. El viejo Cieza de León nos lo cuenta deliciosamente:

> Entrando (Huaynacápac) en la tierra, iban abriendo el camino con asaz trabajo, porque pasada la cordillera de los promontorios nevados dieron en la montaña de los Andes y hallaron ríos furiosos que pasar, y caían muchas aguas del cielo. Todo no fue parte para que el Inca dejase de llegar a donde los naturales por muchas partes puestos en sus fuertes le estaban aguardando, desde donde le mostraban sus vergüenzas, afeándole su venida; y comenzaron la guerra unos y otros, y tantos de los bárbaros se juntaron, los más desnudos sin traer ropas, a lo que se afirmaba, que el Inca determinó de retirarse y lo hizo sin ganar nada en aquella tierra.

La aventura imperial en las tierras bajas del Litoral tampoco tuvo éxito feliz. Los punaes, cuya isla densamente poblada tenía una vieja

cultura, le opusieron resistencia y aun peligró la vida del Inca en las aguas revueltas del golfo de Guayaquil.

Los huancavilcas, habitantes del río Guayas y de la zona hoy ocupada por Guayaquil, tampoco admitieron la dominación incaica. Y así ésta se redujo únicamente a aquella zona en la que una cierta semejanza climática hizo posible la vida del inca altoperuano.

El país quiteño pudo ser sojuzgado después de crueles guerras, pero sólo en la extensión de meseta. Cada hoya opuso su propia resistencia al paso del conquistador. Desde la resistencia del palta hasta la del caranqui, cuyo trágico lago teñido de sangre por la crudelísima orden de Huayn Cápac tomó su nombre siniestro: Yaguarcocha. Todo el territorio no unificado perfectamente, pero con similitudes básicas de cultura, se opuso a la dominación.

El aporte inca modificó parcialmente la estructura cultural. Trajo al mitimae de remotas tierras: el salasaca actual parece ser un superviviente de cultura aymaraes y aún en el saraguro se cree encontrar un mitimae lejano. Se impuso el culto heliolátrico y centralista. Pero no pudieron ser desalojadas las viejas formas religiosas.

Junto a la religión oficial del Sol, quedaron las viejas religiones no identificadas. Bajo el nombre genérico de *huaca* quiere encontrar Jijón y Caamaño un significado parecido al del *mana*. Y ciertamente que debió tener ese sentido. Pero también bajo él se refugiaron los viejos ritos y los antiguos cultos.

No sólo los ídolos y fetiches eran *huaca*. También eran *huaca* las figuraciones simbólicas de posibles emblemas totémicos. El maíz, la llama, los peces, la ballena, fueron *huacas* de algunos pueblos. Y sería posible ver bajo esa forma un eco de clanes antiguos que conservaron su tótem, puesto que éste es siempre una figuración animal o vegetal que lo distingue del fetiche y del ídolo.[3]

---

3 Jijón y Caamaño. La religión del imperio de los incas.

Es en los pueblos costaneros, que no recibieron la influencia incaica, en donde puede rehacerse la vida espiritual del indio del Pre-incario. Y allí había supervivencias totémicas variadas: el jaguar, la serpiente, el pelícano, el puma entran en figuraciones de la cultura de Puná.

Los mismos cronistas nos dejan ciertas noticias de posibles figuraciones totémicas. Garcilaso de la Vega, el Inca historiador y poeta de la historia, nos relata que:

> otros adoravan un carnero por el mucho ganado que en esas tierras se crian... Otros el maíz o cara como ellos lo llaman...(los de la costa) adoravan también generalmente a la ballena por su grandeza y monstruosidad. Sin esta común adoración que hacían en toda la costa, adorauan en diversas provincias y regiones el pescado.

La religión oficial del Inca no pudo desarraigar toda la variedad religiosa del Pre-incario ni matar el sentimiento local. Duró poco la dominación. Cuando el Alejandro del Incanato, Huayna Cápac, estaba ya al llegar a la muerte, tuvo la noticia de la llegada blanca. Quizá eso precipitó la disolución. Pero es un hecho cierto que Atahualpa, quiteño de origen, tomó la borla escarlata y la ciñó en su frente junto a la esmeralda simbólica de los shyris, si es que tal fue su insignia. Era la respuesta de la geografía a la historia.

AQUELLOS HOMBRES BLANCOS...

Lo había profetizado el Viracocha. Aquellos hombres blancos y barbados llegaron en grandes casas flotantes empujadas por velas abiertas como las alas de un pájaro marino. Los trajeron los suaves vientos del norte. Buscaban oro y piedras preciosas. Codiciaban a las mujeres y eran rudos, brutales, fieros.

Huayna Cápac llegaba a la edad madura y grave en que se siente la proximidad aterradora de la muerte. Y hasta él fue la noticia. La recibió en su ciudad de adopción: la vieja Quito, de la que había procurado hacer un duplicado de la sagrada Cuzco.

> En ese mismo año (1526) andaba Francisco Pizarro con trece cripstianos por la costa (nos cuenta el delicioso Cieza de León) y había dellos ido a Quito aviso a Gauyna Capac, a quien contaron el traje que traían, y la manera del navío, y como eran blancos y barbados.

Aquellos "trece cripstianos" eran los trece de la fama: Bartolomé Ruiz, el piloto, Cristóbal de Peral, Pedro de Candía, el griego que artilló luego la plaza de Caxamarca para la captura del Inca, Domingo de Soraluce, Nicolás de Ribera, Francisco de Cuéllar, Alonso de Molina, Pedro Alcón, García de Jaén, Antón de Carrión, Alonso Briceño, Martín de Paz y Juan de la Torre. El grupo heroico que venció a la muerte y soportó el espanto en las neblinosas soledades de las islas del Gallo y la Gorgona.

Era el encuentro del hombre blanco con las selvas vastas del trópico sudamericano. El hallazgo del asombro y la esperanza: mares calmosos, serenos, tierras verdes y pródigas en donde se acumulaba el oro y rutilaban las esmeraldas maravillosas.

Era el Birú o Pirú, la tierra ensoñada en los días largos y las noches cansinas de Panamá: la tierra dorada y lejana que atraía, con la seducción de su leyenda, la mente imaginativa del español.

La profecía del Viracocha anunciaba la llegada de unos hombres blancos que salvarían el imperio. Pachacuti Yupanqui, el guerrero místico de la Incanidad, vio en su sueño agorero el fantasma blanco de grandes barbas que le anunció la sobrenatural alianza y le ofreció la ayuda milagrosa. Y la llegada de esos hombres blancos a las costas debió inquietar los últimos días de la imperial existencia de Huayna Cápac.

Benjamín Carrión, en su libro *Atahualpa* escrito en una prosa elevada y bella como una cinceladura de artista del Renacimiento, intuye una hipótesis verosímil; que la llegada de los viracochas blancos a las tierras de Quito -las costas de Esmeraldas y Manabí- fue un augurio interpretado por Huayna Cápac en sentido simbólico: que debía ser, de entre sus hijos, elegido como defensor del reino el viril *Atahualpa* nacido del Inca y de una india caranqueña, en vez del débil Huáscar cuzqueño, hijo de la Colla imperial, hermana del Inca.

Es lo cierto que la división del Incario entre Atahualpa y Huáscar ensangrentó la tierra. El país de hoyas, localista y tenazmente inasimilable a la disciplina del Inca, se revolvió contra ella en el primer momento en que le fue posible: Atahualpa, como más tarde Rumiñahui, eran esa respuesta agresiva del localismo frente a toda tentativa dominadora. Y en esa lucha se encuentra la explicación más cierta de la débil resistencia incaica frente al pequeño grupo blanco de conquistadores.

Cuando Pizarro, en su tercera salida, -igual que las salidas cervantinas del Quijote- puso su pie en la tierra de Tumbes con sus ciento ochenta hombres, sus escasos caballos, sus pocos arcabuces y su fe indomable, acometía una empresa digna de cualesquiera de los Florismanes o Palmerines, de los Amadises o Lancelotes que llenaban la imaginación del hombre de la Conquista.

Y es que el hispano traía una doble mística: la mística de !a espada y la mística de la fe. Doble mística nacida de siete siglos de cruzada contra la morería que había producido romanceros heroicos y orgullo nacional, pero había creado también una casta singular y sin semejanza: la de los hidalgos soberbios, hazañosos y bravos, ni plebeyos como para vivir del trabajo de sus manos -obra ésta servil e indigna que se relegaba al moro y al judío-, ni tan nobles como para poseer feudo con luengas tierras y siervos numerosos.

El hidalgo es quien da la tónica heroica a la España conquistadora e imperial: él, quien provee de soldados insuperables a los tercios de Flandes que hacían temblar el mundo bajo sus plantas; él, quien suministra la audacia magnífica de los grandes peleadores de Italia; él, quien dio el hombre paciente y sufridor, pero arrogante y bravo, aventurero en América.

Como en la gran ejemplificación del Quijote, es hidalgo y no gran señor el que llega a las tierras vastas de la Amerindia poblada de misterio y de peligro. O eran gentes que aspiraban a tal. Las probanzas de servicio de los caballeros de la Conquista revelan casi siempre ese afán de ser hombres de solar conocido: "hijos d'algo", hijos de algo o de alguien. Y revelan el mismo afán quijotesco de ganar gloria y fama, de destacar la

individualidad con peligrosas aventuras; de conquistar -también- imperios con el esfuerzo de su brazo y el tajo de su espada. Y hasta el villano Sancho -que no falta en la aventura andantesca de la Conquista- aspira a ínsula propia y gobernación independiente: el solar conocido, para las Teresas lejanas y los hijos futuros.

El Quijote -forjado con la espada del aventurero antes que con la pluma del soldado desventurado- revela el mismo impulso que tenía el hombre de la Conquista, nutrido de las leyendas, familiares a todo español en esa edad en que el libro de caballería no era un tema literario, sino una aspiración viva; era el drama del hidalgo encerrado entre castas, hombre marginal que tenía que abrirse un campo hacia arriba mediante la fuerza de su brazo o el vigor de su espíritu en los caminos transidos de las armas, las letras y la Iglesia.

El hidalgo no forma una casta que tenga semejanza con otra alguna: difiere del burgués opulento o del pequeño burgués que estaba desarrollando sus grandes aptitudes en las ciudades industriales de Flandes, Alemania e Italia y tampoco es equiparable al señor feudal, que sobrevivía, si bien ya domesticado por la mano dura de Luis XI en Francia y de Isabel de Castilla en España. Era una clase marginal, intermediaria entre la nobleza y la plebe. Una suerte de aristocracia militar nacida de la Reconquista. No podía descender al trabajo material, profundamente despreciado, ni ascender a la alta nobleza.

La literatura realísima de España, que sabía reír con la ancha risa de la picaresca, suele narrar historias de hidalgos pobres y orgullosos que disimulan su hambre con una dignidad propia de emperadores destronados. Y el mismo Quijote, como libro españolísimo, trasuntará más tarde la aspiración del hidalgo marginal con toda la gloria, grande y ridícula al par, de sus sueños.

España no cuajó una burguesía rica y audaz como la alemana o la flamenca. No desarrolló por lo mismo, una industria fuerte. Era un pueblo de meseta y se lanzó a una aventura marinera. Era un país despoblado y se lanzó a poblar un mundo casi ilimitado. Era un país sin desarrollo industrial -pues el castellano era más pastor que agricultor y más agricul-

tor que industrial- y se aventuró a una hazaña que requería una metrópoli densamente creadora de medios materiales. Mientras exterminaba al moro -el único horticultor y jardinero, el más hábil artífice e industrial- y expulsaba al judio hábil para el comercio, se lanzaba a una aventura descomunal con una fuerza mística: la aventura de poblar y cristianizar un mundo que el destino puso inesperadamente en sus manos.

La Conquista no fue una empresa de buscadores de oro, a la inglesa o a la holandesa, metódicamente organizados. La filocrisia del conquistador español era ya, de por sí, una mística: buscaba el oro, mataba y se encrudecía por él, sufría por él padecimientos inauditos y soportaba fatigas extraordinarias. Pero el oro no fue sino un medio de satisfacer su mística: la de la espada, la mística del hidalgo que quería la riqueza para ascender y destacarse. No era avaricia ni rapacidad: era el de afirmar su fuerte individualidad. De asegurarse un puesto para su persona. De ennoblecerse y tener derecho a la espuela de oro de los caballeros. Era una mística de clase marginal y guerrera, de grupo afanoso de ganar un sitio que no tenía.

Además de la mística de la espada, la mística de la fe. Ansia de cristianizar y ganar almas, aun a fuego de arcabuz y tiro de ballesta. Aun cazando con perros como a Leoncico y Bencerrico a los infieles. "Al lado del fraile que mata está el fraile que muere", como lo expresó Rodó. Al lado de la bestia sádica, el alma evangélica. Al lado de Colón, Bartolomé de las Casas. Al lado de los quemadores de indios y violadores de mujeres terrícolas, el misionero civilizador. Junto a Carvajal, el demonio de los Andes, Fray Jodoco Ricke, el sembrador del trigo en el suelo y del saber en las almas.

> El español creía en su propia persona (escribe Waldo Frank en su *América Hispana*). La realidad más tangible de su mundo era su alma individual, y su cuerpo individual que, aunque mortal, resucitaría al acabarse el mundo. Dios había mandado a la tierra a su único hijo para ser sacrificado en una agonía que no tendría fin hasta que se salvasen todas las almas...Este es, pues, el español: el heredero de un Dios universal que se hizo hombre para salvarlo, el heredero de la ley universal de Roma, mediante la cual todos los hombres deben organizarse en una cósmica unidad, siendo él

> mismo el salvador de Roma y el defensor de Roma; el heredero de la sustancia intrincada de España -árabe, judío, visigodo, latino, fenicio, celta- medulada y dirigida por su voluntad personal.

La mística de la espada -derivada del concepto "hidalgo" de la vida- y la mística de la fe, confluyen así de un hontanar común: el individualismo exaltado del ibero confundido con el idealismo individualista del celta para formar, con la confusa argamasa del bereber africano, del judío, del visigodo, del vándalo, del romano, una unidad humana que fue acentuada más aún por la influencia geográfica de un país en donde las sierras centrales, las zonas desérticas del nordeste y los ríos del sur determinan un vigoroso localismo.

La codicia, la rapacidad, la muerte pródigamente dada a los indios, la crueldad para arrancarles sus tesoros, no tenían en el español de la Conquista las frías motivaciones del inglés o del holandés, la sevicia avariciosa del portugués en la India: eran en el fondo expresiones de una mística. Mística de clase marginal que quería destacar la individualidad, que ansiaba el oro como ornamento para una vida superior y como medio de conseguir fines no materiales: el aprecio, la honra y la fama; mística de hombres en quienes la vivencia personal, el individualismo, era la expresión orgullosa de la creencia en la llamada sobrenatural del destino: cada español como individuo, y España como pueblo cruzado, eran llamados a mantener la fe y extenderla por una especie de *do ut des* con la divinidad que, a su vez, los había señalado como ejecutores de sus designios.

La tesis, esbozada por Agramonte, de que la Conquista fue una especie de catarsis social que depuró a España de los inadaptados, no nos satisface, al menos totalmente. Había motivaciones y valores espirituales muy distintos de los simples movimientos migratorios de inadaptados, como el del siglo XVIII y especialmente del XIX hacia Norteamérica y Argentina, o el que se ha producido en el siglo XX. Y si bien es cierto que el movimiento migratorio posterior a la Conquista -el de la colonización- debe haber llevado ya tales elementos de inadaptación y de insatisfacción, con todas sus neurosis, el movimiento elemental de la Conquista obedeció más a una supervitalidad física y espiritual.

El movimiento de la Conquista como movimiento de hidalgos y como Cruzada -la última de todas- es la expresión de un hecho histórico que deja una profunda huella en la colonización de América: el de que en momentos que Europa comenzaba a romper con las amarras feudales para iniciar su gran ascenso capitalista, España afirmaba vivamente sus contenidos medievales.

Cierto es que la mano dura de Isabel, armada por los burgos castellanos mediante la Hermandad, puso freno a la feudalidad pendenciera que dominó al débil Enrique IV forjando el drama tortuoso de la Beltraneja. En cambio todas las vivencias espirituales del Siglo de Oro y del hombre de la Conquista son profundamente medievales: el teatro es el romancero animado de vida y convertido en acción; la mística se eleva a pináculos excelsos con Teresa de Jesús y Juan de Yépez, el libro de caballería es la lectura cotidiana del hombre medio; la Inquisición asoma su largo hábito negro y enciende el quemadero. Pura medievalidad, pese a los asomos de humanismo letrado y docto que no faltan y pese al sentimiento vivo de los juristas, a quienes la conquista del nuevo mundo sirve para formular las primeras doctrinas del derecho de gentes, como en Suárez y Vitoria.

Y es que España no había forjado, ni forjó después una burguesía industriosa como la flamenca, ni un comercio activo como el genovés. En vez de burguesía, formó la casta de hidalgos. Mientras los hombres del *foris burgo* medieval en las ciudades de Francia, Italia, Flandes, Alemania, iban estructurando una nueva clase, un nuevo "estado" como se diría más tarde, hábil para el manejo de los negocios y grandemente creador en el dominio de la industria, la casta de hidalgos se desentendió del trabajo manual, pues el único oficio digno era el de servir a Dios con la espada, el verso y la oración.

El descubrimiento de América y su colonización, que había de influir tan profundamente en el desarrollo capitalista burgués de Europa, siguió el sentido feudal y medieval que tenía España. Fue marcado con su signo. Y mientras el feudalismo moría lentamente en Europa en tenaz lucha con la naciente y potente burguesía, se embarca para América y se estaciona en ella morosamente hasta los días de hoy.

El carácter de cruzada que tuvo la Conquista se sobrepone a los desmanes individuales de crueldad o destrucción. Domina las diferencias particulares de genio personal. Le da ese carácter extraño en que cada hombre es individualmente un caballero andante afanoso de gloria al mismo tiempo que es una parte de una empresa colectiva de fe.

No es un hecho despreciable el que hace notar Gonzalo de Reparaz al establecer el dato de las profesiones del conquistador: en el primer siglo de la Conquista, el heroico XVI, pasaron de España a América unos 8.000 españoles de los cuales casi se completa el millar entre nobles, gentiles hombres y alto clero. Otro millar de burócratas: bachilleres, licenciados, doctores. De gentes de oficio manual, de hombres de actividad económica, sólo pasaron 127 mercaderes, 445 labradores y 300 oficiales de diversos oficios.

El prejuicio de casta domina sobre el de colonización propiamente. El hombre de la Conquista no fue colono en el sentido corriente que se da a esta palabra. Fue cruzado de la fe o caballero andante. Traía, de un modo u otro, un deseo individual de distinción y amaba el oro como medio de cumplir el ideal hidalgo de vivir sin trabajar con las manos, de holgar y rezar, de poseer tierras como el señor noble y títulos para sus descendientes.

El mundo nuevo, por sí mismo, tenía que cambiar la psiquis del conquistador. América era una tierra fantástica; plantas nuevas, árboles gigantescos, ríos de asombro para el euroafricano de España acostumbrado a ver sus riachos secos entre eriales sedientos. Un mundo de vida multiplicada, ascensional, rápidamente cambiante.

El conde Keyserling, en sus *Meditaciones Suramericanas*, hace notar, con gran agudeza crítica, que para comprender el mundo americano -el mundo suramericano domesticado de hoy- tuvo que crearse nuevos medios de percepción. América exigió ese proceso al conquistador con una urgencia perentoria e inexorable, puesto que tenía entonces una virginidad arisca, indomeñada y hostil.

El español de la Conquista, que vivía en romance heroico y en trance de caballería andantesca, tuvo que rehacer su propia psiquis para conformarla al mundo en que lo inverosímil cobraba realidad y lo milagroso se hacía tangible. Tenía que vivir en mito. Colón tomó el Orinoco como el río que baja del Paraíso terrenal. Ponce de León buscó la Juvencia, la fuente de la juventud eterna, más como don Quijote buscaba el bálsamo de Fierabrás que como un Fausto metafísico. Gonzalo Pizarro sacrificó miles de indios para buscar el lago azul de El Dorado. Orellana creyó en la leyenda ingenua de las Amazonas, las *huarmi-aucas* que poblaban la imaginación del Incario, y aun las vio combatir contra él como don Quijote podía tomar por ejército los rebaños y por gigantes los aspados molinos. Balboa hunde hasta la cintura su férreo cuerpo de espadachín para poseer el mar que acababa de descubrir y bautizar: posesión tan real y patética -sexual diríamos- como la de la mujer amada. ¡Es aún el mundo del mito!

Es la edad de la epopeya viva. Se respira un ambiente de sangre porque el ambiente de la epopeya tiene siempre olor pungente de sangre fresca. Parece una página de hace dos mil años por la simplicidad sin escrúpulos de la matanza. Tiene toques de *Ilíada* por la sencillez bárbara, y fantasía de *lay* céltico. Es un momento en que el hombre vive todavía "en" las cosas como en el mundo del mito.

No es extraño que ese mundo cambiara la psiquis del conquistador. La proximidad de la muerte, siempre acechante en los lugares en que la vida se multiplica con violencia prolífica, le dio un matiz dramático. De la primera población de La Española, que según cálculos llegaba a tres millones de indios, apenas quedaban unos pocos algunos años después. La sangre corría a torrentes.

Era la neurosis del mundo nuevo sobre los nervios del aventurero místico. El trópico le abrumaba, por el calor. La armadura pesada, las ropas abrigadoras, se pegaban al cuerpo cubiertas de sudor pegajoso. La lanceta del mosquito producía la fiebre. A veces enloquecían en la manigua húmeda y vibrante. Alanceaban a los caballos. Gritaban como posesos. Y había que amarrarlos a los árboles hasta que llegara la muerte ululante y contorsionada. Era el delirio malárico, la locura de la selva. Los

mosquitos los asediaban en informes nubes zumbadoras. Las hormigas trepaban por sus pies y se perdían en grupos bajos los vestidos clavando en la carne sus aguijones o mordiendo con sus mínimas, pero potentes mandíbulas. El escorpión se deslizaba sigiloso para clavar su ponzoña envenenada. Y los ofidios acechaban bajo la hoja caída o el tronco derruido.

En el trópico sufrían de verrugas. Al llegar a Esmeraldas les asaltó una epidemia.

> Muchos se acostaban sanos y amanecían baldados de miembros, con los brazos y las piernas encogidos (narra González Suárez en su *Historia del Ecuador)*; a otros les nacían pústulas o verrugas en todo el cuerpo sin que ningún remedio fuera eficaz para sanarlas, pues los que se las picaban con lanceta morían desangrados, y los que se las cortaban las veían a pocos días reproducirse en todo el cuerpo con mayor abundancia.

El doctor Gualberto Arcos, en su estudio acerca de *La evolución de la Medicina en el Ecuador,* sienta la hipótesis de que el causante de tal enfermedad era el *Phlebotomus verrucarum*, como agente transmisor, según las experiencias de Towsend. Y señala algunas otras entidades patológicas que acometieron al conquistador:

> El paludismo...se presentó en las tierras de Alvarado en forma perniciosa, acometiéndolos aquellos accesos denominados por Krafft Ebing delirios maláricos y que consisten en fuertes alteraciones psíquicas y en terribles excitaciones...También causó muchas víctimas entre los españoles el tifus exantemático, llamado tabardete, tabardillo, chovalongo, peste de la guerra y en quechua occelasta.

Las alteraciones psíquicas del medio extraordinario que estaban conquistando y los conquistaba, no provenían sólo del trópico caliente. También la meseta alteró el psiquismo del conquistador. No sólo los esfuerzos biológicos de adaptación al ambiente ralo de serranía, sino también los trastornos mentales de la altura, estudiados por Jourdault, influyeron en el cambio de actitud psicológica del español.

Ciertamente que el hispano-moro era el mejor dotado para tal empresa. La sangre del bereber o moro, abundantemente mezclada en la línea terminal -la Extremadura, tierra de extremo que dio sus hombres berroqueños para la andanza aventurera de la Conquista- era la más indicada. El español era hombre de meseta alta como en Castilla y Extremadura, o de tierra ardiente como el sur andaluz. Pero aun así, América era demasiado poderosa, con fuerzas elementales demasiado grandes para que pudiera sustraerse al fatalismo del sino cósmico.

El proceso de adecuación fue duro. El hombre blanco y barbudo no fue el "viracocha' benévolo que había profetizado el Pachacuti Yupanqui. Era tenaz, ambicioso, cruel. Amaba la aventura, la tierra, el oro, la mujer.

Al apagarse el sol del Incario en las brumas sangrientas de Caxamarca, corrió por las tribus indianas un terror sagrado:

Chaupi punchapi tutayacu.

"Anocheció en la mitad del día". Aquellos hombres blancos y barbudos apagaron el sol sagrado.

ÉBANO VIVO

Un elemento humano más vino a sumarse al drama naciente.

Vino, también, de tierras lejanas. Lo trajeron, también, las brisas del norte. Pero no venía a conquistar mundos ni a manumitir almas. Era él quien necesitaba ser manumitido, quien acababa de ser conquistado.

El esclavo negro llegó casi en los días primigenios de la Conquista. La historia relata de un negro que acompañó en sus andanzas a Pánfilo de Narváez por las tierras septentrionales y aun asegura que fue él quien introdujo -como una maldición feroz- la viruela que había de cebarse preferentemente en la piel blanca sin despreciar la del indio, el mestizo, el mulato y el negro; gran maldición que causó espanto incoercible y mortandad abundante en los días coloniales y en los años primeros de la República.

Desde Panamá llegaron a las tierras ecuatoriales los esclavos negros. Fueron un elemento casi coetáneo de la Conquista. El buen Fray Bartolomé de las Casas había llorado por los indios e Isabel evitó manchar sus manos regias cuando negó a Colón el privilegio de esclavizar a los aborígenes para venderlos en competencia con los negreros de Portugal. Se salvó el indio. Pero llegó el negro.

Antes de la Conquista del trópico sudamericano, en 1502, se dio el permiso real para introducir negros en la isla Española, matriz ubérrima de la hazaña conquistadora. En 1517 el emperador Carlos V otorgó a un noble flamenco el triste pero lucrativo privilegio de introducir 4.000 negros en las islas del Caribe.

Mas si la iniciativa partió de España, no cae sobre sus reyes la mancha negra que ensombrece la frente de la otra Isabel -la de Inglaterra-, de quien se afirma que tuvo participación económica en el tráfico que concedió a sir John Hawkins, el primer negrero inglés. Ni fue negrero el español como el portugués o el holandés. El español utilizó al esclavo. Pero era, ante todo, un conquistador y un hidalgo, no un traficante de carne humana.

Fueron ingleses fríamente crueles, holandeses de conciencia congelada, portugueses de audacia inescrupulosa, quienes tuvieron el tráfico negro y vivieron de la carne humana transportada en el fondo sombrío de los barcos esclavistas. Si hubo españoles que patrocinaron tales empresas, y aun las realizaron, ciertamente, no tuvieron la organización metódica de los ingleses, portugueses, holandeses y franceses que caían en violentas depredaciones sobre las costas africanas para atrapar tribus enteras de hombres de piel oscura.

El tráfico fue intenso. Durante toda la Colonia la cacería del hombre dio rendimientos apreciables y entradas ingentes a los empresarios del dolor humano. En no menos de seis millones de negros se calculan las entradas en la América colonial. Algunos lo hacen subir hasta doce millones. Entre uno y otro margen es posible promediar una cifra. Cifra que expresa en frialdad numérica millones y millones de tragedias humanas: hambre, látigo, fiebre, travesías largas hacinados en

el fondo de los buques negreros, hierro para marcar la carne, sufrimientos inauditos.

Densos grupos humanos fueron trasplantados: del África lejana y diversificada trajeron su cultura exótica, su sensualidad ardiente, su lujuria triste, su garrulería explosiva, sus cultos ruidosos.

> La Procedencia de esta gran masa de esclavos es áun hoy objeto de estudios (escribe el gran investigador brasileño Arthur Ramos). Parece que los negros venían de todas las regiones africanas, no sólo de la costa occidental, sino también de la oriental y de Madagascar, sin excluir el Africa del norte. El tráfico inglés parece haber escogido Sierra Leona como centro principal de sus esclavos. Pero también vinieron éstos de todos los puntos de la costa occidental, del Alto Niger, de la región de los desiertos del Sahara, del Senegal, del lago Chad, del Sudoeste africano, del delta del Zambeze, de la costa del sudeste.

La dispersión hubo de hacerse de acuerdo con las exigencias económicas, a su vez condicionadas por el medio físico. Realmente hubo dos tipos de adaptación y de transculturación: el de la meseta, en donde grandes imperios habían domesticado al hombre para la obediencia, y el de las tierras selváticas, en donde la acción centrífuga del ambiente tendía más a la dispersión que a la aglutinación humana.

Al igual que en las tierras ardientes del Caribe, cuyas islas selváticas imposibilitaron la formación de grandes unidades sociales pre-hispánicas, en el trópico sudamericano el indio peleó hasta la muerte o se refugió en regiones inhabitables para el hombre blanco. La necesidad del esclavo impuso la imperativa urgencia de comprar carne negra. Lo mismo para la *fazenda* portuguesa del Brasil que para la agricultura de la América española.

Femando Romero, en un estudio citado por Ramos, da el dato de la introducción del negro en el Perú de la Conquista. Se cree que el griego Pedro de Candía, uno de los "trece de la fama", desembarcó en Tumbes, en el día portentoso del primer encuentro con el Incario, acompañado de un esclavo negro.

Encontramos al negro en la peripecia heroica del descubrimiento del Amazonas. Orellana, el héroe infortunado, llevó sus negros a la aventura hazañosa. Remeros negros condujeron posiblemente el bergantín de los argonautas hasta las tierras perdidas y los dejó en el real de Pizarro cuando se aventuró a la andanza desventurada.

En los días sombríos de la lucha armada de encomenderos que fueron las revueltas del Perú, hubo también el elemento negro poniendo su sombra dramática. Cuando el virrey Blasco Núñez de Vela fue vencido en la batalla quiteña de Iñaquito, fue un esclavo negro el ejecutor de la orden de cortar la cabeza al anciano de hierro.

La penetración negra en el Ecuador no tuvo sólo la forma dócil de la importación de esclavos. Tuvo también su episodio romancesco. Su tónica heroica y novelable, la da esa especie de imperio negro que fundó en las selváticas regiones del río de las Esmeraldas un conjunto de negros bizarros escapados de un naufragio.

Hacia octubre de 1533 -los días primarios de la conquista del Perú y del reino de Atahualpa- salió de las tierras calientes de Panamá un navío fletado por el mercadante sevillano Alonso de Illescas. Llevaba sedas, mercancías que irían a cambiarse a peso del oro que los españoles estaban arrebatando del poder de los incanos. Y llevaba también -mercadería valiosa- 17 negros y 6 negras que podían venderse a buen precio en el ávido mercado humano del Perú.

Vientos contrarios y corrientes hostiles echaron por tierra el sueño avaricioso del sevillano. El hambre apareció a bordo, detenidos por calmas y por vientos adversos como iban. Y hubo que tomar tierra en las regiones selváticas de Esmeraldas, cerca del Portete, en la vecindad brava del cabo de San Francisco.

Mientras los españoles buscaban bastimentos en la tierra verde de Esmeraldas, adentrándose bajo los inmensos árboles, el mar embravecido estrelló el barco contra los arrecifes y los negros, libertados en el momento de confusión, ganaron tierra llevándose armas y pertrechos.

La tierra nueva en donde el destino rompió sus duras cadenas de esclavos, se asemejaba a las regiones nativas. Selvas calientes y ríos raudos, anchos y gratos. Frutales apacibles e invitadores. Y allí se aposentaron para siempre.

Antón, uno de los esclavos, aceptó el destino. Se trocó en capitán de la tropa negra. Armados de trabucos y de espadas, emprendieron por su cuenta otra conquista semejante a la española: domeñaron a los indios selváticos para someterlos a su servicio, fertilizaron las mujeres terrícolas para procrear nuevos elementos de trabajo, se aposentaron como dueños y señores en tierras nuevas y propias.

Mas los indios selvícolas no tenían la mansedumbre de los incanos adiestrados en la obediencia por la fuerte disciplina social del Tahuantinsuyo. Y del mismo modo que opusieron sus armas arrojadizas y sus trampas aleves al avance blanco se opusieron al dominio negro.

Los bravos capaces les dieron la batalla y en ella murieron seis negros.

La corta tropa siguió combatiendo. Don Miguel Cabello Balboa, el cronista elegante de la aventura, quien conoció a los actores, relata que los ataques indios,

> dieron ocasión a que los negros, once que quedaron, por industria de su caudillo hicieran tal castigo y con tanta crueldad que sembraron terror en toda aquella comarca y desde entonces procuran no enojarlos.

Dueños de la tierra, surgieron entre ellos encono y rivalidades. La muerte de Antón, el caudillo, hizo nacer las ambiciones; tal que entre los conquistadores blancos, el ansia de poder los lanzó a la lucha interna. Y al fin surgió el nuevo caudillo llamado a extender el imperio negro de Esmeraldas.

Era éste un mozo negro nacido en las tierras del Cabo Verde y llevado a Sevilla cuando tenía ocho o diez años como esclavo de Alonso de Illescas, el sevillano dueño del barco náufrago.

> Llamóse siendo muchacho, Enrique (narra Cabello Balboa) y después, confirmándose en Sevilla, se llamó Alonso; a éste, pues, comenzaron los indios a tener amor y le dieron por mujer una india hermosa, hija de un principal y muy emparentada con cuyo favor de parientes, por las cautelas dignas de tal gente, vino a tener mando y señorío entre los negros e indios, y de las crueldades que hizo para fundar su opinión sólo quiero escribir una y por ésta se colegirán las demás, pues fue tal que las que hombre humano, ultra de aquella, se pusiese a hacer, más serían acto de demonio que de hijos de Adán.

La crueldad que escandaliza al buen presbítero no fue, sin embargo, mayor que las que cometieron los españoles con los súbditos de Atahualpa en el episodio sangriento de Caxamarca; pues consistió en invitar y embriagar al poderoso cacique Chilindauli, con sus guerreros, para aprovechar el momento de la embriaguez y exterminar a tan poderosos enemigos.

> Quedó Alonso de Illescas tan ufano y erguido de esta victoria que alzó más su pensamiento y se hizo señor absoluto de todas aquellas provincias continúa Cabello Balboa. O sea que consolidó un imperio negro casi junto al gran imperio que estaban cortando a golpes de espada los duros hombres blancos de la Conquista.

Fueron inútiles las tentativas de sometimiento. Ni las armas ni la persuasión trajeron a la obediencia al negro. Más tarde recibió el aporte de un nuevo elemento fugitivo de un barco que venía de Nicaragua. Se cruzaron abundantemente con las indias, y los mulatos esmeraldeños, soberbiamente libres, adquirieron un tipo específico, inauditamente independientes, y físicamente fuertes, como lo revela el retrato del mulato Francisco Arobe y de sus hijos Francisco y Domingo, mandado a hacer por el oidor Juan Barrios de Sepúlveda en 1599 con el pintor Adrián Sánchez Golque, uno de los más antiguos artistas coloniales; cuadro que se encontraba en el Museo de Historia Natural de Madrid y hoy en el Instituto de Cultura Hispánica.

> A quien conozca y haya admirado la esbelta figura de los actuales indios colorados que, aunque ya en reducido número, aún subsisten en el Ecuador para estudio de los etnógrafos que todavía los

> desconocen (escribe José Gabriel Navarro, quien descubrió el mencionado cuadro), no les sorprenderá la hermosura del tipo retratado por Sánchez Golque y que se ha conservado en la descendencia de los Illescas, Manganches y Arobes. El actual mulato esmeraldeño es exacta derivación de los inmortalizados por el pincel de aquel artista de hace trescientos años.

Y no sólo es el tipo físico. La soberbia independencia, la altivez señorial, el orgullo de raza que muestra el actual negro, abundoso y casi predominante en la provincia de Esmeraldas, es quizás un eco de ese imperio negro. Aun los esclavos fugitivos que iban luego a refugiarse en las selvas, volvieron a sentir -como quizás en pocos lugares de América- que eran dueños de su vida, señores de su destino, hombres, en suma, en vez de simples bestias maltratadas, como los esclavos o como los negros manumitidos que siguieron viviendo en medio de las poblaciones blancas.

Los litorales fueron los que recibieron la oleada negra.

El indio de la selva, peleó y murió. O huyó a la espesura de sus ilimitados bosques. El indio de la serranía no podía adaptarse al ambiente húmedo y denso, a la malaria acechante en el aguijón de los mosquitos, al calor pesado del trópico.

El negro -cuya cantidad de glándulas sudoríparas le permite refrescar su piel en el caliente trópico- fue el único adaptable para el duro trabajo de las haciendas litorales.

¿De dónde lo trajeron?

No existe un estudio en el Ecuador igual al que en Brasil iniciara Nina Rodrígues, continuado luego por una serie de brillantes investigaciones que culminan con Gilberto Freyre y Arthur Ramos, o a los que hiciera Fernando Ortiz en Cuba.

No hay una estadística de importancia de esclavos. Tampoco se ha ahondado en las culturas negras puras de Esmeraldas y en su folklore desconocido. Ni se han interpretado sus mitos y sus ritos.

Debieron venir de todos los lugares de África. Jorge A. Vivó señala las posibles áreas de dispersión de las culturas negras:

> Según los estudios de Arthur Ramos, Fernando Ortiz, Melville J. Herskovits y otros, la influencia de los pueblos africanos se hizo sentir en la América del modo siguiente:
>
> **1)** Fanti-ashanti, en la región sudoriental de los Estados Unidos, en las Antillas Menores británicas y en la Guayana. En Haití y en Bahía los fanti-ashanti ocupan el tercer lugar.
>
> **2)** Ewe, en el antiguo territorio francés de Louisiana, en Haití, en las Antillas Menores francesas y en la Guayana y en Bahía, Brasil, los ewe ocupan el segundo lugar.
>
> **3)** Yoruba, en la región occidental de Cuba y en la zona de Bahía en Brasil. En la zona oriental de Cuba los yoruba ocuparon el segundo lugar, y en la Guayana el tercero.
>
> **4)** Carabalí, en Cuba, donde ocupa el tercer lugar. En Sudamérica hispana los carabalíes ocuparon el segundo lugar.
>
> **5)** Sudanés, en México durante el siglo XVI. El sudanés ocupa el segundo lugar en Haití, el tercero en la América hispana, excepto en Cuba, donde, al igual que en el Brasil, ocupa el cuarto lugar.
>
> **6)** Bantú, en las regiones noroeste y sureste del Brasil, en toda la América hispana: Río de la Plata, Tierra Firme, Perú, México, a partir del siglo XVIII, y en la región oriental de Cuba. El bantú ocupa el segundo lugar en la zona occidental de Cuba y el cuarto en Haití y en la Guayana.

En el Ecuador no hay estudio alguno. No se sabe a cuál cultura perteneció el negro esclavo que puso en los litorales su esfuerzo y dio su alegría gárrula, su entusiasmo pronto y su patetismo. Quizás bantú. Seguramente carabalí, pues aún subsiste ese nombre como apelativo en numerosos negros de Esmeraldas.

La investigación antropológica futura descubrirá hechos interesantes. Quizás las culturas negras del norte de Esmeraldas se conserven tan puras como sea posible dado el aislamiento de siglos y quizás difieran de

los aportes negros que se sedimentaron en los hondones de la cordillera central, como ocurre con las zonas negras del Chota y de Ibarra.

De todos modos, la acción de las culturas negras se detuvo en los litorales ardientes y en los valles profundos del Interior. Como dice Fernando Romero, es imposible imaginar al africano encaramado, cara al cielo, en los picachos del Cuntisuyo.

CRISOL

SANGRE Y ORO

El comportamiento no fue igual. España no estructuró en América un tipo uniforme de colonización. Encontró imperios orgánicos como el de México o el Perú en donde el indio, acostumbrado a la disciplina, se sometió sin limitaciones a la dura obediencia. Pero encontró también selvas en donde la vida del hombre se desenvuelve en una bárbara libertad. El selvícola no se sometió. Murió o se fugó a las espesuras de la jungla. Y en lugar del indio, hubo necesidad de traer el esclavo.

En el Ecuador se realiza un doble tipo de colonización en corto espacio: la colonización feudal de la meseta y la colonización esclavista del trópico. Tlpologías diferenciadas que imprimen un sello diversificado al hombre ecuatoriano, ya de por sí tendiente al aislamiento en un escenario geográfico de selvas dispersantes y de hoyas separatistas.

El trópico ardiente y selvático tuvo que exigir un comportamiento biológico y social diferentes que el de la meseta templada. En los litorales domina la selva. El calor. La ingente vida del parásito. La prolífica multiplicación de una vida incesantemente destruida y constantemente renovada. En la serranía, el aire ralo, la altura inusitada, el frío que viene de las altas nieves por la boca de las abras y ventisqueros. Y en ambos, un

factor común: igualdad monótona de clima, sin estaciones estimulantes, apenas variables por el grado de humedad atmosférica.

El primer encuentro del hombre blanco con las tierras ecuatorianas de América se realizó en los ardientes litorales, en el trópico quemante, casi exactamente en la línea divisoria del mundo: en la provincia de las Esmeraldas; el primer ensayo conquistador se realizó en las altas mesetas interandinas.

Pasados los días neblinosos y famélicos de la permanencia en Las islas del Gallo y la Gorgona, Pizarro y los trece de la fama llegaron a las boscosas tierras ecuatorianas de Esmeraldas. Allí tocaron también los primeros hombres de la Conquista.

Ese primer encuentro decidió el destino. En las tierras nuevas encontraron oro y esmeraldas. La codicia alerta les insinuó el pasar adelante, hacia la ensoñada capital del Pirú, en busca del ingente tesoro de los reyes incas, cuyas leyendas golpeaban sus imaginaciones.

Después del vencimiento del Incario, el vasto Tahuantinsuyo fue cortado a golpes de espada. Y la tierra de Quito les atrajo con perentoria urgencia. La leyenda del tesoro perdido, la noticia de los magníficos templos indios, hizo arder la mente imaginativa de los españoles sedientos de oro, de fama y de aventura.

Sebastián Moyano, nativo de Belalcázar, se adelantó a la conquista. Diego de Almagro le vino a la zaga. Y del norte recién conquistado llegó don Pedro de Alvarado. Tres capitanes que confluian en la misma ambiciosa finalidad de conquistar las fabulosas comarcas de Quito.

La ambición conquistadora por poco echa mano a las espadas, sin parar mientes en los ejércitos indios. Pero se conciliaron las ambiciones. El adelantado don Pedro de Alvarado regresó a sus tierras centroamericanas. Y Sebastián de Belalcázar fundó la ciudad cristiana de Quito sobre las ruinas de la vieja ciudad aborigen, en el año de 1534.

La pacificación fue obra dura. Orominabí o Rumiñahui, el Ati de Píllaro, de la estirpe de Atahualpa, llamó a la rebelión con su épico

tambor hecho -según cuenta la leyenda- con la piel arrancada al débil Quillascacha.

Tras la lucha violenta, Rumiñahui fue vencido. Pero el tesoro indiano quedó para siempre perdido en las soledades neblinosas de los Llanganatis o en algún ignorado lugar de las comarcas quiteñas.

Rojos raudales empaparon la tierra. La sangre india no cesó de correr en vivas vertientes de arterias rotas. El mundo nuevo trastornó la psiquis del conquistador. La filocrisia le empujó a la brutalidad elemental y bárbara.

No sólo fue la necesidad política, como en el caso de Atahualpa y de Rumiñahui, lo que impulsó a la matanza. Fue una neurosis acicateada por el propio terror. El mundo nuevo les empavorecía y la crueldad les daba salida a los terrores inconscientes. Crueldad de neuróticos trasplantados. Barbarie de gentes a quienes la acechanza permanente del peligro tornaba recelosos y desconfiados, capaces de todo por enriquecerse y por hacerse temer.

Fray Marco de Niza, citado por el Padre Juan de Velasco, narra las matanzas inútiles de Ampudia, lugarteniente de Benalcázar:

> Hizo llamar a Luyes, gran señor de los que había en Quito y quemándole los pies le dio muchos otros grandes tormentos, porque dijese donde estaba el oro de Atahuallpa, del cual tesoro escondido no sabía nada. Así mismo quemó vivo a Chamba, otro señor muy principal, sin culpa ni haber hecho por qué...Así mismo quemó a Cozopango, Gobernador que había sido de la provincia de Quito... el cual vino de paz, y porque no dio tanto oro como le pedía ni sabía del escondido tesoro, lo quemó con otros caciques y principales; y a lo que yo pude entender, su intento era que no quedase Señor en toda la tierra...

El mismo humanísimo fraile corresponsal oficioso de Fray Bartolomé de las Casas, escribe pavorido:

> Cogieron allí (Machachi) mucho número de indianos, y encerrándoles en tres casas grandes cuantos cupieron en ellas, les pegaron

> fuego y los quemaron a todos, sin hacer la mínima cosa contra los españoles ni dar la menor causa. Y acaeció que un clérigo que se llamaba Ocaña, sacó un muchacho vivo del fuego; y viniendo otro español se lo quitó, y volvió a echarlo a las llamas. Este, volviendo el mismo día al real, cayó repentinamente muerto, y fui yo de parecer que no lo enterrasen.

La conducta del conquistador solo se explica por esa neurosis de terror que les causaba el medio y por el afán de enriquecerse pronto para regresar a sus lares nativos con categoría de hidalgos opulentos, cuando no de señores con título y vasallos.

Cuando la expedición de don Pedro de Alvarado a las tierras de Quito, los cristianos españoles no tuvieron reparo en que los indios centroamericanos que les acompañaban en la empresa se comieran a los indios quiteños que atrapaban en las selvas ecuatoriales para aplacar el hambre, según lo cuenta el historiador González Suárez.

El mismo historiador narra las tremendas crueldades que cometieron con los indios los duros hombres de la Conquista:

> A unos quemaban a fuego lento, a otros les cortaban las orejas, o les mutilaban cruelmente, cortándoles no sólo las orejas sino las narices, las manos y los pies. Amarraron a muchos de dos en dos por las espaldas y así amarrados los ahogaron en el Machángara, precipitándoles desde las peñas, por donde se complacían en verlos bajar, dando botes, rodando hasta el agua. Por dos ocasiones encerraron a muchos en casas y les pegaron fuego, haciéndoles morir dentro abrasados. Otro género de crueldad usaron que destruyó a millares a los indios, y fue la siguiente: para los viajes, para las expediciones que emprendían, reclutaban centenares de indios y los empleaban en hacer llevar a cuestas el fardaje: los pobres indios, con mezquino y nada sustancioso alimento, durmiendo a la intemperie, rendidos de cansancio, abrumados de fatiga, quedaban muertos en los caminos, de tal manera que de los muchos que eran llevados a esas expediciones, apenas volvían a sus hogares unos pocos.

Para reafirmar la opinión del erudito arzobispo de Quito, basta recordar la crueldad de Gonzalo Pizarro, a quien el Cabildo quiteño demandó que no cargara de cadenas a los indios que debía llevar en la célebre expedición al país de los Quixos y la Canela, en pos de las rutilantes comarcas de El Dorado. Más de dos mil indios murieron en la aventura: murieron en el ascenso de la cordillera. Unos de frío, acalambrados en las altas cordilleras de Guamaní y Papallacta, quedaron riendo a la muerte, en las soledades desoladas. Otros murieron de hambre en las espesuras tropicales del Sumaco. Otros, mordidos por los dientes traidores de los ofidios. O ahogados en el lodo pegajoso de los grandes pantanos. O cazados por los selvícolas hostiles.

Ríos de sangre. Ríos, corrieron en los días hazañosos en que el español se aventuraba en mesetas congeladas y selvas hirvientes. Orominabí o Rumiñahui, fue ahorcado. Calicuchima, quemado. Manco Inga, despedazado. Todos los que pudieran convocar a la rebelión. Era el ejemplo cruento, el castigo inexorable y aterrador, que debía aleccionar a los indios en el duro aprendizaje de la sumisión. Y para conseguirlo, el hombre de España se manchó de sangre. No era sólo avaricia. Era el instinto alerta del peligro que le mostraba la dura necesidad de matar. Un grupo pequeño de blancos perdidos en las oleadas multitudinarias, veían en la crueldad su salvación. La neurosis de la matanza les tornó insensibles al dolor y a la muerte, si bien sabían que por todas partes el dolor y la muerte los amenazaba.

El siglo XVI ecuatoriano fue -como hemos dicho- el siglo del oro.

Lo buscaron en los templos indianos, en los sepulcros aborígenes, en los escondites posibles. Mataron, incendiaron, atormentaron por conseguirlo.

Y es que el conquistador no se avenía a la vida secundaria del colono. Mozos de labranza o porquerizos -como Belalcázar o Pizarro- no habían venido al mundo nuevo, peligroso y bárbaro, a seguir curvados sobre la estera para ganar el pan. Les pendía del cinto el acero bien forjado y del alma se les elevaba la ambición. Querían oro. Oro y gloria.

Sin embargo, desde el momento mismo de la Conquista comenzó la obra civilizadora. En 1535 ya estaban en Quito los ejemplares doctrineros de la civilización: Fray Jodoco Ricke y Fray Pedro Gosseal, quienes trajeron las semillas del trigo y del arte.

Oculto en un viejo vaso de factura alemana, trajo Fray Jodoco la simiente. Mientras los hombres de la Conquista mataban y morían, sus manos ungidas sembraron, frente al convento recién fundado de San Francisco de Quito, el trigo que a poco ondularía bajo la caricia de los vientos andinos. Y Fray Pedro Gosseal sembraba en las almas indianas la semilla del arte que más tarde había de dar la gloria excelsa de la escuela quiteña de pintura y tallado.

Las primeras vacas las introdujo en Quito el conquistador Alonso Hernández, conmilitón de Benalcázar mismo que introdujo los primeros cerdos. Francisco Ruiz y el capitán Bastidas plantaron la primera vid, en Pomasqui.

En la *Relación* que pudiera ser de don Juan de Salinas publicada por Jiménez de la Espada consta que en 1573 había ya grandes vacadas en las dehesas norteñas y en los verdes prados de Quito.

> En los términos de la ciudad (Quito) como en Tusa, Mira, Otavalo, Carangue, Cochasqui, Pinta y otras partes, hay estancias de ganado vacuno y yeguas, hacia la parte de Riobamba hay estancias de ganado ovejuno, donde se entiende hay ochenta mil cabezas arriba. El pasto y temple es muy acomodado.

También introdujeron aves domésticas y adoptaron el pavo selvático centroamericano:

> Llevándose han gallinas de Nicaragua que en estas partes llaman gallipavos.

Pero los elementos introducidos, inclusive los frutales, no tenían el fin de colonización propiamente dicha. Las energías excepcionales del conquistador no se orientaron hacia la labranza. Se orientaron hacia la búsqueda del oro.

Cuando se cansaron de buscarlo en las tumbas y de peregrinar en pos de secretos tesoros escondidos, lo sacaron de los lavaderos auríferos riquísimos del Ecuador interandino y oriental.

De las alturas de Nabón y Sigsig, de los ríos que bajan hacia la inmensa Amazonía, extrajeron las pepitas relucientes. Lo sacaron también de las minas abandonadas por los indios, como en las de Zaruma. Y fue tanta la afluencia, que en el siglo XVI hubo de requerirse una Casa de Fundición.

Antes de que comenzara a resonar la campana de plata del Potosí, la mayor riqueza de oro se extraía de las playas auríferas quiteñas. El idílico río de Santa Bárbara fue hurgado con nerviosa insistencia. Y la maravillosa primavera eterna de Gualaceo y Paute fue entristecida por el ansia aventurera de los buscadores de metal.

El apetito del oro no fue, sin embargo, el impulso del conquistador. Había motivaciones espirituales y móviles más altos. Había también, causas más profundas que explican la crueldad casi sádica del aventurero hispano.

Las causas de esa crueldad que empapó de sangre la tierra no están sólo en la neurosis de terror, en la tremenda impronta que el mundo nuevo con su peligro incesante dejaba en la ruda alma del hispano. Venía de la acción de un medio cósmico elemental y bárbaro. De la influencia determinante de un cambio violento de condiciones vitales. Del trastorno fisiológico que significaba para el hombre de Europa el trasplantarse al mundo desmesurado que no conocía ni había podido imaginar.

Las alturas inusitadas producen perturbaciones endocrinas. Roberto Agramonte, en su estudio sobre García Moreno, dice:

> Marinelly ha comprobado que toda altura superior a los 1.390 metros es perjudicial para sus pobladores, que exhiben una marcada predisposición a la anemia, las hemorragias y a la disfunción de las glándulas endocrinas. La conclusión científica a que se llega actualmente, es que una altura excedente de 1.500 metros no es propicia al desarrollo y funcionamiento de la psiquis. Jourdault

> profesa que los pueblos situados a grandes alturas presentan una singular degradación de la inteligencia, la fuerza y la fecundidad. Esta observación ha sido verificada por Denga Koola para Abisinia, por Jourdanet para México, por Samper en los Andes y por Mantegazza para la América del Sur en general.

Ciertamente que tales puntos de vista están contradichos por las culturas mestizas de América del Sur, en donde se ha producido tipos superiores dentro de las condiciones de máxima altura. Pero no es posible negar la influencia de la altura en las perturbaciones endocrinas y en el violento esfuerzo fisiológico de adaptación. Y este proceso se cumplió con mayor fuerza en el conquistador, en quien los estados afectivos, la andanza permanente por alturas desmesuradas y valles cálidos, el ritmo acelerado de la guerra y la conquista producía seguramente reacciones muy distintas a las del mundo americano de hoy.

Es preciso anotar que en la crueldad del conquistador, producto de inadaptación y de neurosis, entra otro elemento de perturbación psíquica: la mística religiosa. El conquistador no fue solamente un buscador de oro. Era, en esencia, un místico de la espada. Y lo era incluso en los momentos en que manchaba de sangre sus manos.

La frase de Blanco Fombona es definidora y precisa. La conquista fue "la teología a caballo", pues que era cruzada al mismo tiempo que aventura de andanza caballeresca. Teología cabalgante y armada que no podía sentir escrúpulos de exterminar al indio, quemarlo vivo, y ahorcarlo, si por menos infidelidad se elevaban en la católica España los quemaderos del Santo Oficio.

El indio no era un ser humano. Era un idólatra, para el español henchido de una creencia profunda en su papel de defensor y difusor de la fe de Cristo. Un idólatra tanto más peligroso y digno de muerte cuanto que ponía en peligro su vida. Y las copiosas matanzas indianas no dejaban, por lo mismo, un residuo de remordimiento en la conciencia del aventurero, trizada por las más agudas formas de neurosis.

El problema de la muerte de los indios, de la apropiación de ellos y sus bienes, de la legalidad de la conquista, no dejó de plantearse. Pero no

para los hombres que andaban a tajos de espada conquistando imperios para la Sacra Cesárea Católica Majestad. Fue para humanistas que jamás pisaron el suelo caliente de la selva ni tocaron el cielo con sus cabezas en las ingentes alturas andinas. Lo fue también para frailes fervorosos como Bartolomé de las Casas, quien jamás vino al Perú, o para doctores eruditos como ese frailecito enfermizo que fue Francisco Vitoria, quien especulaba desde su celda acerca del derecho de los indios, lejos del escenario bárbaro y grande de la Conquista. Pero Las Casas propicia la esclavitud del negro y Vitoria justifica el despojo y la muerte del moro.

Son ellos, humanísimos y grandes razonadores, los que plantean el problema y sacan de él conclusiones teológicas o prácticas de valor perdurable. El conquistador era un analfabeto, como Pizarro y muchos más. No podía entrar en disquisiciones sutiles y cogitaciones teológicas. Mataba y moría por su fe: la del hidalgo, fincada en su tizona, la fe del creyente, sustentada sobre la idea simple de que el hereje no merecía la vida.

Eran residuos de los grandes peleadores de la Cruzada española contra la morería o de los jactanciosos soldados de Italia. Habían visto sin escrúpulos cómo se quemaba al judío y se atormentaba al hereje. El indio era, igualmente, un infiel. No podían entrar en la discriminación sutil de Vitoria acerca de que no podía ser infiel quien no había conocido la fe. Basta recordar el espanto del conquistador cuando Atahualpa arrojó indiferente el breviario santo que el Padre Valverde le diera.

La matanza copiosa no fue sadismo frío. Ni destrucción organizada como la realizada por los exploradores del *Far West* norteamericano. O como las explotaciones de los holandeses y portugueses. Era simple neurosis. Era una teológica falta de escrúpulos frente al hereje a quien podría creer de buena fe hijo del demonio.

> España (escribe Louis Baudin en *El Imperio socialista de los Incas),* era un hormiguero de individuos que se entrechocaban en luchas perpetuas. Es en esta España hirviente de vida donde ha nacido el tipo de hombre que reunía en sí, llevados al extremo, las cualidades y defectos de su raza: el conquistador. Arrastrado por la pasión más que por una voluntad reflexiva: obediente al espíritu de camaradería más bien que al sentimiento de justicia; místico y

> sensual, ambicioso y astuto, valeroso y tenaz, es el más perfecto representante de ese casticismo que concentra el valor y la virtud de toda Castilla. Mira la vida como una lotería; no calcula nada, y arriesga la vida en una tirada de dados; la conquista le atrae por lo que tiene de quimérico y ello no es, como pudiera creerse, entusiasmo de juventud... Jamás una nación ya modernizada, como Francia e Inglaterra en tiempos del Renacimiento, habría podido producir tales hombres, tan desmesuradamente confiados en sí mismos y seguros de su destino enamorados de la gloria, semejantes a este castellano cuya historia nos ha contado Enrique Larreta. Quien conozca los desfiladeros de la cordillera puede comprender el estado de espíritu de los que se atrevieron a cruzarla en número de menos de doscientos en pleno país enemigo desconocido.

LA CONQUISTA DEL TRÓPICO

La conquista del trópico fue la patentización del asombro.

La meseta ofrecía la dificultad de sus prietas muchedumbres y de sus alturas extraordinarias. Pero tenía amplios caminos reales trazados por los Incas en lo más alto de las cordilleras, llanos interandinos para la carga de los centauros blancos, tierra propicia a la siembra del cereal y de la fruta, valles apacibles de verdor eterno.

La selva occidental era la vida sin ruta, el surgimiento de lo maravilloso y la constancia del peligro: enorme selva virgen, primitiva y vasta, ríos anchurosos y bravos, calor enervante, fiebre enloquecedora.

El primer europeo que se aventuró por ese mundo de recelo y de angustia hubo de vivir la más extraña epopeya, la aventura más sin ventura, el drama patético del hombre que se enfrenta a una naturaleza hostil, preñada de peligro. Y ese hombre fue don Pedro de Alvarado, Gobernador de Guatemala y Adelantado, quien venía de reducir indiadas en las tierras, ardientes también, de Nicaragua.

Los aprestos de la expedición comenzaron en 1534. Había llegado hasta la tierra de Guatemala la noticia de las vastas extensiones del Pirú

en donde el oro abundaba y había esperanzas de rápido enriquecimiento. Alvarado pidió permiso al Rey para conquistar las tierras que aún estuvieran fuera del dominio español. El nombre de las de Quito les sonaba a maravilla. Y envió dos barcos al mando del capitán García Holguín a confirmar las nuevas prodigiosas de que hablara Juan Fernández, el audaz piloto que venía del Pirú.

La mayor flota que hasta entonces surcara los mares del sur se hizo a la vela rumbo al misterio. Al timón iba aquel Juan Fernández, aventurero y descubridor de tierras, piloto experto en los cielos en que brilla la Cruz. La *San Cristóbal*, nave capitana, desplazaba trescientas toneladas, cosa inusitada en los días de la Conquista. La *Santa Clara*, ciento setenta. La *Buenaventura* ciento cincuenta. Una nao, un patache y tres carabelas completaban la flota en que quinientos españoles se lanzaban a la aventura mejor organizada de la era conquistadora.

Treinta y tres días navegaron bajo cielos serenos y sobre mares calmosos antes de que la naturaleza les comenzara a dar la tremenda e incesante batalla. Treinta y tres días de viaje antes de que los asaltara la borrasca. Batidos por vientos contrarios, rotos los aparejos, destrozadas las naves, hubieron de arrojar al mar noventa caballos, fieles compañeros e instrumentos indispensables de la conquista. Y así llegaron hasta la mansa bahía de Caráquez, puerto seguro y refugio fácil, que con sus aguas azules y la curva de sus playas les llamaba a paz desde las lejanas soledades.

Era el encuentro con un mundo desconocido y pavoroso, incapaz, sin embargo, de domeñar la inquebrantable voluntad conquistadora. Tribus hostiles dificultaron el aposentamiento en las anchas tierras rodeadas de colinas verdes. Pero había oro. Oro y esmeraldas que incitaron la codicia despierta. Rápidamente, tras breve descanso, el Adelantado y Gobernador puso en marcha la aventura. Venían con él hidalgos codiciosos de mando y de gloria, y de oro y de fama: Diego de Alvarado, Alonso de Alvarado, Garcilaso de la Vega, padre del futuro cronista del Perú, Juan de Saavedra, Alfonso Palomino, Luis Moscoso, Alonso Henríquez de Guzmán. Y le acompañaba el humanísimo fraile Marcos de Niza.

Las noticias del rico reino de Quito, el oro encontrado en el primer contacto con las tierras equinocciales, despertaron la codicia. Y comenzó la desesperada búsqueda del camino que, al través de la selva, los condujera a las doradas regiones en donde el oro abundaba y había imperios que descuajar a golpe de espada.

Una masa informe y confusa principió a moverse entre la espesura, a trepar las suaves colinas y las breves cordilleras de Colonche, del Cerro de Hojas y Paján. Más que un ejército era una multitud. Los hombres de Pizarro eran sólo duros guerreros que avanzaban listos al combate. Con Alvarado venían los elementos de la colonización. Mujeres españolas, esclavos negros, indios de Guatemala y Nicaragua, jaurías adiestradas, además de los quinientos soldados españoles, que era el mayor ejército reunido hasta entonces en las tierras americanas del sur.

En su lenta movilización llegaron a los pueblos de La Ramada y de Jipijapa, en donde encontraron oro y esmeraldas. Después a un punto no identificable que llamaron de Las Golondrinas, en donde se les huyeron los guías. Y desde allí despachó Alvarado vanguardias exploradoras: una al mando de su hermano Gómez de Alvarado, hacia el norte, y otra capitaneada por Benavides, hacia el oeste. Y después siguió con su tropa heterogénea por las montañas de Paján hasta llegar a la vasta tierra anegadiza de Daule, desde donde bajaron a Guayaquil en grandes almadías.

Nuevamente subieron el curso del Daule, en la erranza desesperada. Desandando lo andado y errando a la aventura. Sin camino ni ruta. Navegando por ríos desconocidos. Chapoteando en pantanos bullentes de vida informe. Metiéndose en la selva hostil. Bajo la nube zumbadora de los mosquitos. Expuestos a la asechanza mortal de los ofidios. En el mundo mínimo, pero gravemente inhospitalario, del insecto que bulle, pica, muerde y desespera.

Bajo las duras armaduras de acero, bajo las cotas y las corazas, los cuerpos extenuados de fatiga y de cansancio se negaban a continuar. Pero había que seguir. El calor los aplastaba con su enervación pesada. La humedad dañaba las comidas. Morían los caballos. Morían los perros. Morían los indios. Y sin embargo, no era posible detenerse.

Los indios hostiles los perseguían en emboscadas traidoras. Caían sobre ellos en el momento del reposo, en el vado de los ríos, en lo intrincado de los pasos difíciles de la selva.

Seguir. ¿A dónde? Seguir sin saberlo; pero seguir. Acampar en la noche bajo las espesuras verdes en donde se arrastra la culebra, anda el escorpión con su aguda cola envenenada, lista a clavarse en la carne, zumba el mosquito en densas nubes. Caminar en el día bajo el calor sofocante, con las corazas caldeadas por el sol del trópico. Con sed y hambre. Llevando del ronzal a los caballos que no pueden cabalgar en la selva. Cruzar ríos anchos en almadías que hay que formar derribando troncos. Atravesar torrenteras sobre débiles puentes improvisados. Andar, siempre andar. Sin saber a dónde.

Días, semanas, meses. Andar y andar. A veces la fiebre les golpeaba las sienes hasta enloquecerlos. Echaban mano a las lanzas. Mataban a los caballos. Y había que amarrar a los delirantes contra los troncos. Dejarlos morir en su delirio enloquecido. Ululantes y tremantes como los posesos de la Escritura.

En medio de la humedad, la sed. Días enteros sin agua. Bebiendo la que se guarda en la cuenca de las guadúas. Y en medio de la vida multiplicada, el hambre. Comiendo alimañas y culebras.

Para poner más pavor en los ánimos, igual que ocurrió con Gonzalo Pizarro en las selvas de Oriente, igual que con Benalcázar en las regiones interandinas, el avance humano se vio detenido por los extraordinarios fenómenos de la naturaleza. El Tungurahua entró en erupción mientras erraban los aventureros por los bosques del subtrópico. El cielo se oscureció. Una densa lluvia de ceniza cubrió la tierra. Los árboles se desgajaban bajo el peso y la hierba se secó. El viento cegaba a los hombres y a los caballos. Y la tierra tembló como una bestia nerviosa.

Al fin, tras largas penalidades, llegaron al pie de la cordillera occidental. Detrás de los montes quedaban las comarcas anheladas. Pero había que trepar. Subir por caminos escarpados. Esguazar torrentes.

Colgarse del borde de precipicios aterradores. Jadear en la lenta ascensión, bajo la lluvia persistente y sobre el lodo resbaloso.

Subir y subir. Al calor de las vastas selvas, siguió el frío que venía por las abras, el viento cortante del páramo. Y más arriba, la desolación absurda. La soledad sin horizonte. La inmensa puna estéril. Los "puertos nevados", como llamaron los enormes páramos cubiertos de nieve. La aguja que se clava en la carne, acuminosa y helada. El viento aullador que corta la piel como una navaja fina. Murieron casi todos los indios nicaragüenses y manabitas. Murieron de frío, acalambrados, bajo la nieve y la ventisca. Morían los negros, temblorosos y ateridos. Morían, también de frío y de hambre, los españoles. Un soldado español, apellidado Huelmo, prefirió la muerte antes que abandonar a su esposa y sus dos hijas, agotadas de cansancio.

Quince soldados españoles, seis mujeres, muchos esclavos negros e infinidad de indios, quedaron en los páramos desolados, muertos de frío y de hambre. Para aliviar el peso de las cabalgaduras, arrojaron en las cumbres el oro recogido a precio de sangre y de esfuerzo. Se comieron los caballos. Se comieron los perros.

Tal fue el drama del primer encuentro del hombre europeo con el trópico americano, en cinco meses de angustia y de tormento.

La conquista del trópico era, sin embargo, inaplazable. Había que vencer la hostilidad de la naturaleza y la persistente oposición del hombre, pues se necesitaba encontrar caminos cortos entre la gran matriz aventurera del Caribe y el nuevo país conquistado: era preciso encontrar un puerto próximo a Panamá en las tierras nuevas.

El imperativo de encontrar la salida al mar obligó a los conquistadores a buscar uno de los grandes sistemas fluviales que bajan desde la cordillera y reptan por entre la selva. Y las tentativas se dirigieron hacia el Esmeraldas y el Guayas, los dos caminos de agua que más fácilmente los podían conducir desde el mar Pacífico hasta las tierras recién descubiertas de la meseta quiteña.

Garcilaso de la Vega -el capitán español que llegó con Alvarado- y el capitán Peña fundaron la ciudad de Esmeraldas, en el mismo sitio actual, o sea en la bahía de San Mateo; pero se despobló pronto. Y desde entonces no cesaron las tentativas de reducir la provincia de las Esmeraldas, en donde se aposentaron los negros bravos de Antón y de Alonso de Illescas. Diego de Bassan bajó desde Quito por los abruptos caminos de Lita, Quilca y Cahuasí. Díaz de Pineda, el asturiano endurecido en andanzas de selvas y pantanos, bajó por los Yumbos hacia las comarcas boscosas del occidente. Jhoan de Rojas intentó también la aventura.

Pero era más fácil abrir el camino por los ríos centrales. El Guayas, con su red de afluentes navegables, les era más propicio y la voluntad española de sujetarlo a su designio es uno de los episodios heroicos de la Conquista.

En 1534, según Cieza de León, pero más seguramente en 1535, bajó desde Quito el Adelantado del Rey y Capitán don Sebastián Moyano de Benalcázar, siguiendo la ruta montañosa y áspera de Chimbo.

Antes, el 22 de diciembre de 1534, había despachado el capitán Pedro de Puelles con 60 españoles, 30 caballos y 4.000 indios a fundar un puerto marítimo en la provincia indomeñable y brava de los Manabíes: el puerto de Cancebí reservó para si mismo 100 hombres, 50 caballos y una tropa indiana de 4.000 indios.

La fundación del puerto en Cancebí se vio amagada por el peligro de una lucha interna. Almagro había enviado al capitán Francisco Pacheco desde Piura con igual encargo. Y los dos capitanes se encontraron en el trance de echar mano a las espadas para dirimir supremacía. Más la llegada de Hernando de Pizarro cortó el peligro y apaciguó los ánimos. Partió la diferencia llevándose a los dos y encargando al capitán Gonzalo de Olmos la fundación o mantenimiento de la villa de San Gregorio de Puerto Viejo y de la pequeña villa marítima de Manta, que había fundado el capitán Pacheco.

La fundación de Guayaquil estaba llamada a un más dramático destino. Benalcázar, al bajar desde las tierras de Quito, fue dejando en pos

de sí señal de huesos humanos, hasta llegar a las tierras huancavilcas, cercanas al golfo, donde todos los días "se le fueron muriendo 200 a 300 indios", según relata el Padre Velasco.

La conquista del puerto tropical costó la vida a cuatro mil indios: todos los que llevó Benalcázar desde las frías mesetas interandinas murieron en las selvas húmedas de occidente.

La ciudad recién fundada en la desembocadura del río Babahoyo no tuvo existencia perdurable. El Padre Velasco relata sabrosamente:

> Fue el caso que experimentando los indianos de aquella provincia, desde los primeros días que salió Benalcázar, la mucha codicia que los españoles tenían del oro, y de las mujeres más bellas, que las apreciaban más que el oro, resolvieron matarlos y los ejecutaron fácilmente tomándolos desprevenidos. De cosa de 70 que habían quedado en aquella fundación, sólo escaparon con vida el Teniente Gobernador Diego de Daza y otros cinco, los cuales, después de mil trabajos y sustos, se restituyeron a Quito.

Benalcázar, que estaba ausente en la pacificación del norte, no tuvo noticia. Pero Juan de Díaz de Hidalgo, quien había quedado como Teniente de Gobernador de Quito, hizo que regresase el propio capitán Diego de Daza con el capitán Pedro de Tapia a castigar a los rebeldes huancavilcas. Con una corta tropa de españoles y 3.000 indios serraniegos, emprendió el desventurado regreso.

La selva volvió a rechazar al hombre blanco. Más de veinte soldados y muchos caballos murieron por las lanzas arrojadizas de los huancavilcas. En cuanto a los tres mil indios serranos, dice con graciosa ironía el Padre Velasco:

> No necesitaban esos infelices para morir, pelear con otro enemigo que la fiebre con la cual acabaron todos luego que llegaron a las costas ardientes, como los otros siete mil de las dos expediciones anteriores.

¡Diez mil indios y cerca de cien españoles! Tal fue el saldo fatal de la conquista del trópico. El indio de la serranía no era adaptable. Moría en

masas ingentes. No podía soportar el clima caliente y húmedo de la selva litoral. Ni el vaho de los pantanos hirvientes de vida. Ni la picadura del mosquito.

Pero el hombre blanco no podía dejarse vencer. El Marqués Gobernador don Francisco Pizarro despachó otra expedición al mando del capitán Francisco de Zaera, quien fundó nuevamente la ciudad destruida, posiblemente en la desembocadura del Yanguachi. Y en esta empresa andaba cuando la rebelión de Manco Inga le obligó a ir en auxilio del Cuzco amagado.

Hubo de intentarse la tercera fundación. El puerto litoral era indispensable, así costara cientos de vidas humanas. Y acabada la guerra envió Pizarro al capitán Francisco de Orellana con el encargo de pacificar las comarcas sangrientas de los huancavilcas.

Todos los historiadores, siguiendo a Cieza de León y a Herrera, afirman que la fundación por Orellana se realizó en 1537. Lo afirma el Padre Velasco, lo repite González Suárez y lo corean todos los cronistas. Sin embargo, es improbable tal fecha. Francisco de Orellana era Teniente de Gobernador de Puerto Viejo y acudió, como Zaera, a las batallas contra Manco Inga. El erudito don José Toribio Medina ha demostrado que el título para la conquista y fundación lo dio el Marqués Pizarro a Orellana después de la batalla de las Salinas, que se realizó en 1538. Y que, por lo tanto, la fundación de Guayaquil no pudo efectuarse antes de esa fecha.

El capitán Orellana, experimentado en las guazabaras de la selva, venció la resistencia india. Eligió para la fundación el cerrito verde que cristianizaron los españoles con el nombre de Santa Ana. Y la ciudad creció.[4]

Ningún sitio mejor que el elegido por el ojo perspicaz del héroe tuerto. Todo el amplio sistema fluvial de dos ríos con afluentes numerosos, navegables y fáciles, desemboca en una vasta ría. Muy próximo a la

---

4 La vida del capitán Orellana ha sido narrada por el autor en su obra Argonautas de la selva, México. Fondo de Cultura Económica, 1945 (Colección Tierra Firme, No. 8).

ría, el mar entra en un estero profundo y quieto hasta el sitio elegido: una estrecha península que está bañada por el mar y el río, a cubierto de los peligros de invasiones y alerta desde la colina como atalaya protectora.

La riqueza ingente de la selva, toda la producción de enormes tierras regadas por los "caminos que andan", confluyen así en la ciudad de Santiago de Guayaquil. Y por eso creció. Se convirtió en el centro activo de una vida económica altamente creadora. Por los dos ríos -el Babahoyo y el Daule con sus innumerables afluentes- bajaron los productos tropicales: el cacao moreno y el café aromático, el tabaco y las maderas. Por sus aguas, remontando las corrientes, subían en almadías y canoas hasta las proximidades de la cordillera, para emprender el ascenso a la meseta.

La perspicacia del capitán tuerto y la visión en profundidad de los conquistadores se patentizan en la elección del sitio en donde había de levantarse la ciudad de Santiago de Guayaquil, cuya fundación costó tantas vidas humanas.

LA LOCURA DE LA ESPADA

La mística del conquistador -mística de la fe y de la espada- fue la expresión de una clase marginal.

Los hombres de la conquista eran hidalgos o aspiraban a serlo. *La hidalguía* fue la meta de sus vidas desmesuradas. Ser algo. Ser alguien. Destacarse. Ganar fama, honra y oro. Dejar de trabajar con las manos. Era la mística de una clase que quería salir de sí misma porque estaba al margen de otra a la que no podía ascender y venía de una de la que quería librarse. El hidalgo era en veces el plebeyo al que ennoblecía la espada y la fe, elevándolo ante sí mismo. Era una clase formada en el campo de batalla contra la morería que, una vez terminada la cruzada, había de volcarse hacia nuevos campos de batalla: los de Flandes, de Italia o de América.

La espada es lo que da el carácter al hidalgo, porque le impone el sentido de su propia dignidad, de su estima personal, de la confianza en su propio valer.

El ridiculizado sentido de su dignidad que hace al hidalgo salir en la noche, con majestad de rey, para que no se vea la capa raída; la rumbosidad opulenta de la dádiva, la apariencia que guarda tanto como la dignidad misma -todo lo que llenó la picaresca y la novela realísima de España-, son expresiones de clase marginal. El orgullo del hidalgo es fe en sí mismo, porque es hombre a quien le cuelga la espada del cinto y ha ganado un puesto en la vida por su valor.

La mística de la espada, que hizo posible la aventura de caballeros andantes que fue la Conquista, corría el peligro de transformarse en una locura de la espada. Es lo que ocurrió en América. La mística se transformó en locura sangrienta. En lucha cruenta y dura.

Las guerras de los conquistadores, que ensangrentaron la tierra de Quito, trasuntaban las luchas de la feudalidad pendenciera que peleó en Castilla en los días sangrientos de Enrique IV. Y es que el conquistador, simple hidalgo, había logrado al fin traspasar los límites de clase. Había conquistado a filo de espada el derecho de ser señor feudal.

Entre los más patentes motivos de odio de Almagro contra Pizarro está el que el antiguo porquerizo se había transformado en marqués mientras Almagro ascendió sólo hasta simple hidalgo de la conquista.

Vencido Almagro, el Marqués Gobernador repartió su tierra como señor feudal. Cortó trozos enormes para darlos a sus mesnaderos, leudes y anfitriones. El antiguo reino de Quito, que había sido antes del Incario unidad aparte, lo convirtió en gobernación independiente. El 30 de noviembre de 1539 creó la Gobernación Autónoma de Quito para su hermano Gonzalo Pizarro, quien tomó posesión ante el Cabildo de Quito el 1o. de diciembre de 1540.

La encomienda nació como la expresión de la nueva feudalidad. Hay quienes, como Kirkpatrick, tratan de encontrar su origen en la organización del Incario o sea el trabajo obligatorio en las tierras del señor,

como eco del trabajo en las tierras del imperio o del Sol o de la comunidad. Pero, aun si hubiera parcialmente razón en tal juicio, es la feudalidad europea la que da su carácter propio a la encomienda.

El Padre Velasco narra que Benalcázar

> hizo inmediatamente la repartición de las provincias del Reino (de Quito), dándolas con el título de encomiendas a las personas que se habían señalado en su servicio y se presumían acreedoras a grandes recompensas. El fin de estas encomiendas fue, a los principios, loable y aun necesario; porque se reducía a que cada encomendero arreglase su provincia, sujetando por bien o por la fuerza los respectivos indianos de cada una a la obediencia y al servicio, de que resultarían para cada uno considerables emolumentos y para el soberano los tributos reales.

El reparto de la tierra y del hombre como parte de la tierra, para la explotación cuidadosa de una y de otra, era el trasplante del feudo con su siervo de la gleba. Los conquistadores se hicieron, así, señores de vastas tierras con siervos propios, humildes y dóciles.

La espada que les colgaba al cinto, y con la cual habían ganado su derecho, así como la posesión de tierras y siervos, transformó al hidalgo de la Conquista en el señor feudal de la Colonia. Y del mismo modo que los señores feudales, se acordaron a sí mismos el derecho de hacer la guerra y de conducir sus mesnadas sin sujeción a la lejana autoridad real.

Almagristas y pizarristas eran como los caballeros pendencieros de la feudalidad. Con vasallos propios, con propios títulos. Con capacidad de dirimir por las armas sus contiendas.

Mas la realeza, que había puesto mano de hierro sobre la nobleza batalladora de la Península, no podía dejar en libertad esta nueva feudalidad levantisca. Y para aplicar las ordenanzas reales llegó a las tierras peruanas el virrey Blasco Nuñez de Vela con poderes fuertes como para hacer sentir que eran tierras de un soberano.

La guerra civil, encabezada por el gobernador de Quito Gonzalo Pizarro, es el comienzo de una lucha igual a la que ensangrentó Castilla en los días de Enrique IV y que terminó Isabel: lucha del feudo contra el poder real, de la dispersión contra el centralismo.

La frase de que la independencia comienza con la Conquista, es veraz a medias. No era independencia en la forma que más tarde había de alentar el alma americana, sino fiera ansia de libertad del encomendero para hacer su voluntad sin trabas de autoridad real, en las tierras anchas de América.

Desde el momento en que el conquistador sometía a su dominio un pedazo de tierra, sujetaba también al indio. Así nació la encomienda. El hombre le estaba encomendado. Encomendado para que trabajara para él. Para que le rindiera tributos. Para que le sirviera. Pura feudalidad.

Tierras vastísimas se convertían en encomiendas. La provincia del Azuay entera fue encomienda del capitán Diego de Sandoval. El. encomendero ejercía sobre ella un dominio absoluto. Sin límite alguno. Doña Ana de Aro era encomendera de vastas tierras en la provincia actual de Guayas y Los ríos. Explotaba allí uno de los primeros ingenios de azúcar. Cuando en 1568, el Licenciado Lope García de Castro nombró a Andrés Contero gobernador de Esmeraldas, dándole el encargo de la pacificación de esa provincia, en su carácter de corregidor de Guayaquil, partió con su yerno Martín Carranza por el río Babahoyo, en uno de cuyos afluentes fundó la ciudad de Castro. Doña Ana de Aro representó ante la Audiencia, la que

> mandó despoblar la ciudad de Castro a pedimento de doña Ana de Aro cuyo repartimiento e ingenio recibía daño de tal población.

Según narra Cabello Balboa.

Aun cuando en un principio la encomienda no daba el derecho a la tierra, sino a los indios, el subterfugio no tenía valor. La tierra misma no interesaba al conquistador. No era un colono. La población blanca era poco numerosa y las tierras demasiado vastas. Por lo mismo, era el producto de la tierra, del trabajo del indio, lo que le interesaba, sin riesgo ni trabajo propio.

La encomienda nació así, no como la *fazenda* brasileña o la hacienda latifundista moderna, en la que la explotación agrícola la dirige el dueño. La propiedad de la tierra no interesaba. Era el producto. Era la posesión del hombre como parte de la tierra, como siervo de la gleba, como un terrón más, lo que buscaba el conquistador.

En Quito, en el siglo XVI, según la relación publicada por don Marcos Jiménez de la Espada, y que posiblemente sea de Juan de Salinas, existían 23 encomiendas que habían pasado por herencia a descendientes que las usufructuaban, excepto la de Pedro de Puelles, que fue arrebatada por su asesino el "corcovado" Rodrigo de Salazar, tan torcido de alma como de cuerpo, la de Hernando de la Parra, por falta de herederos, y la de Juan de Padilla. Había, además 14 encomenderos, incluyendo al detestable Rodrigo de Salazar, que era el más rico vecino, pues sus propiedades valían cincuenta mil pesos.

Según una relación, en Guayaquil había 13 encomenderos y nadie más podía tener propiedades.

Era, pues, un reducido grupo el que usufructuaba el trabajo de las enormes indiadas. La relación de Salinas, citada arriba, explica:

> Los tributos que de presente pagan (los indios) a sus encomenderos, es cada un pueblo en lo que está tasado, ques de lo que en él se beneficia y coge, unos en oro, otros en mantas, algodón, gallinas, madera y algunos venados, y en defecto de no dar estas cosas conmútanse a oro, conforme el valor dellas.

La feudalidad, en su más pura forma, se trasladó a América. Eran exactamente las gabelas feudales las que cobraba el encomendero. La explotación de la tierra no le interesaba como negocio propio, sino que recaudaba en especies lo que cada pueblo producía, según una previa tasación.

Aun cuando la encomienda se daba en un principio sólo por una o dos vidas, se transmitían sin límite alguno.

> Cuando se descubría y conquistaba una tierra nueva (explica Gonzalez Suárez), el conquistador, con autoridad del Rey, la repartía entre sus soldados, señalando a cada uno muchas veces provincias enteras en encomienda, pues encomienda llamaban entonces los repartimientos que de la tierra conquistada se hacían a los soldados y conquistadores. El encomendero no adquiría derecho de propiedad sobre el territorio, sino más bien cierto derecho de dominio o de señorío sobre los indios que moraban en la provincia o comarca que se le asignaba en encomienda. Así el valor de las encomiendas se apreciaba por el número de indios encomendados; los cuales tenían obligación de tributar a su encomendero cierta tasa o gabela que les imponía según la calidad y condiciones de cada tierra. Por donde se ve que el encomendero podía estar en la ciudad holgadamente percibiendo la renta con que pechaban los indios de su encomienda; después de su muerte la encomienda pasaba en herencia a los hijos o nietos del conquistador.

Sin otra ley que su espada, sin más límite para su expansión que el horizonte, sin otro freno que los débiles resortes morales, el conquistador pasó de la calidad de hidalgo a la de señor feudal con siervos numerosos y tierras luengas. Y no podía admitir voluntad alguna que interfiriera en su propósito o entrabara su personalidad.

Las Ordenanzas Reales, y la disposición de crear un Virreinato en el Perú, como consecuencia de las sangrientas luchas de los nuevos señores feudales -luchas que costaron la vida a los viejos socios de la Conquista: Almagro y Francisco Pizarro-, no podían ser recibidos con agrado por hombres acostumbrados a vivir sin autoridad ni ley, en ancha y bárbara libertad.

Las nuevas ordenanzas prescribían que las encomiendas no podían pasar en herencia, que no se podía hacer trabajar al indio sin su voluntad, ni emplearlo en el duro laboreo de las minas, ni obligarlo a trabajo alguno sin remuneración. Y estas disposiciones debieron parecer al encomendero tan monstruosas como parecen a los latifundistas de hoy las leyes del trabajo y el clamor por una incorporación del indio a la vida activa de la producción y de la cultura.

La primera rebelión contra la autoridad real se realizó cuando el Licenciado Vaca de Castro llegó con el encargo de informarse de los sucesos del Perú, de la guerra de las Salinas y de la muerte de Pizarro a manos de los almagristas.

La guerra de Chupas acabó con el joven Almagro, heredero del infortunio del Mariscal. Gonzalo Pizarro era el legítimo gobernador de Quito que, en virtud de las Capitulaciones Reales, podía convertirse en gobernación independiente tal como lo hizo el marqués Francisco Pizarro después de la guerra de las Salinas.

Mas Gonzalo andaba en su desventurada aventura de la selva oriental, en pos del país de El Dorado y de los árboles aromáticos de la canela. Desnudo -en el sentido más estricto del término- regresó a Quito. Durante su ausencia el Cabildo había aceptado el gobierno de Vacas de Castro, el 24 de septiembre de 1541. Y Gonzalo hubo de retirarse a Charcas.

La llegada del virrey Blasco Núñez de Vela, quien traía el encargo de poner en vigencia las ordenanzas reales, encendió la discordia. Los encomenderos no estaban listos a dejarse gobernar. No podían admitir ley. La creación de una Audiencia daba formas de legalidad a la vida hasta entonces sin otra norma que la voluntad caprichosa y la destreza de la espada. Era la sujeción a una jurisdicción legal inadmisible para quienes hacían ley de su propio deseo. Un tribunal de justicia que aplicara las humanísimas Ordenanzas Reales significaba el fin de la aventura y el principio de la vida jurídica. Era también, el fin de la pura feudalidad.

Gonzalo Pizarro alzó la bandera de la rebelión. La terquedad del Virrey inexorable y duro que no admitía dilaciones en el cumplimiento de su mandato, hizo que se pasaran al partido feudalista de Pizarro todos los encomenderos e inclusive los frailes que veían peligrar su libertad, a veces tan bárbara como la del encomendero. Hasta el dulce doctrinero Fray Jodoco se pasó al partido feudalista de Pizarro.

La misma Audiencia de Lima recién creada conspiró contra el Virrey. El Licenciado Cepeda quería para sí el mando. Pero se acercaba ya, galopando por mesetas y llanuras, Gonzalo Pizarro, y le acompañaba don

Francisco de Carvajal, centauro octogenario de piernas de acero y corazón duro, incrédulo y materialista, sagaz y valiente, infatigable y ducho, gran soldado -el único gran soldado de la Conquista- y político sin escrúpulo, hombre, en suma, de hombredad recia y definitiva, cuya gran personalidad le impuso el nombre sugerente de "el demonio de los Andes".

Carvajal no se andaba con escrúpulos religiosos. Muchos frailes quedaron pendientes de los árboles del camino con la soga al cuello y el breviario clavado en el pecho. Muchos caballeros fueron decapitados sin fórmulas dilatorias. La horca y el cuchillo -como en la justicia feudal- eran los medios expeditivos y rápidos de Gonzalo Pizarro y de Carvajal.

Derrotado en Lima, se hizo fuerte en Quito el tenaz Virrey. Y levantando un ejército salió de la ciudad para apagar la rebelión peruana, el 4 de marzo de 1545. Pero el infortunio -quizás la indecisión final de su carácter- perseguía al anciano caballero de Ávila. Después de avanzar hasta Piura emprendió el regreso hacia Quito, perseguido por Carvajal y Pizarro.

Desplazado también de la ciudad, siguió el Virrey hacia el norte y Gonzalo Pizarro fue reconocido en Quito como Gobernador General del Perú -el mismo rango que su hermano Francisco- el 8 de julio de 1545.

En pos de Núñez de Vela siguió la tropa de Pizarro hasta desalojarlo del gran feudo inmensurable que Gonzalo se había creado: el Perú. Lo dejó pasar a Popayán, que era ya de otro señor: Sebastián de Benalcázar. Pero tampoco allá vieron bien la llegada del representante de la autoridad real, aun cuando al fin pudo venir acompañado de Benalcázar a la conquista del Perú.

La lucha se desenlazó en la ciudad misma de Quito; en el llano de Inak-Quito, o Iñaquito, Quito superior, según González Suárez, el verde ejido del norte, que es hoy el barrio residencial de la capital ecuatoriana. Después de la batalla, Blasco Núñez de Vela fue decapitado por un negro esclavo del capitán Suárez de Carvajal, frente a la Alameda, en el sitio en donde arde la ofrenda votiva de la Esquina de la Virgen, en el atardecer

del día 18 de enero de 1546. Gonzalo Pizarro asistió luego a sus exequias vestido de luto

> porque era costumbre de los Pizarros ponerse luto y asistir como dolientes a las exequias de sus victimas.

Según dice con graciosa ironía González Suárez.

La locura de la espada fue sólo un trasunto de las luchas feudales de Europa. Excepto el materialista Francisco de Carvajal, nadie quería desacatar la autoridad real. Carvajal, un tipo extraño dentro del siglo XVI español, era el representante del humanismo materialista y escéptico. Por eso pedía que mostraran el testamento del padre Adán en que dejara en herencia el Perú a Carlos V. Tipo de condotiero renacentista, Carvajal representó en la gran aventura mística de la Conquista el espíritu nuevo. No en vano había guerreado en Italia bajo las órdenes del Gran Capitán.

Terminado el episodio de la pendencia entre el nuevo feudalismo y el poder real, Pizarro volvió a repartir feudos a sus fieles. El 12 de junio del mismo año en que venció a Blasco Núñez de Vela, nombró Teniente de Gobernador de Quito a Pedro de Puelles, dueño de vastas encomiendas.

Igual que en la feudalidad pendenciera, el fraile tomó en veces parte activa en la lucha. Fray Jodoco era de los del partido de Pizarro, según consta de documentos fehacientes igual que el Padre Núñez, al que en el corro popular se le conocía como "Fray Pedro el Arcabucero", pues según escribe Pedro de Puelles en carta a Gonzalo Pizarro:

> Fray Pedro andaba con cien arcabuceros y peleaba en las batallas y en todo lo demás.

Que esta locura de la espada tomó por igual a hidalgos y frailes, se patentiza con la llegada de don Pedro de La Gasca, sacerdote y no guerrero, quien usó más de la pluma y la palabra que de la espada para pacificar las vastas comarcas revueltas por la neurosis del aventurero convertido en señor feudal.

El arma de La Gasca fue tocar el punto de honor del conquistador. Es decir, el sentido hidalgo de la vida, dominante en el hombre de la

Conquista. Una inteligente propaganda, un atinado llamamiento a la conciencia, una conducta prudente que consistía en evocar el sentimiento de la lealtad y fidelidad en las almas endurecidas por la locura de la espada, fue lo que permitió al clérigo sagaz vencer sin pelear. El día del encuentro con Pizarro en Jaquijaguana no hubo pelea. Todos los hidalgos, arrepentidos, se pasaron al campamento del clérigo. Pizarro fue ajusticiado. Y Carvajal, el demonio de los Andes, fue ejecutado vilmente. Era el triunfo final del sentido hidalgo español -basado en la fe, en la fidelidad y el honor- contra el materialismo renacentista del condotiero sin escrúpulos morales.

En Jaquijaguana, con el triunfo de La Gasca, terminó el período místico de la Conquista.

Y comenzó el de una estructuración feudal más mansa y doméstica, pero no menos cruel.

ENTRE DOS MUNDOS

CONFIGURACIÓN

Al comparar la configuración de la colonización portuguesa del Brasil con la española del resto de América, afirma Gilberto Freyre que la forma española es grecoide. Prolongación en verticalidad, como una figura de Greco. Ensanchamiento de la figura hacia arriba, en anhelo de ascendente verticalidad.

La imagen es exacta. La configuración de la colonialidad ecuatoriana tiene forma grecoide: una ancha base que se va angostando hacia arriba en ascenso afinado. La ancha base es la indiada, y al subir en las variadas formas de mestizaje coronan la figura en fina forma cónica las escasas capas dirigentes.

La colonialidad se fundamentó en un doble precipicio: el de casta y el de régimen económico íntimamente unidos. Arriba una escasa minoría dominante de conquistadores y burócratas. Abajo, una densa muchedumbre de dominados.

Pero la figura no se presenta clara. No es, como en las colonizaciones inglesas o sajonas en general, una serie de círculos concéntricos que no se tocan. El copioso mestizaje hizo pronto confusa la imagen, pues la mezcla creó tipologías sociales diversas.

A diferencia del colono inglés, el conquistador español sentía viva la humanidad del indio. Lo destruía en ingentes matanzas. Lo hundía en el fondo oscuro de las minas. Lo maltrataba. Pero nunca lo miró como un ser infrahumano. El principio de casta no fue una barrera infranqueable, sino una borrosa y elástica línea incesantemente transformada.

Lo esencial es que el español miró en el indio a un hombre. El Padre Francisco Vitoria, Fray Bartolomé de las Casas, los humanísimos letrados del Consejo de Indias, vieron en el indio un ser humano y discutieron al conquistador sus derechos. Vitoria protestaba que los indios no eran monos y clamaba que así le ofrecieran el Arzobispado de Toledo a condición de absolver a los "peruleros", no lo haría.

La ética del español se basó siempre en una aspiración de libertad y en un humanísimo sentido de universalidad. Y esto, que trasuntaban filósofos y juristas en doctas disquisiciones, lo realizaba en la vida el hombre que creaba mundos nuevos en América.

El sentimiento de consideración humana se manifiesta en la actitud para con el conquistado. No lo extermina, como el inglés. Ni lo separa en grupos a los que hay que aniquilar, como ocurrió en Norteamérica, en donde los pocos sobrevivientes se conservan en "reservaciones" como animales de zoológico, para el uso de etnólogos. Ni se sintió contaminado con el contacto de la piel bronceada o de la piel negra.

La unión de las razas no se realizó sólo en la forma fortuita y animal de las violaciones copiosas entre torrentes de sangre. El matrimonio de blancos y de indias fue frecuente. El orgulloso Rodrigo de Salazar, asesino de Pedro de Puelles y luego Gobernador de Quito, estaba casado con una india. Numerosos conquistadores unieron sus existencias y compartieron tálamo y hogar con indias. Isabel, hija de Atahualpa, estuvo casada con el español Esteban Pretel.

Ciertamente que la rijosidad acicateada del español engendró fuera de sacramento numerosos bastardos. Cuenta Alvar Núñez Cabeza de Vaca que había españoles que "estaban amancebados cada uno con treinta y cuarenta y cincuenta mujeres". González Suárez relata que en

los días del gobierno de la Audiencia se daban frecuentes escándalos por igual causa.

> Había además (escribe el ilustre arzobispo) otra llaga social que tenía inficionadas a las familias, y era el horrible abuso que los españoles hacían de las infelices indias empleadas en su servidumbre, sin respetar el pudor ni la moral.

No es posible ver en la unión copiosa de las razas sólo la rijosidad agudizada del español. Era eso; pero era también un sentimiento de acercamiento hacia la humanidad del indio. Ese sentimiento estuvo despierto siempre en las almas más nobles. El primer Presidente de la Audiencia de Quito, don Hernando de Santillán, era dulce con los indios. Don Manuel Barros de San Millán provocó la insurrección de encomenderos contra él, por su trato afectuoso y humano con los indios, lo que le valió el encono de los feudales acaudillados por un rematista de obraje como era Moreno Bellido. El Padre Francisco de la Cruz, ajusticiado por la Inquisición, sostenía que el verdadero pueblo de Israel -pueblo elegido- eran los indios.

La mixtigenación creó un problema nuevo. Las castas, en las que se basó la supremacía, se hicieron borrosas. Y nació un tipo de marginalidad social único en la historia.

Tal proceso de mixtigenación era evidentemente necesario dada la pequeña cantidad de blancos. Pero no era indispensable. En América el impulso del español hacia la mixtigenación no era sólo producto de la necesidad, aun cuando esta consideración entrara en el hecho mismo.

En Quito, según la relación que posiblemente sea de Juan de Salinas y ya aludida, había en 1573 una población de 50.000 indios dentro de la ciudad y sus anexos. Y de la población blanca, que comprendía algunos portugueses y extranjeros, se podía calcular en unos cien vecinos los

> que tienen casa y viven de labranza y crianza: otros ochenta moradores de todos oficios y arrieros...Demás de los moradores arriba dichos, habrá otros cincuenta que viven de mercadurías y tratos de ropa de España y de la tierra.

O sea una población blanca aproximada de 230 personas, además de los escasos encomenderos, que no llegaban a treinta.

Una tan escasa población blanca diseminada entre 50.000 indios y 100 negros aproximadamente dio un abundante mestizaje. En el siglo siguiente (1650), escribe Rodríguez Docampo, en su *Descripción y relación del Estado Eclesiástico del Obispado de San Francisco de Quito,* que

> tienen hasta tres mil quinientos vecinos y moradores dentro de la ciudad y las cinco leguas, sin los indios que se asientan en ella, criollos y traginadores, mujeres, niños y de todos sexos, veinticinco mil personas.

La estructura de las castas, un siglo más tarde, la calculan los marinos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en su *Relación Histórica del viaje a la América Meridional,* de esta manera: una sexta parte de españoles, aun cuando incluyen en ella

> muchos Mestizos (que no) lo parecen en el color más que aun los legítimos españoles, por ser blancos y rubios.

Una tercera parte de mestizos, una tercera de indios y el resto de "gente de castas" o sea negros y mulatos.

En Guayaquil, según lo consigna Abel Romeo Castillo en su obra *Los Gobernadores de Guayaquil en el siglo XVIII,* había aproximadamente 4.914 habitantes, además de 300 en las haciendas del campo y 468 negros e indios, cifra que debe suponer seguramente mezcla de indios y negros, pues es poco admisible que la proporción de blancos puros haya sido tan numerosa.

Según una antigua relación transcrita por Carleton Beals en su *América South,* la misma ciudad en el siglo XVII tenía una población de 786, sin mencionar a los mestizos e indios. De este total de población blanca, sólo 13 eran encomenderos y eran los únicos capaces de ser terratenientes, por ser descendientes de los conquistadores. Cerca del puerto, había 22 haciendas, 25 ranchos ganaderos y 9 ranchos para crianza de cerdos, en los que trabajaban 420 peones negros e indios.

El número de habitantes de Quito en el siglo XVIII es calculado de modos diversos: el Padre Coleti en su *Relación de la ciudad de Quito*, calcula entre 46 y 48.000; según la versión de *II Gazzetiere Americano* hecha en 1763, había entre 50 y 60.000. Espejo en sus *Reflexiones acerca del contagio de las viruelas*, calcula en 20.000; el Padre Velasco en la *Historia Moderna del Reino de Quito* calcula que en 1645 había 85.000 de los cuales 30.000 eran indios y en 1736 calcula la cifra entre 50 y 60.000.

De todos modos, la mixtigenación fue abundante, pues el número de españoles que llegaron era poco considerable en proporción al crecimiento de la población mestiza y de la que iba aclarando su piel hasta confundirse con el blanco.

A esta prolífica procreación no fue ajeno el fraile. Había frailes cabalgantes como ese Fray Pedro el Arcabucero, que andaba sobre el bridón en andanzas de guerra y de pillaje. Frailes galantes como aquél canónigo Antonio Hernández de Villaquirán

> a quien las patrullas que hacían la ronda habían sorprendido varias veces en traje secular con la espada al cinto, en criminales devaneos con personas cuya fama de moralidad era muy dudosa.

Según relata el Arzobispo González Suárez.

Los jóvenes viajeros españoles Jorge Juan Santacilia y Antonio de Ulloa dan pormenorizada noticia acerca del estado religioso en el siglo XVIII, cuando nos cuentan la divertida historia de los franciscanos que llegaban en los días de capítulo con sus mujeres e hijos: de las fiestas que se daban al nacer los hijos de los mismos y aun de los fandangos corridos en los días de la consagración sacerdotal. Las mujeres vivían maritalmente con los buenos frailes en el convento y fue grande la sorpresa de uno de los galantes franceses de la Misión Geodésica cuando, al acompañar a una dama después de una fiesta, se quedó ésta a dormir en el convento de San Francisco, que era su domicilio.

Las historias galantes de dominicos y de monjas las ha contado sabrosamente González Suárez. Y aun se habló de conductos secretos que unían el convento de Santo Domingo con la clausura de Santa Catalina.

La configuración social, que primitivamente se había hecho sobre el distingo étnico, no pudo sostenerse sobre base tan deleznable en un país profundamente mestizado. La mezcla racial creó tipos borrosos y difícilmente encasillables: el mestizo iba clareando su piel, modificando sus rasgos, cambiando en su pigmentación. El mulato, a su vez por la atracción del español indistintamente dirigida hacia la india o la negra, aportaba su sangre cálida. Y el panorama colonial, desde el punto de vista de la configuración social basada en distingos étnicos, se hace difícilmente mensurable.

Se puede, sin embargo, señalar líneas generales de mixtigenación, palabra que preferimos a la dudosa de mestización pues incluye también el mulataje: la distribución étnica se hizo de modo diverso en el litoral que en la meseta.

> Según lo que se vio después (escribe Carleton Beals), los primeros conquistadores fueron a menudo elementos más valiosos que muchos de los burócratas urbanos y eclesiásticos de más tarde. Los andaluces y los lusitanos, más suaves y geniales, con su cultura más estéril y sus características moriscas, permanecieron en la costa o donde la proximidad de la capital permitiera el empleo completo de sus habilidades para el vicio y para la intriga. Pero los recios vascos, extremeños y castellanos, la espina dorsal del ejército de la Conquista, se dirigieron al interior de Bolivia, Perú y Ecuador y se transformaron en verdaderos colonos, encontrando un medio adecuado en la naturaleza interna creciente del indio.

La afirmación es parcialmente cierta. Es posible que el andaluz se aposentara más fácilmente en las tierras bajas litorales en donde el sol caliente hacía hervir su sangre morisca. Pero no parece exacto, al menos en el Ecuador, que los soldados de la Conquista se convirtieran en colonos en el sentido riguroso de esta palabra: se transformaron en amos feudales, que es cosa distinta. El colono propiamente dicho no llegó a América sino tardiamente. Inclusive la fuerte y creadora corriente de inmigración vasca que tantos resultados dio en Chile, llegó ya en la época republicana.

La configuración étnica se hizo de modo más o menos regido por las líneas bioclimáticas ásperas y diferenciadas del Ecuador, país de contrastes. Los ardientes litorales es posible que recibieran el aporte dominante andaluz y aún se nota en el acento de hablar y en la alegría expansiva del guayaquileño la influencia andaluza. Pero es difícil de documentar el dato y lo más probable es que la dispersión se hiciera de modo más o menos arbitrario.

El proceso de mixtigenación fue diferente. En la meseta el español encontró masas indígenas dispuestas a la obediencia. El clima les había obligado desde remotos tiempos a la convivencia disciplinadora: paredes abrigadoras para el viento cordillerano, necesidad de siembras periódicas y de cosechas regulares, pastoreo de la llama, la oveja de la tierra; formaron agrupaciones estables que luego fueron sometidas a disciplina política hasta que llegó la gran oleada imperativa del Incario disciplinador.

La selva actuó como elemento dispersante. La muralla vegetal que se opone a la unificación permitió organizaciones permanentes sólo a lo largo de los ríos navegables y en las zonas secas de la región costanera.

El proceso de mixtigenación tuvo que adecuarse a las condiciones bioclimáticas. La característica común fue la de aceptar, adecuándola al sistema feudal, europeo, la supervivencia de las formas incaicas colectivistas, transformando el régimen de trabajo y vida comunal del indio en provecho individual del conquistador. Pero las tipologías tuvieron que diferenciarse.

Ante todo, no había un indio ecuatoriano, sino indios ecuatorianos a los que el Incario no había aún asimilado, y esa heterogeneidad fundamental estaba más aumentada aún por los *mitimaes* o sea las colectividades trasplantadas en masa a tierras distintas para homogeneizar los grupos sujetos a la obediencia imperial del Incario.

El país de hoyas diferenciadas que es el Ecuador, dio a la mixtigenación un carácter singular y favoreció la tendencia individualista del español por una parte, y el sentido colectivista del indio, por otra. Tendencia individualista, pues el español se acentuaba más en su feudalismo al

estar separado geográficamente de los grupos ciudadanos, y tendencia a la colectivización al hacer impermeable la concentración indígena de una hoya respecto de otra.

Esa heterogeneidad específica dentro de la unidad genérica del feudalismo se hace patente hasta hoy en que los dialectos, las costumbres y la vida urbana, lo mismo que los rasgos del indio, son profundamente diferenciados entre las mismas provincias del Interior ecuatoriano.

El aporte negro no fue mayormente significativo en la meseta, en donde no pudo adaptarse por sus condiciones biológicas el africano acostumbrado al calor de la selva ecuatorial. Pero se hizo necesario en los hondones de la cordillera andina, en los valles profundos en donde el clima ardiente y húmedo no podía hacer viable el transporte indio.

Con más razón aún el trasplante feudal no pudo hacerse en Ia regiones selváticas del trópico. El indio de la serranía, trasladado por necesidades de guerra o de trabajo, moría. Hemos visto que sólo las expediciones para la fundación de Guayaquil costaron la vida a 10.000 indios interioranos. La selva lo rechazaba con fiera tenacidad. Y en cuanto al selvícola, mantuvo su independencia o se recluyó en lo más apartado de la selva, en donde subsiste aún con características propias, como en el caso de los cayapas y de los colorados.

Las únicas supervivencias indígenas fueron -igual que en la meseta- aquellas que respondían a una bioclimática especialmente apta para la colonización. Las culturas aborígenes de las zonas costaneras -las confederaciones tribales que Jijón y Caamaño compara con una suerte de Liga Hanseática- han podido subsistir hasta nuestros días en que se pueden encontrar supervivencias indígenas en el llamado "Cholo" pescador de las costas de Manabí y Guayas. Y han podido subsistir, porque el clima seco, fresco y agradable, la falta de vegetación exhuberante, las grandes llanuras litorales, hicieron posible la unificación que la selva impedía en las regiones húmedas del trópico.

La conquista de la selva fue hecha a base del negro. Una tipología esclavista, diferente de la feudalidad de la meseta. Y también la mixtige-

nación fue diferente. En vez del mestizo marginal, sufridor en veces, cruel con los indios casi siempre, apareció un tipo étnico diferente: el mulato amaestrado por la selva, bravo y altivo, orgulloso y díscolo, que había de tener parte activa en las guerras civiles del Ecuador.

Dentro de las dos grandes líneas de la estructura colonial -el feudalismo de la meseta y el esclavismo del trópico- hay sin embargo modalidades específicas, variedades que hacen confusa la figura. No significa que no hubo formas feudales en el Litoral ni formas esclavistas en la Sierra. Lo que significa es que en cada una de las regiones hay grandes líneas generales propias.

La mixtigenación creó, además, problemas diversos. Si originalmente fue la Conquista una alineación piramidal de castas, la Colonia hizo borrosas las líneas divisorias. Se basó ciertamente, en la distinción de casta y de color. Pero había algo más: la diferenciación económica que se iba creando.

LA TRINIDAD SANGRIENTA

El sociólogo ecuatoriano Humberto García Ortiz sostiene en su libro *La forma nacional* que la estructura colonial no fue feudal, sino esclavista. Se basa en que no era la posesión de la tierra lo que daba calidad, sino el Patrimonio, y en que en el esclavismo la hace trabajar de otros.

Sin embargo, pensamos que la forma feudal es la dominante. El feudalismo es un dominio del hombre como parte del suelo. El señor posee la tierra y al hombre como un terrón de ella: el siervo de la gleba. El trabajo del dueño presume una etapa colonizadora. Pero en el coloniaje ecuatoriano, el conquistador primero, el encomendero después, no trabajaban la tierra, sino que imponían al indio un tributo -característica feudal pura- del que pechaban: le imponían servidumbres y gabelas incluyendo prestaciones personales; le obligaban a trabajar la tierra y entregar sus productos. Y esto es feudalidad pura.

Ciertamente que el tipo feudal americano es *sui géneris.* Pero los lineamientos generales corresponden a la forma feudal que estaba haciendo crisis en Europa y que se embarcó para América.

Hasta las medidas, aún usadas en la Sierra, revelan la impronta feudal: la "caballería" como medida de tierra era un solar de cien pies de ancho y doscientos de largo, medida que fue impuesta a Pedrarias en 1513, que aún es corriente en las tierras labrantías de la meseta ecuatoriana, y que expresaba lo que tenía derecho a poseer un caballero u hombre de a caballo.

Luis Monsalve Pozo, en su interesante estudio *El indio,* traza el cuadro del reparto de tierras del siguiente modo:

1o.- Propiedad individual y privada:

a) Tierras adjudicadas al conquistador en propiedad absoluta tomándolas de las del Inca, caciques y grandes servidores del Incanato.

b) Tierras de *composición,* es decir, aquellas que excedían territorialmente de las demarcaciones señaladas en los títulos de propiedad y que en virtud de una composición o sea del pago de su precio a las cajas Reales aumentaban el patrimonio de los terratenientes.

c) Tierras de *encomiendas,* grandes circunscripciones de terrenos que se daban en usufructo por una o dos vidas a los conquistadores, reservándose el rey, el dominio de las mismas.

2o.- Propiedad colectiva:

a) Tierras de comunidades de indígenas, agrupaciones del ayllu primitivo, supervivencia de la vida colectiva, con el señalamiento transitorio de la parcela para la faena individual.

b) Tierras de ejidos de origen español, creadas por Felipe II quien mandó que "los sitios en que se han de formar los pueblos y reducciones tengan comunidad de aguas, tierras y montes, entradas y salidas, y labranzas y un ejido de una legua de largo, donde los indios puedan tener sus ganados sin que se revuelvan con otros de españoles".

c) Tierras de *propios* o sea terrenos que se dejaban al fundar los pueblos, ya para cultivos colectivos o para arrendarlos, debiendo ingresar los productos al presupuesto de gastos públicos del lugar.

d) Tierras de hatos en las provincias del Azuay y Cañar... Los hatos no son sino rescoldos del primitivo régimen de propiedad de los cañaris, que comprenden terrenos situados en los páramos, de los cuales son de propiedad privada la casa y una pequeña porción de pastos, siendo comunes las montañas y pajonales.

Además de estas formas de propiedad, señala el sociólogo ecuatoriano la propiedad de la Iglesia, que era tan cuantiosa desde los primeros años de la Conquista que en el año 1539 una cédula real prohibía que los religiosos

> adquieran rentas y haciendas, pues desde los Pastos hasta Loja se habían apoderado en menos de dos años de más de la mitad de las haciendas, de modo que al cabo de poco tiempo podían haber llegado a ser dueños de todo.

Según escribe el historiador católico Pablo Herrera.

La feudalidad española se trasladó a América de modo definitivo. Pero fue una feudalidad transformada y adaptada al medio americano vasto y nuevo. Y ciertamente que ambas tipologías coexistentes y diversas -la feudal y la esclavista- se mezclan, aun cuando según las condiciones ambientales domina más o menos una de ellas.

Aun los sociólogos menos revolucionarios y más bien católicos conservadores reconocen esa feudalidad. En su libro eruditísimo titulado *La conquista española juzgada jurídica y sociológicamente*, el conservador ecuatoriano doctor Alfonso María Mora dice:

> Las encomiendas constituyen una forma de feudalismo agrario que tiene muchos rasgos de semejanza con el colonato que era de explotación de trabajo de los siervos adscritos a la gleba.
>
> En los títulos de encomienda se expresaba el número de indios de los que cada una se componía, el nombre del distrito territorial y en

> qué forma debían satisfacer éstos los tributos al encomendero, y, en caso de vacancia, el número de vidas o sucesiones a las que alcanzaban...
>
> Desde el día en que recibían la Cédula de confirmación se les concedía a los encomenderos el derecho de tener lanza, caballo y espada dentro de los límites de las ciudades, debiendo elegir una para su residencia.

El sentido feudal de la encomienda no pudo ser abatido por la humanísima legislación que desde los primeros días de la Conquista, para el orgullo de España, comenzaron a dictar sus reyes. Cédulas y ordenanzas, disposiciones reales y mandamientos perentorios llegaban a América, en donde los encomenderos ponían sobre sus cabezas las órdenes del Rey, pero se reservaban el derecho de no obedecerlas.

No se puede juzgar la obra de España solamente al través de su legislación de Indias, la más humana y perfecta que en tiempo alguno se ha dado para gobernar pueblos coloniales. La realidad era distinta. América era una tierra lejana en donde el duro hombre de presa campeaba a voluntad y en donde se estaba formando una sociedad muy distinta de la que pretendiera el celo de los monarcas y el dictamen honesto de los humanistas letrados.

La reales cédulas de 14 de agosto y el 12 de noviembre de 1509 establecían la encomienda como una forma de protección para el indio a fin de que le enseñaran a "vivir en policía". Las Leyes de Burgos de 1512 y las cuatro de 1513 establecían la prohibición del trabajo de menores de 14 años y de mujeres encinta. Las ordenanzas de 12 de mayo de 1551 y de 26 de mayo de 1602 prohíben a los encomenderos el dar trabajo obligatorio y forzado a los indios, o sea la libre contratación, y establecen que la tasa de salarios sea hecha de acuerdo con el valor de las subsistencias. La real cédula de Monzón de 1593 ordena que no se obligue a los indios al trabajo doméstico sin remuneración y propia voluntad de servir. Y en la *Recopilación de Leyes de Indias* pueden encontrarse las más humanas disposiciones, incluso prohibiendo el concertaje que había de ser una lacra social hasta los días de la República.

Pero una cosa era la ley y su espíritu. Otra distinta la ancha libertad de que gozaban el encomendero, el burócrata y el fraile en las tierras lejanas de América, en donde la feudalidad se trasunta y la esclavitud se patentiza.

La prueba fehaciente se encuentra en las mismas disposiciones reales que tomamos de la obra del doctor Mora antes citada. En una cédula real de 16 de marzo de 1680, dirigida al Licenciado Lope Antonio de Munive, Presidente de la Real Audiencia de Quito, el Rey le hace saber que ha tenido noticia

> del mucho trabajo que los indios de esa provincia padecen con sus encomenderos, haciéndoles pagar más de cuarenta pesos, obligándoles a que carguen mas de cuatro arrobas de peso a las espaldas por espacio de cuarenta leguas con lo que perecen miserablemente, y que los sacan de sus pueblos, teniéndoles fuera de ellos mas de un año.

En otra cédula real, de fecha 16 de marzo de 1680, dirigida al mismo Presidente de la Audiencia de Quito, le dice:

> En mi Consejo de Indias se ha entendido el miserable estado en que se halla esa provincia por lo mal que obran algunos Ministros y Jueces de Visitas que dejan destruidos a los pobres, siendo mucho más de considerar lo que padecen los indios con las continuas vejaciones que les hacen los Corregidores, Curas Doctrineros y otras personas que sólo atienden sus intereses, obligándolos con el mucho trabajo a que se huyan o perezcan en las montañas.

En otra cédula real de 25 de agosto de 1681, el Rey notifica que:

> se ha experimentado que algunos españoles que tratan, traginan, viven y andan entre los indios, son hombres de mal vivir, ladrones, jugadores y viciosos (y que se sabe que en los pueblos de indios) se han introducido a vivir en ellos los Españoles, los cuales violentamente les han quitado sus tierras y aguas con las que las riegan para sembrar maíz y sustentarse.

En otra real cédula de 22 de noviembre de 1693 se consigna que:

> se experimentó el trato que hacían a los indios los Encomenderos que era el de mayor opresión que si fueren esclavos.

La forma feudal de la encomienda se complica con formas de esclavismo ilegal, pero no por ello menos duro: la mita y el obraje.

La mita fue creación de un religioso: el arzobispo Jerónimo Loaisa. Y se cuenta que en los últimos años de su vida la conciencia remordida por el peso del arrepentimiento le hizo pedir al Rey su abolición por cuanto había comprendido su error

> después que reconoció por vista de ojos el quebrantamiento de la libertad natural y otros inconvenientes jamás creídos.

La mita es la forma más o menos pura del esclavismo, como la encomienda fue la forma más o menos pura de la feudalidad. Consistía en adscribir un número de indios, variable entre uno por veinticinco y uno por cinco, al servicio de las minas y lavaderos de oro, así como también para la labranza de haciendas.

Kirkpatrick, cuya mentalidad contemporizadora se inclina más a disminuir que a exagerar las crueldades contra el indio en la Colonia, cuenta que en 1575 el virrey Toledo asignó a las minas de Potosí 95.000 mitayos como se llamó a los indios sujetos a la mita; en 1633 los 95.000 mitayos se habían reducido a 25.000 y en 1678 sólo quedaban 1.700. En 1788 el Gobernador de Cochabamba informaba que tres aldeas habían quedado despobladas y que de los indios enviados a la mita sólo substituía la tercera parte en cada año.

En el siglo minero del Ecuador colonial se crearon también mitas. Por cédula real de 20 de agosto de 1575 se facultó al presidente García de Valverde y a la Real Audiencia de Quito para enviar indios a los placeres auríferos de Santa Bárbara, y en cédula real de 31 de enero de 1590 se adscribieron hasta 3.000 indios a las minas de Zaruma.

A partir del siglo XVII la gran corriente minera refluyó hacia el sur peruano y en el Ecuador la mita quedó como simple servidumbre agrícola

en su mayor parte. En el siglo XVIII se había consolidado de tal modo la esclavitud ilegal del indio mitayo, que había de arrancar páginas conmovedoras y dolorosas a los jóvenes marinos españoles Jorge Juan Santacilia y Antonio de Ulloa, enviados por el Rey para acompañar a la Misión Geodésica francesa.

En las *Noticias secretas de América* han dejado páginas inolvidables de humanidad y documento de irrefutable verdad histórica. He aquí como describen la mita:

> La mita consiste en que todos los pueblos deben dar a las haciendas de su pertenencia un número determinado de indios para que se empleen en su trabajo y otro número se asigna a las minas, cuando habiéndolas registrado sus dueños han conseguido que se les conceda mita para hacer sus labores con mas conveniencia.

Constatan luego cuatro tipos de haciendas: a) de sembradío; b) de ganado mayor; c) de ganado lanar, y d) de obrajes. En las primeras se pagaban nominalmente al indio 18 pesos al año, pero de esa suma les descontaban 8 pesos para el pago del tributo de indios; 2 pesos y 2 reales para el vestido del indio; con lo cual les quedaban seis pesos y seis reales para mantenerse. Como la pequeña parcela que se le daba al indio para su beneficio personal -origen del huasipungo- no alcanzaba a producir el maíz necesario, tenía que comprarlo al dueño de la hacienda a un precio mínimo de 9 pesos. O sea que quedaba endeudado cuando menos en 1 peso y 6 reales más de lo que ganaba. Y cuando había escasez de cosechas, la deuda subía más aún.

En las haciendas de ganado la esclavitud era mayor, pues se le entregaban al indio un número de vacas, calculando su producción en quesos. El indio debía entregar la cantidad calculada. Y si disminuía la cantidad de leche por vaca, lo que ocurría siempre, quedaba adeudando al dueño de una suma cuantiosa.

En las haciendas de ganado lanar el cuadro no era menos sombrío. Se les entregaba una manada de 800 ó 1.000 ovejas a su cuidado, a cada indio. Como debía trabajar en las tierras de labranza y al mismo tiempo

pastorear el ganado en los abruptos páramos, frecuentemente tenía que, encargar este último trabajo a la mujer o a niños hasta de seis años. Si se perdían las ovejas, era la obligación pagarles. Y del salario de 18 pesos anuales, descontados los 8 de tributo y los de vestido, tenían que alimentarse él, su familia y su jauría.

Para completar la vida sombría de la mita, reproduciremos este horrendo cuadro tal como lo pintan los jóvenes y nobles marinos españoles:

> ...cuando la ira del amo o del mayordomo no se sacia, los pringan también, como se suele practicar en algunas colonias con los negros esclavos, aunque de modo distinto. Este se reduce a tomar dos pedazos de yesca de maguey, que es la ligera médula del pitaco o caña que produce la pita, y encendidos, golpean uno contra otro para que caigan chispas sobre las carnes al tiempo que los están azotando. La prisión, el hambre, los azotes, todos los tormentos corporales, los sufre el paciente indio, pero la afrenta es para ellos insoportable: la mayor que se les puede hacer es cortarles el pelo, y como la infamia de este castigo dura más que el padecimiento corporal, el avergonzado indio no halla consuelo en esta desgracia....

Aparte de estos castigos extremados, el látigo era forma cotidiana de corrección. Lo usaba el mestizo cruel, el mayoral o cómitre de esos horrendos ergástulos. He aquí un cuadro de los mismos marinos, que es igual al que relata un siglo más tarde, en plena vida republicana, el conmovido Montalvo:

> A cualquier falta o descuido que cometa el indio se le manda tenderse en el suelo boca abajo, se le quitan los ligeros calzoncillos que es todo su ropaje y los azotan con el ramal haciéndolos contar los latigazos que descargan sobre él hasta completar el número de la sentencia. Después se levantan, y los tienen enseñados a que vayan a hincarse de rodillas delante del que los ha castigado, y que, besándole la mano, le digan: Dios lo pague, forzando los trémulos labios del indio a dar gracias en el nombre de Dios por los azotazos, casi siempre injustos, que le han inflingido.

El obraje completa la trilogía sangrienta.

El obraje era la forma económica de producción industrial de la Colonia: la fábrica de telas.

No resistimos a transcribir la forma patética como lo describen Jorge Juan Santacilia y Antonio de Ulloa en las *Noticias secretas de América:*

> Para formar un perfecto juicio de lo que son los obrajes, es preciso considerarlos como una galera que nunca cesa de navegar y continuamente rema en calma alejándose tanto el puerto que no consigue nunca llegar a él aun cuando su gente trabaja sin cesar, con el fin de tener algún descanso...
>
> El trabajo de los obrajes comienza antes que aclare el día, a cuya hora acude cada indio a la pieza que le corresponde según su ejercicio y en ella se les reparten las tareas que les pertenecen: y luego que se concluye esta diligencia, cierra la puerta el maestro del obraje y los deja encarcelados. A medio día se abre la puerta para que entren las mujeres a darles la pobre y reducida ración de alimentos, lo cual dura muy poco y vuelven a quedar encerrados. Cuando la oscuridad de la noche no les permite trabajar, entra al maestro del obraje a recoger las tareas: aquellos que no han podido concluir, sin oír excusas ni razones, son castigados con tanta crueldad que es inexplicable; y hechos verdugos insensibles, aquellos hombres impíos descargan sobre los miserables indios azotes a cientos, porque no saben contarlos de otro modo, y para conclusión del castigo les dejan encerrados en la misma pieza por prisión, y aunque toda la casa lo es, hay un lugar determinado con cormas o cepos para castigarlos más indignamente que se pudiera hacer con los esclavos más culpables.

Luego dichos testigos presenciales cuentan:

> El arbitrio de condenar a los indios a estos lugares abominables se ha hecho tan común, que ya se destinan a la muerte civil de ellos por muchos asuntos: una deuda corta y a un particular individuo, es bastante para que cualquier persona, de autoridad propia, les imponga este castigo. En los caminos se encuentran a menudo indios con los cabellos amarrados a la cola de un caballo, en el que montado un mestizo los conduce a los obrajes.

Y con visión certera señalan lo medular del asunto:

> Por más que se quiera describir la tiranía con que trataban a estos indios los encomenderos en los principios de la Conquista, no nos persuadimos nosotros, que ahora los hemos visto, a que llegasen a la que actualmente ejecutan con ellos los españoles y mestizos; y si entonces servían como esclavos, tenían un solo amo en el encomendero, más ahora lo tienen al corregidor, a los dueños de obrajes, a los amos de haciendas, a los estancieros de ganado y, lo más escandaloso, a los mismos Ministros del altar: todos estos, inclusive los curas, tratan con más inhumanidad a los indefensos indios que la mayor que se puede tener con los esclavos negros.

En efecto, las figuras sórdidas y sangrientas del Corregidor, del terrateniente y del cura son las más pavorosas de la Colonia. La feudalidad de los hombres de la Conquista fue ruda y brutal, fiera y batalladora; pero miró intacta el alma del indio. La feudalidad colonial, borrosa y llena de contenidos esclavistas, fue más doméstica y suave en su agresividad pendenciera; pero oprimió al indio con las torturas constantes del látigo y del trabajo forzado. El conquistador lo mataba con la espada o lo elevaba a su fe de cristiano, se casaba con sus hembras y procreaba en ellas. El latifundista criollo colonial veía en el indio la bestia triste y sumisa a la que había que explotar y matar lentamente.

Y es que un nuevo elemento se había unido a la sombría tragedia. Ya no era el hidalgo de la espada que quería ser gran señor. Era el burócrata y su hijo, el covachuelista enriquecido, el comerciante ahíto de codicia, el pesado criollo indolente que creía haber nacido para holgar sin trabajar. Y era, sobre todo, el hombre marginal y atormentado, huidizo y cruel, fluctuante entre dos mundos, el mestizo, quien dio la nota sangrienta y brutal a la Colonia.

El hidalgo español y el noble, el letrado humanista y el sacerdote docto, procuraron suavizar la dureza extremada. Atestiguan esa generosa tendencia los mismos Jorge Juan Santacilia y Antonio de Ulloa, caballeros nobles. Y nos hablan de este espíritu las disposiciones reales que trataban de refrenar la codicia del terrateniente, del corregidor y del cura de almas que acertaba a ser verdugo.

Aparte de las disposiciones citadas antes y de la *Recopilación de Leyes*, cabe recordar la cédula real de 2 de diciembre de 1563 ordenando que el trabajo sea voluntario y convenientemente remunerado; la de 22 de febrero de 1549 dirigida a la Real Audiencia de Quito en igual sentido; la de 22 de septiembre de 1590 en que se ordena a la misma Audiencia que exija que "cuando aumente el valor de las cosas, que suba también el precio del sudor de los indios"; la de 2 de febrero de 1660 en que dice el Rey que habiendo

> sido informado que el trabajo que han padecido y padecen los indios en los obrajes de paños e ingenios de azúcar es muy grande y excesivo y contrario a la salud y causa de que se hayan consumido y acabado en muchos, prohíbo y expresamente defiendo y mando que de aquí en adelante en ninguna provincia ni parte de estos Reinos puedan trabajar ni trabajen los indios en los dichos obrajes de paño de españoles ni en los ingenios de azúcar, lino, lana, seda, algodón ni en cosa semejante.

También trató la Corona de frenar el abuso de los frailes y curas de almas. Además de la prohibición de adquirir tierras, que hemos citado antes, la ordenanza real de 14 de noviembre de 1603 dirigida al Obispo de Quito le ordena, que los doctrineros conozcan bien el idioma del inca. En la cédula real de 23 de febrero de 1680 ordena que los religiosos, de quienes habían llegado quejas,

> con toda especialidad procurasen instruir a los indios en los misterios de nuestra Santa Fe Católica por los medios más suaves que fuese posible, excusándose de dureza y usando de amor y benignidad para ser los más eficaces para tan santo fin y para su conservación, sin permitir los malos tratamientos que se les hacen así por los encomenderos, curas seculares y regulares, como por españoles, negros, mestizos y mulatos que habitan junto con ellos.

Sin embargo, la vendimia de sangre continuó copiosa en las tierras de América.

SANTOS Y VERDUGOS

La mano ungida del sacerdote acertó en veces a convertirse en la mano carmínea del verdugo. Pero muchas otras veces repartió consuelos y se opuso, con enérgica dureza, a la brutalidad sin tasa del encomendero, el burócrata y del latifundista.

Civilizadores y verdugos, santos y bestias sádicas, mártires y sanguinarios: de todo dio la Iglesia en las tierras vastas de América.

Los primeros frailes llegaron junto con el conquistador y no siempre estuvieron penetrados de verdadero sentido evangélico de su misión: Fray Vicente Valverde, por más que ha sido ennoblecido y clarificado en el estudio exhaustivo del Padre Alberto María Torres, tiene cuando menos la incomprensión de su misión fundamental de cristiano: la piedad.

Mas ya entre los primeros conquistadores vino también el fraile de alma evangélica: Fray Marcos de Niza, quien llegó con Alvarado, había de clamar por la justicia y de interponer a veces sus manos para evitar el copioso derramamiento de sangre india.

La obra franciscana en los días primigenios de la estructura colonial es de valor civilizador excepcional: Fray Jodoco Ricke y Fray Pedro Gosseal son figuras señeras en la obra de transculturación. No sólo fue el trigo lo que sembraron en las tierras nuevas. No sólo fue la tierra la que enseñaron a roturar con el rústico arado de madera. Trajeron también las primeras semillas de la cultura, las primeras enseñanzas de la artesanía, las grandes simientes del arte.

El duro conquistador era casi siempre analfabeto o un simple, rústico hombre de guerra. La obra de transculturación quedó casi íntegramente en manos del fraile. La primera escuela fundada fue la de San Andrés, según el P. Comte, en 1555, en donde se adiestraba a los indios en las artes manuales bajo la dirección eminente de franciscanos como Fray Jodoco y el P. Gosseal.

Fueron sacerdotes como el obispo Peña quienes pusieron las primeras simientes de los altos estudios: el apostólico Obispo de Quito fundó en

su casa una especie de seminario con clases de Gramática latina y Teología y, según carta firmada por los franciscanos en 1569, acudía a ese estudio el clero tanto secular como regular.

Entre 1583 y 1594, funcionó en Quito un modesto seminario en el que se enseñaba latín y se ejercitaba en la lectura de clásicos, constando como tales los *Diálogos de Vives, las Cartas de Cicerón* y las *Catilinarias,* y la *Iugusthina* de Salustio.

En 1586 se expidió una Bula pontificia para la creación de una universidad agustina en Quito; pero no se fundó la Universidad de San Fulgencio hasta 1603.

Desde 1594 comenzó a funcionar en Quito el Seminario de San Luis, en donde recibieron instrucción además de los futuros sacerdotes, los orgullosos hijos de encomenderos y de burócratas.

La obra de transculturación no fue sólo en los dominios de la educación: también adiestraron al indio en las tareas manuales, le enseñaron oficios y comenzaron la gran tarea de trasplantar el arte, como lo hicieron Fray Pedro Gosseal, Fray Pedro Bedón y el Padre Carlos.

El fraile fue el gran elemento de cultura. El instrumento eficaz de civilización. Mientras el conquistador primero y el encomendero después se entregaban al ocio, el fraile sembraba en las almas.

Fue, también, con frecuencia, el defensor generoso del indio y del negro. Desde Fray Bartolomé de las Casas y Fray Marcos de Niza arranca una noble y humana tradición religiosa. El obispo Peña tenía fama de bondadoso con los indios. El obispo Solís extremaba su celo al punto de vender sus ropas de abrigo y su tienda de campaña para obras beneficentes. Y González Suárez dice de él que a los indios los "amaba con predilección".

"La Azucena de Quito", la dulce Mariana de Jesús, según cuenta el Padre Joanen, amparó muchas veces con sus suaves manos de santa a negros perseguidos y a indios.

Pero al lado del santo y del misionero -la odisea jesuítica en el Amazonas es uno de los más dramáticos episodios de abnegación- está el fraile rapaz y verdugo.

La relajación eclesiástica llegó a extremos inauditos. Y no era sólo la licencia del clero, la libertad sexual de que gozaba, sus pasiones, que llenan de escándalo las páginas de la historia colonial y que han sido descritas tan imparcialmente por el arzobispo González Suárez. Era, sobre todo, una ilimitada codicia lo que les llevaba a la cruel explotación del indio.

Jorge Juan Santacilia y Antonio de Ulloa describen en páginas memorables la explotación que del indio hacía el fraile avaricioso y el cura rapaz.

La forma más frecuente de explotación era la fiesta en cuyo honor formaban hermandades: debían de pagar el valor de la misa tasada en cuatro pesos y medio, otra suma igual por el sermón

> que sólo consiste en decirles cuatro palabras en alabanza del santo, sin más trabajo ni estudio que pronunciar en la lengua peruviana lo primero que les viene a la imaginación; (tenían que pagar además el valor de la procesión, la cera y el incienso, y) a esto se agrega luego el regalo que los mayordomos están precisados a hacer al cura, por costumbre, en la fiesta de cada santo, el cual se reduce a dos o tres docenas de gallinas, otras tantas de pollos, cuyes, huevos, carneros, algún cerdo si lo tienen; así pues, cuando llega el día del santo, arrastra el cura con todo lo que el indio ha podido juntar en dinero todo el año, y las aves y animales que mujer e hijos han criado en sus chozas, viviendo casi privados de alimento, y reducidos a hierbas silvestres, y a las semillas que recogen de las pequeñas chacritas que cultivan.

Esta explotación rigurosa y sistemáticamente hecha, explica el caso de un cura de la provincia de Quito cuyo curato "no era de los más aventajados", y recogía anualmente más de 200 carneros, 6.000 gallinas y pollos, 4.000 cuyes y 50.000 huevos.

Tal explotación inmisericorde llegaba a su punto en el día de los finados. Todos los indios quedaban obligados a llevar a la iglesia y poner sobre las sepulturas sus frutos y animales. Luego el cura decía un responso breve sobre cada una y recaudaba las ingentes ofrendas. Y estaba establecido algo más: la obligación de llevar a cada tumba una botella de vino.

> Es digno de referirse lo que sucede en cuanto al vino (escriben en las *Noticias secretas de América)*. Está establecido que se ofrezca vino ante las demás ofrendas, pero aquel clima no lo produce, y es muy difícil obtenerlo en aquellas provincias tan interiores; pero el arbitrio ha podido suplir su falta: para esto manda poner el cura un poco del mismo que tiene para celebrar en una o dos botellas, y según la cantidad se lo alquila por dos o tres reales a la primera india que le espera con su ofrenda para que diga el responso, y concluido éste, se recoge la ofrenda en las canastas, pero el vino pasa a la otra sepultura, nuevamente alquilado; en ésta se hace lo mismo, y así sigue la botella dando vueltas por la iglesia todos los días, y ganando tantos alquileres como hay sepulturas, lo cual se va repitiendo todos los días durante el mes de noviembre.

A la explotación cuidadosa del indio por el cura, hay que sumar la que hacía por su cuenta la barragana:

> Desde luego (agregan los mismos marineros españoles) se podrá suponer que, después de haber sacado los curas toda la utilidad que les ha sido posible de los indios, hacen lo mismo con las indias y cholas, para lo cual, a proporción que él se ingenia por su parte (que así se llama entre los curas al tiranizar) le aconsejan a la concubina que haga lo mismo por la suya. Esta mujer, que está conocida por tal, y sin causar novedad en el pueblo, por ser tan común en todos, toma a su disposición indias y cholas, y, formando un obraje de todo el pueblo, da: a unas, tareas de lana o algodón para que hilen; a otras, tareas de telar, y a las más viejas e inútiles para estos trabajos les reparte gallinas y las ponen en obligación de que, dentro del término regular, le entreguen por cada una, diez o doce pollos, quedando a su cargo mantenerlas, y si se mueren, recompensarlas con otras, y de este modo no se escapa personal alguna de concurrir a la utilidad del cura.

El suplicio del indio, que duraba tanto como su mísera existencia, seguía después de la muerte. Si el indio no tenía cómo pagar los gastos de funerales, el piadoso sacerdote cristiano le dejaba sin sepultura, porque, como dicen los mismos marinos, católicos observantes y piadosos

> primero consienten que los cadáveres queden expuestos por los caminos a ser destrozados de los perros y devorados por los buitres, que darles sepultura ni moverse a compasión, cuando no se ha juntado de limosna el importe de los derechos por entierro.

La codicia y la concupiscencia se daban la mano. Sensuales y avaros, crueles y rijosos al par, el cura y el fraile -pues había numerosos curatos encomendados a frailes- daban el espectáculo permanente del escándalo y la desatada lujuria. Pues no era solamente la inclinación carnal o la sentimental atracción lo que unía a frailes y mozas en el Quito colonial, sino una continuada orgía sin tasa ni limitación.

Para no acudir a otra fuente que a la de testigos insospechables cuanto a su ortodoxia católica, basta leer lo que cuentan escandalizados Jorge Juan Santacilia y Antonio de Ulloa en sus Noticias secretas y para no citar sólo a historiadores estrictamente ortodoxos, basta leer las páginas serenas e imparciales del arzobispo Federico González Suárez.

He aquí algunas anécdotas de las mencionadas *Noticias* que parecen arrancadas de una página de la picaresca española:

> Durante el tiempo de nuestra residencia en Quito, llegó el tiempo de hacerse capítulo en la religión de San Francisco, con el motivo de vivir en aquel barrio tuvimos oportunidad de ver por menor lo que pasaba. Desde quince días antes que se celebrase capítulo, era una diversión el ver los religiosos que iban llegando a la ciudad con sus concubinas, y por más de un mes después que el capítulo se concluyó, fue una diversión ver salir los que volvían a sus nuevos destinos. En esa misma ocasión sucedió que, viviendo un religioso con toda su familia frente a la casa donde uno de nosotros estaba alojado, acertó a morírsele un hijo. Aquel mismo día a las dos de la tarde fue toda la comunidad a cantarle un responso y después cada uno de por sí fue dándole el pésame al doliente.

> Hallándose en otra ocasión próximos a pasar de Cuenca a Quito fuimos a uno de aquellos conventos a despedirnos de algunos religiosos conocidos: llegamos a la celda del primero y encontramos en ella tres mujeres mozas de buen parecer, un religioso y otro que estaba en la cama accidentado y fuera de sentido, al cual íbamos nosotros a visitar: las mujeres le sahumaban y hacían algunas otras diligencias para que volviese en sí. Preguntamos al otro religioso la causa del accidente y, en breves palabras nos instruyó que una de las tres mujeres que más solícita atendía al enfermo y daba señales de mayor sentimiento, era su manceba con la cual había tenido un disgusto el día antes, y estando enojado con ella, fue ésta indiscretamente a ponérsele delante en la iglesia de un convento de monjas donde estaba predicando en aquella hora; y arrebatándole la cólera con el efecto de su vista, le acometió de improviso aquel accidente, que cayendo en el púlpito ni había podido proseguir el sermón, ni volver en sí. De aquí tomó ocasión tal religioso para hacer un largo discurso sobre las pasiones de la vida, concluyendo con informarnos que las otras dos asistentes pertenecían la una a él y la otra al Superior de la comunidad.
>
> Lo más digno de notarse en los fandangos de que empezamos a tratar (dicen en otra parte) es que unos actos tales, donde no hay culpa abominable que no se cometa, ni indecencia que no se practique, son los que celebran allí las tomas de hábito religioso, las profesiones y lo más particular, que festejan del mismo modo con ellos la celebración de la primera misa; lo cual parece que es disponer este noviciado a aquellos jóvenes para que, según él, regulen su vida después, y parece que éstos se aprovechan tan bien de estos depravados documentos, que no se apartan en lo más mínimo de su observancia.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Seculares y regulares competían en la ilícita orgía. Se recuerda el caso del famoso Padre Almeida que cada noche escalaba el convento sobre los hombros del Cristo hasta que un día éste le interrogó: "¿Hasta cuándo, Padre Almeida?", a lo cual el impertérrito fraile le contestó, de muy buen humor. "Hasta la vuelta Señor". Y el escándalo, según cuenta González Suárez, llegó inclusive hasta los conventos de monjas que ni observaban la clausura ni dejaban de tener mundanos devaneos.

El alma del indio -antes de la llegada del español- estaba llena de espanto cósmico. Espanto y adoración. El hálito de los montes, las ráfagas eléctricas de las tardes, aparecían al puruhá como la palabra del monte o la exhalación vital de los cerros. Los cañaris adoraban los quietos lagos cordilleranos. *El huaca* -expresión misteriosa como el maná- llenaba la mente confusa de terror y de adoración. Había un animismo primitivo y un fetichismo apenas desprendido de las vagas concepciones totémicas. Aun la adoración del dios único, el monoteísmo incásico del Sol, no había calado en lo profundo de las densas masas sometidas.

Sobre ese fundamento, la implantación de una religión elaborada, llena de contenidos metafísicos, con misterios profundos y dogmas impenetrablemente abstractos, requería sagacidad del misionero y comprensión de la esencia interna del indio.

El misterio de la Encarnación, el dogma de la Trinidad, las sutilezas teológicas de la relación entre las tres Personas, el sentido promisor de la Bienaventuranza, no eran fácilmente asimilables por el indio. Ni se hizo posible que llegara a su esencia por un adoctrinamiento adecuado.

Sobre el terror supersticioso, sobre el animismo tosco, sobre el concepto de la muerte como una vida prolongada y difusa, se implantó la religión católica como un conjunto de supersticiones nuevas. No fue la ética cristiana lo que llegó al alma del indio. Fue un conjunto supersticioso de principios vinculados a su viejo animismo.

Sobre todo, el miedo a la muerte. En la prisa por aceptar el bautismo entraba en mucho el terror a ser quemados. Se cree que el mismo Atahualpa aceptó el bautismo para salvarse de la disgregación de su cuerpo en la hoguera y tener derecho al entierro que le permitía conservar la integridad de su sustancia corporal.

El terror de no ser enterrado, de permanecer sobre la tierra poblada de sombras, de ser devorado por los buitres o destrozado por los perros, formas todas de no ingresar a esa especie de vida latente que era la muerte para el indio, les forzó a aceptar la tiranía del sacerdote.

Pero la religión colonial, no llegó a lo profundo. No fue elevación ética sino en algunas almas ejemplares como la de los obispos Solís y Peña, la del ermitaño Juan de Gavilanes, la de santa Mariana de Jesús, o las beatas Juana de Jesús y Gertrudis de San Idelfonso. Para el común de la frailecía era el culto y no el dogma, el rito y no la moral, la forma y no el espíritu, lo que interesó fundamentalmente, y ese sentido, más superficial que profundo, más devoto que religioso, más ritual que moral, se ha conservado profundamente en la sociedad ecuatoriana desde los días coloniales.

La transición del animismo al catolicismo no se operó por una fuerza ética poderosa. El fraile no tenía vida ejemplar ni podía servir de modelo ético. Jorge Juan y Ulloa cuentan que, con tal de sacar el máximo provecho económico, no les importaba la promiscuidad sexual y hasta el incesto que se realizaba en los días de borrachera de los indios durante las fiestas religiosas. Y González Suárez relata que hubo de prohibirse que se realizaran ceremonias de culto que tenían más de paganismo que de catolicidad.

En un documento interesantísimo como es el informe de don Ignacio Barreto, Alcalde Ordinario de Riobamba, a la Real Audiencia de Quito, describe de este modo el estado de instrucción religiosa que se daba los indios.

> Las introducciones supersticiosas que se experimentan en aquellos actos principalmente en los días de la conmemoración de los difuntos, día horrible, en el que se ve un espectáculo semejante al de la fábula del barquero de Aqueronte, porque no se permite entrar en las Iglesias de las aldeas al indio que no paga una moneda o dos de plata; y dentro de la Iglesia, con el pretexto de rezar algunas oraciones vocales, los Presbíteros y los Párrocos concurrentes recogen el dinero de los indios, aves, pan y otras especies comestibles. La suma indecencia y desaseo de este día, es intolerable para un lugar tan santo y sagrado.
>
> A más de estar propagada en los indios la superstición y vana tradición de que las ánimas comen lo que por vía de ofrenda se les pone; y lo que jamás han procurado los Ministros desarraigar a los indios,

> y antes sí los han dejado en su ignorancia crasísima y la hacen tolerar los Curas y sus coadjutores por el interés que se les sigue.

Este informe, presentado en 1786, que coincide con lo expuesto por Juan y Ulloa en su *Noticias Secretas*, revela cómo subsistía el antiguo animismo, el terror cósmico, el espanto de la muerte considerada como una vida latente, en los indios. Y contra ese informe, en la *Defensa de los curas de Riobamba*, se movió la pluma de un indio elevado a categoría superior: la del doctor Francisco Eugenio Espejo, cuya alma revela, con espantosa hondura, la tragedia del hombre marginal de la Colonia.

LA MANCHA NEGRA

Por los litorales cálidos y los hondones de la cordillera se extendió la mancha negra. González Suárez reconoce que en el litoral casi no había indios. Los mató la espada del conquistador o la viruela importada de Europa, o volvieron a su salvaje libertad en los rincones apartados de la selva. Algunos sobrevivieron, sin mezclarse, en la vasta costa marítima con sus lugares de secano, difíciles para la vida humana por la falta de agua.

El indio del Interior, trasplantado por los conquistadores, murió de fiebre malárica en los pantanos hirvientes de mosquitos. Tampoco sirvió para la tarea pacífica. Y el esclavo fue el instrumento de la colonización del trópico, con una estructura diversa de la semifeudal de la meseta.

La esclavitud del indio fue efectiva, pero ilegal; la del negro fue establecida por la ley y sostenida por la costumbre. Sin embargo la esclavitud del negro fue menos dura que la del indio. Las masas indígenas parecían inacabables. Morían; pero procreaban densamente. En tanto qué el esclavo importado era difícil de reponer y costaba caro.

La importación negra comenzó en los días mismos de la Conquista. El esclavo peleó junto con el amo blanco contra las indiadas insumisas. Un negro esclavo de Hernán Sánchez Morillo pereció en la batalla de Tiocajas entre las huestes de los conquistadores y las del héroe indio Rumiñahui. Negros esclavos acompañaron a Orellana en su expedición al país de la Canela y quedaron en el real de Pizarro.

Según el documento atribuido a Juan de Salinas, en Quito había cien negros en el año de 1573. Y el Padre Juan de Velasco relata que había pocos de ellos en cada una de las provincias de Quito. En el siglo XVIII, según afirma González Suárez, se hizo una especie de censo, ordenado por el Presidente de la Real Audiencia señor Villalengua y Marfil, que dio por resultado un total de 1.164 esclavos y 5.754 negros libres en los territorios de Ibarra, Otavalo, Quito, Latacunga, Ambato, Riobamba y Guaranda. Si se compara este número con el total de habitantes, que era de 305.589, de los cuales había 37.308 blancos y 105.859 indios, se puede ver el mínimo porcentaje y es posible que la mayoría hayan estado concentrados en los hondones calientes del Chota, en donde todavía predomina la raza negra.

El precio del cargamento humano fue siempre elevado. Era un animal de trabajo difícil y caro. En 1573, según la relación antes citada, el precio de cada "pieza" era de cuatrocientos pesos. Según González Suárez, el precio de cada negro en los primeros tiempos de la Conquista era de trescientos pesos. Según la tasación de las haciendas de los jesuitas, en el siglo XVIII un negro o negra entre 30 y 40 años valía entre trescientos y cuatrocientos pesos.

El alto precio del negro le preservó de un tratamiento tan exterminador y bárbaro como el aplicado al indio. Si bien en la ley les estaba reservado un trato más duro y una sumisión más insoportable, en la costumbre el indio quedó por debajo del negro en la escala de los valores sociales.

Jorge Juan y Antonio de Ulloa cuentan en las *Noticias Secretas,* que los esclavos negros obligaban al indio a barrer las calles y realizar faenas a ellos encomendadas, sin protesta y sí más bien con tolerancia del patrón blanco. Y la estimación en que tenía el español al negro se revela en la anécdota del orgulloso Don Diego de Ortegón, cuya esclava abofeteó al oidor Pedro Venegas del Cañaveral y el dueño presumía de que Venegas debía sentirse honrado por haber recibido una bofetada de la esclava de su esposa, la orgullosa doña Francisca Colón.

El esclavo, en la meseta, no tenía propiamente una función económica, sino doméstica. Era un animal de lujo. Servía para llevar la silla de manos, o los cojines en que la señora se arrodillaba para sus devociones en la iglesia, o la sombrilla que la protegía del sol. Servía para que el amo lo usara para fines domésticos y tareas serviles. Inclusive para realizar criminales hazañas. Pero no era, como el indio, un instrumento de trabajo agrícola, al menos en los primeros años de la Colonia.

La tarea agrícola estaba encomendada al indio. Era él quien labraba la tierra, quien cuidaba el ganado, quien hilaba la lana mientras el esclavo caro servía sólo para poner una nota de lujo distinguido en las casas señoriales.

El trabajo duro del negro comenzó en los momentos en que la Colonia inició su papel de creadora de riqueza propia en los momentos en que la incipiente industria de la caña y del cacao aparecen en la historia.

La tragedia del negro comienza cuando se desplaza el blanco a colonizar el ardiente trópico litoral o los valles hondos de la meseta en donde el indio no podía adaptarse.

El activo comercio de introducción de esclavos ocupó casi toda la Colonia. Pero es solamente con la explotación del cacao y de la caña que aparecen los esclavos como instrumento de trabajo.

Los jesuitas tienen el triste privilegio de haber sido los mayores negreros de la colonia. González Suárez, Arzobispo de Quito, historiador imparcial, dice:

> Entre las aberraciones en que, a consecuencia de su excesiva riqueza, cayeron los jesuitas de la antigua provincia de Quito, dos son las más deplorables indudablemente: destilación de aguardiente y la compra de negros para esclavos de sus haciendas.

Y antes escribe:

> Los negros vivían en los valles calientes y en los pueblos del Litoral: como los Padres jesuitas eran dueños de las más considerables haciendas situadas en los valles calientes y principalmente

> en la hoya del río Chota, ellos eran también los que poseían el mayor número de esclavos negros. He aquí algunos datos de este curioso ramo de riqueza:
>
> En la hacienda de la Concepción había trescientos cuarenta y tres esclavos: en la de Chamaní, ciento cuarenta y ocho. En solas dos haciendas, casi quinientos esclavos.

Además del cultivo de la caña de azúcar para la extracción de aguardiente, hubo otra causa de afluencia de esclavos con fines de explotación agrícola: el cultivo del cacao.

A principios del siglo XVII, comenzó la explotación de la "pepa de oro". De Guayaquil habían enviado a Acapulco unas cuantas arrobas del grano moreno y adorante. El alto precio que alcanzaron, el estímulo de la ganancia comercial que existió en Guayaquil, desde la Colonia, hicieron que se interesaran los comerciantes por un filón explotable. Compraron grandes cantidades de terreno y comenzaron a sembrar.

Como el terreno casi no tenía costo, es de suponer que fue a la compra de esclavos negros a los que se dedicó la mayor suma, puesto que el hombre de piel oscura era el instrumento principal de trabajo en el trópico.

> ...compraron muchas hectáreas de terreno y gastaron sumas de mucha consideración en adquirir esclavos que se pagaban a precios muy subidos, por lo cual el comercio de Guayaquil se había empeñado en la cantidad, enorme para aquella época, de más de un millón de pesos, con el intento de destablecer de una manera lucrativa el cultivo de cacao.

Escribe González Suárez.

El negocio no resultó lucrativo. El Principe de Esquilache, Virrey del Perú, prohibió el comercio con México y esa orden fue ratificada por su sucesor el Marqués de Guadalcázar. Pero la corriente negra que penetró al país debió ser considerable y vino a dar al hombre del Litoral su matiz moreno, su alegría, su sensualidad ardiente, su fisonomía altamente diversificada respecto del hombre de la meseta.

El mulato fue el elemento dominante desde entonces en las vastas tierras cálidas. El negro esclavo, bajo el trópico ardiente que propiciaba la unión sexual, fue diluyéndose en mezclas diversas, desde el arrogante mulato hasta el torcido zambo en el que la mezcla india y negra conformó un tipo extraño y duro. Fue el dueño de la selva y el dominador del pantano. El jinete de la pampa cálida. Y sus rasgos perduran en el montubio de hoy, alegre y fiestero, bravo hasta la temeridad y fiel en el infortunio, pronto para matar y engendrar, dominador de las enormes maniguas y elemento básico de la agricultura tropical.

La esclavitud tenía reglamentos severos. El estatuto jurídico del negro era opresor hasta lo absurdo. La ley favorecía la esclavitud del negro y prohibía la del indio; pero se dio al revés el trato por la circunstancia anotada del alto precio del esclavo y la enorme facilidad de reponer al indio.

Aún así, el negro estuvo sometido a terribles castigos. No se avenía fácilmente a la esclavitud. Era alzado y rebelde. Distinto del indio sumiso y dócil que se dejaba maltratar sin protesta. Diverso del mestizo y blando para el mal.

El negro se huía y encontraba frecuente amparo entre los indios que los encubrían. En la relación atribuida a Salinas consta que

> si las justicias pusieran más calor luego que se huye un negro, prenderíase con facilidad dando noticia a algunos alguaciles indios, mandándoles que los prendiesen; aunque de más efecto sería castigar los encubridores y que les dan de comer.

Los castigos para el negro huidizo eran terribles. Del libro de Actas del Ayuntamiento de Quito tomamos esta resolución de Cabildo dada en sesión del seis de marzo de 1538:

> Los dichos señores dijeron que mandaban y mandaron que se apregone públicamente en esta villa, que cualquier negro que se fuera del poder de su amo y estuviere huido seis días haya e incurra en pena que le sea cortado su miembro con sus compañones, e por la segunda vez que se fuere e estuviere dicho tiempo huido, incurra en pena de muerte corporal.

Al negro le era prohibido llevar armas, usar telas finas o joyas y andar libremente por la noche. Y de modo especial insisten las ordenanzas reales en prohibir que se junte con indios o entre en poblaciones indígenas.

Esta crudeza legal, que sin embargo tuvo poca aplicación dado el alto precio del esclavo, fue atemperada por la cédula real de 31 de mayo de 1789, transcrita en el libro del doctor Mora: obra de gran humanidad y que contiene prescripciones que anticipan las futuras regulaciones de los códigos de trabajo.

Según la mencionada cédula real, se imponía al dueño de esclavos las siguientes regulaciones:

Estaba obligado a proporcionar al esclavo vestidos, alimentos y habitación separada para los dos sexos,

> y que sean cómodas y suficientes para que se liberten de la intemperie, con camas en alto, mantas y ropa necesaria.

Establecía una jornada de diez horas de trabajo, con dos de descanso obligatorio entre las jornadas de cinco horas y, además, la prohibición de que trabajen mayores de setenta años y menores de diecisiete ni que se emplee como jornaleras a las mujeres.

El esclavo imposibilitado por límite de edad, o por enfermedad debía ser mantenido por el patrón, lo mismo que los niños, así como también tenían la obligación de asistir a los enfermos, costearles los gastos de hospital con una cuota diaria y pagar los gastos de funerales.

Prohibía, de modo absoluto, la "contusión grave, efusión de sangre o mutilación", pues establecía para el dueño o mayordomo que ejecutara tales castigos una pena pecuniaria, penas correccionales y la confiscación del esclavo, que se sacaba de manos de su verdugo, quedando éste obligado a pagarle, de por vida, si quedaba imposibilitado, una

> cuota diaria que se señalase por la justicia para su manutención y vestuario por todo el tiempo de la vida del esclavo, pagándole por tercios adelantados.

El negligente en cumplir con

> lo prevenido sobre educación, alimentos, vestuario, moderación en los trabajos y tareas, asistencias, diversiones honestas de los esclavos, señalamiento de habitaciones y enfermerías, o que desamparen a los menores, viejos e impedidos (reza la real cédula) deberá incurrir por la primera vez en la multa de cincuenta pesos, por la segunda de ciento y por la tercera de doscientos: sumas que corresponderán al denunciador, Juez y Caja de multas por terceras partes.

O sea que se concedía una especie de acción popular para estos delitos.

Sin embargo de tan humanas disposiciones quedó todavía el castigo para el negro esclavo y se puntualizaron, según las faltas cometidas, la prisión, el grillete, la cadena, la maza, el cepo, los azotes.

Lo mismo que las disposiciones acerca del trato humano, a los indios, las que regulaban el trato del esclavo encontraron la resistencia alzada y tenaz de los dueños de haciendas, y la Real Audiencia de Quito se hizo eco de la protesta, como consta de la providencia dictada por Fiscal:

> Vistos: Considerándose que así como no es conveniente dejar en los mineros dueños de esclavos la potestad absoluta y arbitraria que han tenido hasta aquí, tampoco lo es la limitación que se le hace en el Capítulo VIII de la Real Cédula de 31 de mayo de año pasado de 89, conceptúa el Tribunal que será muy oportuno con respecto a la robusta calidad de los esclavos ampliarles más a los dueños las facultades para las penas correccionales, a fin de poder conservarse así ellos como sus mandones con la autoridad y respeto que les corresponde.

En la misma providencia se señala que es innecesario hacer las visitas de hacienda de que hablaba la real cédula, pues eran suficientes las ordinarias.

Toda medida social de protección que impidiera la explotación rigurosa de las castas oprimidas, encontraba en el encomendero, en el dueño de obraje, en el fraile rapaz, en la aristocracia cuarterona y mestiza,

en el latifundista y propietario de esclavos, una oposición vigorosa. Las disposiciones reales, humanas y justas traían la protesta velada bajo las formas respetuosas de la "representación" y la desobediencia efectiva. Por lo cual no es extraño que la llamada Emancipación no tocara las bases mismas de la existencia social y se redujera a dar a los "criollos" dominadores un mayor poder.

El negro huidizo, que tras la aventura de libertarse del amo sentía el temor de los duros castigos tuvo un camino fácil para la evasión: bajó por las ásperas selvas occidentales hasta la provincia de Esmeraldas, casi despoblada, donde podría encontrar amparo seguro y libertad fácil.

Ya hemos hablado del imperio negro de Illescas en las selvas hermosas y salvajes de Esmeraldas. Allá acudieron los esclavos perseguidos. Poco a poco se extendieron por las densas maniguas cruzadas por los ríos maravillosos, sobre todo en el sistema del Santiago a donde nunca podía alcanzarlos la mano destructora del blanco.

Cuando en 1879 publicó Teodoro Wolf su monografía titulada *Memoria sobre la Geografía y Geología de la provincia de Esmeraldas*, consigna que la población blanca era rarísima en medio de la inmensa mancha negra. Encontró poblaciones que vivían en estado paradisíaco, lo que asustó al ex-jesuita.

> Después de la emancipación de los esclavos (dice) vinieron los negros de las haciendas de Imbabura y otras regiones a poblar las orillas del Santiago, del Uimbí, del Cachabí y del Bogotá y fundaron algunos pueblecillos como Playa de Oro o aumentaron la población de otros que ya habían existido como Uimbí, Carondelet, Cachabí, Concepción. Solamente en esta última población se ve una que otra cara blanca o menos negra, pero en el resto del distrito reina exclusivamente el puro color y tipo etiópico, el número de los individuos de esta clase llegara a 1.500 o 2.000.

Hay que anotar que en el total de la provincia había una población calculada oficialmente en 10.000. De esos, muchos eran negros "bastante civilizados", como los llama Wolf para diferenciarlos de los nudistas del

Santiago. Y como el sabio investigador publicó su obra en 1879, y sus viajes los debe haber realizado algunos años antes, no es posible pensar que los negros que asustaron al viajero en las márgenes del Santiago hayan podido regresar a sus costumbres primitivas en sólo veinte años de residencia, ya que la emancipación legal de los esclavos se hizo en 1852. Tienen que ser esclavos huidos de sus amos en tiempos mucho más remotos. En cambio, los "civilizados" negros del sistema de Esmeraldas pueden haber sido los antiguos esclavos emancipados. Además el sabio germano admite que cuando llegaron los esclavos libertados, desde Imbabura, ya encontraron poblaciones negras.

La gran marcha negra esmeraldeña tiene un interés extraordinario para los etnólogos. Es un tipo diverso del negro del Chota que aún se conserva. Psicológica y étnicamente distinto. La vida en libertad acentuó en él un sentido de orgullosa independencia, de soberbia personalidad, sin las taras tristes del negro esclavizado.

LA IMPRONTA INDIANA

El templo quiteño brilla. Todo él es de oro. Deslumbra y enceguece. Las paredes y los retablos, las columnas retorcidas del barroco español y los amplios arcos: todo está recubierto de oro en esa joya maravillosa que es San Francisco de Quito y en el primor plateresco de la iglesia jesuita de la Compañía.

El oro del templo significa sangre y sudor indios. También lágrimas. El que cubre las paredes de la Compañía es producto de la explotación cuidadosa del negro y del indio en las luengas tierras que poseían, los jesuitas, con haciendas, ganadería, obrajes, destilaciones de aguardiente y otras industrias. El oro que cubre las paredes de San Francisco, según la leyenda acogida por el Padre Velasco en su *Historia Moderna del Reino de Quito* y apoyada por el nombre dado a la capilla lateral, provenía de un viejo tesoro indio, en pos del cual anduvieron los españoles cometiendo crímenes sin espanto.

La leyenda del indio Cantuña tiene un sabor medioeval. Este indio humilde "contrahecho, corcobado y con facciones tan monstruosas que parecía el demonio", era hijo de Gualca, capitán de Rumiñahui y había quedado por muerto después de las violentas depredaciones de los conquistadores. Fue criado por el capitán Hernando Juárez "hombre pacífico, buen cristiano y de excelentes costumbres", que le doctrinó, le enseñó a leer y escribir y "le amaba más que si fuese hijo".

Caído Juárez en la indigencia, Cantuña le ofreció hacerle rico a condición de que guardara su secreto. Tras breves ausencias, regresaba Cantuña cargado de joyas indianas de oro. Le hizo hombre opulento. Y al morir, en 1850, dejó sus bienes a Cantuña, lo que despertó la codicia de las gentes, que obligaron a las autoridades a cuestionar a Cantuña y éste, para guardar mejor el secreto, declaró que

> había hecho pacto con el demonio para que le diera todo el oro que se le antojase y él entregarle su alma, bajo cierta cédula de obligación firmada con la sangre de sus venas.

Al morir el indio legó su casa y su oro, a los franciscanos, sus vecinos, quienes sobre las ruinas de la casa de Juárez fabricaron la preciosa capilla de Cantuña.

El Padre Velasco afirma que mientras el indio vivió "distribuyó secreta y públicamente entre españoles e indianos algunos millones" y especialmente a los franciscanos, a quienes había hecho "gruesas limosnas".

No sólo el indio, sino también el español hizo frecuentes donativos de oro. Su conciencia sobrecargada por el peso de crímenes innumerables le inclinó a gastar en la salvación de su alma el oro ganado con tanta sangre y tanto sacrificio. El P. José Jouanen, en su *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia de Quito,* cuenta que eran frecuentes los donativos tanto para la construcción como para el decorado de los altares de la Compañía.

Por otra parte las comunidades religiosas llegaron a dominar económicamente la sociedad colonial. González Suárez puntualiza que la

propiedad inmueble de los jesuitas ocupaba cuatro grados geográficos. Y el P. Jouanen, en su réplica, que tal es el fondo de su *Historia de la Compañía de Jesús* antes citada, demuestra los errores de lectura paleográfica y hasta de aritmética del ilustre arzobispo; pero no niega la enorme extensión de las propiedades jesuitas, sino que las reduce de 77 haciendas que consigna González Suárez a 63, que es el cómputo del P. Velasco.

La riqueza de las otras órdenes no les iba a la zaga, si se calculaba por el arrendamiento que se pagaba por las haciendas de las órdenes religiosas. Jorge Juan y Ulloa cuentan que el Provincial obtenía una renta anual hasta de 100.000 pesos saneados y

> mucho más, según el provincialato, pues los de San Francisco y Santo Domingo se regula que pasan cada uno de 300 o 400 pesos.

Los mínimos franciscanos de la pobreza y la humildad no quedaban atrás.

> Lo más digno de reparo (escriben los marinos españoles) en este particular es el que una religión como la de San Francisco no escrupulice allí en manejar los talegos de 1.000 pesos como si fueran maravedises o más propiamente como si fueran camándulas.

En contradicción con la horrenda pobreza seglar, que alcanzó en el siglo XVII y en el XVIII caracteres de miseria, la opulencia de clérigos y frailes explican bien el contraste arquitectónico: en Quito la riqueza artística eclesiástica es una de las más bellas y suntuosas de América, en civil que no ha dejado un solo *edificio* de valor artístico perdurable.

La contradicción arquitectónica no sólo expresa la absorción de la riqueza hecha por las comunidades eclesiásticas y la clerecía ambiciosa. Refleja también las condiciones mismas de la existencia colonial con su escrupulosa división de castas y su desprecio para el trabajo manual: la impronta india quedó para siempre grabada en el arte colonial quiteño, pues las solas manos capaces de la tarea de arte -considerada de artesanía- fueron las hábiles manos del indio y el mestizo. Ellos pusieron en el decorado y en la pintura, en la fachada y en la imaginería, su sello propio: el barroco adaptado a las exigencias espirituales de la indianidad.

La escuela franciscana de San Andrés puso la semilla que había de dar una magnífica floración. Allí Fray Pedro Gosseal

> enseñó a los indios todos los géneros de oficios, hasta muy perfectos pintores y escultores y apuntadores de libros.

Según dice Fray Jodoco. No ha quedado, sin embargo, el dato documental

> De Fray Gosseal y sus discípulos indios no hay recuerdo pictórico alguno (escribe el P. José María Vargas en su *Arte quiteño colonial)* que nos permita formarnos una idea de lo que pudo ser la infancia de la pintura quiteña.

Quedaron, apenas, los artistas anónimos de tallado que habían de dar su esplendidez al templo quiteño, los indios canteros que labraban con primor la piedra.

De la escuela fundada por el Padre Bedón, dominico quiteño, han quedado más ciertos recuerdos. El Padre Bedón es el primero y uno de los pocos pintores quiteños que no pertenecieron a las clases indianas y mestizas. Su padre era un español y su madre una hermana del descubridor del país de la Canela y explorador de las selvas de occidente: doña Juana Diaz de Pineda, nacida en las duras serranías de Asturias.

Los nombres que constan en la escuela de la Cofradía del Rosario, que abrió el Padre Bedón en Quito en el año 1588, son auténticamente indios en su mayoría: Alonso Chacha, Gerónimo Vilcacho, Sebastián Gualoto, Francisco Guajal, son los primeros pintores ecuatorianos de los que tenemos noticia y todos provenían de la enorme masa oprimida.

También en el canto y la música, los maestros son de pura raza india. En un documento de la colección Vacas Galindo, consta que en 1568 el Colegio de Música que dirigía el Padre Juan de Obeso en Santo Domingo, no tenía nombres españoles. Eran todos indios: Pedro Gutiérrez Bermejo lo era a pesar de su apellido, pues así consta en el documento, lo era Pedro Díaz, y ambos eran profesores, el primero de "tañer tecla y flauta" y el segundo de "canto llano y canto de órgano": lo eran Juan Mitima, nativo de Latacunga, y Cristóbal de Santa María, profesores también.

El siglo XVII continuó la gloriosa tradición artística del indio quiteño. En la primorosa decoración del templo de La Merced trabajó entre 1651 y 1652 Antonio Gualoto, indiano tallador, escultor y dorador, y el escultor Gabriel Guallachamín esculpió en la misma fecha las imágenes de San José y San Juan.

El maravilloso coro de San Francisco fue labrado por las manos indias de Jorge de la Cruz y de su hijo Francisco Morocho. Los indios Antonio Lorenzo y Francisco Machacoay labraron el primitivo coro de la Catedral de Quito. El nombre de Francisco Quishpe, pintor, revela el evidente origen indio.

En el siglo XVIII constan los nombres indios del magnífico escultor Uriaco y la tradición de Gregorito, citado por Espejo; el Padre Velasco cita, en su *Historia moderna del Reino de Quito*, los nombres de los indios apodados El Pincelillo y el Apeles.

Los grandes nombres del arte quiteño colonial son todos mestizos o indios: Miguel de Santiago, Nicolás Gorivar, Manuel Samaniego eran mestizos, y eran indios geniales Manuel Chili, llamado "Caspicara", y José de Olmos, apodado "Pampite".

La clave explicativa de este florecimiento artístico indio está en el prejuicio feudal contra el trabajo que dominó en la Colonia. El sentido nobiliario se arraigó tanto en las castas superiores de la sociedad colonial, que se consideraba deshonra el trabajo manual -herencia del prejuicio hidalgo del español contra la tarea servil del trabajo- tanto como el ser descendiente de indio, negro o mulato, pese a que en la estructuración de la Colonia casi ni hubo familia que no tuviera sangre "de Inga o de mandinga".

El arte, considerado artesanía, quedó relegado al indio y al mestizo, Jorge Juan Santacilia y Antonio de Ulloa, en su *Relación histórica del viaje a la América Meridional*, lo atestiguan en este párrafo:

> Bien se deja concebir que entre estas cuatro especies de gentes es la española la de mayor jerarquía; pero así mismo es la más infeliz, pobre y mísera, porque los hombres no se acomodan a ninguno de los ejercicios mecánicos, concibiendo en ello desdoro de su calidad, la cual consiste en no ser negros, pardos ni tostados. Los

> mestizos, menos presuntuosos, se dedican a las artes y oficios entre ellos escogen los de más estimación como son pintores, escultores, plateros y otros de esta clase: dejando aquellos que consideran de no tanto lucimiento para los indios. En todos trabajan con perfección y con particularidad en la pintura y escultura. En la primera fue célebre el mestizo Miguel de Santiago y de él conservan con gran estimación algunas obras y otras de su mano pasaron a Roma, donde también la merecieron.

La impronta indiana quedó marcada en el arte. Lo que Angel Guido llama "fusión hispano-indígena" se nota en la forma de asimilación de los estilos europeos y en el gusto predominante del barroco español adaptado a su especial sentido indiano. En el decorado hay una libertad expresiva que reproduce el amor por la decoración exuberante y por el trabajo de oro que fue caro a los indios del Incario y del Pre-incario.

En el retablo, de gusto casi siempre plateresco y muchas veces churrigueresco, en el que domina la columna salomónica, la estípite y la decoración estruendosa, asomó inesperado el motivo indio como ocurre también en el artesonado. El sol y la luna -Inti y Quilla de la Incanidad- aparecen allí. Figuras de tipo indio puro aparecen en los retablos de Guápulo y en los tallados de Cicalpa. El maíz incano está estilizado en veces. Reminicencias indianas hay en esas formidables figuras escultóricas de piedra -quizás de Uriaco- que rematan el severo neo-clásico de la fachada de El Sagrario. Y hay en San Francisco un cuadro de Francisco Quishpe de evidente gusto indio.

Sin embargo, en la temática de la fusión hispano-indígena domina el sentido hispano. Sobre todo en la escultura. La influencia de Gregorio Hernández, de Martínez Montañés, de Alonso Cano, de Juan de Juni, de Mena, ha sido puesta de relieve por el gran investigador del arte ecuatoriano profesor Antonio Jaén Morente en sus magníficos seminarios de arte y en sus conferencias de Universidad.

Y coincidimos con el gran maestro español en afirmar que, sin restar su grandeza a la pintura quiteña, la gran fuerza expresiva está en la línea arquitectónica y en la maravilla de la imaginería escultórica.

El dolor indio, atemperado por la dulzura cristiana resignada y llena de esperanza, aparece en las formidables esculturas de "Pampite" y de "Caspicara". "Pampite", sobre todo. Los Cristos dramáticos, la contorsión de los rostros agonizantes, los traduce con enegía y suavidad el gran indio quiteño. "Caspicara" es más dulce y tierno. Menos patético y conmovedor. Su cincel se deleita en la anatomía y en la expresión suavemente humana de las Vírgenes. La Sábana Santa es una armonía perfecta de composición y de ritmo. De Piedra transida de dulzura y resignación dentro del dramatismo del Calvario.

Sin embargo, el dolor indio vive en ellos con toda su fuerza patética, sin bien melificada por el cristianismo. Carecen del sentido trágico de la vida que caracteriza el arte español, lleno de contenidos trascendentales, como ocurre en el Greco, en Zurbarán, en Ribera y en los grandes escultores como Montañés, Mena y Cano.

Tienen en cambio, el sentido realista español, que tan bien se asimiló por el alma simple y el sentido directo del indio. Y es en esa fuerza dramática en la que explaya el alma india su propio dolor.

Dolor, auténtico dolor humano, más que trascendentalismo, hay en la escultura quiteña. Sartorio, que ha propalado muchas inexactitudes por su apreciación superficial del arte quiteño dice:

> Las imágenes de Cristo y de los santos se han vuelto en las manos de los escultores quiteños trágicas y elocuentes, y un verdadero sentimiento exasperado de trascendentalismo católico ha dado a las iglesias de Quito una plástica inédita en la Historia del Arte.

Estamos más de acuerdo con la opinión del profesor español Jaén Morente, quien, en una conferencia en la Facultad de Filosofía de Guayaquil, afirmó que el arte quiteño carece de mística aun cuando tenga ascética.

La mística es el trascendentalismo. Lo ascético, una guía de la voluntad hacia lo divino. La ascética es un camino y la mística un vuelo. El templo quiteño no modula un acento místico, sino más bien mundano. Es suntuoso y sensual antes que espiritualizado y trascendente. Tampoco

la pintura tiene trascendentalismo. Y en la escultura apenas si se puede señalar alguna figura de "Caspicara", como la Dolorosa de la iglesia de Cantuña, en la que aparece un sentido trascendentalista místico.

También Sartorio ha propagado la idea de influencias orientales en el arte quiteño, opinión que sigue el destacado investigador doctor José Gabriel Navarro. Pero es posible que tales influencias hayan sido exageradas, pues la influencia puede ser mayoide por una parte, y por otra pudo pasar a través del arte portugués a España, desde donde se introdujo en América. Pero, si tal influencia existe, nos resistimos a encontrarla en el mestizo quiteño Bernardo de Legarda, el más humano y delicioso de los escultores coloniales.

En Legarda no hay orientalismo, ni trascendentalismo, ni ascética: hay un sano realismo plástico impregnado de una gracia humanísima que es muy suya: auténtica gracia legardiana, sin precedentes en la plástica quiteña.

No sabemos de dónde pudo venir el mestizo quiteño -cuyo apellido encubre un enigma histórico, pues parece de origen francés- esa gracia femenina que sabe imprimir en el ritmo cuasi danzante de sus Inmaculadas. Gracia que sólo tiene paralelo en las figuras del rococó francés.

La temática de Legarda tiene predilección por el dogma españolísimo de la Concepción Inmaculada, que trasunta el sentido básico del catolicismo español y el sentido del honor radicado en la castidad femenina. Legarda es un gran escultor de bellas mujeres bajo el pretexto de patentizar el dogma de la Concepción: mujeres llenas de gracia, de sonrisas y vuelos. Y hasta las alas con que adorna las figuras contribuyen a darles una levedad ideal.

Las alas, que para algunos son reminiscencia oriental, han sido explicadas satisfactoriamente por el profesor Jaén Morente como una interpretación del Apocalipsis de San Juan y hay que recordar que los temas de Santiago, de Samaniego, de Rodríguez, revelan una predilección de los artistas por las lecturas de la Biblia.

La plástica quiteña es eminentemente religiosa. El tema profano fue rigurosamente proscrito. Desde los primeros días de la Colonia hubo cuidado de que no llegara al indio el tema profano. En las Constituciones Sinodales del Obispado de Quito, de 1570, se ordenaba "so pena de excomunión mayor" que no se dejen en poder de los indios imágenes profanas.

El Padre Vargas cuenta que en el siglo XVI

> fue causa de pública acusación el Padre Jerónimo de Cervantes, porque en su celda conservaba un cuadro de Héctor y Aquiles y unas colgaduras de Flandes.

La ausencia de temas profanos, que dominó la Colonia y se extendió hasta los primeros años de la República, revela su sentido eminentemente religioso. Pero la ausencia de mística. el esplendor de la arquitectura, el derroche de oro, son reflejos de una sociedad en que la devoción externa era más arraigada que la exaltación ética, la suntuosidad ritual más importante que el espíritu, la práctica rutinaria más esencial que la elevación profunda de la fe que colinda con el éxtasis.

La temática colonial es devota. Devoción es ritualismo cuando no la acompaña la esencia del alma. Llama a los sentidos sin despertar el alígero golpe de la mística.

Lo profano sólo aparece en las tímidas formas del arte popular. En las imágenes graciosas de tipos de la plebe. En las figurillas que reflejan costumbres, sobre todo en los retablos navideños.

Tampoco el retrato, la más humanizada de las formas de expresión plástica y también la más individualista, aparece en el arte quiteño colonial. Hay pocos ejemplares que merezcan el honor de la cita, como por ejemplo la escultura orante del Comisario don Francisco de Villacís. Caballero de la Orden de Santiago, o el retrato de Mariana de Jesús Paredes y Flores, "la Azucena de Quito", hecho por ese hombre de vida extraña, atormentada y contradictoria, que fue Hernando de la Cruz,

espadachín arrepentido que abrazó con celo el estado eclesiástico tras la conversión religiosa.

La poca destreza en el arte del retrato explica quizás el caso extraño ocurrido con Juana de Jesús, beata quiteña, cuyo biógrafo, Francisco Javier Antonio de Santa María, en un raro libro comentado por Eliécer Enríquez en su obra *Quito a través de los siglos,* cuenta que a su muerte se quiso hacer el retrato, para lo cual se contrató a Antonio Egas Venegas de Córdova, pintor discípulo y yerno de Miguel de Santiago quien "aseguró con juramento no haber podido dar pincelada con acierto, porque de una a otra mudaba de facciones el rostro" por lo cual valiéronse al fin de Isabel de Santiago, su esposa, quien reprodujo de memoria las facciones de la beata y "la sacó, si no con perfección, con alguna semejanza".

Lo perdurable en el arte quiteño fue, pues, lo que pudo arraigarse en la tradición india: el tallado, el primoroso labrado de la piedra, la suntuosidad de los decorados barrocos, el patetismo doloroso de los trances de la Pasión, la fe simple del dogma de la Concepción, la imaginaria devota en la que se podía manifestar la religiosidad externa. Y en todo ello dejó el alma india su impronta dolorosa y profunda.

LA MARGINALIDAD MESTIZA

La sociedad colonial tuvo una nomenclatura confusa. Las líneas divisorias se trazaron por el color de la piel, en gran parte, pues además de las clases nobles, existían estratos solamente basados en la pigmentación. En una sociedad abundantemente mestizada, la diferenciación era, necesariamente, confusa, pues hasta el decir popular caracterizó acremente las supuestas distinciones con la frase cáustica: "quien no tiene de Inga tiende de mandinga". (Quien no tiene de indio tiene de negro).

Ya hemos citado la opinión de Jorge Juan Santacilia y de Ulloa, quienes afirmaban que, aun bajo el cabello rubio y la piel clareada por la mezcla blanca, aparecía casi siempre el remoto antecesor de raza oscura: indio generalmente.

Gonzalo de Reparaz, en su *Historia de la colonización,* calcula que en el primer siglo pasaron a América unos 8.000 españoles. Y luego, al refutar a Leroy Beaulieu - quien basándose en un dato de Ulloa acerca del número crecido de títulos nobles que existían en Lima en el siglo XVIII, o sea 45 familias nobles, afirmaba que en la colonización española hubo elementos aristocráticos-, sostiene que la nobleza española iba a los campos de Flandes y de Italia, pero no derivaba a la América recién descubierta. La explicación de Reparaz es que los títulos limeños provenían de una segunda migración noble de carácter burocrático, pues Lima era sede de Virreinato y muchos de los virreyes eran nobles.

La proporción de auténticos nobles hubo de ser menor en Quito, dado que era sólo sede audiencial. Y hay documentación probatoria acerca de que la mayor parte de la nobleza quiteña fue de títulos adquiridos o de títulos tardíos.

El notable investigador don Jacinto Jijón y Caamaño, a quien no puede suponerse con prevención acerca de la aristocracia quiteña, consigna uno de los anhelos persistentes de los hidalgos criollos, al contar cómo fue adquirido, por compra, el título de los Condes de Selva Florida:

> Escalar la burguesía letrada, laica o seglar, si era plebeyo: obtener una ejecutoria de nobleza, si era persona de viso, aun cuando sea trayéndola por los cabellos como hizo Espejo: llegar a título de Castilla, si era noble gastando una fortuna y, si era preciso, pagando varias veces crecida suma, como aconteció con el primer Conde de Selva Florida. ¡Oh! ¡qué feliz el que podía hablar a la Católica Majestad con el sombrero puesto! ¡Por tan suprema dicha, infinidad de héroes habrían, sin vacilar, corrido al sacrificio!

En la misma obra, *Quito y la Independencia de América,* nos cuenta el erudito investigador cómo se creó el Marquesado de Miraflores:

> En 1655 llegaba a Quito un chapetón Silvestre Sánchez Flores: antes de embarcarse, había pedido se le diese certificado de limpieza de sangre, y obtuvo sentencia de ser cristiano viejo; y, como sólo el infeliz gañán no tiene en Castilla pretensiones de infanzón, aun se dijo en el despacho algo que podía interpretarse como calificación de nobleza.

> En Indias no debieron faltarle apoyos, y es de suponer fue laboriosa su vida, probablemente oscura; no dejó otra huella que el expediente citado.
>
> Dueño de colosal fortuna, su descendiente Antonio abrióse ancho campo en la sociedad; gruesa suma de doblones costóle ser Marqués de Miraflores, título que obtuvo en 1751; lenguas maledicentes, probablemente las de aquellas que en él veían un nuevo rival, murmuraron de sus blasones y, para acallarlas, fue precisa una carta del Virrey de Lima que el influyente Marqués, hizo se insertara en las actas del Muy Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento.

Con respecto al Marquesado de Solanda, el doctor Pío Jaramillo Alvarado consigna lo siguiente, en su obra *El indio ecuatoriano:*

> Don Antonio Sánchez, de enorme vinculación social posterior, fue un agricultor a quien la buena suerte obsequió un tesoro en las proximidades de Quinara, el depósito tradicional incaico de un enorme volumen de oro. Sánchez, ya rico, fijó su residencia en Quito y compró un título llamándose Marqués de Solanda, pues Solanda se llamó y sigue llamándose la hacienda ubicada en el valle de Piscobamba que fue de los Sánchez de Orellana.

Según cuenta González Suárez, la mayor parte de los títulos aristocráticos de Quito son de nuevo cuño, o sea adquiridos en el siglo XVIII: el Marquesado de Miraflores fue creado en 1751; el de Solanda en 1753; el de Maenza, en 1705. Y no se crea que los escudos nobiliarios, que además de los títulos, servían de base para la división colonial, se otorgaron siempre a gente de tradición nobiliaria peninsular. Se dieron a conquistadores que eran simples hidalgos y aun plebeyos como Almagro, expósito. Pizarro, porquerizo, y Belalcázar, gañán. Y aun se otorgaron a indios puros, como ocurrió con el cacique de Puná y con otro cacique, don Diego, a quien se le otorgó escudo por servicios prestados a Núñez de Vela.

A la lista de títulos existentes en el siglo XVIII que trae González Suárez, hay que agregar la que da el Padre Velasco: los Marqueses de Villarocha y de Lises; el Conde de Selva Florida y un Vizconde. No

sabemos cuándo llegaron los Borja, emparentados con el Duque de Gandía, ni cuándo se creó el Marquesado de San José, pero no constan en las listas de González Suárez y del P. Velasco.

Esta aristocracia de criollos enriquecidos, en su mayor parte, buscó, como era natural, ascender en estima llenando los cargos altos de la administración. El afán de honores fue uno de los motóres del alma colonial. Don Jacinto Jijón y Caamaño, en la obra citada, lo singularíza con maestría:

> A menos de tener el feo pecado de la avaricia (dice en la obra antes citada) sólo veían nuestros padres en los bienes materiales un medio de obtener honores; pacientes, sufrieron privaciones para fundar una capellanía, comprar un enterramiento, que enaltece a la descendencia, sin importarles no gozar ellos mismos del fruto de sus sudores. Una vinculación, un mayorazgo, sueño dorado; el apellido, bandera de honor en que se encierra todo lo que se admira en los padres y se ama en los hijos, estaba asegurado contra los embates del tiempo y la fortuna; conseguido, podía un hidalgo dormir tranquilo, su progenie bendecirá al fundador; por el descanso de su alma, regularmente, una, dos o más veces al año, rezarán graves sacerdotes.

Ese afán de honores explica las altas sumas pagadas por obtener los cargos dirigentes. Para un descendiente de los Marqueses de Solanda, don Fernán Félix Sánchez de Orellana, compróse un título de Presidente de la Real Audiencia de Quito en la suma de 26.000 pesos fuertes pagados a don Miguel de Goyeneche, más 2.000 para subsanar el inconveniente de ser criollo. Y don Juan Pío Montúfar y Fraso en cuyas venas, por vía materna, había sangre americana, compró la Presidencia de Quito en 32.000 pesos fuertes.

La estructura social, además de la alta nobleza criolla, se basaba en matices de color. El Padre Velasco distingue, en las castas superiores, a los nobles y ciudadanos

> a los cuales llaman "blancos" en el Reino de Quito, sí como se llaman "caballeros" todos los nobles. Los "blancos" o ciudadanos son los que, siendo patricios, o siendo nuevamente transferidos de

> Europa, no tienen defecto conocido en la sangre para reputarse plebeyos: ni tampoco tienen especial recomendación por antigüedad, por empleos o por larga continuación de conveniencias, para reputarlos por nobles. Los nobles son aquellos que pasan de Europa con títulos, cargos y honores o a lo menos con ejecutorias de nobleza; los descendientes de éstos y los descendientes de los primeros conquistadores, los cuales fueron premiados o ennoblecidos por los soberanos.
>
> En esta clase había, hasta el siglo pasado (XVIII), un buen número de títulos, más de 40 caballeros cruzados, y muchos mayorazgos, con vínculos y feudos. Mas por haberse extinguido varias familias y con haber consumido los grandes caudales que había, han quedado poquísimos.

La clase dirigente se componía, pues, de una corta cantidad de nobles, la mayor parte de ellos, criollos enriquecidos que habían comprado títulos, cargos y honores, y de una extensa clase de "blancos" que se subdividían en "chapetones", o sea españoles que llegaban con cargos burocráticos, y "criollos", entre los que había abundante cantidad de sangre mezclada.

La sub-clase "blanca" se distinguía exclusivamente por el color de la piel, pues la propiedad estaba enteramente absorbida por la casta superior y por las comunidades religiosas, así como el clero secular: y le era imposible abrirse campo en otras actividades, pues repudiaba los oficios mecánicos y el comercio estaba casi todo en manos de españoles peninsulares que llegaban ávidos de enriquecerse, según lo cuentan Jorge Juan y Ulloa.

No es extraño, por lo mismo, que dominara la pobreza. El Padre Coletti dice:

> La pobreza era mucha y no faltan familias muy nobles reducidas a necesidad extrema. La causa principal no radica solamente en la gran decadencia del comercio, sino en el gran lujo derrochado por cada uno, pueda o no pueda, y más bien se estarán sin probar un pedazo de pan hasta el medio día, que dejar un rico vestuario o de endeudarse hasta las cejas.

El predominio del color de la piel sobre la riqueza como distintivo de clase social, ha sido puesto de relieve en las *Noticias secretas de América* al consignar que

> Como las familias legítimamente blancas son raras allá (en el Virreinato del Perú y en Quito) porque en lo general sólo las distinguidas gozan de este privilegio, la blancura occidental se hace allá el lugar que debería corresponder a la mayor jerarquía en la calidad.

Esa preocupación dominante les conducía a extremos que pintan los jóvenes marinos españoles:

> Es de suponer que la vanidad de los criollos y su presunción en punto de calidad se encumbra a tanto, que cavilan continuadamente en la disposición y orden de sus genealogías, de modo que les parece que no tienen que envidiar en nada en nobleza y antigüedad a las primeras casas de España: y como están de continuo embelesados en este punto, se hace asunto en la primera conversación con los forasteros recién llegados, para instruirlos en la nobleza de la casa de cada uno; pero, investigando imparcialmente, se encuentran a los primeros pasos tales tropiezos, que es rara la familia donde falte mezcla de sangre y otros obstáculos de no menor consideración.

Debajo de la clase dominante, la clase dominada se dividía también por distingos étnicos. En la base del cono se encontraban las "gentes de casta" o sea negros, zambos e indios. Y entre las clases dominantes y las dominadas se interponía el mestizaje, a su vez subdividido en estratos.

Debajo de la clase "blanca", económicamente improductiva, y encima de los indios y negros, productores agrícolas e industriales, el mestizaje creó un problema inusitado: el de una clase fluctuante entre dos clases, el de un hombre trágicamente inadaptado y atormentado, hombre de dos mundos, de alma sombría y patética.

El mestizaje tuvo también que subdividirse: los que aspiraban a subir buscaron las profesiones de la Iglesia, democráticamente abierta lo mismo en el coloniaje americano que en el feudalismo medioeval

europeo, y encontraron allí el enemigo poderoso de un clero peninsular agresivo y no siempre docto que se imponía por prejuicios raciales. O se lanzaron al camino de las profesiones liberales, como ocurre con Espejo.

El mestizo más diestro, como lo hemos hecho notar al transcribir el testimonio de Juan Santacilia y Ulloa, buscó en el artesanado sus caminos: fueron mestizos los grandes pintores, los escultores de genio, los primorosos orfebres, los hábiles sangradores, los barberos y los artesanos de menos calidad como sastres, zapateros, toneleros, y otros.

En Espejo la tragedia de la marginalidad se da con mayor hondura. Espejo era mestizo inferior, hijo de un indio y de una mulata. La proporción de sangre blanca le venía escasa. Ya su padre, el indio cantero Luis Chuzhig, transformado en Luis de la Cruz y Espejo, había iniciado el ascenso de clase, pues tuvo fama de cirujano, título que no debe confundir a las gentes, pues no tenía categoría académica. El cirujano colonial era como el sangrador. No se le admitía en junta de médicos.

El hijo, Francisco Xavier Eugenio, optó por un camino más elevado. Estudió con ahínco hasta doce horas diarias, obtuvo el doctorado en medicina y practicó la abogacía, leía en francés a sus contemporáneos más actuales, como eran los enciclopedistas, conocía al día toda la información médica mundial y dominaba, además de las ciencias médicas, el derecho y la literatura, la teología y el derecho canónico.

Este hombre de inteligencia penetrante, de pluma fácil, de erudición estupenda, no sólo para el medio colonial, sino aun para los centros europeos; este hijo de indio y mulata que había sido maltratado por los aristocráticos seminaristas de San Luis y despreciado por las gentes, en vez de sentir las profundas angustias de su clase oprimida y envilecida, hace todo lo posible por salir de ella.

Su mano morena de indio escribió la *Defensa de los curas de Riobamba* en contra del informe de don Ignacio Barreto, que citamos antes, en que el Corregidor de Riobamba denunciaba la explotación brutal del indio por el cura rapaz y avaricioso.

En vez de incorporarse dentro del gran movimiento indigenista del siglo XVIII, contemporáneo de él, que encendía desde México hasta Bolivia con los levantamientos de Pátzcuaro, la revolución de los Comuneros del Socorro en Colombia, el gran movimiento reivindicador de Túpac Amaru en Perú y de Túpac Catari en Bolivia; en vez de centrarse en la dolorosa realidad de su raza, se sitúa al lado de la aristocracia criolla y se hace el mentor de los aristócratas descontentos que habían de hacer su revolución después de haber aplastado, en asocio con los odiados chapetones, el movimiento popular y autóctono de Túpac Amaru.

Según relata González Suárez en el prólogo de los *Escritos* de Espejo, quiso hacer probanza de la limpieza de su sangre y aludió a unos supuestos solares nobiliarios de Navarra en su seudónimo de *Doctor Xavier de Cía, Apéstegui y Perochela*, bajo el cual se escondió para hacer circular su manuscrito de *El nuevo Luciano.*

Y no era cobardía ni sumisión dócil lo que guiaba la conducta del mestizo genial. Tenía sus planes propios y sus propias ideas respecto a la emancipación. Quería una independencia orgánica de América con gobierno propio, con autonomía política, con nacionalización del clero, con amplia vertebración económica en bloques regionales de producción, idea ésta última que expone en la *Memoria acerca del corte de las quinas.*

Por esas ideas luchó. Hizo por ellas propagandas soterrada de zapador constante. Soportó cárcel y destierros. Sintió sus piernas agarrotadas por el grillete pesado. Murió por ellas, lenta y dolorosamente corroído por la amebiasis en las frías mazmorras de la cárcel colonial, de donde salió pocos días antes de morir. Y, para ironía póstuma, él que había querido destacarse "ser conocido por bello espíritu", que había forjado la leyenda de sus títulos nobiliarios y sus tierras solariegas, fue inscrito a su muerte en el libro destinado a indios y negros.

Gran doctrinero de la libertad, consta, por una carta del Presidente Molina, suscrita en 1810, que eran

> El Marqués de Selva Alegre y su familia, herederos de los proyectos sediciosos de un antiguo vecino nombrado Espejo, que falleció en esa Capital (Quito).

Es patente también su influencia en los grandes espíritus de Zea y Nariño, a quienes conoció en Bogotá cuando fue a tramitar el proceso que se le seguía por sedicioso. Pero la libertad que quería era otra, la que triunfó, la de los criollos frente a las imposiciones peninsulares, la de los marqueses criollos y de las *élites* blancas.

La marginalidad dubitativa, la falta de ubicación precisa, la fluctuación entre dos mundos es que caracterizó al gran Espejo, en la característica misma del mestizo; el descontento de su casta y el ansia de elevarse a otra superior.

Los teorizantes del racismo y los incapaces de penetrar en la compleja profundidad de América, atribuyen al mestizaje aparente inferioridad frente al progreso técnico y material de los países sin mestizaje o en los que el mestizaje se ha diluido dentro de un aporte blanco poderoso y absorbente.

Mas el mestizaje no es problema biológico de superioridad o inferioridad. Es problema psicológico y sociológico de marginalidad. Es la fluctuación del hombre entre mundos diversos lo que produce la gran confusión mestiza, su aparente incapacidad y sus extrañas reacciones.

Waldo Frank, quien ha calado profundamente en el problema, en su *América hispana* llama al mestizo "una criatura de transición". Es decir, un hombre que busca un mundo propio. Ha visto con certeza la marginalidad mestiza.

> Y la palabra mestizo (dice) tiene mucho más significado como un término psicológico que como un término racial, puesto que la mezcla que la define es una mezcla de culturas. Estas culturas tienen, sin duda, una forma racial y biológica; pero la mezcla y la anulación parcial de las tradiciones, el conflicto del ambiente y de los hábitos, son los factores que hacen al mestizo. En cuanto se armonicen esos factores, la simple mezcla de sangre no significa nada.

La esencia del problema del mestizaje es el conflicto interno que crea como repercusión del conflicto externo de hábitos contrapuestos. No hay inferioridad racial ni es probable, mientras no se ponga al hombre de

casta en situación igual de cultura y de estima, mientras no se le haya integrado dentro de un todo armónico y consciente de su propio valer.

La gran fecundidad espiritual del mestizo se prueba por la excelsitud del arte quiteño, por la altura del pensamiento de Espejo, por la fuerza creadora que expresa cuando se libera a sí mismo de la pugna de sus dos almas.

Pero esa misma marginalidad, que traducida en descontento o en evasión produce la creación literaria o artística del mestizo, lo hizo el dócil instrumento de todas las tiranías.

El mestizo fue, con frecuencia, el gran verdugo al servicio de las castas superiores. Lo es todavía. Los más reaccionarios servidores de la supervivencia feudal colonial de hoy, son mestizos o mulatos ansiosos de recoger una sonrisa o una atención del señor feudal que aún subsiste.

En la Colonia, lo mismo que en la República, el mestizo ofició en el cruento papel de verdugo. Fue el capataz de obraje, el mayordomo de hacienda, el cura de aldea, el soldado cruel. Sus manos no se cansaron de mancharse de sangre india. El manejó el látigo y oprimió el grillete sobre las piernas cansadas. Fue el ejecutor siniestro de la presión que el indolente blanco dejaba en sus manos como fiel ejecutor de sus designios.

Clase sin clase, la del mestizo era fluctuante y vaga. Tenía la inestabilidad de lo transitorio, pues podía subir hacia la clarificación de la piel que le daba capacidad de hombrearse con las clases dirigentes, o podía bajar hasta los límites más serviles de las clases dominadas. Por eso el mestizo estuvo en la Colonia, y lo está quizás hoy, dispuesto a servir a los dominadores más que a sentir el dolor de los dominados. Es un hombre en evasión porque es de clase marginal. Y esta marginalidad mestiza, es la que da su intenso dramatismo a la vida ecuatoriana, que es como un mundo en integración, como una nebulosa que busca constituir su gran núcleo condensador.

TRÁNSITO

FERMENTOS DE INSURGENCIA

El XVIII es un siglo fermentante. Siglo agitado por violentas contradicciones internas y atormentado por ansias nuevas que no alcanzaban a adquirir forma. En él se dan batalla preliminar las fuerzas contrapuestas y las aspiraciones contradictorias: el indigenismo y el criollismo, la revolución y la rebelión.

Hay una primera tendencia a la emancipación auténticamente revolucionaria, que fue aplastada por las fuerzas unidas momentáneamente de criollos y españoles; una revolución indigenista que no alcanza a ser mirada en su profunda significación, opacada como está por el estruendo marcial y el brillo de los héroes de a caballo del siglo siguiente.

Todo el siglo XVIII está sacudido por esa agitación india que aspira a la libertad. En México se producen motines en que es actor el indio. En el motín de los Comuneros del Virreinato de Nueva Granada entra el indio. Y en el gran movimiento de Túpac Amaru y de Túpac Catan se encuentran los elementos de una gran revolución que aspiraba a devolver la tierra a los indígenas desposeídos.

El elemento indio entró también en el movimiento de los Comuneros del Socorro, pero además el elemento mesocrático. En cambio, en el movimiento indígena del Perú había un sentido auténticamente revolucionario.

Indios eran los jefes: Ancona, Ingaricona. El cabecilla indígena, José Gabriel Condorcanqui, tomó para sí el nombre de Túpac Amaru o sea el del Inca. Pedía la supresión de los obrajes y los quemaba cuando podía. Pedía la supresión de la mita y el dinero del botín lo repartía entre los indios.

Carecía de plan concreto, ciertamente, pero en cambio había echado hondas raíces en toda América y tenía corresponsales misteriosos diseminados desde Buenos Aires hasta Quito.

En esta última ciudad consta que el fraile franciscano Mariano Ortega había dictado correspondencia subversiva para Túpac Amaru a un escribiente de los tribunales de justicia llamado Miguel Tobar y Ugarte, y esas comunicaciones, llevadas en la suela de los zapatos, fueron encontradas en poder del ebanista Jacinto Fajardo.

Sin embargo, la rebelión india no tuvo en el Ecuador carácter decisivo ni forma apropiada, aunque no faltaron la protesta violenta y la sublevación armada. Algunas veces los indios solían rebelarse contra la dominación brutal de sus verdugos.

Las rebeliones ecuatorianas se produjeron un decenio antes que la de Túpac Amaru: entre 1770 y 1780, o sea, esta última, la fecha en que comenzó el movimiento del supuesto Inca infortunado, a quien después de vencido le cortaron la lengua, le amarraron vivo a la cola de potros lanzados en distintas direcciones "y por no dividirse se le cortó la cabeza", según depone en frío lenguaje curialesco el escribano que dio fe.

La primera de las sublevaciones ecuatorianas fue la de los indios de Patate, en 1770. No tenemos documentación acerca de las causas de ese movimiento. Pero a juzgar por la zona en que se produjo no sería extraño inducir que los altivos salasacas, que hasta hoy son impermeables y hostiles a la penetración blanca, hayan jugado algún papel en ella.

La segunda ocurrió en las provincias del norte en noviembre de 1777, y tomaron parte en ella los indios de Otavalo, San Pablo, Atuntaqui, Caranqui y Cotacachi, es decir, todas las parcialidades que hoy se comprenden bajo la denominación genérica de indios otavaleños, o sea el tipo más hermoso, altivo e industrioso de los indios ecuatorianos y el

único que en la actualidad es permeable a la influencia de las modernas doctrinas sociales.

Es singular que en estos levantamientos, los indios revelaran una especial indignación contra el cura. Una india abofeteó al cura de Cotacahi y luego lo enterraron vivo y a otro cura lo colgaron de un árbol bajándolo de vez en vez para abrazar a los cadáveres de algunos blancos. En Cotacachi el cura había sacado las imágenes de los santos y en su furia los indios se burlaron de esos muñecos fabricados por los mestizos, como llamaron a las imágenes.

El 1o. de septiembre de 1778 ocurrió el levantamiento de los indios de Guano y un año después, el de Guamote, específicamente dirigido contra el cobro del diezmo y que tuvo un matiz profundamente dramático. Al diezmero lo colgaron de un poste y en presencia del infeliz violaron a la mujer, degollaron a los hijos, y lo mataron, luego de sacarle los ojos, cortándole miembro por miembro. Al maestro de la escuela de Columbe le cortaron la mano izquierda y con la derecha le obligaron a escribir, usando como tinta su propia sangre, unos carteles preventivos que colgaron sobre los cadáveres de los otros blancos ajusticiados.

Las sublevaciones indias no tuvieron el carácter de revolución. Eran la explosión violenta de la ira contenida. El fin exasperado de una vida de continua explotación por el cura, el corregidor, el encomendero y el dueño de obraje. Faltó el elemento dirigente y la vertebración de los hechos dentro de un plan.

En cambio hubo un cierto indigenismo intelectual, sin sentido revolucionario, pero que revela una reacción contra los sistemas españoles de dominación. Tal es el caso del Padre Velasco, quien, frente al derecho de los reyes españoles opone la resurrección de un ficticio reino de Quito, restaurado de una manera muy "dieciochesca" sobre un fondo brumoso de verdad histórica.

El movimiento de emancipación de las castas dirigentes apareció en la historia casi desde los comienzos mismos de la Conquista. La frase de Ortega respecto de que la Independencia comienza con la Conquista, es parcialmente cierta.

Pocos años después de fundada la Real Audiencia de Quito -hecho que ocurrió en 1563- se realizó en Quito un movimiento insurgente que tuvo su origen en el resentimiento del criollismo frente a las Ordenanzas Reales. El pretexto aparente fue la expedición de la ley tributaria llamada de las Alcabalas de 1592. La insurrección no terminó hasta 1593 con el cruel proceder del pacificador Pedro de Arana.

En esta primera sedición, conocida con el nombre de Revolución de las Alcabalas, estuvieron presentes ya los elementos de la acción emancipadora de dos siglos más tarde: el rico encomendero descendiente de conquistadores y el mestizo marginal que explota al indio. El uno es Juan de la Vega, hijo del conquistador Francisco Ruiz y heredero de las encomiendas del valle de Chillo; el otro es Alonso Moreno Bellido, llamado "el depositario" por ser rematista de obrajes de indios en Latacunga y depositario de sus caudales.

Fray Reginaldo de Lizárraga acentúa el hecho de que intervinieron en esa edición unos cuantos

> criollos... de poco juicio, particularmente al que tomaban por cabeza, un muchacho de treinta años, de poca cordura y menos experiencia, que no sabía limpiarse las narices, encomendero y de buena renta y bastantes haciendas. (Al referirse a Moreno Bellido lo llama) Fulano Bellido, hombre bajo y atrevido, muy adeudado.

La causa aparente era rechazar el impuesto de Alcabalas. La causa real, el odio contra el Presidente de la Audiencia don Manuel Barros de San Millán, cuya dulzura con los indios le había llevado a imponer con dureza a los encomenderos, dueños de obrajes y frailes, la prohibición de explotarlos.

Lo mismo que en el caso de la sublevación de Gonzalo Pizarro, fue el ansia del encomendero y del criollo de hacer su voluntad sin la limitación que le imponían las leyes y ordenanzas, la tozuda aspiración a una libertad de explotación sin freno, lo que movió a la desobediencia y a la rebelión.

Los mismos elementos los encontramos en el siglo XVIII. Pero agravado con el odio irrefrenable del chapetón y del criollo, del burócrata y el feudal, del peninsular que llegaba ávido de enriquecerse y del indolente criollo que nada hacía para ganar fortuna pero que odiaba a quien rápidamente se encumbraba sobre él por la fuerza del dinero.

El odio entre criollos y chapetones tenía su base económica. El criollo no trabajaba. El trabajo era mirado con menosprecio, a tal punto que los orgullosos y aristócratas seminaristas de San Luis consideraron deshonroso acolitar la misa, pues ni siquiera ante Dios podían desempeñar trabajo servil. El español que llegaba absorbía toda la riqueza en tratos de comercio. Se hacía opulento y despreciaba al criollo, que a su vez odiaba al peninsular. Tal es la explicación que dan Juan Santacilia y Ulloa de la tremenda odiosidad de criollos y chapetones.

El resentimiento mestizo entró también en proporciones considerables en la oscura y violenta lucha que se estaba incubando bajo la apacible superficie del siglo XVIII. El único camino que se abría al mestizo para llegar a honores era el de la Iglesia. Pero también allí la obstaba el peninsular. Era, en el fondo, lucha económica, pues los curatos y provincialatos rentaban tan bien que se pagaban por ellos sumas crecidas. Pero era igualmente lucha de posiciones y de castas.

González Suárez cree encontrar la primera semilla de la emancipación en un escándalo de frailes que conmovió la paz colonial a principios del siglo XVIII: la elección del Padre Escorza como Rector de los Jesuitas en contraposición al español Ignacio Hormaegui y la conducta imprudente y despectiva del Padre Andrés de Zárate, Visitador, que estuvieron a punto de hacer estallar la sedición, pues ahondaron hasta el máximo las diferencias entre criollos y chapetones, que contaba con la inmediata parcialización del mestizo.

Treinta años después, la chispa encendió el polvorín. El descontento de los criollos por los gravámenes que incidían sobre sus bienes, la contradicción entre la burocracia española y los intereses explotadores de la aristocracia latifundista de América, la ambición de honores y de mando de los nobles criollos, estaban prontos a unirse con el carácter

levantisco y sin sentido de clase del vasto mestizaje dominado por la frailecía rapaz.

En el llamado motín de los Estancos del año 1765 actuaron causas económicas. La disposición de monopolizar la producción de aguardiente hería demasiados intereses para que pudiera pasar sin escándalo.

> En aquella época (dice González Suárez) era tan común y lucrativa la industria del aguardiente, que especulaban con ella sin escrúpulos hasta las comunidades religiosas en cuyas haciendas había alambiques de refinamiento.

Hemos citado que los jesuitas poseían vastas haciendas y eran los mayores traficantes negreros de la Colonia. No es extraño que su influencia fuera patente en esa sublevación, que terminó con la expulsión de los españoles, cuya mosquetería fue dominada por las piedras.

El motín tomó esta vez un matiz acentuadamente revolucionario. Al grito acre de: "¡Mueran los chapetones!" y "¡Abajo el mal gobierno!", sólo se agregó la cortesía velada de un " ¡Viva el Rey!".

Las actividades políticas de Espejo, con la gloria de su martirio y de su muerte, revelan también planes subversivos, esta vez ya estructurados y coherentes. En el proceso que se siguió al Precursor y a su hermano el clérigo Juan Pablo Espejo, iniciado por el deán de Quito Pedro Mesía, consta que el proyecto concebido por el Precursor era el de una emancipación total de todas las colonias americanas y la implantación de un auto-gobierno, la nacionalización del clero y la convivencia pacífica de criollos y peninsulares pero sin dar a los últimos derechos políticos. Tal fue la declaración de Francisca Navarrete, amante del clérigo Espejo, quien lo contó a su hermano el franciscano Vicente Navarrete. Los enemigos de Espejo, zaheridos por él en *El nuevo Luciano, La ciencia blancardina, y el Marco Porcio Catón*, especialmente el Padre Lagraña, lanzaron leña a la hoguera. Y es interesante que el defensor de Espejo fuera el futuro prócer Juan de Dios Morales.

Además de los factores internos, había factores externos que aumentaban el descontento y lo clarificaban. Era la presión de los hechos económicos.

Quito languidecía en medio de la más atroz miseria. En una carta del presidente don José García de León y Pizarro al Marqués de la Sonora, fechada el 18 de junio de 1779, se puntualiza la situación económica de la Audiencia y

> el estado de pobreza... originado en su falta de comercio, de su ninguna entrada de caudales, abandono de las minas y otros varios motivos que las tienen en el último caimiento, en total ruina de sus habitantes, en grave destrucción de costumbres y en notable daño de los ramos de la Real Hacienda, como que éstos no pueden tener valor donde no corre el signo público y correspondiente masa de plata y oro.

Señala la carta como causa de esa decadencia económica el comercio de paños que hacía España con el Perú por el cabo de Hornos, lo cual había matado los obrajes de Quito por la competencia del paño extranjero y, respecto de Guayaquil, cree que la causa única de que

> a pesar de sus feracísimas tierras... (vivan en miseria, se debía a)... no tener suficientes sirvientes con quienes ejecutar sus labores.

La falta de circulante es acentuada en dicha carta y traza este curioso cuadro de economía natural, que corresponde al tipo feudalista ecuatoriano que no desarrolló la economía monetaria:

> ...todo es una continuada permuta de frutos por frutos y de efectos por efectos. Suelen estar éstos girando recíprocamente de unas a otras manos de dos o tres años, para que llegue a conseguirse algún dinero contante. En éstas de Quito en lugar de moneda corren las papas y otras especies semejantes.

La pobreza, una pobreza sórdida y tremenda, caracterizó la vida colonial ecuatoriana. Y hay que encontrar en ella la causa más inmediata del arraigo revolucionario del XIX por el abandono de la minería y la competencia de las telas españolas en el mercado peruano.

Espejo, con su penetrante visión de sociólogo, vio la causa del mal: lo que en términos modernos se llamaría desnivel de la balanza de pagos.

> Lo que viene al caso es decir (escribe) que además de la extracción de dinero que experimenta esta provincia para Europa, los negociantes quiteños le llevan en oro y plata para Lima a traer ropas, vinos y todo lo que se llama mercaderías. De acá no pueden llevar ni llevar más que algunos pocos sayales, algunos tejidos de hilo que dicen trencillas, y tal cual baratija muy menuda de las que no resulta ventaja alguna al común.

La Audiencia de Quito no tenía artículos exportables y en cambio consumía productos elaborados, de importación. Según González Suárez, el escaso comercio se reducía a exportar alguna corta cantidad de harina, conservas (seguramente de fabricación doméstica) y tejidos de lana y algodón. El cacao de Guayaquil no se podía exportar sino a México, y eso con grandes restricciones. Espejo mismo dice:

> Los dueños de las huertas de cacao llenos de deudas, cogiendo con anticipación a sus cosechas la plata de los negociantes de ese fruto.

El mal económico tenía sus raíces en la organización social misma de la Colonia: en su sentido feudal, que, como todo feudalismo, era autárquico, de consumo interno y de industria semidoméstica, con economía natural en gran escala y mínima intervención monetaria.

Pasado el siglo XVI, que fue el siglo minero, toda la economía ecuatoriana se transformó en una economía agrícola y pastoril basada en la explotación del indio y en la concentración de la propiedad en manos del clero y de los nobles latifundistas. Por lo mismo, toda su producción era de consumo doméstico, pues la producción exportable no existía o estaba limitada por las trabas comerciales impuestas por la Corona, como en el caso del cacao de Guayaquil.

La organización feudalista de la Colonia, con sus castas cerradas y su sentido hidalgo de la vida, impidió la formación de una burguesía comercial. Lo mismo que en la Edad Media feudal de Europa, el capitalismo no existió. Es decir, el capitalismo comercial y el industrial, que es su consecuencia, reduciéndose al capitalismo usurario que Marx señala como típico de la medioevalidad.

La falta de burguesía capitalista, nacida del concepto feudal de una sociedad basada en el latifundismo agrario, impidió el desarrollo de la riqueza ingente del suelo y del subsuelo. Detuvo el progreso económico. Y su supervivencia dentro de la República impidió el proceso ascendente de la vida ecuatoriana hasta los días presentes.

Jorge Juan Santacilia y Antonio de Ulloa, a cuyo juicio imparcial y sereno hemos concurrido tantas veces, enumeran las enormes posibilidades económicas de la Presidencia de Quito, si bien predomina en ellos el prejuicio español -y más que español, mercantilista europeo- de que la riqueza es la posesión del metal precioso.

Según los mencionados marinos, en la Presidencia de Quito había riquezas potenciales. Señalan, entre otras, la explotación de perlas en Manta; la de copé o sea el petróleo de Santa Elena; la de la canela en el oriente quiteño; la de cascarilla en Azuay y Loja; la de benjuí y resinas en las tierras tropicales.

Refiriéndose a la riqueza metálica, señalan las grandes posibilidades ecuatorianas. Respecto de las minas de oro de Zaruma establecen que, si bien su ley no excede de 16 a 18 quilates, se compensa con su abundancia. Las minas de Macuche, en Angamarca, eran explotadas en 1743 por Manuel Pérez de Avila, quien gastó 12.000 pesos en ellas, pero se vio detenido por la incomprensión del Corregidor. Ambas minas, en la época actual, han sido explotadas exhaustivamente por compañías inglesas. Señalan que en Riobamba había un sólo propietario que tenía registradas 18 minas, "todas de mucha abundancia y calidad sobresaliente". Hablan de las de Sevilla del Oro, destruidas por el levantamiento de Quiruba. Y a este respecto recordaremos que el Padre Vacas Galindo dice en su obra *Nankijukima* que "fundáronse más de treinta reales minas de oro".

Respecto de las minas de plata, señalan las siguientes: la de Sarapullo, que empezó a trabajar don Vicente de Rosas y la abandonó por falta de capital para terminar su explotación; la de Suiña, cuya explotación inició Martín Argudo y abandonó por igual causa; las de Pachón y Guachalá; las de Cuenca. Y relatan que un vecino de Quito registró en Lima, en el año 1728, 18 minas de oro y plata.

No era, pues, falta de riqueza del suelo. Era que el sentido feudal de la Colonia impedía el desarrollo de la misma. La asfixiaba bajo el peso de los prejuicios acerca del trabajo. Hacía imposible el desarrollo capitalista.

No faltaron, sin embargo, tentativas de organizar empresas capitalistas de explotación industrial. En Ambato se formó en el siglo XVIII una sociedad para la explotación de la canela, incluyendo al capitalista español Antonio Pastor, y sembró cuatrocientos treinta árboles de la odorante especia. En Loja existió una especie de monopolio comercial de seis vecinos que compraban la cascarilla a los indios, empresa que nada tenía de capitalista. El presidente Mon y Velarde formó la primera de las compañías ecuatorianas por acciones para la explotación de las minas de Cachabí, con acciones de 500 pesos y un capital pagado de 51.000 pesos, y pidieron a España un ingeniero minero, don José Ricaurte, para dirigir la explotación.

La compañía por acciones era una novedad que no podía arraigar en una sociedad feudalista. No había capitales ni hábito de asociarlos. De allí que fracasara también la idea de don Pedro García de Vera de formar la Compañía Real Minera, que era una especie de consorcio con capital propio -algo así como un Banco Minero- que explotaría las minas no denunciadas y proveería capitales para la explotación de las ya existentes.

La contradicción interna de la Colonia tenía, así, un substrato espiritual y un substrato económico. Contradicciones internas y exigencias externas. La falta de una visión profunda de parte de España, que se aferraba a su esencia medioevalista en un mundo de plena lucha capitalista, ahondó el problema, pues los gravámenes que recaían sobre el comercio eran antieconómicos: el de la avería, destinado a la escolta naval, fue subiendo de 0.5 % a 14 %; el de almirantazgo tendía a subir constantemente; el de almojarifazgo fluctuaba entre el 5 y el 10 %; el de toneladas, que recaía sobre la capacidad del barco, y el de alcabala, que gravaba en 10 % las mercaderías que iban de América y el 6 % las que salían de España. Eran barreras opuestas al comercio en momentos en que las colonias perecían por falta de artículos elaborados, dada su condición agrícola y minera.

Inglaterra atizó la hoguera. Aprovechó el descontento. Cuidó de que dieran fruto las lecturas exóticas de revolucionarios y enciclopedistas, que en el silencio de la noche colonial hacían los criollos cultos. Dio los medios necesarios. Y así, una vez aplastada la revolución popular, que era peligrosa para las castas dirigentes, se hizo irrefrenable la otra rebelión: la de los criollos descontentos que ansiaban honores y riquezas, la del mestizo que se sentía con hambre, la del intelectual que aspiraba a gobernar por sí mismo.

EL ALUVIÓN

Con una fuerza de torrentera, que soterradamente fuera trabajando la tierra hasta desprenderla, el aluvión bajó.

Todo el descontento acumulado, todas las discordias sofrenadas, todas las amarguras devoradas en silencio, se hicieron puño enhiesto y golpeante.

Pero lo que vino no fue una revolución.

Los oprimidos que debían ser libertados, los esclavistas que tenían que ser manumitidos, los que soportaron durante casi tres siglos látigos y extorsión, no fueron los que hicieron el movimiento. Por eso, en vez de una revolución, hubo una rebelión y en vez de una transformación profunda, un simple cambio de organización política.

No es posible afirmar, como el romanticismo sentimental de los historiadores de énfasis, que hubo una Revolución de la Independencia. Hubo -lo que es distinto- una emancipación política violenta. Nada más.

Y el movimiento literario -además de las causas anotadas antes- tuvo otras que no provenían de las condiciones propias de América, sino de una transformación general de España misma. El término "guerra civil", que usa Vallenilla Lanz, es certero. Pues el movimiento de emancipación en América obedecía a estímulos intelectuales idénticos a los que agitaban España con el gran movimiento liberal aplastado por el reaccionario Fernando VII.

La esencia de España fue su universalidad y su sentido de libertad. Hacía notar el profesor español republicano Antonio Jaén Morente que la atribuida catolicidad del español no le es esencial: de las cuatro grandes figuras -Séneca, Averroes, Maimónides y Cervantes- que dieron esplendor universal a España, una sola es católica. Las otras como símbolos de los elementos constitutivos españoles, fueron un latino, un árabe, un judío.

Ese sentido de universalidad y de libertad, que, antes que el fiero catolicismo de quemadero y de auto de fe, singulariza el alma española, se encuentra en las relaciones de España y América. Se patentiza en la legislación de Indias y en las reales cédulas protectoras de indios y de negros que hemos transcrito. Hace ver en el hombre lo humano y realiza la justicia sin matices. Tal es el eco que se encuentra en el pensamiento de Vitoria y Las Casas tanto como en la acción de Presidentes de Audiencia como Barros de San Millán y Hernando de Santillán o en el celo apostólico de obispos como Peña y Solís, o en la emoción de viajeros como Jorge Juan Santacilia y Antonio de Ulloa.

La tradición de libertad y de justicia la habían recogido los liberales del XVIII, españoles o americanos. José Joaquín de Olmedo, Vicente Rocafuerte, José Mejía de Lequerica, son la expresión de ideales unánimes y sentimientos idénticos a los de los liberales españoles.

El Conde de Aranda había iniciado la amplia política liberal en América. La Sociedad Patriótica de Amigos del País, en la que actuó Espejo, no fue insurgencia criolla, sino orden real. Jamás existió la Escuela de la Concordia. Desgraciadamente para el porvenir común de España y de América, la política liberal de Carlos III se trocó en el siglo XIX en la dura política de cadenas del absolutista Fernando VII. Mina, Javier Mina, el magnífico caudillo liberal, expresa con hondura la simpatía de los liberales de España para los liberales de América.

Trocado el destino, no quedó sino la lucha. Lucha no deseada. Quizás más bien rehuida al principio. Es de recordar que en el primer levantamiento americano de emancipación, iniciado en Quito el 10 de Agosto de 1809, no hubo originalmente afán separatista. Lo que guió a los "patriotas" quiteños en su generoso movimiento fue un impulso idéntico

al de los liberales españoles: la organización de gobiernos de resistencia contra el bonapartismo.

La reacción fanática, imperialista y teocrática de Fernando, quien persiguió por igual a los liberales españoles y a los patriotas americanos, precipitó el aluvión. Los diques contenidos se rompieron. Lo que fue ansia reformista, hubo de trocarse en impulso de rebeldía.

La influencia de las ideas revolucionarias francesas se ha superestimado. Aquellas

> teorías que los criollos aceptaban sin examen y profesaban con entusiasmo; principios abstractos que tenían para ellos el atractivo picante y estimulador de la prohibición, habidos como néctar sabroso a la luz de una bujía en el silencio de una noche, en una ciudad que se entrega al sueño al toque de oraciones.

Según escribe Vallenilla Lanz; las ideas de Voltaire, Rousseau, Montesquieu, los enciclopedistas, que leían pocos criollos, no podían ejercer influencia sobre una masa fanática, analfabeta e indocta.

Nada más diverso que la Emancipación americana y la Revolución francesa. Esta última fue obra de una burguesía evolucionada y con varios siglos de experiencia que se sentía aprisionada por las trabas feudales, por la supervivencia de una nobleza de corte bajo cuya gola de encaje se encontraba el feudalismo latente, y, sobre todo, por el gremialismo que impedía un régimen de libre salariado.

La Emancipación de América careció del elemento burgués. No hubo tercer estado, clase industrial capitalista, como en la Revolución francesa. Lo que había era económicamente feudalismo mezclado con esclavismo; dominio de una clase de terratenientes que se sentía con capacidad de gobernar y se encontraba entrabada por el lento y pesado burocratismo español. Lo que lo hizo posible fue la explosión del descontento mestizo, marginal y sin ruta, dubitativo y sin orientación, que plegó al movimiento sin una clara conciencia política, más guiado por un instintivo anhelo de libertad y por la exasperación de la tremenda pobreza.

Las ambiciones gobernantes de los letrados doctos y de los ricos terratenientes nobles, han sido puestas de relieve por don Jacinto Jijón y Caamaño en su obra *Quito y la Independencia de América*, al hacer el paralelo del movimiento de Quito y el de Chuquisaca, realizados en el mismo año.

> Desde 1809 (dice) aparecen ya marcados los grandes centros del movimiento separatista: Quito y Chuquisaca levantaron aquel año el estandarte de la Revolución: ciudades interandinas, las dos tienen facultades universitarias antiguas y una numerosa población de doctores hábiles para la consulta de la enmarañada legislación colonial, que conocen al dedillo las Leyes de Indias y las Partidas, sin ignorar las doctrinas de los grandes juristas de su siglo; en las dos ciudades, viejas audiencias mantenían un simulacro de justicia, conservando vivaz el espíritu de crítica; y en ambas familias de alta alcurnia, y de no escasos recursos, se asfixian por la estrechez del ambiente local, asaz mezquino, mientras sueñan en honores y bien andanzas que solo pueden adquirir gobernándose por sí mismos.

Tales elementos se encuentran en efecto: el viajero W.B. Stevenson, quien fue secretario del conde Ruiz de Castilla y luego de Lord Cochrane, y testigo presencial de los acontecimientos de agosto de 1809 en Quito, relata que los verdaderos animadores del movimiento fueron los letrados Morales y Quiroga, a quienes luego se sumaron el cura Riofrío y el militar Salinas. Al llegar el presidente Ruiz de Castilla a Quito, lo recibieron los dos primeros con representaciones teatrales de *Catón, Andrómaca, Zoraida y La Araucana*, temas que "tenían por objeto inspirar el amor a la libertad y a los principios republicanos".

De Morales dice Stevenson que había nacido en Mariquita, ciudad de Santa Fe, y que estaba casado y establecido en Quito.

> Estaba (dice) dotado de un alma fuerte; había recibido una educación liberal y a causa de sus muchos años en la Secretaría, había adquirido grandes conocimientos en los negocios del Gobierno. (De Quiroga dice que) era un carácter inquieto y ambicioso, temerario e intrépido en lo que emprendía.

Estos dos hombres fueron los que planearon el movimiento. El Marqués de Selva Alegre, don Juan Pío Montúfar y Larrea, parece que había escrito cartas en el mismo sentido, y ganaron también al capitán Salinas y al cura Riofrío,

> un eclesiástico de carácter orgulloso y sombrío, siempre inclinado a reunirse en asociaciones de hombres dispuestos a desaprobarlo todo.

Según lo describe Stevenson.

Ambiciones de letrados doctos y de aristócratas afanosos de mando, confluyen de esta manera, tal como lo ha expuesto Jijón y Caamaño, a realizar el plan emancipador. Stevenson dice que la causa del resentimiento personal de don Juan de Dios Morales era que, habiendo sido anteriormente secretario del presidente Carondelet, esperaba serlo del conde Ruiz de Castilla, el cual mató tal aspiración nombrando en su lugar a Tomás Arrechaga, de quien el mismo Stevenson dice que

> era brutal en sus maneras como en sus acciones, tenía la crueldad de los chinos, que son una mezcla de sangre africana con la india. Arrechaga habría derramado toda la sangre de sus compatriotas por asegurar un ascenso, y desgraciadamente desde el primer descubrimiento de estas comarcas, este medio ha sido frecuentemente coronado de buen suceso.

Respecto de Rodríguez de Quiroga, dice que había sido suspendido en el ejercicio de sus funciones de abogado a raíz de una violenta actuación.

Los elementos conspirativos fueron descubiertos por una indiscreción del bravo capitán Salinas, y los conspiradores recluidos en el convento de la Merced en abril de 1809. No se pudo concretar nada. El proceso desapareció, arrebatado de manos del secretario. Y el 9 de agosto, en la noche, ya la conspiración estaba madura. En la madrugada del 10 de Agosto de 1809, el presidente Ruiz de Castilla fue sorprendido con la noticia de que una Junta de Gobierno regía los destinos de Quito en nombre del rey Fernando VII, procedimiento semejante al de las Juntas liberales españolas.

Dentro de la conspiración que culminó el 10 de Agosto, había propiamente dos direcciones: la radical y audaz, que representaban Morales y Quiroga, quienes habían propugnado una acción rápida, deponiendo a las autoridades y creando una Junta autónoma bajo el pretexto de que Fernando VII era el único rey y que no obedecerían al gobierno bonapartista, proceder semejante al de los liberales españoles; y la tendencia conservadora que representaban el Marqués de Selva Alegre, el militar Salinas y el cura Riofrío, quienes creían que debía esperarse la ocupación total de España.

Neptalí Zúñiga, en su bien documentada obra *Montúfar primer Presidente de la América revolucionaria*, asegura que el Marqués de Selva Alegre, don Juan Pío Montúfar y Larrea, quien vivía en su obraje de Chillo, llamó al cura Riofrío para pedirle que evitara la realización del movimiento del 10 de Agosto. Y en el alegato de defensa que hizo posteriormente el cura Riofrío, cuenta que el marqués "llegó a arrodillarse y aun llorar en son de súplica".

Inútilmente envió al cura Riofrío a rompecinchas de su bridón. La Junta conspiradora, reunida en casa de doña Manuela Cañizáres, quien a decir de Zúñiga era la amante de Quiroga, encontró los hechos consumados. No pudo cumplir con las directivas del Marqués. Y no le quedó otro consuelo que rezar una salve,

> delante de una imagen de San Juan, implorando a la Madre de Dios para que tuviese buen éxito el proyecto en caso de que fuese justo,

según dice en su alegato.

La Junta de Gobierno se integró por representaciones barriales. Y es revelador del espíritu de la época que, aun cuando los nobles criollos no habían abrazado sino con grandes reservas el proyecto de gobierno autónomo provisional, los conspiradores no se sintieron con fuerzas para actuar por sí mismos y fueron elegidos los aristócratas para la función directiva, homenaje de reconocimiento criollo del derecho de una casta a gobernar, que ha sido frecuente posteriormente en la historia. El Marqués de Solanda fue elegido por la Catedral; el de San José, por San Blas; el de Villaorellana por San Roque; el de Maenza, por San Marcos; los de San

Sebastián eligieron a don Manuel Zambrano y fue designado Presidente el Marqués de Selva Alegre.

Los dos animadores efectivos del movimiento, tomaron posiciones subalternas: Morales fue designado Ministro de Estado y Guerra; Manuel Rodríguez de Quiroga, Ministro de Gracia y Justicia; el capitán Salinas, ascendió a Coronel de las Armas. Los elementos de la futura vida republicana, aparecen, así, desde el primer momento de vida libre; disensiones internas dentro de los grupos conspirativos; aprovechamiento subalterno de la revolución por los instigadores; reconocimiento del derecho de las clases superiores a gobernar. Y otros elementos más: el cohecho militar, pues, según Zúñiga, las tropas fueron conquistadas

> antes que por la convicción, por el poder del dinero que desde algún tiempo atrás había llenado las bolsas de los soldados por medio de los sargentos José Vinueza y Mariano Cevallos;

la promesa de ascensos, pues los sargentos Vinueza y Cevallos fueron ascendidos después del movimiento a Ayudantes Mayores y en el expediente contra el sargento Zambrano, publicado en el Boletín del Museo y Archivo, consta que fue ascendido a Sargento Mayor; el aumento de sueldo a oficiales y tropa, que fue una de las primeras medidas de Salinas.

Los miembros de la Junta se reservaron a sí mismos, como para reforzar su afán de honores, los títulos de Altísima, Excelencia y otros, y se asignaron sueldos bastante crecidos: el Presidente se asignó 6.000 pesos; los Vocales, 2.000 y los Ministros 1.500 pesos.

El sentido de la revolución de agosto fue definido por el Marqués de Selva Alegre en su discurso de la Sala Capitular de San Agustín, el 16 de agosto, o sea seis días después del movimiento de independencia. El presidente Montúfar, Marqués de Selva Alegre, concretaba así sus aspiraciones:

> La conservación de la verdadera religión, la defensa de nuestro legítimo monarca y la prosperidad de la Patria. Veis los bienes más preciosos, que hacen la perfecta felicidad del género humano.

Y el turbulento Rodríguez de Quiroga, quien en su manifiesto el día de la proclamación había dicho:

> No se nos ha tenido por hombres, sino por bestias de carga destinados al yugo que se nos quería imponer, (decía en ese acto solemne de seis días después): Conspiremos unánimemente al individual objeto de morir por Dios, por el Rey y por la Patria.

Las únicas reformas que realizó la Junta fueron las de disminuir el impuesto de alcabalas y de bajar la tasa del papel sellado. Y el sentido absolutamente firme del catolicismo colonial se refleja en el hecho de haber consagrado el movimiento a la Virgen de las Mercedes.

El espíritu conciliador del Marqués de Selva Alegre, de quien dice Stevenson que

> como particular era sumamente afable y cortés y tenía el aire distinguido de un hombre de corte, (aunque) como hombre público Selva Alegre era indeciso y tímido... buscaba cómo conciliar los partidos en vez de sostener el uno o el otro;

el espíritu conciliador, decimos, llevó a entregar la Revolución.

Fueron designados en el Senado, que era el Poder Judicial, temibles enemigos como el tortuoso mestizo Arrechaga y el reaccionario Felipe Fuertes y Amar.

Las dificultades internas acabaron con el generoso propósito de libertad que alentó en algunos de los próceres. Don Alfredo Flores y Caamaño, en su obra *Descubrimiento histórico relativo a la Independencia de Quito,* con prólogo del ilustre González Suárez, dice:

> La ambición de mando, por una parte, y la inexperiencia de los próceres en el manejo de los intereses públicos, por otra parte desvirtuaron bastante la obra y fueron causa de que el desengaño siguiese de cerca a la esperanza. En ese desorden administrativo, la dirección y prestigio de Don Juan Pío Montúfar, patriota fiel y benemérito, vinieron a menos, porque ninguno de los nuevos gobernantes se entendía con los demás.

Especialmente hace notar en esa obra, Flores y Caamaño, la traición del Conde de Selva Florida, don Juan José Guerrero y Matheu. En un documento publicado en dicha obra consta la declaración de don José Guarderas, Regidor del Cabildo y Administrador Principal de Alcabalas, ante el escribano José Viscayno, hecha en Quito el 20 de enero de 1810, en que dicho funcionario hace constar

> que a pesar de su angustia trató casualmente y muy de paso con don Juan José Guerrero y Matheu, quien le declaró su modo de pensar en orden a la revolución, el odio con que la miraba y los arbitrios que meditaba para destruirla, y restablecer a su autoridad la potestad legítima, destruida por la revolución.

Socavado el prestigio del Marqués de Selva Alegre, el 12 de octubre se hizo cargo de la presidencia el Conde de Selva Florida, quien llevaba, a juzgar por los documentos publicados por Flores y Caamaño, la intención de traicionar a la Junta y hacer desde dentro de ella la contrarrevolución. En efecto, obstaculizó la acción de Morales, trabó el desarrollo de la acción militar, hizo todo lo posible para detener la marcha revolucionaria.

> En suma (dice Flores y Caamaño) don Juan José Guerrero, como presidente de la Junta Gubernativa, contribuyó de una manera deliberada a desbaratar la obra de los próceres de 1809 en el espacio comprendido del 12 al 22 de octubre del mismo año o sea en diez días, según su propia confesión (documento No. 13): verdad que corroboran las siguientes frases del Fiscal Arrechaga en su carta de 5 de noviembre: "Ha cumplido usted perfectamente con el encargo que se le hizo, según me lo persuade su pliego reservado.

Pese al carácter indeciso y a la breve existencia que tuvo el movimiento de agosto de 1809, su influencia decisiva marca una etapa en los destinos de América.

Aun encubiertos bajo el disfraz de una acción, simplemente precautelación de los intereses de Fernando VII, latían debajo la insurgencia y el afán de una libertad presentida. Morales, Quiroga, don Manuel Zambrano, los Ascázubi, Checa, aun el mismo dubitante Marqués de Selva Alegre, tenían arraigado el sentimiento de una patria libre.

El eco del movimiento del 10 de Agosto en América fue decisivo. Despertó las conciencias y desató el aluvión contenido. En el posterior de Caracas, en la repercusión en Bogotá, en las consecuencia sobre los otros pueblos de América, se marca la influencia del movimiento que dio a Quito -con legítimo título- el nombre hermoso de *Luz de América*. En medio de la noche colonial, el 10 de Agosto fue llamarada encendida sobre los Andes para iluminar el camino de la libertad.

Ciertamente que, en el primer momento, la reacción fue negativa. A las comunicaciones en que el Marqués de Selva Alegre hacía saber el carácter del movimiento de Quito, respondieron negativamente los otros pueblos. El Gobernador de Popayán, según documento transcrito por Pío Jaramillo Alvarado en su obra *La Presidencia de Quito,* contestó

> con toda la indignación que merece el sedicioso, criminal papel que se atrevió a escribir don Juan Pío Montúfar participando el delito de alta traición que ha cometido con algunos facciosos de su infame partido.

Y don Bartolomé Cucalón, Gobernador de Guayaquil, impugnó como ridículo el arbitrio de invocar el peligro en que se encontraban las tierras de América -y más aún la mediterránea Quito- de ser atacados por los franceses y calificada de "horrible" la realizada por la Junta de Quito.

El Conde Ruiz de Castilla, quien desde su separación del cargo vivía rodeado de estima, en su casa de campo, esperaba el momento propicio. Había descontento. Faltaban los víveres que debían llegar de Guayaquil, especialmente sal. Los reaccionarios conspiraban. Muchos veían el movimiento de agosto como obra de la audacia de una minoría.

En la certificación que da el escribano Viscayno de la reunión del Cabildo de 5 de septiembre de 1809, pocos días después de la revolución consta que:

> no había tenido parte el Cabildo en la revolución del diez de agosto ni intervención alguna. A lo que el Regidor Manuel Zambrano expuso, que el Pueblo Soberano había instalado la Junta sin tener

> necesidad de contar con el Cabildo, porque había reasumido en sí todas las facultades Reales. Tomó la voz el Regidor Maldonado y le replicó ¿Qué pueblo Soberano viviendo el Señor don Fernando Séptimo, y su Real Dinastía? ¿Cómo puede llamarse Pueblo unos pocos hombres, que se hicieron convocar en la noche del nueve de agosto? cuyos nombres se publicaron en el General de San Agustín, a los que contradirá con miles de firmas que digan lo contrario.

El Conde Ruiz de Castilla no esperó mucho: "Esa araña", como lo llama su contemporáneo don Agustín Salazar y Lozada, urdía bien su tela. La traición del Conde de Selva Florida, narrada por Flores y Caamaño, precipitó los hechos. Stevenson afirma que el presidente Ruiz de Castilla regresó a Quito "recibido con las demostraciones del entusiasmo más exaltado y con un alegría universal".

Poco después llegaron las tropas realistas de Lima y de Guayaquil comandadas por el cruel Arredondo, y

> los habitantes de Quito, confiando en el cumplimiento de las condiciones aceptadas por el Presidente Conde Ruiz, levantaron arcos triunfales para recibirlos y regaron de flores las calles por donde debían pasar,

según depone Stevenson.

Era la llegada de los verdugos. Pero el mestizo marginal, voluble y sin conciencia política, lo mismo que el indolente criollo, recibían con igual júbilo la llamada del somatén revolucionario que el arribo de sus verdugos. Es que el mestizo casi no tomó parte en la lucha, aun cuando se organizaron las milicias barriales. Este fue un fenómeno general en América.

Waldo Frank, en su *América hispana*, singulariza el fenómeno:

> El mestizo (dice) ni proyectó ni manejó la revolución. Los grandes líderes con escasas excepciones, fueron criollos de la más pura sangre. La revolución la provocó una aristocracia intelectual y económica, vigorizada por las ideas de Francia, el comercio de Inglaterra y el ejemplo de Norteamérica.

El movimiento de agosto de 1809 epilogó un año más tarde. El 2 de agosto de 1810 fueron asesinados los presos que ordenó tomar Arredondo. Así murieron Morales, Riofrío, Salinas, Quiroga, Vinueza -los realizadores del movimiento- y Arenas, Ascázubi, Aguilera, Peña, Cajías, Villalobos, Olea, Melo, Tobar. Los nobles maqueses pudieron escapar. La sanción sabía, también, distinguir títulos. Stevenson dice, sin embargo, que el Marqués de Miraflores

> murió de pesar en su propia casa vigilado por una guardia de soldados que lo tuvieron a la vista hasta que lo enterraron.

Su sangre generosa sirvió de abono a las ideas de libertad que poco tiempo después habían de surgir nuevamente. Y la simiente se extendió por toda la América que, a poco, había de tomar clara conciencia de su destino histórico.

EL DESPERTAR DEL TRÓPICO

El caudillismo amaneció junto con la libertad mestiza.

Después de los sucesos de 1810, en el mismo año se reunió una nueva Junta que declaró

> que asumía sus soberanos derechos y ponía el Reino y Audiencia de Quito fuera de la dependencia de la capital del Virreynato.

El inspirador y organizador de este segundo intento, ya más acentuadamente revolucionario, fue el coronel Carlos Montúfar, hijo del anciano Marqués de Selva Alegre.

La reacción se encastilló en Popayán, en donde Aymerich ejercía su mando monárquico, y en Cuenca, en donde llegó a dominar el coronel Toribio Montes.

Montúfar, después de corta dubitación, desistió de batir Cuenca, en donde se hubiera asegurado el sur, y regresó a pacificar Pasto. Mientras tanto, después de la renuncia del Conde Ruiz de Castilla, fue nombrado,

por voto popular, cosa revolucionaria, el Obispo Cuero y Caicedo para substituirlo. Y en enero de 1812 se convocó la primera Constituyente que decretó la primera Constitución política que tuvo Quito independiente.

En medio de esa agitación violenta y del peligro constante, apareció el caudillismo funesto: las banderías feudalistas que iban a batirse en guerra de intrigas frente a los ejércitos enemigos; la lucha del montufarismo y el sanchismo, la disputa caudillesca de los marqueses criollos que aspiraban a predominar: el de Selva Alegre y el de Villaorellana.

> Estos señores feudales (dice Pío Jaramillo Alvarado) se disputaban la captación del poder antes de que éste hubiera sido independiente.

Frente a los ejércitos monárquicos, el campamento patriota ardía en la hoguera de las disensiones internas: el partido del Marqués de Selva Alegre, capitaneado por don Carlos Montúfar, y el de Villaorellana, encabezado por el coronel Francisco Calderón, no acertaban a entenderse. Y esto facilitó la victoria del realismo que, desde 1814, acabó con los últimos restos del movimiento separatista de Quito, al que el singular talento epigramático de los quiteños llamó con la frase irónica: La Patria Boba.

Los sucesos de Quito revelaron que no había la posibilidad de una revolución. Carecía el coloniaje de los elementos necesarios para una revolución democrática como la francesa o la norteamericana. No había burguesía adiestrada para la obra de autogobierno, sino una aristocracia apegada al tradicionalismo. No existía el activo "tercer estado", sino una clase "blanca" de criollos despectivos para el indio cuya sangre llevaba casi siempre en las venas, clase pauperizada que no podía crear riqueza por sus hábitos indolentes y su desprecio para el trabajo, pero que aspiraba a un encumbramiento social y económico por medio de la nueva burocracia. No había el activo gremialismo, ya incipientemente proletarizado, que dio un matiz jacobiano a la Revolución francesa, sino un artesanado mestizo dubitante y fanatizado que actuaba por impulso hacia el hombre más que por convicción por las ideas, lo cual fue el asidero más firme del caudillismo naciente.

Y debajo de ese confuso afán de libertad, de ese conjunto heterogéneo de motivaciones, la pasividad del indio que no sentía ni podía sentir la revolución que estaba haciendo, para uso propio, las clases dominadoras de aristócratas latifundistas, de blancos indolentes y de crueles mestizos.

Tampoco el negro sintió el afán revolucionario en el grado en que lo hizo el venezolano manumitido. A los ejércitos de Bolívar se incorporaron los esclavos y los pardos. Bolívar sentía al negro, porque era hombre de llanura ancha, en donde el negro había convivido dentro de la sociedad patriarcal de los amos. Había comido de manos de la vieja negra y oído las leyendas medio bárbaras de los esclavos. Y el negro le acompañó en su andanza de guerra como le había conducido en brazos en las hazañas de la niñez.

En el Quito aristocrático, en donde el amo blanco evadía contactos con la raza inferior de indios y en donde el esclavo no tuvo importancia económica, excepto en los litorales y en los ingenios serraniegos de los valles profundos, el negro tampoco tomó parte activa. La insurrección de 1810 fue aplastada, casi antes que la insurrección blanca y mestiza.

Las aspiraciones republicanas, representadas por Morales, Quiroga, Ante, eran de tímido reformismo. Los señores feudales sólo querían un cambio de régimen que les diera mayor autonomía y lo disfrazaban bajo la capa de la fidelidad monárquica.

No hay cómo dejar pasar inadvertido el influjo de intereses económicos en la conducta de los nobles y de los criollos: en aquéllos, el afán de consolidar su situación de preeminencia; en éstos, el de adquirir cargos.

En la biografía de Montúfar, Marqués de Selva Alegre, de Neptalí Zúñiga, hay un pequeño dato de extraordinaria importancia perdido en la extensa documentación:

> Los latifundios de la Presidencia de Quito (dice Zúñiga) que hallábanse en manos de gran número de patriotas, arrojaba como deuda al Estado 677.944 pesos y 1/2 real, suma en verdad fabulosa para este tiempo.

Don Juan Pío Montúfar y Larrea, Marqués de Selva Alegre y Primer Presidente de Quito, debía al Estado, según el mismo autor, por las haciendas de Puñaví, Guambayña, Suyu y Zilipu, 7.000 pesos, más 32.670 pesos y 3 reales por las de Chillos y 6.000 pesos que le reclamaba el Cabildo por "propios".

Entre el Marqués de Selva Alegre y su pariente don Joaquín Tinajero habían rematado a la Junta de Temporalidades en el año 1802, ocho latifundios que se repartieron de esta manera: Naxichi, Provincia y Cocha, el regidor Tinajero; Puñavi, Cuyu, Zilipu y Guambayña se las adjudicó el Marqués de Selva Alegre. Es de notar que no era pago de contado, sino que debía abonar su valor mediante anualidades de 1.255 pesos y censos por 7.000 con 3 % de intereses.

Otros fervorosos separatistas debían también dinero al Estado: don Feliciano Checa, 21.018 pesos; Ascázubi, señalado insurgente, 2.000; el Marqués de Maenza, 2.000, y la testamentaria de don Miguel de Olmedo, padre del poeta de la libertad y animador de la independencia de Guayaquil, debía un total de 8.039 pesos y 2 reales por sus extensas haciendas de Soledad, Chilintomo, Santa Catalina, Dos Islas de Daule, Guare, Salinas y Zarumilla.

Otro elemento se sumó, además de los nobles marqueses, de los criollos y mestizos: la frailecía que, durante la Colonia, mantuvo la dura batalla entre el criollismo y el chapetonismo. En la Iglesia se refugió el mestizo marginal con esperanza de elevación. Y no es extraño que uniera sus fuerzas para adquirir un estado de libertad y el derrocamiento del privilegiado y odioso fraile español.

Según depone Núñez de Arce, los religiosos de San Diego tomaron las armas como "comandantes de las expediciones". El recaudador de rescates de cristianos, Fr. Álvaro Guerrero, dio ese dinero para la guerra. Fr. Manuel Valencia se alistó como soldado para la guerra de Pasto. Fr. Ignacio Bossano dirigió la del sur. A los frailes José Correa y Luis Cevallos se los calificó de "tribunos atrevidos y feroces". El Comisario de Bulas, Tomás Yépez, predicó para que ese dinero se emplease en gastos de guerra. Fr. Francisco Rodríguez, Colector de Diezmos, salió a recoger-

los para la campaña. El cura de Chillogallo, José Pérez, levantó una tropa. El cura de Machachi, Tadeo Romo, se puso en pie de guerra con su feligresía. Lo mismo hizo el cura de Conocoto, Pedro Barrera, al igual que el de Tumbaco. El cura de Yaruquí, don José Joaquín Manosalvas, "montado a caballo salí por el pueblo a mandar a los feligreses, con lanza en mano, que salgan a la guerra".

Todos los elementos futuros se encuentran así en potencia en la libertad naciente: caudillismo, que hizo poner frente a frente al Marqués de Selva Alegre contra las casas rivales de Selva Florida primero y de Villaorellana después; ansia burocrática; acción dispersa del mestizo que actúa sin plan; acción del clero preponderante; menudas aspiraciones personales y actuaciones desinteresadas que encubren reales intereses económicos.

Un factor de disociación se sumó al caos naciente: el sentimiento regionalista.

Ya Espejo había trasuntado ese sentimiento de odio pueblerino y el Padre Juan Bautista de Aguirre, gran poeta y orador docto, le había hincado el fino aguijón de su ironía. Espejo revela una reconcentrada virulencia contra Guayaquil, ciudad principal de la región litoral. Con ligereza sin justificación atacó a los guayaquileños diciendo que el calor les evaporaba la inteligencia y que tenían poco seso. En respuesta agresiva, el Padre Aguirre clavó su saeta contra Quito en décimas de corte popular y fácil.

El Litoral no tuvo, en la Colonia, significación alguna. La concentración del poder político en la capital audiencial, Quito, y el desarrollo predominante de la minería primero y de la agricultura cerealista más tarde, había dejado a la región litoral sin medios propios de desarrollo, sobre todo después que el esfuerzo de los cosechadores de cacao, que levantaron un capital de un millón de pesos, equivalente en poder adquisitivo a cerca de 100 millones de sucres actuales, quedó frustrado por las restrictivas medidas impuestas por la Corona.

La falta de agricultura de exportación, en una cultura autárquica y de tierra adentro como la quiteña, quitó importancia al puerto. La agricultura tropical se realizaba en los valles profundos de la cordillera. Guayaquil quedó relegado. Se batió, sin embargo, contra el infortunio. Detuvo las invasiones piráticas; luchó contra el fuego que devoraba la ciudad, siempre renaciente de sus cenizas; contra el manglar palúdico; contra las plagas innumerables del trópico; contra el fango, la enfermedad y el clima.

La ciudad tenía una enérgica voluntad de vivir. Explotó el filón inacabable de su selva. Sus hábiles carpinteros navales construían los mejores veleros que navegaban por los mares del sur. Cultivó la caña de azúcar con caros esclavos negros. Comerció con especería y sal.

Pero políticamente, quedó marginada. Esto explica que no tuviera voluntad de acudir al movimiento quiteño de 1809 y que, antes bien, el 9 de octubre de 1810, el Cabildo, con asistencia de los diputados a Cortes, Olmedo y Rocafuerte, según consigna Jijón y Caamaño, se opusieran violentamente a Quito independiente. No había unidad. No existía aglutinación nacional. La serranía vivía concentrada en sí misma. El puerto miraba al mar. Tenían economías diversas, mezclas raciales distintas, sensibilidades diferentes. Era más fácil acudir al Perú que a Quito. A Panamá que a la capital audiencial. Y esto fue la causa de que Guayaquil, que políticamente perteneció siempre a la Audiencia de Quito, se mantuviera bajo el control militar de Perú.

Estos mundos distintos y distantes que eran la selva y la montaña, imperfectamente unidos, sin nexos, fuertes, no podían entenderse. La Patria Boba casi no tuvo eco en una ciudad tropical en donde no existían marqueses dominantes, sino una pequeña minoría blanca y una densa multitud mulata.

Después de 1814 no había esperanza de libertad. Mientras el puerto no estuviera asegurado, no era posible pensar en una emancipación verdadera. Por eso el camino de la liberación -como ocurrirá más tarde en la República -fue del mar a la montaña. El 9 de octubre de 1820 marcó el principio de la real independencia del Ecuador y el comienzo de su unidad efectiva.

Marcó, también, el despertar del trópico y su ingreso a la vida política con toda su turbulencia. Con toda su pasión. Con todo su arrebato intenso y dramático. Con su colorido y su fuerza. Y también con sus semillas de caos.

Al revés de lo que ocurrió con el movimiento de agosto de 1809 y con el de 1810 en Quito, el movimiento guayaquileño del 9 de octubre de 1820 señala a una tendencia separatista aferrada. En sí mismo. al igual que el de 10 de Agosto, no fue una revolución Fue la obra de una minoría blanca. De una *élite* intelectual. Y se realizó mediante un golpe de cuartel incruento y blando, al que no era ajena la política sentimental en que se mezcla la mujer, pues, al decir de Calle en sus *Leyendas históricas*, la bella Isabelita Morlás influyó sobre Febres Cordero tanto como la idea y el sentimiento de la libertad.

Ya el movimiento libertario estaba, entonces, desatado en América. El ejemplo quiteño, culminado en el sacrificio y santificado por el martirio de los próceres del 2 de agosto de 1810, había sido imitado en otros lugares de América. Bolívar, Sucre, San Martín, estaban luchando por la libertad en el vasto mundo estremecido de anhelos nuevos y de ansias irrefrenables.

Guayaquil, una vez conquistada su independencia, quedó dubitante entre posibilidades diversas: la tendencia de la aristocracia a unirse al Perú; la tendencia atizada por Bolívar de incorporar el nuevo territorio, con su puerto y su astillero codiciables, a la unidad que estaba formando: Colombia; y la tendencia mantenida por Olmedo de hacer de Guayaquil, un estado independiente, quizás con el puerto como cabeza y capital de una nueva unidad que comprendiera también las provincias del Interior: o sea formar la República autónoma que nació después bajo circunstancias diversas.

Era ese un momento confuso y grave de la historia americana. Un momento en que el destino había creado a Bolívar el agudo problema de un Dios que, habiendo forjado un mundo, lo viera esfumarse entre sus manos.

Fuerzas oscuras latían bajo el impulso libertario que conmovía el continente. Especialmente en Colombia las semillas de la discordia estaban en el seno del caos naciente. Santander y Páez eran ya los caudillos listos al zarpazo aun antes de que se disipara el humo de la batalla de Carabobo.

Guayaquil acudió a pedir el auxilio de Bolívar. Mandó éste a Sucre con un ejército a reforzar el que los guayaquileños habían creado. Las batallas y contratiempos duraron dos años. Cada derrota daba a Guayaquil nuevas fuerzas. Y al fin los patriotas de Guayaquil, en unión de las tropas colombianas, guiadas por el genio guerrero de Sucre, alcanzaron en las cumbres del Pichincha la libertad que Quito había perdido en 1814.

Pero quedaba intacto el problema inevitable: el de aglutinar las fuerzas contrapuestas que la geografía dividía. El destino de Guayaquil conmovía el alma de Bolívar. Su genio presentía la disgregación y el caos. Sabía que la formación de grandes unidades era la única forma de prevenir la atomización peligrosa de un mundo recién nacido para la libertad. Y le era necesario evitar que una tendencia divisionista rompiera la gran unidad que soñaba: la de los países aglutinados por su genio en la integralidad profunda de Colombia la Grande.

San Martín, por otra parte, requería el puerto -el mejor estuario del Pacífico- para la unidad sureña que ambicionaba forjar. Desde el primer momento de la emancipación, había instruido al coronel Guido en el propósito de anexar Guayaquil al Perú, mientras Sucre recibía de Bolívar instrucciones de anexar Guayaquil y las comarcas andinas que libertara, a la Gran Colombia.

Tan pronto como se disiparon los humos de los cañones de Pichincha, justamente un mes y un día después de la batalla, el 25 de junio de 1822, se promulgó la Ley de División Territorial de la Gran Colombia que, sin consultar la voluntad guayaquileña, incorporaba Guayaquil a la Gran Colombia.

La ley aludida tiene una gran importancia para la historia ecuatoriana. Fue allí donde, por primera vez, se mencionó el nombre Ecuador

como el de un departamento gran-colombiano. El artículo 11 establece:

> El Departamento de Ecuador comprende las provincias: 1o. de Pichincha, su capital Quito; 2o. de Imbabura, su capital Ibarra; 3o. Chimborazo, su capital Riobamba. Los cantones de la provincia de Pichincha y sus cabeceras son: 1o. Quito, 2o. Machachi, 3o. Latacunga, 4o. Quijos y 5o. Esmeraldas. Los cantones de la provincia de Imbabura son: 1o. Ibarra, 2o. Otavalo, 3o. Cotacachi y 4o. Cayambe. Los cantones de la provincia de Chimborazo y sus cabeceras son 1o. Riobamba, 2o. Ambato, 3o. Guano, 4o. Guaranda, 5o. Alausí y 6o. Macas.

El artículo 12 establece:

> El Departamento de Azuay comprende las provincias: 1o. de Cuenca, su capital Cuenca; 2o. de Loja, su capital Loja; 3o. Jaén de Bracamoros y Mainas, su capital Jaén. Los cantones de la provincia de Cuenca y sus cabeceras son: 1o. Cuenca, 2o. Cañar, 3o. Gualaceo y 4o. Girón. Los cantones de Loja y sus cabeceras son: 1o. Loja, 2o. Zaruma, 3o. Cariamanga y 4o. Catacocha. Los cantones de Jaén y Mainas y sus cabeceras son: 1o. Jaén, 2o. Borja y 3o. Jeveros.

El artículo 13 dice:

> El Departamento de Guayaquil comprende las provincias: 1o. Guayaquil, su capital Guayaquil; 2o. Manabí, su capital Portoviejo. Los cantones de la provincia de Guayaquil y sus cabeceras son: 1o. Guayaquil, 2o. Daule, 3o. Babahoyo, 4o. Baba, 5o. Punta de Santa Elena y 6o. Machala. Los cantones de la provincia de Manabí y sus cabeceras son: 1o. Portoviejo, 2o. Jipijapa y 3o. Montecristi.

Todo el territorio de la antigua Presidencia de Quito quedaba así incorporado a la Gran Colombia, de hecho, sin la aprobación de Guayaquil, en donde se mantenían los tres partidos territoriales. Y nació como una denominación simplemente provincial, el nombre que luego se daría a la República en 1830: Ecuador, nombre postizo y sin significación, propicio a las equivocaciones y las tergiversaciones.

Bolívar se apresuró a escribir a la Junta de Gobierno de Guayaquil:

> V.E. debe saber que Guayaquil es complemento del territorio de Colombia, que una provincia no tiene derecho a separarse de la asociación a que pertenece y que sería faltar a las leyes de la naturaleza y de la política permitir que un pueblo intermedio viniera a hacer un campo de batalla entre dos fuertes estados.

San Martín, por su parte, al conocer la carta de Bolívar convocó en Lima el Consejo de Estado para consultarle si debía declarar la guerra al Libertador, lo que contó con opiniones favorables, excepto las del ministro Monteagudo y del general Alvarado. Pero se desistió de la guerra y San Martín escribió a Bolívar:

> Dejemos que Guayaquil consulte su destino y medite en sus intereses para agregarse libremente a la sección que le convenga, porque tampoco puede quedar aislado con el perjuicio de ambos.

Bolívar respondió:

> Yo no creo como usted que el voto de una provincia deba ser consultado para constituir la soberanía nacional, porque no son las partes, sino el pueblo el que delibera en las Asambleas Generales reunidas libre y legalmente.

San Martín envió a Guayaquil al general Lamar con media escuadra, con propósitos aparentemente pacíficos. Bolívar fue personalmente. El 2 de julio desembarcó en Guayaquil. Casi de inmediato se presentó al Cabildo una petición popular solicitando la anexión a la Gran Colombia, que el Cabildo rechazó. Los ciudadanos del partido grancolombiano, que era el de las masas populares, al verse rechazados, se dirigieron al Libertador, quien, sin otra formalidad, ordenó que se levantara en el muelle el tricolor de Colombia.

Cuando el General San Martín llegó, todo estaba resuelto.

EL ORTO DEL CAUDILLO

El despertar del trópico trajo la acción patética y violenta de un grupo humano antes sin significación: el mulato. Para el Ecuador, más que

el "siglo del mestizo", comienza la etapa del mulato. Es él quien, desde entonces, pone su pasión y su fuerza, su audacia y su soberbia, su arraigado sentido de independencia y su bárbara voluntad dominadora en el perenne drama de la vida ecuatoriana.

Sólo en Venezuela había, en el siglo XVIII, 406.000 "hombres de color". Bolívar los puso en marcha. Libertó al esclavo. En la campaña sobre Guayaquil, incorporó al ejército 5.000 esclavos. Colocó charreteras y galones sobre los anchos hombros del negro. Le hizo sentir su humanidad despierta y alerta. Y el mulato puso en el combate su ferocidad heroica.

Negros con galones, mulatos con espada, pardos con insignias de mando, pasearon desde el Araure hasta el Potosí tras la huella gloriosa de Bolívar. Y fue Guayaquil, principalmente, el puerto de refugio y el lugar de decantación de la aventura emancipadora del Perú.

El Perú rechazaba a los díscolos elementos mulatos del ejército libertador, había que seleccionar las tropas. Esa decantación del torrente humano se hizo en Guayaquil. Mas a Quito acudieron también elementos negros y mulatos. Se lucieron en el Altiplano con sus risas anchas y sus grandes sonrisas blancas, brillando de orgullo dentro de los uniformes. Algunos de ellos se quedaron como soporte de la nueva república surgida de la descomposición grancolombiana: Otamendi, Ayarza, los batallones mulatos y negros, sembraron la discordia en la república naciente.

La reacción de la sociedad colonial, fundada en prejuicios de color y en la separación de "blancos" y oscuros; basada en el respeto casi místico del mestizo por la nobleza feudal y en la inercia del indio, no podía avenirse a la brutalidad insolente y al mando orgulloso de mulatos que ostentaban, en vez de títulos y pergaminos, heridas ganadas en todas las gloriosas batallas de la emancipación.

> Repugnábales sobre todo ver tantos negros con charreteras (escribe el historiador Cevallos. Y más adelante, pinta este cuadro sombrío): No hablaremos de las flagelaciones dadas a los tenientes parroquiales, a quienes obligaban a otorgar recibo del número de látigos, de las groserias e insolencias en los alojamientos, de las orgías

> escandalosas en que los músicos, cuando menos, salían rotos de la cabeza; de las mujeres forzadas...

Oscar Efrén Reyes, en su *Historia de la Rep*ública, escribe:

> El desencanto de nuestros próceres civiles no tuvo límites y hasta las muchedumbres no pudieron ocultar bien su repugnancia hacia la terrible soldadesca *zamba y negra* que, si bien al servicio de unos hombres magníficos -los hombres de la libertad- no dejaban de ser gente brutal y mercenaria...

Las castas feudales de la sociedad reaccionaron. No habían querido los marqueses del año 10 hacer una revolución para que los mandasen negros. El carácter, ahora sí auténticamente popular, de la revolución, les causaba una repugnancia violenta. El mestizo mismo, adulador de las clases altas casi siempre, se unía a sus murmuraciones. Y el indio, para quien daba lo mismo el Rey que el Libertador pues bajo uno y otro recibía látigo, formaba complot a veces para atacar el nuevo régimen. Indio era Agualongo, el jefe de la insurrección realista de Pasto.

Carlos A. Villanueva, en el *Imperio de los Andes*, da noticia de lo que ocurría en la sociedad venezolana:

> ...la nobleza caraqueña pensó en un Gobierno monárquico, aspirando a un estado de cosas más estables a fin de afianzar la independencia conquistada y salvar la poca riqueza pública y privada que quedaba; aspiraba al equilibrio social socavado profundamente en sus cimientos por la revolución, porque, dueña de las tierras, no se avenía a ponerse al igual de sus esclavos de ayer, elevados ahora a entidades militares y próximos a serlo igualmente sociales al subir a la dirección del Estado.

Además del problema de castas, de la tremenda reacción que provocaba en la sociedad "blanca" colonial y sus mestizos fieles, el despertar mulato creaba un problema económico: el abandono de los campos y la deficiencia de la producción.

El desequilibrio económico, en los litorales y en las tierras esclavistas, fue acentuado por la inmediata acción de Inglaterra y Estados Unidos, que repletaron de mercaderías la colonia antes cerrada a sus

productos. La ayuda inglesa a la guerra de la Independencia fue, sobre todo, una especulación sobre la posibilidad de venta de sus artículos manufacturados en un vasto mercado que antes España le tenía enteramente ocluido.

En un interesantísimo informe que fue hallado en los archivos del Ministerio de la Marina de Francia, el capitán Luneau, quien estaba en la costa venezolana en 1824, dice:

> Inglaterra ejerce, por medio de sus agentes, una influencia completa en el espíritu del Gobierno; pero la gente comienza ya a fatigarse, pues el orgullo castellano, que los criollos poseen en grado sumo, no puede plegarse a la altivez de los ingleses... Sólo, el gobierno, por necesitar dinero, los acata.

Y en otra parte del informe el capitán Luneau pinta así el estado económico:

> Todos los recursos del país se agotan cada día más; los tesoros públicos son dilapidados por los jefes y, si a esto se une la mala administración que rige, es imposible atender los gastos no obstante los empréstitos cubiertos por Inglaterra; el comercio es casi nulo; los almacenes están repletos de mercaderías inglesas y americanas que no encuentran salida!...Las producciones de la tierra disminuyen de una manera alarmante a causa de la falta de brazos. Los negros que se habían mantenido hasta ahora fieles a sus amos en cumplimiento de una antigua costumbre, ahora los abandonan dejando las tierras incultas. Los mismos frutos que pueden cosecharse han perdido la mitad de su valor por causa de la baja sufrida en todos los mercados de Europa. El numerario ha desaparecido completamente de la circulación causando la necesaria tirantez en las transacciones. Este estado de cosas ha conducido al país entero a una extrema miseria.

En la serranía ecuatoriana el contragolpe de la oleada mulata no tuvo otra significación que la simplemente política. Reyes dice:

> En la Presidencia de Quito se acataban, como naturales, las divisiones y especificaciones de la sociedad, hasta unos doce años más tarde que en Venezuela: y en la mente popular no se concibiera

> jamás, ni como en sueños, que el esclavo, exaltado únicamente por hazañas de valor o de ferocidad, llegase a predominar sobre las clases tradicionalmente definidas.

Económicamente no tuvo importancia la acción mulata. En cambio, la libertad de comercio, que había sido secuela de la emancipación, golpeó duramente la sociedad feudal basada en la explotación del indio en los obrajes. El coronel Montúfar, en 1826, representó en nombre del Cabildo por la ruina de los telares quiteños y recibió del gobierno de Bogotá, frente a sus exigencias de reformas legales, una dura lección, pues le indicaba que con medidas legales no se cambiaría la situación si los quiteños no modificaban sus maquinarias y modernizaban sus telares para poder competir con la mercadería que entra por el cabo de Hornos.

En Guayaquil la situación era distinta. La ruptura de las trabas coloniales significaba para el trópico la posibilidad de colocar su cacao en mercados exteriores. La diferencia entre la economía de consumo doméstico -agrícolamente cerealista e industrialmente textil de la meseta-y la agricultura exportable de la región litoral, comenzó a marcarse desde el momento mismo de la emancipación. A la serranía le era inconveniente un comercio exterior: producía competencia con su industria textil semidoméstica. A la región litoral le convenía el comercio exterior, pues podía surtirse más barato de los productos elaborados. y vender su producción exportable de cacao, sal, maderas y otros artículos.

Sin embargo, Guayaquil reaccionó también contra la brutalidad de las milicias pardas. El régimen de opresión, de escándalo, de violentas depredaciones a que sometían la ciudad los militares venezolanos y colombianos, causó cansancio. Y en ese ambiente prendió la semilla de las intrigas separatistas que echaba desde el Perú el general Lamar por medio de sus parientes los Elizalde.

En América nacía el caos...

Bolívar lo presentía. San Martín, que temblaba frente al peligro de una América hirviente de pasiones y sin ruta en su destino, también lo veía llegar. Los dos capitanes se encontraron al fin, en Guayaquil en 1822.

Es probable que San Martín frente al temor del caos naciente, quisiera la monarquía. Bolívar no sentía miedo del caos. San Martín era un gran guerrero y un gran estadista. Bolívar era un genio. San Martín veía el presente angustioso y el mañana agitado. Bolívar, como el superhombre de Nietzsche, no era hombre del mañana, sino del pasado mañana.

Los capitanes no pudieron entenderse.

Y el caos vino.

Vino en la forma de las tremendas ambiciones. Ya desde los días de Carabobo asomaban las disputas futuras de Páez y Santander. El caudillismo con su desgarradura profunda. Santander había insinuado alguna vez a Bolívar la necesidad monárquica. Villanueva, merece transcribirse estas palabras suyas: "Bolívar no ha querido coronarse: el día que lo intente sostendré con mi espada la corona sobre sus sienes". Luego, cuando muchos de sus capitanes, frente al temor de la anarquía, veían la posibilidad de una monarquía imperial, Santander se transformó en el "hombre de las leyes".

Advino la "Cosiata". Las intrigas. Bolívar protestó siempre, desde la sublevación de Valencia, contra las seducciones monárquicas. Le escribe a Páez:

> Este plan me ofende más que todas las injurias de mis enemigos, pues me supone de una ambición vulgar y de una alma infame, capaz de igualarse a la de Iturbide y esos otros miserables usurpadores. Según esos señores no se puede ser grande sino a la manera de Alejandro, César y Napoleón. Yo quiero superarlos a todos en desprendimiento, ya que no puedo igualarlos en hazañas. Yo seré Libertador o muerto.

Sucre ratificó:

> En cuanto a usted, opino con usted y con su fama, que usted debe morir antes que perder su título de Libertador, el más grande y glorioso.

Sin embargo, frente al caos, vaciló su alma de Libertador. En su conversación con el cónsul inglés en Lima, Mr. Ricketts, en 1825, expresó

> que no hay mucho que esperar de un pueblo que desgraciadamente debe considerarse como muy poco superior a un país de esclavos: que no debe dársele más poder del que pueda ejercer; que debe ponerse un buen freno a las personas que gobiernan; que en vista de esta situación, debe establecerse un gobierno mixto con una autoridad dividida entre el Ejecutivo, la nobleza y la democracia del país.

En otra parte del informe de Mr. Ricketts, dice:

> En Sur América, aseguró (Bolívar)...los habitantes acaban de salir de la esclavitud y sería absurdo suponer que esclavos recién libertados puedan ofrecer elementos de juicio, orden y honradez. Estas circunstancias obligarían, según Bolívar, a irles dando poder con mucha lentitud, pues, de hacerse de súbito, abusarían irremediablemente de él.

Declaró al cónsul inglés que

> el no sostendría la forma republicana como superior a otro sistema, pues tenía el convencimiento de que, dado lo imperfecto de los elementos de estos países, su implantación sólo conduciría al despotismo y la tiranía.

Los gérmenes de la Constitución bolivariana estaban ya en su mente. Tenía que organizar el caos. Tenía que ejercer un poder y una aptitud de Dios: soplar su espíritu sobre las sombras revueltas y forjar un mundo. No perdería su título glorioso:

> El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano; por tanto, es imposible degradarlo,

como escribía a Páez en 1826. Pero no podría dejar que las fuerzas que él había desatado acabaran con su obra. Era Próspero -el mago de *La Tempestad*- conjurando las fuerzas oscuras para hacerlas luminosas y puras, obedientes al espíritu animador.

El 25 de mayo de 1826 Bolívar envió, con un mensaje el proyecto de Constitución a los legisladores de Bolivia. Había encontrado, al fin, la fórmula anhelada, la solución que creía perfecta, amalgamando los

elementos del Consulado vitalicio napoleónico con los elementos de una monarquía de tipo inglés, bajo una forma aparentemente republicana. Frente al caudillismo desencadenado, el poder organizado. Frente a la ambición de mando de los nuevos aspirantes que amenazaban a destruir su gran unidad, la fórmula de un Ejecutivo fuerte y estable que pudiera unir los elementos que se le iban de las manos.

Ya lo había manifestado al cónsul Ricketts cuando en su conversación -en los momentos en que estaba elaborando el proyecto del Código bolivariano- le expresó:

> ...aunque Caracas aparece con más títulos por su influencia y población, superior esta última a la de Bogotá, no debe olvidarse que la mayoría de su provincia la forma gente de color, celosa y enemiga de la clase blanca, circunstancia que obliga, en bien de la tranquilidad general, a disminuir su influencia en vez de aumentarla.

Temía el despertar del mulato, porque sabía que allí iba a encontrar su asidero el caudillismo militar. Sabía que en las milicias pardas estaba el germen de la disolución futura. Y quería imponer una fuerte mano de hierro sobre los elementos dispersantes que conspiraban contra la unidad soñada.

Ni monarquía con una corona que hubiera opacado sus laureles de conquistador, ni república con libertad para el libertinaje; su Código era, para él, la solución clarividente que evitaría la aparición amenazadora del caudillo, al amago de la anarquía, la desgarradura de la unidad.

La reacción vino. Vino de los intelectuales, que no miraban en su profundidad la necesidad de una transición hacia el mundo de la libertad por la ordenación. Vino de los caudillos, que querían feudos propios para su ambición. Vino de los téoricos de la libertad. Inclusive Lafayette escribió a Bolívar:

> A tan grande distancia no me corresponde juzgar los obstáculos que V.E. para la tranquila y completa ejecución de las formas legales y populares... Se ha podido temer, lo confieso, que movido V.E. por un sentimiento que no me es desconocido, de impaciencia contra la

> anarquía y el popularismo hipócrita y la incapacidad cívica, haya atendido V.E. a la necesidad de reforzar el Ejecutivo en las instituciones permanentes y le diré con franqueza, mi querido general, que yo mismo, admirador y amigo de V.E. he creído ver en la Constitución boliviana las tendencias a esta disposición. Desde luego es imposible que V.E. no se haya visto rodeado, como Napoleón, de hombres adictos, adoradores de su gloria y persona, ambiciosos algunos, deseando de buena fe para V.E., para el país mismo, y pidiéndole imprudentemente, lo que les parecía una especie de elevación, mientras que la elevación de su alma, la superioridad de su espíritu, advierte a V.E. que es grande sobre todo por su incomparable empeño en la igualdad cívica.

Tal era el conflicto planteado: el amor irrestricto de Bolívar por su obra de libertador y la necesidad del estadista de evitar ell caos que se avecinaba. Y creyó que un gobierno fuerte y vitalicio podría ser el justo término entre las aspiraciones monárquicas de las *élites* descontentas, la libertad democrática que otros reclamaban y el peligro de la anarquía, que era la secuela de la descomposición militarista.

Pero las fuerzas del caos eran más potentes que el espíritu.

Y el caos venció.

La sublevación de Valencia marca el orto del caudillo.

La tendencia federalista era sólo la capa que ocupaba el interés de los jefes, elevados a caudillos, de desmembrar la gran unidad colombiana que Bolívar veía con pasión de místico.

Después de Valencia, frente a los esfuerzos de los separatistas que se encubrían bajo diversos disfraces, Bolívar no tuvo más respuesta que el Código bolivariano, la Constitución de hierro impuesta por la fuerza.

El 28 de agosto de 1826 se proclamó en Guayaquil -mejor dicho, lo proclamaron las fuerzas militares- la dictadura de Bolívar. El 6 de septiembre hizo lo mismo la guarnición quiteña. En su camino de Lima a Bogotá, Bolívar asumió el poder dictatorial.

La respuesta del caudillismo fue un conjunto de movimientos armados que conmovieron la América bolivariana de uno a otro confín; en el mismo año de 1827 en que el Congreso de Tunja daba a Bolívar la confirmación de su poder dictatorial, se sublevó la guarnición de Chuquisaca. Bolivia para la que fue creada el Código típico, la Constitución que Bolívar miraba como modelo: "obra de los siglos, porque yo he reunido en ella todas las lecciones de la experiencia y los consejos y opiniones de los sabios", Bolivia rechazaba la obra bolivariana y Sucre salía con un brazo roto y una inmensa desilusión.

Un poco antes -el 18 de enero de 1827- se produjo la insurrección de Bustamante, alentada por los separatistas del Perú. El general Elizalde llegó a Manabí e invadió Guayaquil para imponer las consignas divisorias inspiradas por el general Lamar.

El 26 de enero del mismo año se había producido el motín del general Ayarza en Quito.

Era la conspiración de todas las fuerzas.

Bolívar se vio obligado a convocar la Convención de Ocaña. Pero las facciones llamadas liberales -que encabezaba en Colombia Santander- rechazaron la dictadura. Era el alborear de la democracia presentida contra la fuerza dictatorialista. Mas, debajo del ideal, latían las ansias personales, el resentimiento, el odio enconado. Y fermentaba el caudillismo.

Puesto en el campo de la lucha, Bolívar no retrocedió. Se reunió una Junta Popular - ¡comienzos del trapisondismo político!- que tuteló el general Herrán, Intendente de Cundinamarca. La junta resolvió:

> Encargar al Presidente Libertador el mando supremo de la República con plenitud de facultades, para que la organice del modo que crea más conveniente y cure los males que interiormente le aquejan, debiendo ejercer la autoridad hasta que estime conveniente convocar a la nación en representación.

Era el dictatorialismo descarado. La locura del poder. La imposición militar logró vencer la brillante palabra de los doctores.

Pero el pueblo no se resignó. El 12 de septiembre se sublevó Córdova, el héroe sin miedo. El 25 de septiembre se produjo la conjura contra la vida del Libertador, a quien salvó Manuelita Sáenz. La era de las discordias estaba abierta.

Dos años más tarde se produjo el derrumbamiento definitivo. El hombre y su obra se sumieron en el caos. No deja de ser conmovedor que en el mismo año en que Bolívar se hunde en la muerte y resucita en la gloria, se desgarra también la Gran Colombia y el fiel Sucre es asesinado en las selvas de Berruecos.

En 1830 triunfan los doctores en el Congreso admirable. Pero triunfa también el caudillo: Venezuela y Ecuador se desvinculan de la unidad gran-colombiana.

En vano Sucre, con su gran visión de estadista y su gran corazón de patriota, quiso evitarlo cuando, enviado a Venezuela para impedir la sesión propuso su fórmula que hubiera retardado el caudillismo: al ser propuesto el tratado que, sin atentar contra la autonomía de Venezuela, mantuviese la unidad gran-colombiana, mocionó Sucre que la prohibición de ejercer el Ejecutivo

> se extendiese también a cuantos Generales en jefe tenía la República y a los de cualquier otra graduación que hubiesen sido presidentes, vicepresidentes, ministros, consejeros de Estado y Jefes Superiores, tanto para el gobierno de la unión como para federados.

La proposición del más grande estratega del movimiento emancipador fue rechazada.

Las fuerzas militares, puestas en marcha, no podían detenerse. Era el momento del caudillo.

Páez se quedó con Venezuela. Y Ecuador -nombre vago dado ya a toda la antigua presidencia de Quito- se separó también con un caudillo, el general Juan José Flores, en mayo de 1830.

El creador y su mundo, Bolívar y Colombia, en unicidad dramática, murieron en el mismo año.

DEL CAOS A LA UNIDAD

A LA SOMBRA DE LAS ESPADAS

La República naciente era una nebulosa. Le faltaba el núcleo condensador, la fuerza interna de atracción hacia el centro. Los elementos de dispersión y la aspiración a la unidad, están presentes. Y en la lucha entre esos elementos de separación y de integración, está la clave profunda de su drama.

Esos elementos estaban presentes en el momento original en que un soldado de fortuna cortó con su espada el territorio de la antigua Presidencia de Quito -ya disminuidos, pues sus límites fueron en la Colonia hasta Pasto, Buga, Popayán, Buenaventura y Cali- y se lo adjudicó como propio al amparo de una Constitución ad hoc que le permitía ser Presidente por estar casado con una noble dama quiteña.

Juan José Flores era venezolano. Oscuro por su cuna, lo levantó el prestigio militar adquirido junto a Bolívar. Tenía talento y habilidad para la política. Se dice que aprendió a leer siendo ya Presidente del Ecuador y después de poco hasta versificaba en sus ratos de ocio.

Ya Bolívar había adivinado las intenciones de Flores cuando, en carta a Obando y López, decía:

> ¿Pretenden ustedes que Páez, Mantilla, Urdaneta, Flores y otros Generales han de permanecer contentos con las prefecturas y comandancias de Ejércitos? ¿Creen ustedes que esos corifeos del

> Ejército no intenten dividir a Colombia y distribuirse la presa aun antes de la muerte de Alejandro y disputársela después encarnizadamente envolviendo a la Patria en perpetua discordia y entregándola a la anarquía?

La profecía se cumplió. Flores, antes de la muerte de Bolívar, rompió la unidad colombiana y separó para sí la República a la que dio el nombre de Ecuador en vez de dejarle su tradición de Reino, Gobernación y Audiencia de Quito, que tuvo sucesivamente. Páez tomó para sí Venezuela, Urdaneta conspiró contra Flores. Eran las semillas del caudillismo que fructificaban.

El Ecuador, recién nacido, no tenía los elementos para formar una estable unidad. La geografía comenzó a actuar como un factor dispersante. La colonialidad no sintió fuertemente el contragolpe de la divisoria puesto que el litoral no tuvo casi función económica. En la República, dentro de la libertad de comercio, inició la región litoral su desarrollo económico diverso del de la meseta: aquélla era de tipo comercial, con agricultura de exportación; ésta, de consumo doméstico y de tipo feudalista.

La República no tocó las bases de la estructura económica. Dejó intacto el latifundio. Es más, lo agravó; pues tierras del Rey o de la Junta de Temporalidades fueron apropiadas, como ocurrió en Loja. La aristocracia mantuvo todo su poder económico. El indio quedó esclavizado igual que en la Colonia. Reyes cita una conmovedora petición del fraile Clavijo, quien hacía cargos "a los republicanos y los libertadores" por la poca atención para la suerte dramática del indio. Y Flores, según cuenta Moncayo, llamaba a los republicanos nacionales, "los demagogos del P. Clavijo".

Tampoco el esclavo mejoró de condición. Su libertad no se hizo sino años más tarde. Refiriéndose al Ecuador, dice Rodó en su estudio acerca de Montalvo:

> La libertad plebeya no tuvo allí la encarnación heroica y genial que tomó esculturales lineamientos en el gaucho del Plata, en el llanero de otras partes de Colombia. Muchos años después de la revolu-

> ción, aún solía suceder que el indio gañán de las haciendas, ignorante de la existencia de la Patria, pensaba que la mita a que continuaba sujeto se imponía en nombre del Rey. La revolución que no se hizo por el indio, aún menos se hizo para él. Poquísimo modificó su suerte.

No hubo una revolución, un cambio definitivo de estructura social, una alteración transfiguradora de los contenidos económicos, un desplazamiento de las fuerzas sociales. Hubo sólo un cambio de estructura política. Cambio externo, de fórmula, que no tocaba la esencia misma de la vida ecuatoriana.

Subsistió el latifundio. Con su frase magnífica pinta Rodó:

> Aquella montaña, maravilla de la Naturaleza; aquel llano al que no encuentra fin el galope de un caballo; aquel valle que daría pan para un imperio, son, a menudo, propiedad de un solo hombre, pingüe patrimonio feudal donde las encorvadas espaldas del indígena representan las del villano que satisface sus prestaciones al señor.

No es sólo que Flores hizo alianza de sangre con las nobles familias criollas de marqueses latifundistas; es que él mismo, al amparo de la fuerza y del poder político, creó nuevos y extensos latifundios.

Subsistió el sentido feudal de la existencia: la sociedad dividida en clases infranqueables y marcada por el color de la piel. No incorporó al mestizo a la vida política, ni levantó al indio de su esclavitud ilegal, ni manumitió al esclavo.

Subsistió al fanatismo religioso. Las huestes libertadoras traían un sentido irreligioso y casi jacobino. Los "pardos" de los ejércitos libertadores eran incrédulos o indiferentes. El mismo Flores inició su gobernación, antes de separar la República, burlándose de la nobleza criolla y de la religiosidad fanática en el *Notiosito,* según lo relata don Pedro Moncayo. Pero el político de instinto que había en el "Fundador" se dio cuenta de que la religiosidad era la base política de su estabilidad gobernante, e hizo introducir en la Constitución el principio funesto de la exclusividad religiosa al declarar la religión católica como religión del Estado.

Todas las bases coloniales quedaron intactas. Inclusive se consagró el sentido latifundista del gobierno al establecer, en la Constitución de 1830, la singular cláusula de que para ser Presidente había que poseer bienes raíces por treinta mil pesos.

Sobre ese fundamento colonial, se trató de crear una estructura política democrática. Ensayar el republicanismo importado de Francia. Jugar al parlamentarismo y a las elecciones populares. Paradoja que explica la tremenda lucha de la política futura.

Las elecciones no se hicieron ciertamente, sobre la base democrática de la representación a base de población, sino sobre el artificio de la representación territorial. Y en la primera Constituyente de Riobamba había la representación de extranjeros con charreteras al lado de los próceres del civilismo.

Todo este aparato al parecer democrático tenía un sustentáculo evidente: las lanzas extranjeras, las milicias pardas de la descomposición del ejército libertador. Y tenía un propósito: la burocratización ambiciosa para contentar a los criollos y mestizos.

El ejército llegó a contar con 2.000 plazas. En uno de los *Manifiestos a la Nación* de Rocafuerte, consta que:

> en el Ecuador hay tres Comandantes Generales. La Comandancia General de Cuenca es patrimonio de un General venezolano; la del Guayas de un General irlandés; la de Pichincha, de un General inglés. El inspector General del Ejército es francés....En la República hay quince generales: 12 extranjeros y 3 del país (éstos últimos fuera de servicio).. El primer batallón está mandado por un venezolano. El primer regimiento de caballería está mandado por un español; el segundo, por un venezolano...

Para mantener esta ingente oleada militar, en un país pauperizado por la competencia del comercio exterior y por los trastornos internos, había en 1831, un presupuesto de 387.937 pesos, de los cuales 200.000 eran para el ejército. El Presidente disfrutaba un sueldo de 12.000 pesos anuales, suma enorme si se tiene en cuenta que una vaca costaba cuatro

pesos y el mejor par de zapatos no llegaba a valer dos pesos. Los Ministros, tenían 1.200, excepto el de Relaciones Exteriores e Interior, que ganaba 3.000. Lo demás, íntegramente, se destinaba al mantenimiento burocrático.

El desastre financiero era tremendo. Había una inmensa circulación de moneda falsa que no podía ser retirada, porque era el único medio circulante. Cuando Rocafuerte, Gobernador del Guayas, vio que el retiro de la moneda falsa iba a producir la escasez absoluta de circulante, prohibió, que se recogiera para evitar el peligro de una falta completa. La moneda falsa era, por lo tanto, admitida en pago por las oficinas del Estado.

El contrabando de mercaderías se realizaba en gran escala. Se especulaba con los sueldos de los empleados públicos.

> Se negociaba en grande con la compraventa de vales y otros créditos del Estado (dice Pío Jaramillo Alvarado en sus *Estudios históricos*). La insolvencia del Estado consentía en esta negociación en la que tenían parte los más altos funcionarios públicos, inculpados también de participación en la acuñación de moneda falsa.

Sobre ese mísero fundamento de una democracia falsa se erguía la única realidad: el caudillo, elevado sobre el pavés por una turba militar extranjera de negros y de pardos, sostenido por el mestizaje dócil, aliado ya con el fraile y el latifundista.

Toda protesta tenía la respuesta inevitable: el bote de la lanza. Allí estaba, para eso. Otamendi, la fiera galoneada, el negro feroz y brutal que, en Riobamba, por una descortesía recibida, alanceó a toda una reunión de hombres y mujeres distinguidos.

Frente a los desmanes del militarismo arrogante y a la tutela dura del gendarme necesario, prendió en la juventud la chispa insurgente. En las Universidades comenzó -como había de ocurrir siempre en la historia ecuatoriana- a desarrollarse el espíritu nuevo que era, en parte, sentimiento de orgullo nacional herido, y en otra, aspiración teórica de una libertad anhelada.

Pedro Moncayo, quien vivió los días heroicos en que se estaba forjando el sentimiento nacional y el espíritu libre bajo el pretorianismo imperante, cuenta que los jóvenes que estudiaban derecho público aprendían las teorías de Royer Collard y comentaban la soberanía de la razón. Y fue esa juventud estudiosa y renovadora la que acudió a doctrinarse en la ermita laica de un singular filósofo inglés que había venido con recomendación de su maestro Jeremías Bentham para Bolívar y que, desilusionado por la dictadura bolivariana, abandonó su grado militar y vivía en una cabaña retirada en el suburbio quiteño.

Se llamaba el asceta laico Francisco Hall. Y allí acudían Pedro Moncayo, Murgueitio y otros jóvenes. Hablaban de la libertad. Estudiaban los filósofos políticos ingleses, especialmente el utilitario Bentham y las cartas de Junius. Hacían sueños y tejían esperanzas. Naturalmente, que de hecho tuvo que derivar esta corriente idealista de juventud a la necesidad de la acción. Frente al pretorianismo, había que enseñar la democracia. Frente a la alianza del militar, el fraile y el latifundista, había que difundir el espíritu de la libertad. Y así nació *El quiteño libre*, periódico del grupo.

Pronto la irritación del gendarme por la clara insurgencia de ideas, explotó. Pocos días después de haber declarado que había paz, pidió Flores facultades extraordinarias. La alianza de Flores con el clero era evidente. Los defensores de Flores en el Congreso, los que pidieron las facultades extraordinarias, fueron presbíteros: José Antonio Marcos, Peñafiel y Beltrán. Rocafuerte, que no había podido incorporarse al Congreso, tronó fulminante contra

> un Congreso corrompido, compuesto en su mayoría de clérigos aspirantes, de empleados serviles y de monopolistas interesados en la continuación del agiotaje y los estancos.

Y señaló que la petición de las facultades extraordinarias se debía a que

> los grandes malvados no se paran en medios, por inicuos que sean, para satisfacer su rencor, su ambición y su avaricia.

La concesión de las facultades extraordinarias por el Congreso se realizó el 14 de septiembre de 1833. El mismo día comenzó la persecución contra los miembros de *El quiteño libre*. Moncayo y don Manuel Ascázubi salieron desterrados. Y el gobierno consumó al máximo su refinada perfidia. Indujo a los desterrados, por medio del sargento Medina, a tramar una conspiración. Cayeron en la trampa. Al regresar a Quito, el delator contó todo a Flores. Y el 19 de octubre, mientras hipócritamente se marchaba Flores de Quito, los asesinos de uniforme daban a la libertad ecuatoriana su bautismo de sangre. Fueron asesinados el coronel Hall, Camilo Echanique, José Conde, Nicolás Albán. Hall fue colgado desnudo en un poste. El español Juan Rodríguez, quien comandaba a los sicarios galoneados, presentó un cínico parte que terminaba así:

> Al dar parte a US. de semejante acontecimiento, he mezclado la gloria de ver bien puesta la dignidad del Gobierno, con un escarmiento tan público, con el sentimiento de la sangre que se ha derramado...

Roberto Andrade ha escrito, con frase feliz, que la sangre de Hall fue a salpicar la cuna de Montalvo, anudando así la tradición liberal. Más quien recoge de inmediato el guante es Rocafuerte. Hombre culto, distinguido, rico, que había viajado por todo el mundo conocido, incluyendo la lejana Rusia; que dominaba el inglés y el francés como su lengua natal; que había sido diputado a las Cortes de Cádiz y diplomático en México dueño de una ilustración formidable y de un estilo cáustico, incisivo, despiadado en el ataque, el guayaquileño Vicente Rocafuerte recogió el guante y la lucha empezó.

Lucha armada: la revolución de los "chiguaguas", como se llamó, por alusión al mexicanismo de Rocafuerte. Lucha que se desenlazó desgraciadamente con un gran error humano que encubría, quizás, un frío e inevitable cálculo político: Rocafuerte, el hombre de la libertad, transigió con Flores. Se entendieron, llegaron a un acuerdo, mediante el cual Rocafuerte podría ser el sucesor de Flores. Y cuando este acuerdo, que burlaba todas las aspiraciones del civilismo nacional naciente, produjo la réplica de una insurrección anti-floreana en Quito, Rocafuerte el civilizador y Flores el gendarme necesario, aunados por la ambición, aceptaron la

guerra civil. Los campos de Miñarica, próximos a Ambato, en donde el niño Montalvo daba sus primeros pasos, se manchaban de sangre. Y Olmedo, el poeta de la libertad, el caudillo de la emancipación de octubre del año 20, el glorioso político de la independencia, prostituye su lira heroica, con la que había cantado la gloria de Bolívar en Junín, al ordenar, en imprecación magnífica, al Chimborazo:

> Rey de los Andes, la ardua frente inclina que pasa el vencedor.

El vencedor era Flores que acababa de exterminar a los ecuatorianos que luchaban contra el pretorianismo.

Si maquiavélicamente el fin justificaba los medios, habría que justificar a Rocafuerte. Su presidencia, aun cuando se ejerció bajo la tutela pretoriana de Flores, que se quedó con el poder militar, es un paréntesis civilizador.

Rocafuerte es un europeo transeúnte por un país que angustiosamente buscaba su destino. Anhelaba transformar las instituciones y renovar las costumbres. Con visión europea, quería hacer un país democrático valiéndose de la fuerza. Por eso el liberal Rocafuerte, sin contradicción esencial, es al mismo tiempo el civilizador y el déspota ilustrado que ordena como consigna a sus subalternos: "Señor Gobernador, palo y más palo". Es el político frío e inconmovible que ordena fusilamientos para mantener a raya la mulatería levantisca de los batallones. Que imprime un rumbo enérgico y duro. Tenía que disciplinar para civilizar y que fusilar para abrir el camino de la libertad futura. El despotismo ilustrado como medio de obtener la democracia es una rara paradoja. Y esta fue la paradoja política de Rocafuerte.

Quiere renovarlo todo. Pone en orden la hacienda pública corroída por el mal y desenfrenada por la anarquía. Trata de eliminar la influencia religiosa abriendo colegios laicos y aun lleva su audacia al punto de transformar un beaterio religioso para mujeres arrepentidas en un colegio para señoritas y pone al frente a un educacionista protestante, el señor Weelwright. Procura formar el profesorado laico creando escuelas normales bajo el sistema lancasteriano. Trata de fundar una escuela de pintura en Quito

para proseguir la magnífica tradición colonial. En pleno medioevalismo colonial, su gran voz de civilizador se eleva. "La Teología no es una ciencia, sino un fárrago de doctrinas extravagantes e incoherentes". Ataca el legalismo, que favorecía la formación de numerosos abogados: "Se va aumentando hasta lo infinito el número de abogados que son una verdadera plaga para un país tan poco civilizado como el nuestro". Quiere tecnificar la enseñanza universitaria. Formar ingenieros y geógrafos, constructores y astrónomos. Ciencia pura y ciencia aplicada.

Trata de aglutinar un país aislado de selvas y de hoyas: contrata para el efecto al ingeniero Virs. Quiere que acabe la milicia pretoriana y crea la Guardia Nacional, funda el Colegio Militar y la Escuela Náutica. Reforma las leyes: establece el jurado en las causas criminales, levanta la ley sobre capitales acensuados, nombra una comisión para codificar la legislación civil y los procedimientos. Atiende a todo y todo lo quiere transformar.

Pero la estructura feudal y latifundista de la sociedad colonial quedaba intacta. Quedaba el clero como fuerza, los latifundistas como gobernantes, los militares como soporte de la acción política, el mestizo sin decisión en su destino, el mulato alzado a jefe militar. Y sobre este fundamento no cabía una reforma.

Rocafuerte no era un caudillo militar. Era un civil y un civilizador. Tras él estaba Flores, el tutelar armado, y Rocafuerte era un profeta inerme.

Lo vencieron las fuerzas oscuras. Flores tomó nuevamente el poder para su dominación de quince años, excepto el breve paréntesis de Rocafuerte, que fue la aventura truncada de gobernar un país ingobernable.

LA MISA DE LAS LANZAS

Quince años duró la tutela providencial del Caudillo.

Quince años de sangre y lágrimas en que sólo se oyó en un pueblo pavorido el golpe de los cascos de las caballadas genízaras y el ruido

metálico de los sables. Quince años en que pasearon por un país desesperado las lanzas extranjeras, los bárbaros de uniforme, las fieras galoneadas cuyo ejemplar más representativo y arrogante era el general negro Juan Otamendi.

El 6 de Marzo de 1845 marca una etapa de la historia ecuatoriana. Tiene significados específicamente nacionales. Es, quizás, la fecha de la primera manifestación de vida auténticamente nacional. La alborada de la vida autónoma.

Las etapas políticas anteriores pueden marcarse cronológicamente. En la nebulosa prehistoria, el territorio actual del Ecuador fue una unidad, aunque políticamente no aglutinada de modo completo, con autonomía que lo hizo oponerse igualmente a la dominación incaica y a la española: el reino de Quito. Después de la breve dominación incaica, el sentido histórico y geográfico del país resucitó en el reino de Atahualpa. Destruido el Incanato, la fuerza de las cosas obligó al español a respetar las unidades políticas y creó la Gobernación independiente de Quito el 1o. de diciembre de 1540. Tras las guerras del Perú, las dramáticas luchas de los conquistadores, España volvió a reconocer la unidad territorial que había sido reino y luego gobernación, dándole la forma de Audiencia y Presidencia de Quito, mediante cédula real de 29 de agosto de 1563.

La República reconoció la unidad tradicional y, si bien con límites disminuidos, puesto que legítimamente la Audiencia iba hasta Buga, Pasto, Popayán, Buenaventura y Cali, el Ecuador nació dentro de sus antiguos límites tradicionales que incluían las vastas regiones amazónicas.

La República no fue ni la aspiración autonómica de los próceres ni el sueño unitario de Olmedo: fue un feudo de un soldado de fortuna -el general Flores- amparado por los sables mercenarios de militones extranjeros. El 6 de Marzo de 1845, con la derrota de Flores, comienza la verdadera existencia autónoma del Ecuador.

Pero no era posible pasar rápidamente del caos a la unidad. Los elementos de dispersión y de unificación, lo centrífugo y lo centrípeto, tienen que darse una dura batalla hasta que las fuerzas se neutralicen y se

haga posible la aglutinación difícil en un país en el que la geografía y la historia llevan semillas de caos.

Inicialmente, el 6 de Marzo fue un movimiento civil y civilista. Los hombres del movimiento anti-floreano que se inició en Guayaquil en esa fecha fueron comerciantes -la burguesía del puerto- o políticos de *élite:* Olmedo, el poeta arrepentido del canto a la victoria de Miñarica, Diego Noboa, Vicente Ramón Roca, Pablo Merino, José María Maldonado, Manuel A. de Luzárraga, Isidro Morán, Vicente Medina, Ildefonso Coronel, José María Caamaño, José Matheus, Juan Menéndez, José Manuel Estrada, José M. Molestina y otros.

Era, al par, un movimiento de *élites* ilustradas y de burguesía capitalista, que nacía en el puerto que había entrado ya en plena actividad de comercio exportador. Y no es inexplicable, por lo mismo, que fuera el puerto comercial el que, desde entonces, marcara las tendencias liberales que comenzaban a esbozarse.

La revolución del 6 de Marzo quería librar a la República de la oprobiosa Constitución que, sobre el modelo bolivariano, había impuesto Flores. Quería dar al país una estructura civil y constitucionalista. Declarada ilegal la acción de Flores por "haberse sobrepuesto el Gobierno a la voluntad nacional y violado la Constitución". Quería el entronizamiento de los principios democráticos de alternabilidad republicana, destruidos por Flores con su continuismo, y llamó a la Constitución floreana "la carta de esclavitud para el Ecuador, calculada únicamente para perpetrar el despotismo y la depredación". Quería implantar la libertad de imprenta, que "ha sido arrebatada con insolencia por leyes bárbaramente absurdas y neciamente atroces".

En los considerandos aparece nítida la doctrina constitucionalista y liberal, pues consigna inclusive el derecho a la insurrección (no. 16) al considerar

> la resistencia a la opresión un derecho emanado de la asociación, el más sagrado del hombre en sociedad. Nada hay más despreciado que un pueblo sin energía para defender sus derechos y correr los azares de la reconquista de su libertad, porque justifica el despo-

tismo, pierde su calidad de pueblo y se convierte en un ser degradado de la especie humana.

Rocafuerte dio al movimiento su adhesión, desde Lima. En el interior de la República se encendió también el entusiasmo de algunos sectores. Era el principio del gobierno autónomo y constitucional que el Ecuador anhelaba.

El 7 de marzo de 1845 se firmó un convenio entre las fuerzas revolucionarias que comandaba el general Elizalde y las floreanas que comandaba el general Wright. El 15 de marzo se adhirió al movimiento José María Urbina, antiguo floreano, entonces sólo coronel, y gobernador de la provincia de Manabí. El 10 de junio se adhirió el coronel Ríos con la guarnición de Cuenca. El movimiento adquiría de este modo carácter nacional.

Flores bajó del Altiplano. Le seguía su perro fiel: el negro Otamendi y sus mulatos extranjeros. El combate se dio en esta vez, en pleno trópico: en *La Elvira*, hacienda adquirida por Flores durante su administración presidencial. Fue una lucha dura. A veces adversa a los revolucionarios nacionalistas, como el 3 de mayo, en que el feroz Otamendi puso en las avanzadas a los heridos y prisioneros para hacer nulo el ataque enemigo. Mas pagó con su vida la hazaña. El militarismo extranjero fue destruido. Flores capituló, en condiciones demasiado honrosas, que le reconocían títulos, honores, renta, garantía para sus propiedades, pago de sus deudas, indemnización de 20.000 pesos, que cubrió de inmediato el revolucionario don Manuel de Luzárraga, y extrañamiento del país por dos años.

La aventura del civilismo no pudo ser duradera. Comenzaron las disensiones. El comerciante Roca maniobró oscuramente hasta vencer al brillante Olmedo y su gobierno fue inicuo, dubitante, incapaz de dar a la revolución su forma jurídica ni de realizar las aspiraciones populares y los contenidos ideológicos de marzo.

Dos fuerzas conspiraban contra la ordenación nacional: el militarismo y el clericalismo. La Constituyente que siguió a la revolución agitó el problema religioso y venció el clericalismo frente a las nacientes aspira-

ciones de un liberalismo tímido. Comenzaron a esbozarse los partidos liberal y conservador en torno de menudos problemas de religiosidad externa.

Al terminar el período presidencial, la elección quedó entre dos candidatos: el general Antonio Elizalde y Lamar y el señor Diego Noboa.

> El señor Noboa era devoto (dice Moncayo en su obra *El Ecuador de 1825 a 1875*) y el General Elizalde un espíritu libre e independiente, consagrado a la carrera militar desde sus primeros años, y mezclado entre los Jefes y Oficiales de Colombia, había contraído esos hábitos liberales de los miembros que pertenecían a la gran logia de los libertadores de la América Española.

La diferenciación política por distingos religiosos externos comenzó a hacerse. Nótese que Moncayo no dice que Elizalde fuera anti-religioso, anti-clerical o descreído, sino simplemente que era "un espíritu libre e independiente". La conciencia política no estaba aún desarrollada ni los partidos alcanzaban a estructurarse. Y aun ese distingo entre conservadores "devotos" como Noboa y liberales "independientes" como Elizalde era débilmente diferenciado. Pero lo acentúan tanto los historiadores "liberales" como don Pedro Moncayo, como los "conservadores". El doctor Julio Tobar Donoso, en sus *Monografías históricas,* dice:

> Al Congreso de 1849 correspondía elegir Presidente de la República. Dos partidos trabajan por el triunfo de sus respectivos candidatos: el roquista que quería la exaltación del general don Antonio Elizalde y Lamar, y el oposicionista, la de don Diego Noboa y Arteta. El primero, al decir del insigne don Juan León Mera, se proponía el paulatino desarrollo de las ideas liberales; el segundo, el imperio de las conservadoras.

Mas el doctor Tobar Donoso explica en nota marginal que ese concepto "tiene indudablemente exageración".

De todos modos, la génesis de los partidos comenzaba. No se discutía simplemente en torno de caudillos, sino de incipientes "partidos", por más que la enunciación encubriera propósitos personales.

Mas el caudillo esperaba en la sombra.

Urbina había sido edecán de Flores y aprendió de él la sutileza política. Aprendió a esperar con paciencia y actuar con finura. Fomentó la discordia de modo que no pudieran entenderse. Y al fin, abrazó la candidatura de Noboa, conservador, según se decía entonces, por más que él, Urbina, se llamara liberal. El fruto de las intrigas fue que el Congreso no se decidiera. Y quedó en la Presidencia el Vicepresidente Ascázubi.

El "caudillo" tenía ya una bandera: la ilegalidad del gobierno de Ascázubi. Frente al gobierno civil del Vicepresidente, la insurgencia no tenía justificación. Pero Urbina veía claro. La renovación de las Cámaras en 1850 debilitaría la votación para Noboa y aumentaría la de Elizalde. Este era un civil devoto y manejable; aquél, un general prestigioso y peligroso. No podría vencer a Elizalde, mas sí ejercer tutela sobre Noboa. Y audazmente, en compañía del general Francisco Robles, proclamó Jefe Supremo a Noboa.

Era la repetición de la lección floreana: ejecutivos tutelados por jerarcas militares, como hizo Flores con Rocafuerte. Pero ni Urbina era un jefe como Flores, ni Noboa un estadista como Rocafuerte. Y comenzó la era de las discordias, el signo del caudillo.

Don Pedro Moncayo, actor y espectador del naciente drama, vio con angustia el espectáculo:

> Comienza (escribe en la obra ya citada) la era de las revoluciones y trastornos militares. Vienen con todos sus estragos la guerra civil y la anarquía, más tarde el jesuitismo y el terrorismo, el despotismo de la cogulla, mucho más temible que el despotismo de la espada. Las persecuciones se cruzan en la sociedad. Hoy se hacen en nombre del soldado, mañana en nombre del sacerdote y después aparecerá en el seno de nuestra Patria el monstruo del Apocalipsis arrastrando consigo la devastación y la ruina.

Las simientes de la anarquía que trajo el 6 de Marzo tuvieron más fuerza vegetativa que las semillas del civilismo constructivo que echó en el surco.

El 6 de Marzo marcó, de esta manera, el principio de las disensiones entre las dos regiones diferenciadas: la serranía y el litoral. Inició la guerra de la geografía.

Urbina, coronel floreano en el momento de la revolución, aparece en la historia con sus "tauras", a los que con ternura maliciosa llamaba "mis canónigos", a oficiar la cruenta misa de las lanzas.

Frente al militarismo extranjero, aparece el militarismo nacional. Después de Otamendi, los "tauras".

> Los defensores del militarismo no merecieron la debida sanción (escribe el doctor Tobar Donoso). Los famosos tauras ultrajaron a la sociedad quiteña; desde entonces esta palabra es sinónima de cinismo y salvaje concupiscencia.

Los "tauras" de Urbina eran los mulatos costeños, los "montubios", que hasta entonces no tuvieron significación histórica: los habitantes de la selva vasta, los jinetes de la llanura cálida, baqueanos de las montañas tropicales de Bulubulu y de Yaguachi, esguazadores épicos del río plagado de caimanes: el Taura, que les dio un nombre que, por extensión, llegó a denominar a todo pardo costanero.

Don Juan Montalvo relata este episodio vivido:

> Un día, asomándome al balcón de la casa de campo que habitaba, llevé un susto mortal: un taura enfurecido estaba allí, tronando y relampagueando contra mi hermano Francisco, quien tenía en la mano una lanza formidable: la del negro, arrebatada de hombre a hombre, por un indio gallardo a quien el soldado había querido herir. El punto era que si el negro recuperaba el arma, les había de lancear a uno y a otro, a mi hermano y al indio, pues el bandido estaba echando espuma por la boca. Verlo yo, tirar de mi estoque, ponerme de un salto en el patio y en la calle, fue cosa de un segundo. Al ver a otro hombre armado, aunque muchacho, frente a frente, el negro tuvo miedo. El indio, además, se había hecho de un gran garrote; el asesino apagó sus blasfemias, se humilló y clamó por su lanza. "A su cuartel", le dijo mi hermano, entregándosela; tomóla el negro y empezó a escoger entre nosotros, con la vista, a cual despanzurraría desde luego, pero el indio, todo un hombre,

> como dicen, estaba allí con su maza de Hércules a punto, y la hoja larga de mi estoque no hubiera faltado a su deber. Fuese el taura refunfuñando y amenazando con un pronto regreso. Así andaban en Quito los negros de Urbina, con sus lanzas por los alrededores de la ciudad y la vida de los ciudadanos en un hilo.

El "taura" marca la aparición del militarismo nacional. La etapa del caudillo. El despertar del trópico, bravío e insumiso, pero sin finalidad política.

El 17 de julio de 1851, Urbina derrocó a Noboa y fue proclamado, en Guayaquil, Jefe Supremo. Nuevamente el puerto tropical asumía un papel directivo en la política. Existían fuerzas latentes bajo la agitada superficie política.

La revolución liberal de Colombia, con marcado tinte jacobiano, alentó ideológica y materialmente el impulso del naciente liberalismo ecuatoriano. La llegada de los jesuitas, expulsados de Colombia y acogidos por Noboa, trajo la amenaza de guerra internacional. Una nueva actitud política comenzó a acentuar las diferencias entre el puerto, en donde se estaba gestando rápidamente una burguesía capitalista comercial, de tipo político liberal, y la serranía, en donde el enorme poder del clero latifundista, basado en la explotación del indio, se aferraba al sostenimiento del feudalismo colonial vigente.

La confluencia de lo ideales liberales burgueses y de las ambiciones caudillistas de Urbina se explica bien.

El doctor Julio Tobar Donoso, historiador conservador de nuestros días dice:

> Urbina, como ha dicho con verdadero conocimiento de causa don Juan León Mera, no fue ni liberal ni conservador: sólo fue el general Urbina... Con todo (añade), como para justificar su última revolución, era preciso aparentar algo que no fuese él mismo, llamó a sí al partido que antes abofeteó, y ver otra vez el liberalismo que se desemboza su capite de invierno para trabajar en su obra, aprovechando la primavera que le presta el triunfo del militarismo personificado en un solo ambicioso... Preciso es decir, no obstante,

> que durante el gobierno de Urbina se importó el liberalismo granadino para aclimatarlo en nuestra Patria. Sánchez y Ancizas, agentes del general López, atrajeron a muchos políticos ecuatorianos y con ellos delinearon las bases de la escuela liberal que se desenvolvió más tarde lenta y difícilmente.

Esa amalgama permitió el triunfo del caudillo.

Sin embargo, hay algo ya de democrático y nuevo en la posición política de Urbina: la manumisión de los esclavos y la derogación del tributo de indios.

Es posible que a Urbina sólo le haya interesado, en la liberación del esclavo, el aspecto político: incorporarlos a sus milicias personales, como ocurrió efectivamente. Mas de todos modos, los considerandos del decreto son reveladores de un alto idealismo.

> ...los pocos esclavos que todavía existen en esta tierra de libres, son un contrasentido a las instituciones republicanas que hemos conquistado y adoptado desde 1820; un ataque a la religión, a la moral y a la civilización, un oprobio para la república y un reproche severo a los legisladores y gobernantes.

El decreto, alentado al parecer por el doctor Francisco Xavier Aguirre Abad, encontró en éste su defensor, según lo consigna don Benigno Malo, en la Constituyente convocada por Urbina en 1852.

Esta Constituyente marca una etapa en la historia política ecuatoriana.

Los grupos liberales, incluyendo al Presidente de la Convención, el ilustre don Pedro Moncayo, enfocaron tres puntos básicos de la reforma política:

En primer lugar se concentró el ataque liberal sobre la forma antidemocrática de la elección presidencial. En vez de confiar la elección de Presidente de la República al Congreso, se le confió a Asambleas electorales provinciales, o sea que se daba paso hacia la elección directa por medio de una elección indirecta más amplia.

En segundo lugar se planteó el problema que había de tener vigencia y beligerancia hasta los días actuales: el de la separación de la Iglesia y el Estado. Hasta entonces había subsistido la tesis de que la religión del Estado era la católica. Los liberales de la asamblea de 1852 plantearon la tesis moderna de que el Estado no tiene religión, sino que ésta es una convicción individual interna. Tesis que perdieron por una diferencia de tres votos.

El tercer punto fue la expulsión de los jesuitas que habían sido aceptados por el devoto Noboa. La Asamblea declaró vigente la orden de Carlos III, y su secretario, don Pedro Fermín Cevallos, transformado en Ministro, ejecutó la decisión.

Además ratificó el decreto de liberación y manumisión de los esclavos. Y, continuando con la tradición que luego sería funesta, eligió presidente constitucional al general Urbina en contraposición al civil doctor Francisco Xavier Aguirre Abad, concuñado del caudillo.

Las bases sociales de la vida colonial fueron también tocadas; en la Constituyente de 1852 se abolió la esclavitud y el presidente Urbina gastó en ejecutar el decreto la tercera parte del presupuesto o sea 400.000 pesos.

Don Benigno Malo, con su formidable prosa de combate, hace sonar el metal de la polémica:

> Cuando en los últimos momentos de la administración de Urbina la opinión pública levantó su voz y le dijo: "Cinco años habéis gobernado el Ecuador y ¿qué os debe? ¿qué habéis hecho por él en el sentido de su mejoramiento material y moral?", Urbina, en su desnudez administrativa, contestaba: "Di libertad a los esclavos..." El país le contestaba: "Manumitiste a los esclavos: bien, pero esclavizaste a los libres; libertaste el brazo del negro, pero esclavizaste el pensamiento del blanco". Este contraste originaba sospechas sobre la nobleza de los motivos de la ley abolicionista; y se creía que Urbina sólo se propuso con ella buscar el apoyo de la energía africana, para salvarse de alguna revolución, que su inconsecuencia con los partidos pudiera promover.

Y agrega el elegante Junius en este artículo publicado en *La República* de Cuenca en abril de 1860:

> Las aguas de la arbitrariedad subieron en los cinco años de Urbina quince codos más alto que en ninguna época de triste recordación. Libertad de prensa, libertad electoral, libertad parlamentaria, libertad del púlpito, independencia del Poder Judicial, derechos individuales, garantías políticas, todo naufragó en ese diluvio desencadenado por una tiranía insensata.

La meta de Urbina al libertar al esclavo aparece tímidamente denunciada por un ilustre contemporáneo: el uso político del negro y del mulato que engrosarían sus huestes oscuras de "tauras" épicos y salvajes.

Mas de todos modos, libertó al Ecuador, del oprobio de que una república democrática ostentara un mancha negra de esclavitud legal. Y tuvo el valor suficiente para afrontar la diatriba de los dueños de esclavos que se opusieron a la humanísima ley.

El mulato y el negro fueron desde entonces el elemento épico de las guerras civiles, la gran cantera viva de donde tomarían los hombres de la revuelta sus batallones; el medio sensible en que se cultivaría el militarismo; pero, también, por sentimiento instintivo de libertad, el hombre de las luchas liberales posteriores contra el feudalismo.

La región litoral se convirtió desde entonces en el centro de un activo movimiento liberal: había allí una burguesía naciente, un capitalismo en desarrollo, un elemento humano pronto a secundar la insurgencia; en tanto que el feudalismo se aposentó en la serranía, cuyo tipo económico autárquico y de tierra adentro se detuvo en las puras formas de la colonialidad, en donde una activa clerencía latifundista controlaba el alma tortuosa del mestizo marginal y en donde la densa masa india seguía su existencia dolorosa.

Montalvo, el gran retórico enamorado de la libertad, clamaría por el estado del indio en páginas que recuerdan las que transcribimos antes, de Juan Santacilia y de Ulloa; la República no había modificado la existencia del indio; el gran espíritu que alentaba el Cosmopolita le hace decir:

> El indio, como es burro, es cosa mostrenca, pertenece al primer ocupante. Me parece que lo he dicho otra vez. El soldado le coge para mandarle con cartas a veinte leguas; el cura le coge para que cargue las andas de los santos en las procesiones; la criada del cura le coge para que vaya por agua al río, y todo de balde, si no es tal cual palo que le dan para que se acuerde y vuelva por otro: Y el indio vuelve, porque ésta es su cruel condición, que cuando le dan látigo, templado en el suelo, se levanta agradeciendo a su verdugo: *Diu su lu pagui, amu,* dice: Dios se lo pague, amo, a tiempo que se está atando el calzoncillo. ¡Inocente criatura! Si mi pluma tuviese don de lágrimas, yo escribiría un libro titulado *El Indio* y haría llorar al mundo.

Y el político retórico, de grande alma, pero sin visión inmediata de la realidad circundante, añade:

> No, nosotros no hemos hecho este ser humillado, estropeado moralmente, abandonado de Dios y de la suerte; los españoles nos lo dejaron como es y como será por los siglos de los siglos.

El conformismo montalvino revela el estado mental de las *élites* intelectuales ecuatorianas de principios del siglo XIX frente al problema del indio. No veían que la sustancia del concertaje, del tributo de indios, del abuso del cura, del soldado y del político, eran las causas de su atraso. Por lo mismo, cabe destacar en toda su trascendencia la obra del Congreso de 1857, que suprimió el tributo de indios, que seguía cobrándose, como en la época colonial, a beneficio de la República

El tributo de indios, del que hemos hablado en otro capítulo, era la más pesada de todas las gabelas coloniales. Puede deducirse esa situación del cuadro de recaudaciones de los últimos años de la Colonia, que exhumó y publicó la Comisión Permanente de Legislación en 1922:

Aguardiente	50.000	pesos
Aduanas	67.000	"
Alcabalas	43.000	"
Quintos de metales	200	"

Papel sellado	30.000	"
Venta de tierras baldías	1.000	"
TRIBUTO DE INDIOS	213.089	"
Oficios vendibles	4.000	"
Diezmos y vacantes	89.000	"
Bulas de Cruzada	15.000	"
Correos	10.000	"
Confiscaciones y comisos	4.000	"
Patios de gallos	1.000	"
Réditos de bienes de temporalidades	40.410	"
Masa común de la Real Hacienda	23.000	"

La supresión del tributo de indios, si bien no rompió lo colonial del latifundio, que aún subsiste, ni libertó al indio de la opresión que aún soporta, significó un paso hacia la democratización económica, realizado bajo la presidencia de Urbina. Y así como en defensa del negro acudió don Francisco Xavier Aguirre Abad, en defensa del indio acudió el Ministro de Hacienda, don Francisco Pablo Icaza.

> Débese esta redención (dice Pedro Fermín Cevallos al referirse a la supresión del tributo de indios) a la legislatura de dicho año (1857) y más particularmente al señor Francisco Pablo Icaza, a cuyo cargo corría el Ministerio de Hacienda, quien demostró, que a pesar de graves contradicciones, que no se alteraría en nada el orden rentístico de la República por la falta del tributo de indios y que faltaran o no faltaran rentas, y se empeorara o no el sistema de nuestra escasa hacienda, éstas no eran razones con que se podía sostener una ignominia impuesta por el derecho de antiguos conquistadores.

El gobierno de Urbina, que gastó 400.000 pesos en libertar a los esclavos, afrontó con valentía el peligro de la disminución de las rentas, para sostener el humano principio de libertar a los indios de un pesado tributo colonial.

Cualquiera que haya sido el cúmulo de errores, la tiranía y el abuso de que se acusa a Urbina, ni levantó el patíbulo político como García Moreno lo hizo después, ni fusiló a indios como Daquilema, ni azotó a negros como Ayarza. La violenta injuria que le ha acompañado en la historia, y a la que sumó su gran voz Montalvo, no se justifica enteramente. Grandes y graves errores los suyos, pero errores políticos que fueron reproducidos luego por otros y que habían sido realizados antes. Grandes errores que no se pueden disculpar; pero que se precisa balancear, en el momento del fallo definitivo, con su obra de libertador de indios y de negros. Su gobierno, en cierto sentido, es la iniciación de una democracia política y económica que se detuvo en el camino; democracia bárbara si se quiere, ganada a golpe de lanza contra la omnipotencia del latifundista dueño de indios y de negros.

PARTIDAS DE AZAR CONTRA EL DESTINO

Tal como lo había vaticinado Moncayo, tras la tiranía de la espada vino la tiranía de la cogulla; tras el despotismo del soldado, el despotismo del fraile; tras Urbina, García Moreno.

El hombre nuevo, que surgió del tremendo caos, tenía un nombre de arcángel: se llamaba Gabriel.

Combatió a Urbina. Antes había combatido a Flores y a Roca. Frente a Flores y Roca, había sido liberal. Frente a Urbina, se definió como conservador. En la sociedad Philotécnica aguza el puñal de Bruto que había placido al Padre Mariana. En la prensa agudizó el dicterio.

Impetuoso, sombrío, irascible, no conoció su pluma la gracia de la ironía ni la elegancia ática. Era áspero y violento. Hirsuto y agresivamente insolente. Su pluma no tuvo la finura de la estocada, sino la brutalidad del

mordisco. De su obra periodística de *El Zurriago, El Diablo, El Vengador,* sólo le quedó un instrumento, el único que conoce: el zurriago del mayoral listo a descargarlo sobre las espaldas sangrantes.

Tal era el hombre civil, por lo demás inteligente y penetrante, fríamente calculador y paciente en la espera, que había de enfrentarse, con el apoyo clerical y gamonalista, a las reformas y a los errores de Urbina.

Dichos errores fueron, sin embargo, idénticos en esencia a los que Flores había cometido. Urbina combatió los errores políticos en que luego cayó. También García Moreno combatió los errores de Urbina que había de repetir.

El camino político de los tres es idéntico en la forma: gobierno de mano dura, teoría del gendarme necesario, abolición de las libertades, ejecutivos fuertes, continuismo por medio de ejecutivos tutelados por el caudillo providencial.

Flores trató de ejercer tutela sobre el gobierno de Rocafuerte. Urbina hizo lo mismo con Noboa. Cuando le fue necesario, lo puso de lado, como más tarde hará García Moreno, con débiles presidentes de su propia manufactura.

Al terminar su gobierno constitucional, Urbina proclamó a un subalterno político suyo: el general Francisco Robles. Parapetado tras él, Urbina siguió mandando. Una capa de legalismo cubría de ese modo la autenticidad del caudillismo.

La reacción conservadora armó sus barricadas. García Moreno no vaciló ante nada. Era, desde su regreso de Europa, el hombre fuerte del conservatismo clerical. Urbina tenía sus "tauras", García Moreno, sus milicias negras de frailes. El militarismo y la clerecía, como ejércitos de combate político, se iban a dar la batalla.

Se suele presentar a García Moreno como el hombre de la unidad nacional frente a la dispersión: el salvador de la nacionalidad frente al peligro extranjero. Tal ha sido la tesis que han sostenido algunos hombres de izquierda y derecha. Inclusive el líder comunista, de penetrante talento,

Pedro Saad, en un discurso pronunciado en la noche deI 19 de febrero de 1943 y publicado en su folleto *El Ecuador y la guerra*, dice:

> Pero en 1860 adviene el milagro, encarnado en un hombre que ha sido combatido despiadadamente, que ha sido calumniado por los apasionados de la historia y que nosotros, revolucionarios del siglo veinte, venimos a reivindicar como uno de los grandes constructores de nuestra nacionalidad. Ese hombre calumniado y combatido es García Moreno, gran constructor de la nacionalidad ecuatoriana.

García Moreno no es entonces sino un símbolo de este pueblo. Detrás de él van las masas del Ecuador, porque era un símbolo que expresaba la voluntad de triunfar, de construir la ecuatorianidad, de principiar la unidad nacional. Detrás de él van los hombres de nuestro pueblo, porque García Moreno se unió al pueblo, entendió sus problemas, vivió sus horas trágicas, supo comprenderlo y su pueblo marchó hasta el final tras él.

Señala luego el líder comunista los errores de García Moreno:

> Si él trae un nuevo criterio de integración nacional, un nuevo sentido heroico para la lucha contra los enemigos del país, contra los enemigos de nuestra integridad territorial; si trae un gran criterio para el desarrollo técnico del país, con la escuela politécnica, con la iniciación del ferrocarril de Guayaquil a Quito, con la carretera que había de unir la costa con la sierra, si él quiso unir este país partido y desunido que se llama Ecuador; junto a todos sus grandes méritos tenía el defecto fundamental de conservar el encomendero al lado, al encomendero que no supo suprimir, que no pudo liquidar, porque no había una fuerza social capaz de empujar decisivamente la destrucción de la encomienda.

Con todo el respeto que nos merece nuestro amigo Saad, vamos a tratar de dar una interpretación a base de datos que procuraremos tomar de fuentes moderadas como son las de católicos liberales y conservadores filiados, así como de extranjeros a quienes no se podría calificar de "apasionados de la historia".

Y comenzaremos con el doctor Julio Tobar Donoso.

En su estudio acerca del general Urbina, publicado en sus *Monografías históricas,* relata el historiógrafo conservador que, luego de la elección de Robles, se produjo el incidente con el ministro peruano Cavero, quien protestó en términos injuriosos por haber hecho el Ecuador una transacción con los acreedores ingleses de la deuda pública a base de unos terrenos situados en territorio ecuatoriano de oriente.

> Tales actos pusieron al Presidente Robles en el caso de cortar relaciones con el irascible diplomático; y el Perú, sin atender a la justicia de esta medida, exigió, bajo pena de declarar la guerra al Ecuador, que fuese nuevamente reconocido por nuestro Gobierno el ingrato agente cuya conducta egreste no podía olvidar.

En esta emergencia, el Ejecutivo pidió facultades extraordinarias. La oposición se valió de este pretexto para combatir al presidente legal, frente al enemigo. Y el doctor Tobar Donoso dice:

> Mas, el artero Presidente Castilla dio a entender que no pretendía humillar al país, sino derrocar al Gobierno de Robles y Urbina; y los oposicionistas, con suma imprevisión, cayeron en ese ardid y quisieron coadyuvar a que se apresure la caída del Presidente.

O sea que la oposición aceptó colaborar con el Presidente del Perú, Castilla, en contra de un gobierno ecuatoriano que legalmente representaba la nacionalidad.

Trasladado el gobierno de Robles a Guayaquil, que estaba bloqueado, se produjo la rebelión de Maldonado y Darquea.

> El primero de mayo (continúa el doctor Tobar) la escasa guarnición de Quito se acogió a la bandera de la revolución; y luego se formó el Gobierno provisional cuyos jefes supremos principales fueron el doctor Gabriel García Moreno, don Pacífico Chiriboga y don Jerónimo Carrión y suplentes los señores Manuel Gómez de la Torre, don José María Avilés y doctor Rafael Carvajal.

Coincide esta apreciación con la del doctor Pedro Moncayo, a quien no acudimos por cuanto se puede objetar que es un "apasionado de la historia". O sea que García Moreno, frente al enemigo común y externo, en vez de apoyar al gobierno legalmente constituido, se dejó seducir por

el enemigo peruano y cayó en el ardid de creer que la lucha de éste era contra el gobierno y no contra la nación.

Después del combate en que fue derrotado García Moreno por Urbina, frente al amago de invasión exterior, dejando desguarnecida la ciudad de Guayaquil para atender a la insurrección de García Moreno, que era tanto como favorecer y colaborar con el ejército peruano, entraron en conversaciones los dos gobiernos: el legítimo de Robles y el insurgente de García Moreno.

> Urbina veía con horror (escribe el conservador doctor Tobar Donoso) que el Gobierno Provisional hubiese enviado un agente al Perú para pedir al General Castilla, espíritu travieso y malévolo, que auxiliase a la revolución de Quito, conforme su pensamiento de hacer la guerra a Robles y a Urbina, mas no al pueblo ecuatoriano; e imploraba la unión para conjurar los grandes peligros que amenazaban a la Republica, peligros ciertos que la habrían conducido ineludiblemente al abismo si el Gobierno provisional no hubiera retrocedido a tiempo y comprendido la artificiosa conducta del Presidente del Perú.

El erudito historiógrafo conservador señala, pues, que el gobierno provisional integrado por García Moreno envió un agente a entenderse con el gobierno peruano, que estaba bloqueando el puerto ecuatoriano de Guayaquil; o sea a colaborar con el enemigo externo a cambio de apoyo para una revolución interna. Y esto coincide con lo que expresa Moncayo: que García Moreno fue al Perú a entenderse con Castilla y hasta le señaló el sitio en donde debían desembarcar los ejércitos peruanos a cambio de su apoyo al gobierno provisional de Quito, gestión que fracasó cuando Castilla prefirió entenderse con el general revolucionario Franco que se había proclamado Jefe Supremo en Guayaquil, en vez de hacer la paz con el caudillo teocrático y aristocrático del gobierno provisional, García Moreno.

Por otra parte, hace constar que Urbina pidió la paz y la unidad nacional y que esta unidad nacional frente al enemigo había sido destruida por García Moreno, al entenderse con el enemigo exterior y hacer la guerra civil en momentos de guerra internacional.

Con la rebelión de Franco terminó el gobierno de Robles, Franco era un militar ignato y ambicioso, valiente y bruto, que se apoderó del mando. La disolución nacional venía. En Loja se formó un gobierno provisional, en Guayaquil había otro y un tercero central -el de García Moreno- en Quito.

La rebelión de Franco y su entendimiento con Castilla vinieron -al cabo- a convertir a García Moreno en héroe nacional.

> El Gobierno provisional (escribe el doctor Tobar Donoso) que hasta entonces había creído que el Perú no trataba de humillar a nuestra Patria, sino a la administración de Robles-Urbina, y que más bien había apoyado en cierto modo a aquella República, comprendió pronto (¿pronto?) cuáles eran las verdaderas y siniestras intenciones de un personaje tan falaz y artero como Castilla; y obedeciendo a las insinuaciones del patriotismo, apercibióse a la defensa nacional.

Robles y Urbina habían abandonado el campo. Loja se mantenía dentro de la nacionalidad con su gobierno listo a reintegrarse tan pronto como pasara la borrasca. Quedaban sólo Franco, el caudillo militar que se había entendido con el peruano Castilla, y García Moreno, que había tratado de entenderse con el mismo general peruano, sin éxito.

García Moreno pidió auxilio a su antiguo enemigo Flores. El país se enfervorizó. García Moreno representó el papel de integrador de la unidad nacional, como pocos meses antes había representado el de traidor a su patria al correr a pedir auxilio a un enemigo que la estaba bloqueando. Simple juego de azar político, pues si Castilla hubiera aceptado el convenio con García Moreno en vez de entenderse con Franco, hubiera sido él quien entrara con ejército peruano a poner paz en el Ecuador.

Los hechos hasta aquí expuestos, pueden descomponerse así:

García Moreno se entendió con el jefe de un país enemigo que estaba bloqueando al Ecuador, su patria, y aun lo favoreció como miembro del gobierno provisional.

El pretexto era que Castilla había hecho creer al gobierno provisional, integrado por García Moreno, que la guerra era del Perú contra el gobierno ecuatoriano y no contra el pueblo; pretexto inadmisible, pues, cualquiera que sea el criterio acerca de la política interna, no se puede admitir que un gobierno extranjero haga la guerra a un gobierno nacional y no a su pueblo.

El "constructor de la nacionalidad" había, además, tratado de establecer un protectorado extranjero en el Ecuador: entregar el Ecuador a Francia. Las cartas a M. Trinité, cónsul general de Francia en Quito, revelaron ese propósito en 1859. Y éste es un hecho que ni los intérpretes católicos del teócrata, como el inteligente sociólogo conservador Gabriel Cevallos García en su obra *Entonces fue en Ecuador*, ni el historiógrafo católico doctor Tobar Donoso, han podido desvirtuar aun cuando tratan de explicarlo.

El Doctor Tobar Donoso dice:

> Las cartas de García Moreno a Trinité no fueron fruto de una idea arraigada y permanente, sino obra circunstancial de los azares consiguientes a la trágica situación de 1859. El Gobierno Provisional estaba "traicionado por los mismos que debían defenderlo, en desacuerdo con el de Guayaquil, sin estrechos vínculos con el de Loja y amenazado por el Perú..." Todo auguraba que nuestra Patria sería sacrificada por la ambición del General Castilla y que la anarquía y la traición de Franco cooperarían a este funesto término. Por fortuna, la Providencia salvó al país cuando más irremediable parecía su desventura: y el proyecto de protectorado francés fue olvidado, excepto por los implacables enemigos del Presidente García Moreno.

La afirmación del historiógrafo conservador, en defensa de García Moreno, está lamentablemente en contradicción con un conjunto de documentos que señalaremos:

Según el estudio del investigador norteamericano W.S. Robertson, de la Universidad de Illinois, titulado *Contribuciones para el estudio de la historia de América* estudio basado en investigaciones hechas en los

archivos de Europa, la idea del protectorado francés no fue una "obra circunstancial" como la califica el doctor Tobar Donoso, sino una idea fija y permanente, sostenida más tarde, cuando García Moreno usaba del poder absoluto en el enorme convento inquisitorialmente regido que era el Ecuador garciano.

García Moreno, después de haber unificado el país corroído por la anarquía que él mismo desató y de haber visto alejarse el peligro peruano que él mismo atrajo, fue elegido presidente por la Constituyente en enero de 1861. El 22 de junio de ese año, en plena paz y sin circunstancias apremiantes, dirigió una carta a M.E. Fabre, cónsul general de Francia en Quito, sucesor de Trinité. Y en esa carta el "gran constructor de la nacionalidad ecuatoriana" dice lo siguiente:

> Soy de la misma opinión que cuando escribí a M. Trinité: soy partidario de que este país magnífico llegue a ser civilizado y rico bajo la bandera de Francia; aspiro a que el pueblo del Ecuador sea tan feliz que se una él mismo a su grande y generosa nación. (Y agrega al final:) En caso de que la Legislatura o el pueblo rehusaren hacerlo así, presentaría mi renuncia y me abstendría de participar en los negocios públicos. Por lo demás, usted sabe que la administración presidida por mí no tiene temor alguno en cuanto a su duración y que el país goza de profunda paz.

Ya no es el insurgente angustiado por el porvenir del país que en 1859 ve correr hacia el abismo, sino el gobernante consolidado de 1861 quien consciente y serenamente pide el protectorado francés.

El 30 de septiembre de 1861 el Ministro de Relaciones de Francia Thouvenel envió un despacho público a Fabre diciéndole que las proposiciones del presidente García Moreno eran atendibles, pero que el Emperador estaba ausente y esperaba su regreso.

En tanto, García Moreno envió a Francia como encargado de negocios a don Antonio Flores Jijón, hijo del Fundador, quien propuso, según la documentación expuesta por Robertson, un plan que comprendía la cesión de las islas Galápagos al Imperio Francés, así como de todas las tierras situadas a las orillas del Amazonas que pertenecían al Ecuador, y

el compromiso del Ecuador de adoptar todos los medios para el establecimiento de una monarquía que podía incluir al Perú y otros países de Sudamérica

> bajo un príncipe designado por Su Majestad el Emperador, y para no despertar celos de los otros Estados podría llevar el nombre de *Reino Unido de los Andes.*

El gobierno francés rechazó los puntos de vista. El 29 de febrero de 1862 Thouvenel escribía a Fabre:

> No conviene a nuestra dignidad provocar una demostración en la cual, según nuestros puntos de vista, el resultado es incierto.

El investigador Robertson, quien para este trabajo ha recorrido los archivos europeos en uso de una beca para llevar a cabo investigaciones sociales, agrega:

> Cuando el Presidente del Ecuador se informó de la resolución del Gobierno francés, se mostró muy desilusionado.
>
> "Había esperado realizar el sueño de Bolívar, exclamó, especialmente en cuanto a que las Repúblicas nacidas en España fueran regidas por un poder moral fuerte como el de Francia. Mi sueño más preciado se ha desvanecido".

El cónsul Fabre transcribe esta esperanza del Ministro de Hacienda de García Moreno, señor Aguirre:

> Cuando la cuestión de México se haya arreglado, decía, tal vez Francia se acuerde de nosotros.

El mismo Robertson escribe que en un banquete dado el 7 de enero de 1863, García Moreno brindó por "Su Majestad el Emperador Napoleón III", o sea que celebraba el desembarco de soldados franceses en México.

> Seis años después (escribe Robertson) hablando con el Encargado de Negocios de Francia en Quito, el Dictador de la República (García Moreno) mencionó con pesar su tentativa para colocar su patria bajo el protectorado de Francia y dijo que como el Emperador se hallaba enteramente embelesado a la sazón en otros proyec-

> tos, trataba de someter al Gabinete inglés un esquema para un préstamo de dos millones de libras que debían emplearse en mejoras de carácter público en el Ecuador y que debía ser garantizado con el Archipiélago de Galápagos.

Tal la figura internacional del dictador sombrío. No se había acuñado aún el término de "vendepatria" que se usaría en el siglo próximo, para poder aplicarlo a quien primero se entendió con el Perú contra Urbina-Robles, luego con Francia para un protectorado y por último soñó con una monarquía de los Andes bajo la bandera francesa. Y nada justifica el alentar el mito de un García Moreno "gran constructor de la nacionalidad ecuatoriana", que tratan de tomar como modelo de refinado despotismo e imperativa teocracia los dictadores de hoy.

García Moreno, teócrata y déspota, aristócrata de instinto y dictador nativo, detuvo ciertamente la disolución que él mismo había provocado. Pero es su mala suerte como diplomático frustrado lo que le ha colocado en el pedestal que confunde aun a mentes materialistas agudas y adiestradas en la observación de las realidades históricas, como ocurre con el comunista Saad. Si hubiera dado fruto de sus gestiones de acercamiento a Castilla primero y a Napoléon III después, la suerte del Ecuador habría quedado definitivamente sellada con su disolución como pueblo y su muerte como nación.

La gloria de García Moreno como "constructor de la nacionalidad" es sólo una partida de azar contra el destino.

EL PROFETA INERME Y EL ARCÁNGEL SANGRIENTO

El gobierno de don Gabriel García Moreno se bañó en sangre humana.

A pesar de su nombre de arcángel tuvo una impasibilidad siniestra. Para disciplinar al país arrancándole hasta el último vestigio del liberalismo incipiente que encarnara Urbina, libertador de esclavos y ejecutor de la supresión del tributo de indios, García Moreno usó todos los medios: fusilamientos sin tasa, latigazos sin cuenta, destierros crudelísimos, tortu-

ras infamantes, cárcel y palo. Y tras él una frailecía extranjera, copiosamente importada, sostuvo su cruento imperio, su ensayo de terrorismo teocrático, ordenador y violento.

La tesis garciana de la "insuficiencia de las leyes" le llevó a imponer su personalidad de "hombre necesario". Su fin fue el poder perpetuo. Sus medios, la violencia impositiva y el terrorismo sistematizado. El ejército que le acompañó, una copiosa frailecía extranjera. Su justificación aparente, la tecnificación del país y el programa de obras públicas a cambio de la libertad. Puro fascismo anticipado en setenta años por el genio sombrío y la grande inteligencia del déspota.

Como político, vio que no había sino dos fuerzas posibles en un pueblo anarquizado que estaba buscando su destino: la deleznable fuerza del caudillo militar que encarnaba Urbina y la fuerza estable de los resortes religiosos. García Moreno, frente a Urbina, usó el segundo medio.

Hasta la aparición de García Moreno en el escenario político, no había propiamente partidos políticos: había facciones políticas y caudillismos, había aspiraciones personales y provincialismos. Y tal estado era el resultado de la diversificación económica ecuatoriana.

Durante la Colonia no hubo burguesía: hubo castas divididas tanto por el color como por la posesión del suelo. No hubo capitalismo: hubo feudalismo mezclado con formas esclavistas. La vida económica fue de tipo autárquico y de tierra adentro como todo feudalismo: economía cuasi natural en que los signos monetarios no tuvieron valor, como lo hemos analizado antes; seudoautarquía que tendía hacia el aprovechamiento inmediato de los recursos de consumo doméstico: explotación cuidadosa del indio a base de tributos, gabelas y servidumbres personales. Feudalidad y esclavismo, en suma.

La Independencia abrió el cauce al comercio. La región costanera, que había estado cohibida por los decretos restrictivos de exportación, especialmente del cacao, inició su desarrollo. Nació en el puerto de Guayaquil una clase burguesa de comerciantes opulentos, tal como había ocurrido al terminar la feudalidad europea: capitalismo comercial que

tendía como todo capitalismo, a pugnar con las tipologías feudales y esclavistas para alcanzar su desarrollo.

No es extraño, por lo mismo, que en la Costa se acentuara el sentido político liberal, de tipo incipientemente capitalista mientras en la Sierra se aferrara el sentido conservador, feudalista y clerical que le era inherente.

Los partidos nacieron así, condicionados por factores económicos. Y alcanzaron mayor o menor predominio según las formas regionales de producción.

Hasta que García Moreno fijó el sentido conservador, con su teoría de la insuficiencia de las leyes y del hombre necesario, ni el conservatismo ni el liberalismo habían acentuado sus perfiles ideológicos. El liberalismo de Urbina fue borroso y tímido. El conservatismo de Roca y de Noboa, simple devoción externa.

Don Antonio Borrero, político y liberal moderado, dice en su *Refutación* al Padre Berthe:

> Desde 1852, año en que Urbina fue elegido para Presidente de la República, no hubo en el Ecuador sino dos partidos políticos: el urbanista o ministerial y el liberal y oposicionista. Los patriotas, es decir los conservadores de que habla el P. Berthe, no existen en el Ecuador salvo que demos ese nombre a los floreanos...García Moreno tampoco era conservador en esa época: él había sido revolucionario y hasta radical bajo el Gobierno de Flores, época en que llamaba *fanáticos* a los que sostenían que el derecho de Patronato no era inherente a la nación: furioso oposicionista y hasta demagogo bajo el Gobierno de Roca: e infatigable revolucionario bajo el Gobierno de Urbina. Su nombramiento de Alcalde Municipal de Quito y de Rector de la Universidad fue obra de los liberales.

En *El Constitucional*, periódico fundado por Antonio Borrero, Benigno Malo y Mariano Cueva el 20 de noviembre de 1868, se definía la aparición de los partidos:

> El Ecuador se halla hoy dividido en dos bandos políticos denominados conservador el uno y liberal el otro; nombres recientemente

> importados de la vecina República de Colombia, pero sin propia significación entre nosotros.

Frente a la tendencia de clasificar a García Moreno quien había proclamado la insuficiencia de las leyes y la doctrina política del hombre necesario, definen el conservadorismo y entran en la médula de la nueva expresión:

> ¿Qué es, en efecto, el partido ecuatoriano que se llama conservador? El Partido Conservador, en las Repúblicas americanas, lo mismo que en las Monarquías europeas, es el partido que sostiene el orden, que predica la paz, que defiende los sacrosantos principios de la justicia y el derecho; en una palabra que *conserva* la sociedad en vez de desquiciarla y anarquizarla como sucede cuando se proclama la insuficiencia de las instituciones y se aboga por la Dictadura que es la muerte de la República.

El análisis es certero. García Moreno, que fue liberal bajo el gobierno de Roca, se llama conservador para implantar su sistema antidemocrático, que es un genial anticipo del fascismo contemporáneo. Y es él quien da al partido "conservador" su sentido agresivamente dominador, violentamente dictatorialista, acremente exclusivista. El partido conservador, que fue importado como nomenclatura política para uso del déspota, nació así bajo un signo funesto: se impregnó de lo peor del garcianismo sin penetrar en su esencia constructiva.

La confusión entre clericalismo dominante y conservatismo que económicamente expresa sólo la conjunción de intereses latifundistas coincidentes, trajo políticamente la aparición de un liberalismo falseado en su esencia: un jacobinismo anticlerical que se llamó liberal contrariando la base doctrinaria del liberalismo. Y esa violenta contraposición religiosa o dogmática o simplemente ceñida a aspectos de devoción externa, impidió que los partidos se estructurasen sobre bases objetivas y claras de índice económico y sobre principios definidos de acción política y social. Ese es uno de los grandes males que trajo el garcianismo: la lucha religiosa como reacción frente a una gobernación teocrática.

El arma garciana fue el clero extranjero que copó las Universidades, colegios, escuelas, confesonarios y púlpitos: clerecía que trajo un sentido de feroz guerra civil.

Usando ese clero como instrumento de combate, García Moreno fijó las bases políticas del conservadorismo: tradicionalismo inconmovible, que sostenía las bases económicas coloniales; insuficiencia de las leyes y acentuación de la doctrina del hombre necesario, providencial y autócrata; aristocracia gobernante sin opción de la masa a la deliberación política; afianzamiento del latifundismo como régimen económico de producción; sumisión de las masas indias y mestizas por frenos religiosos a la omnipotencia del amo. Todo esto sostenido por un clero regular y secular que era, a su vez, latifundista desde la época de la Colonia.

Clericalismo y latifundismo feudal se unieron dentro de un sistema orgánico de gobierno despótico con un realizador de genio: tal es la trayectoria y sentido del gobierno garciano que se proyectó luego en forma de partido conservador hasta los días presentes, en que comienza a esbozarse una tendencia católica, más acorde con el sentido de catolicismo social de Rerum Novarum.

El conservadorismo feudalista tenía que oponerse al liberalismo capitalista que comenzaba a formarse por la acción de la burguesía comercial y la incipiente industria. Mas el liberalismo no formó un sistema coherente. Debió colocarse en un plano objetivo y firme: ruptura del sistema colonial, destrucción del latifundio, incorporación del indio a la vida de la producción para aumentar el elemento consumidor, desarrollo industrial que permita una elevación del standard de vida de las masas.

Pero se dejó atraer hacia una superficie deleznable: se convirtió en simple anticlericalismo, en declamación retórica, en amor por una libertad plutarquiana que no se sabía exactamente qué era.

Frente al realismo exagerado y crudo de García Moreno, se elevó el liberalismo declamatorio y polémico de Montalvo.

El Dictador, de nombre arcangélico, blandía la espada exterminadora y flamígera. El profeta inerme tenía un nombre simbólico: Juan, como el precursor irascible que con su gran voz patética y amenazadora anunciaba la era nueva.

Don Juan Montalvo -noble, puro, fuerte,- tiene la voz profética. El profeta es el intérprete de lo que vendrá, no el realizador del presente. Los profetas clamaban y rugían, imprecaban y rogaban, con gran voz a veces elegíaca y a veces quemante. La palabra de Montalvo tuvo el vigor de la palabra profética; fuerza de trueno y de lamentación, altura lírica y acento dramático, la sapiencia del grito y la ética del renunciamiento.

En esencia, es un romántico, un gran romántico, no un político. Carecía del sentido inmediato de la realidad, del don de objetividad y de análisis que hacen al político. Amaba la libertad como un héroe de Plutarco. Vivía en énfasis literario en un mundo lejano e intemporal. Quería un país libre sin acertar a ver el camino de la liberación Se había escapado de alguna página de Séneca, de Marco Aurelio o de Epicteto, para morar en un mundo de hirsuto apasionamiento.

El liberalismo que anuncia Montalvo frente a la teocracia garciana no prevenía de las teorías políticas de la escuela inglesa o francesa. En París, en donde García Moreno había estudiado con disciplina cruel las tesis de la reacción clerical y los libros de los teóricos de la teocracia renaciente, Montalvo vivió en diálogo con las estatuas y con las ruinas, en áspera soledad contemplativa, en compañía inmaterial de poetas y filósofos extintos.

El duelo de los dos hombres a quienes todo separaba fue sañudo y largo. Al regresar de París -a donde fuera enviado por Urbina, amigo de la familia Montalvo, que era de raíz anti-floreana y marcadamente liberal-, el joven combatiente dispara su saeta:

> Déjeme hablar con claridad (dice en su carta a García Moreno,) hay en usted elementos de héroe y de...suavicemos la palabra, de tirano. Tiene usted valor y audacia, pero le faltan virtudes políticas.

Y después del desahogo, se hunde en sus numerosas soledades de Ficoa, pasea solitario por las campiñas ambateñas, empapa su alma de silencio en la quietud de Baños de Tungurahua.

García Moreno aludió más tarde, en versos de pésimo gusto, a la parálisis momentánea de don Juan. Cuando el polemista salió de su silencio mediativo, haciendo crujir el carcaj de *El Cosmopolita,* García Moreno le respondió con dos sonetos: *A don Juan, que volvió tullido de sus viajes sentimentales y Soneto bilingüe dedicado al Cosmopollino,* burdo gracejo que no alcanzó a penetrar la diamantina coraza del luchador.

La lucha comenzó.

García Moreno, el realista, se había propuesto etapas fijas de desarrollo político: períodos de ordenación, de consolidación y de construcción. Para conseguirlo, fueron quedando charcos de sangre en el camino: los fusilamientos de Jambelí, el suplicio de Juan Borja, la flagelación del general negro Ayarza, el fusilamiento de Maldonado y Viola, el fusilamiento del cabecilla indio Daquilema que representó la sublevación de las clases indígenas explotadas, sobre las que la mano feudal de García Moreno cayó pesada y dura.

Montalvo alzó su voz. Clamaba por libertad y decidió por el exilio. Desde Ipiales siguió combatiendo. Alentando a los jóvenes. Sembrando el amor a una libertad indeterminada y a un derecho ideal. Bárbaramente sincero, abnegado hasta el sacrificio, heroico en la constancia, se convirtió en un pedagogo del periodismo.

Nunca la prosa castellana había elevado el dicterio a tan alta categoría estética como bajo la pluma de don Juan. Prosa límpida, clara, sonora, que hería con la ironía y quemaba como cautin con la imprecación insuperable. Cevallos García singulariza con gracia el estilo montalvino al decir que si trataba de arrojar una mole de piedra sobre la cabeza del adversario, pulía el bloque con maestría a punto de lanzar una joya como arma contundente.

Las palabras del Profeta inerme alcanzaron a penetrar, subrepticiamente, en el gran monasterio inquisitorial que había construido García

Moreno en el país completo. Se insinuaron en las almas jóvenes. Alfaro, un mozo montubio bravo y tenaz, se lanzó al campo de la insurgencia bajo la égida de la prosa montalvina. Los universitarios de Quito, que contaban con altas y claras mentes como las de Roberto Andrade, Abelardo Moncayo, Cornejo y otros, se encendían de pasión de libertad y conservaron de por vida el culto del austero apóstol de vida política intachable, generosa y desinteresada que fue Montalvo.

Una oscura conspiración, a la que no fue ajena la mano de algún Yago pérfido y el resentimiento personal de un subalterno oscuro, dio ocasión a los jóvenes plutarquianos, imbuidos de recuerdos clásicos, para empuñar el puñal de Bruto y Casio, de Harmodio y Arisógiton. Y García Moreno cayó asesinado, el 6 de agosto de 1875.

Montalvo tronó a la distancia: "Mi pluma lo mató". Gran gesto romántico que no trasuntaba, sin embargo, una verdad completa.

Quince años había durado la etapa sombría. Los breves paréntesis de Ejecutivos tutelados, como los de Jerónimo Carrión y de Espinosa, no cuentan como gobiernos independientes, pues el Dictador sabía barrerlos del escenario con su dura mano de estadista inconmovible.

La recia dominación disciplinó el país en la superficie. Sembró el terror y hubo paz de las cadenas. Pero no alcanzó a matar los gérmenes de descomposición y de militarismo ni a ordenar el país desde dentro, moralizándolo y disciplinándolo como aseguran los panegiristas. La prueba es que, una vez roto el dique del miedo, reaparecen en escena los mismos males: militarismo, caudillismo, inmoralidad administrativa.

En quince años de dominación se puede transformar internamente un pueblo. Alzar su economía es sólo un aspecto; darle conciencia moral y política, otro. García Moreno, gran constructor material, rápido en la acción, probo, ejemplarmente desinteresado en aspectos económicos, enamorado de la técnica, abordó aspectos, aspectos fundamentales de la vida material: organizó la Politécnica con sabios extranjeros, en su mayoría jesuitas; aumentó las escuelas, si bien con el propósito de arraigar en ellas una enseñanza que perpetuara su sistema político; inicio

caminos, contrató la iniciación del ferrocarril Guayaquil-Quito; aterrorizó a los ladrones; moralizó la administración, y hasta humilló frecuentemente al clero nacional, bajo pretextos de moralización, mientras se aferraba al ejército invisible de su clerecía extranjera.

Marieta de Veintemilla, la bella "Mayasquerita" cuya vida intensa espera una gran novela que la pinte, dice, con frase varonil y cáustica, en sus *Páginas del Ecuador*, respecto de García Moreno:

> Llevaba su estrictez, en lo tocante al manejo de las rentas, a un grado tal, que pudiendo hacerse millonario, jamás salió de la mediana riqueza patrimonial...No hay bestia más limpia ni que conserve su piel más lustrosa, que el tigre... Sin embargo, sus fauces abiertas inspiran horror...manan sangre.

Era, en efecto, pulcro García Moreno. En contraste con él, Ignacio de Veintemilla, el general que sustituyó al débil civil Borrero, elegido a la muerte de García Moreno, era brutal e intenso, sin otro destello de gracia que la que sobre él reflejaba la bella "generalita".

Las esperanzas del liberalismo, que se había ido formando soterradamente durante los años de la dominación garciana, afloran a la muerte del Dictador. Borrero fue el símbolo de esa esperanza. Con Benigno Malo y Mariano Cueva había sostenido dura batalla contra el Dictador, proclamando, en las páginas de *El Constitucional*, la eficacia de las leyes frente a la teoría garciana de la insuficiencia de las mismas y la necesidad del gobernante sumiso a la Constitución en vez de la doctrina del hombre necesario que se sobrepone a ella, como había hecho García Moreno.

Borrero, electo en sufragio popular libérrimo, no se atrevió ante la magnitud de las fuerzas del garcianismo organizado. Transigió. Mantuvo la *Carta de Esclavitud* y las instituciones garcianas. Las fuerzas liberales nuevas no alcanzaban a significarle un apoyo suficiente frente a las fuerzas reaccionarias que García Moreno había organizado.

Montalvo, de regreso del destierro, comienza a rugir en *El Regenerador* contra la abulia del Presidente envuelto en la red de las fuerzas contradictorias. Seguía clamando por la libertad plutarquiana, la omnipo-

tencia de la ley y una justicia que no definía. Sólo más tarde, y como una iluminación momentánea, ve con claridad que las declamaciones son ineficaces en un medio en donde puede constatarse que los "ricos, los aristócratas, los soberbios, los amos por naturaleza que en todo tiempo y en todo país han sido los aliados del poder absoluto, oficiales de la tiranía", son los que gobiernan. García Moreno había sido sólo el símbolo y la expresión. El fundamento era ese: que las fuerzas feudales ("los ricos, los aristócratas, los amos por naturaleza") dominaban. Montalvo, con un gesto de amargura, corre a su rincón sonoroso de espumas y de vientos, a Baños, a sumergirse en un suave hondón de silencio.

Las fuerzas capitalistas liberales, que se alineaban en el puerto exportador y burgués, contrapuesto al feudalismo cerealista de la meseta, llamaron al solitario. Alfaro llegó de Centro América, glorioso y batallador. Las plumas jóvenes se ensayaban en *El Popular*. La batalla estaba en avance y Montalvo acudió a ocupar su puesto directivo. A organizar, en definitiva, la revolución liberal, ya que no se había logrado por vía constitucional, la reforma. Pero el resultado de esa revolución fue otra dictadura: el 8 de septiembre de 1876 se proclamó al "liberal" Ignacio de Veintemilla como Jefe Supremo en Guayaquil.

Veintemilla en el poder destruyó todas las esperanzas. Había vuelto el militarismo: Urbina y Robles, el binomio contra el que combatiera García Moreno en 1859, estaban a su lado. Y Veintemilla se despeñó en la tiranía sin finalidad, en el abuso sin objeto, en las depredaciones sin causa.

Montalvo fue desterrado. En la soledad añora nostálgicamente la patria lejana y evoca con tristeza al hombre a quien había creído matar con su pluma:

> García Moreno (escribe en 1878). ¡Qué hombre! Este sí: ¡Qué hombre! ¡Nacido para grande hombre, sin ese desvío lamentable de su naturaleza hacia lo malo! Sujeto de grande inteligencia, tirano sabio, jayán de valor y arrojo increíbles, invencionero, ardioso, rico en arbitrios y expedientes, imaginación socorrida, voluntad fuerte, ímpetu vencedor. ¡Qué lástima! García Moreno hubiese sido el primer hombre de América si sus poderosas facultades no hubiesen sido dedicadas a la obra nefanda de la opresión y la tiranía.

Eran los funerales de Héctor tras la furia de Aquiles

Cinco años después, mientras Montalvo comía hambre y bebía sed en París, cayó Veintemilla: el 9 de julio de 1883. Montalvo, quien lo había dejado colocado para siempre en la picota de escarnio de *Las Catilinarias*, no pudo exclamar ya: "Mi pluma lo mató". Veintemilla escapó y el caos vino.

Veintemilla representa, en esa etapa transitoria, el tipo puro del gendarme. Frente al dicterio candente y furente de Montalvo, Mera el conservador lo define:

> Veintemilla hombre sin talento, pero no el ser abrutado que vemos en el retrato que de él ha hecho la prensa apasionada: completamente desprovisto de instrucción, pero sagaz y astuto: extraño a la política hija del patriotismo y la generosidad, pero dotado de no común instinto para manejar la cosa pública como negocio propio, no fue la masa blanda que los liberales deseaban para servirse de ella.

Mas así como traicionaba las aspiraciones liberales, ponía recia mano sobre el clero conservador. El mismo Juan León Mera cuenta en la obra *La Dictadura y la Restauración*, que hemos citado, que "el clero fue la presa de su política", y cita la prisión o destierro del deán de Riobamba: Vicente Cuesta; del canónigo Hurtado, del obispo Masiá de Loja: del obispo Ordóñez de Riobamba; del P. Moro, dominico italiano, y el peligro en que se encontró el ilustre González Suárez, quien "buscó la salvación en un escondite".

La Restauración fue, por lo mismo, un movimiento combinado de todas las fuerzas nacionales: liberales y conservadoras confluyeron sobre Guayaquil, en donde se había atrincherado Veintemilla, y el 9 de julio de 1883 acabaron con el dictador ignaro.

Surgieron tres fuerzas -¡otra vez la geografía en guerra!- que conspiraban al mismo fin: las de Eloy Alfaro en Manabí y de un gobierno plural en Quito. La convención de 1883 eligió un conservador garciano: don José María Plácido Caamaño.

El garcianismo puro se dividió. Caamaño resultó un García Moreno de juguete, innoble imitación del hombre de hierro quien parodiaba en gestos risibles.

> Este toma lo peor de García Moreno (escribe O.E. Reyes en su *Historia de la República*), abuso de poder, fiereza oficial, y combativo clericalismo. Hace, además, fusilar conspiradores. Y también consagra ruidosamente la República al Sagrado Corazón de Jesús, procediendo en sus devociones católicas como un monaguillo.

El garcianismo había sido una tesis de dominación dura de castas feudales a cambio de bienes materiales y de organización administrativa. En este sentido un sector del conservadorismo se llamó "progresismo". Es decir, progreso material, obras públicas, construcciones, a cambio del mantenimiento del status económico del latifundio y de la vida mísera del indio. El hombre simbólico del progresismo es don Antonio Flores Jijón, gran administrador, diestro en el manejo de la cosa pública, promotor de obras de importancia y prolijo en el manejo de la Hacienda pública. Flores fue el sucesor de Caamaño.

El gobierno de Caamaño duró hasta 1888. Fue el período de la lucha violenta. Alfaro inició su acción heroica de guerrillero, la acción épica que levantaría la austera personalidad del caudillo. Y frente al liberalismo guerrillero y bravo, el conservadorismo exhibió su ferocidad brutal: los fusilamientos de Nicolás Infante y del héroe esmeraldeño Luis Vargas Torres sellaron con sangre el pacto de lucha hasta la muerte.

El período de gobierno de Flores, hasta 1892, suavizó la contienda. Pero al subir al poder el "progresista" don Luis Cordero se encendió nuevamente la chispa de la discordia civil. Cordero era un poeta. Versificador fácil y epigramático, finamente irónico. Mas José María Plácido Caamaño, el hombre duro del conservatismo feudalista, estaba a su lado. Como gobernador de Guayaquil, organizó la "argolla", el círculo familiar de gobierno, que cayó hecho pedazos el 5 de Junio de 1895, que señala el primer día del liberalismo en el poder.

DRAMA Y PARADOJA

LA HOGUERA BÁRBARA

El escritor ecuatoriano Alfredo Pareja Diezcanseco describió la vida apasionante del caudillo liberal Eloy Alfaro bajo un título expresivo: *La hoguera bárbara*. La alusión literaria iba certeramente dirigida hacia el final trágico: la pira en que el conservatismo popular y el liberalismo tránsfuga incineraron al héroe sacrificado.

Pero hay un sentido más profundo: la época liberal hasta el momento de la muerte del caudillo fue una hoguera bárbara de pasión. El país entero ardió. Llamarada trágica que iluminó medio siglo de combate. Hoguera de vivac en los campamentos levantados por azules y rojos.

No vamos a describir la peripecia heroica. Ni a trazar la semblanza del caudillo bravo y hazañosa. Alfaro fue un símbolo. Símbolo grande. Ejemplificación magnífica. Pero símbolo y expresión de hechos más profundos que la hazaña máscula.

La lucha liberal fue una expresión superlativa de la guerra de la geografía, que era, en sí misma, guerra de la economía contrapuesta. El ritmo político fue eco de una causa económica: la dualidad de producción regional. Y si García Moreno encarnó la unión del clero latifundista y la aristocracia dirigente en un formidable empuje de organización de un país

segmentado y anárquico, Alfaro fue la materialización del capitalismo bancario naciente, de la economía de exportación de la zona litoral, de la política burguesa recién nacida, con el sentido liberal que es, históricamente, su expresión y su forma.

Sería superficial mirar la guerra de la geografía como una lucha de conscientes y odiosos regionalismos: la guerra de la geografía fue expresión de contenidos económicos. Y el duelo ha durado largo. Se ha emboscado bajo fórmulas diversas. Se ha erizado de odios provincianos y de patriotismos de campanario. Mas, en sí mismo, el fenómeno político ecuatoriano, con su dramatismo y su pathos ardiente, es sólo consecuencia de un determinismo económico que no ha sido comprendido en su profundidad y su sentido.

La Colonia, dijimos, tuvo un tipo feudal: explotación del hombre como parte de la tierra; el indio sometido a tributos personales y servidumbres pesadas; la producción autárquica de pequeñas unidades de autoconsumo; creación de un artesanado mestizo al par que ausencia de proletariado; la falta de clases medias, burguesas, con sentido capitalista, en un país en donde la estructura clasista se debía a castas jerárquicas basadas en diferencias de color y de rango, es decir, en castas feudales; desarrollo de una economía cuasi natural en la que los signos monetarios no tuvieron importancia ni se hizo posible un sistema bancario; ausencia de capitalismo comercial y reducción de éste a un tipo usurario o de préstamo; importancia del clero como terrateniente: tales son los rasgos coloniales que la República dejó intactos.

La región litoral casi no tuvo importancia en ese régimen en que la exportación era nula y la importación se limitaba al comercio con España y al activo contrabando. El ejemplo de la ruina de los productores de cacao es ilustrativo. La región litoral apenas si tuvo como base de su producción el aguardiente, las panelas, el azúcar producido en pequeña escala de uso doméstico, las maderas y la industria de astilleros navales.

La independencia cambió el régimen ecuatoriano. La serranía, con su agricultura cerealista, su producción a base de mano de obra india y su industria textil agarrotada por el obraje semiesclavista, sintió el contra-

golpe de una nueva economía de comercio libre. Ya hemos citado el reclamo de los manufactureros quiteños encabezados por el coronel Montúfar, frente a la competencia de artículos textiles que se introducían a favor de la libertad de comercio: competencia ruinosa para el productor, antes amparado por la prohibición de comerciar con otro país que no fuera España.

Inglaterra, ya altamente industrializada, Estados Unidos en menor escala y también Francia, llenaron de productos más baratos y mejores el mercado americano, como hemos visto por el informe del capitán Luneau.

La reacción defensiva fue la de procurar mantener el status colonial de la vida indígena y del trabajo esclavista. En vez de transformar y mejorar los sistemas de producción, se organizó el feudalismo latifundista bajo formas políticas conservadoras, y el clero, latifundista también, se trocó en su aliado.

La región litoral sintió el contragolpe económico de la Independencia de modo diverso. Para ella significaba la posibilidad de exportar libremente y de importar más barato. La serranía se defendió un poco por la dificultad de penetrar por los fragosos caminos con el producto del mercado externo: el costo de transporte a lomo de mula, por caminos difíciles, en largas y peligrosas travesías de selvas y montaña que duraban hasta doce días para alcanzar la capital, protegía un tanto al productor serraniego de la competencia. En tanto que el litoral, situado a la lengua del agua, recibía más fácilmente y más baratos los productos exteriores.

Por lo mismo, la región litoral desenvolvió pronto un sistema comercial de tipo mercantilista, con activo capitalismo bancario. El auge del cacao marcó las diferencias económicas.

Las estadísticas de la producción de cacao -fuente principal de exportación costeña- hablan más elocuentemente que las proclamas de los caudillos y tienen mayor significación que el recuento de los combates.

En 1877 la producción de cacao llegó a 214.100 quintales: esto ocurría un año después del movimiento "liberal" de Guayaquil que se frustró por la traición de Veintemilla a los ideales que preconizaran

Montalvo y sus amigos. Entre los años 1879 y 1880, llegó a subir más. En este último alcanzó la cifra de 347.220 quintales. Decrece un poco en los años subsiguientes hasta 1886, en que vuelve a subir a 416.523 quintales. Vuelve a bajar hasta 1893, en que sube a 433.851 quintales. Desde 1895, en que se realizó la revolución liberal de Alfaro en Guayaquil, ya no hay descensos fuertes y alcanza progresivamente las cifras crecientes: en 1904, un año antes de la Constitución liberal por excelencia, que revela la consolidación del partido, llega la producción a 613.400 quintales. Diez años después en 1914, alcanza a 971.700 quintales. En 1916 a la cifra máxima que ha tenido el Ecuador: 1'079.200 quintales, altura que no volvió a alcanzar. Desde esa fecha, hasta 1922, en que se produce la primera crisis social y el primer movimiento obrero, baja a 877.400. En 1926, un año después de la revolución de julio, que le hace perder al Litoral su hegemonía política, la producción había bajado a 447.000 quintales.

El cacao fue, hasta 1925, la fuente única de riqueza exportable. Y, naturalmente, creó un sistema bancario capitalista para el manejo de los negocios de exportación y de importación.

En 1892, el célebre viajero Edward Whymper, en su libro titulado *Viaje al través de los Andes del Ecuador,* cuenta que existían dos bancos con capacidad emisora: el de Quito y el del Ecuador de Guayaquil, y relata la graciosa anécdota de que el de Quito le quiso cobrar intereses sobre los depósitos en efectivo que había hecho el viajero en su cuenta corriente, alegando que "era su costumbre".

En 1894, dos años antes de la revolución liberal, se fundó el banco llamado a posterior e indisoluble maridaje con los regímenes nacidos de la revolución y llamados liberales: el Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil, que desde 1902, siete años después de la revolución, estuvo manejado por el hombre de mayor capacidad financiera que produjo el país en el primer cuarto del siglo XX: don Francisco Urbina Jado, hijo del general célebre.

La rica burguesía guayaquileña se componía de cosecheros de cacao o de opulentos comerciantes de importación y exportación. Los

intereses de esta clase estaban, naturalmente, en abierta contradicción con los de la meseta autárquica y feudal. Guayaquil fue la cuna del liberalismo y la ciudad matriz de la hazaña. Tuvo que subir marcando con cadáveres su ascenso a la meseta. Que imponer el liberalismo a balazos. Que sostenerse en el poder a tiros y sable. La meseta le opuso una resistencia tenaz y brava. La guerra latente de la geografía cobró el carácter de un drama sombrío y cruento.

El liberalismo de 1895 no fue el liberalismo declamatorio y ampuloso, pero sin contenido, del precursor Montalvo, que encendió la chispa del amor a la libertad en el corazón de Alfaro. Mas el montubio guerrillero tenía un sentido práctico de que careció el profeta ululante. Alfaro era hombre de acción. En las treguas de la lucha, hacía fortuna como comerciante y luego gastaba -con magnífico idealismo- el dinero ganado, en su propósito tesonero. Tenía el sentido práctico, económico, del hombre de mentalidad burguesa capitalista, la visión sencilla, pero aguda, de los problemas, que caracteriza al campesino astuto. La energía del hombre de guerra. Y la firmeza realizadora del estadista.

El 5 de Junio de 1895, cuando Guayaquil proclama a Alfaro como Jefe Supremo y lo llama para que se haga cargo del poder, se planteó una guerra de regiones; pero no nació el regionalismo: era guerra de economías regionales más que de regiones. El viejo duelo de la selva y la montaña, que en la etapa primitiva había condicionado con determinismo geográfico inexorable la diversificación nacional, se convertía en lucha de economías, en determinismo materialista de factores de producción.

Luciano Andrade Marín, en su obra *El Ecuador minero, el Ecuador manufacturero, el Ecuador cacaotero*, señala tres etapas de vida económica ecuatoriana: la de "vida mineral" que comprende desde 1534 hasta 1640, caracterizada geográficamente por la producción aurífera de los placeres; la etapa de "vida pastoril", desde 1640 a 1740, caracterizada geográficamente por el "rendimiento sólo de la alta región interandina de las cordilleras", y la etapa de "vida tropical" que se prolonga hasta 1920, que geográficamente corresponde al "rendimiento de las llanuras tropicales occidentales".

La última etapa, que él anticipa a 1740, en el supuesto de que ya en ese año se exportó a España entre 35 y 40.000 cargas de cacao, se acelera únicamente por la libertad de comercio adquirida por la independencia respecto de España o sea al fin de la vida colonial, en que, como hemos visto, la exportación de cacao sigue un ritmo creciente.

La producción de la meseta no se alteró ni en calidad ni en sistema de modo sensible. No tenía productos exportables dentro de su agricultura cerealista y se sentía hostil a recibir productos importados por la competencia que hacían a su producción textil hecha a base de obrajes semiesclavistas.

Esta contraposición económica regional no significa que en la región litoral no existiera el latifundio, ni que careciera de tipos feudales de producción agrícola. El latifundio existía y existe. El sistema feudal es el que se encuentra modificado aun cuando la explotación del campesino se hizo y se hace de modo riguroso.

Mas no existía el indio, ese instrumento de producción de la agricultura de la meseta. Y si bien al sembrador y al concierto se le imponían condiciones semifeudales de producción, el ritmo general de la economía costeña tendía a un capitalismo comercial que tímidamente entraba en ruta de reformismo liberal.

Alfaro, que subió a la meseta a imponer el liberalismo capitalista con huestes de mulatos bravos y de negros -también el heroico general Montero sacó de las montañas de Bulubulu y Taura sus lanceros formidables-, llevaba un nuevo sentido político. Un liberalismo ya nutrido de ideas; liberalismo que, por desgracia, se encontraría pronto trabado por las fuerzas reaccionarias, que no cesaron en su insurgencia, y por el transfugio de muchos de los elementos recién ingresados al partido triunfante.

Alfaro vio, ante todo, el problema básico: el estado de la producción a base de mano de obra indígena. Viejo problema obstaculizado por el conservadorismo económico y político desde los días mismos de la Independencia.

> Los latifundistas son siempre conservadores (ha escrito el banquero Luis Napoleón Dillon en su obra *La crisis económico-financiera del Ecuador* y agrega:) el Libertador quiso poner algún orden en las finanzas fiscales y, al efecto, dictó varias disposiciones acertadas y, entre ellas, una nueva ley de impuestos internos más justa, más humana y más científica que los anticuados y bárbaros sistemas coloniales; pero (como ahora) se levantó grita tremenda por los hacendados, quienes afirmaban que los indios no querían trabajar más porque se les había suprimido el tributo y las mitas y Bolívar hubo de restablecer el primero a su vuelta al Perú a ruego de los señores Valdivieso, Chiriboga y Miño de Quito.

El 18 de noviembre de 1831, un año después de haber nacido la República, el ministro de gobierno de Flores, Valdivieso, dirigía una circular en la que, considerando que es

> uno de los principales deberes del Gobierno promover por todos los medios que están a su alcance cuanto favorece a la Industria y a la Agricultura que tanto conducen a la prosperidad pública y debiendo evitarse los abusos que diariamente se experimentan de parte de los indígenas conciertos de las haciendas, quienes se permiten libremente abandonar los fundos a que han sido destinados y pasar a otros inmediatos... "para conservar el buen orden que debe observarse", (se resolvía) que los indígenas conciertos están obligados a cumplir *religiosamente* con las calidades del concierto sin serles permitido quebrantar el contrato.

Ya hemos citado la queja humana y patética del Padre Clavijo, docto y santo religioso mercedario, quien hizo circular en 1822, poco después de la batalla de Pichincha, un escrito en defensa de la raza india que conmovió el ánimo de Bolívar. El Congreso de 1832 trató, inútilmente, de refrenar el abuso del concertaje y abolió -teóricamente- la pena de azotes. El Congreso de 1857 decretó - ¡cincuenta años de la emancipación!- la abolición de tributos de indios.

Alfaro, desde sus primeros momentos se preocupó del problema indígena. El 18 de agosto de 1895, dos meses después de la transformación política liberal hallándose Alfaro en campaña dio un decreto que exoneraba a los indios de la contribución territorial y del trabajo subsi-

diario. Y el 3 de octubre del mismo año, cuatro meses después de la revolución, Alfaro, como Jefe Supremo, dirigía a los gobernadores la circular siguiente:

> Desde mi llegada a Alausí he venido oyendo quejas constantes y revelaciones conmovedoras acerca de la suerte tristísima de la raza primitiva y de la crueldad con que generalmente se la trata. Y ha llegado a sorprenderme, en toda su repugnante desnudez, esta novedad tradicional, de que los antiguos pobladores del Nuevo Mundo son en esta región lo mismo que fueron en los tiempos de Pizarro... Es necesario que tan monstruosa excepción desaparezca, que la República sea consecuente consigo misma y que nuestra civilización no tenga anchurosos aspectos de barbarie. Así, mientras nuestros legisladores elaboran leyes prácticas en favor de nuestros.....parias. Leyes que los levanten de la abyección en que yacen a la dignidad de hombres libres, en posesión de todos los derechos propios de seres racionales, quiero que usted imparta órdenes severas a todas las autoridades que le están subordinadas para que el infeliz indio sea tratado como lo exigen los sentimientos humanitarios de la civilización moderna, y castigue rigurosamente a los que, abusando de su autoridad, maltraten de cualquier modo a nuestros hermanos, desheredados e injustamente vilipendiados.

El sentimiento protector del indio se revela en las mentes liberales. El eminente don Abelardo Moncayo, uno de los jóvenes del tiranicidio de García Moreno, escribe en 1895 uno de los documentos más conmovedores que se han publicado acerca del indio. Con su observación aguda, acumula hechos que son más patéticos que las páginas de la novela realista contemporánea. Ese documento es "El Concertaje de indios", recogido en su libro *Añoranzas.*

No resistimos la tentación de transcribir algunos de esos párrafos dolorosos y profundos:

> Capítulo de acusación abrumadora para el conservatismo es el estado actual del indio. Para el hacendado, para el cura, para el sacristán, para la carga y el cuartel, para la policía y el presidio, para todo ha tenido indios el terrorista; menos para la civilización

> y la Patria...La condensación de todas las sombras y miserias posibles, el envilecimiento ambulante, la ignorancia en su más simple expresión, el servilismo en su último grado... he aquí el indio, he aquí la obra maestra de la cristiana, de la eterna dominación conservadora.

Y entra a describir el concertaje, que es "realmente el asesinato del alma":

> El documentillo o sea el acta de la esclavitud del indio nos habla de cuatro años apenas, pero forzosos. ¡Mentira! Ni necesidad tienen los malvados de renovar el acto: unas cuantas mazorcas de maíz, dos varas de lienzo o jerga en finados o principios de año bastan para que, según el Reglamento, siga el concierto con su cadena... En torno del indio todo sube de precio y más el de las especies que por socorro le arrojan. Junto a él los trabajadores iguales suyos, esto es, los indios sueltos, por idénticas labores, perciben el triple y aun el cuádruplo de su jornal. Pero con el gañán no hay tipo alguno razonable, ni principios económicos, ni proporción entre la oferta y la demanda. Para él, bajo la dominación de Gonzalo el magnánimo y la del más magnánimo Cordero, todo es lo mismo: cinco centavos diarios.
>
> *Cuentayo,* obligado está a hacerlo el concierto; esto es, día y noche ha de vigilar y contar el ganado, regar las dehesas y cerrar todo portillo: las bestias del potrero (curarlas, lavarlas, etc.) son de su incumbencia; y desgraciado de él si alguna muere o desaparece, pues que, el día de las cuentas, ya aparecerá, pero en el Libro y duplicado su valor. Y esta labor no es del gañán solo: el cuentayo sirve con su mujer, ella todas las mañanas en el ordeño; de ella la venta de los efectos en el mercado, así como de los hijos el cuidado del ganado chico, de los terneros; y todo ello por los cinco centavos diarios y abonados únicamente al marido, si de ochenta cabezas no pasa el rebaño.
>
> El concierto, en turno con sus colegas, sirve de *huasicama:* suyo por consiguiente el aseo de la casa y el cuidado de las bestias de la pesebrera: suyo el servicio adentro y fuera del cortijo de día y a cualquier hora de la noche. Él para recados, para compras en el pueblo vecino, para todo quehacer imprevisto: él para sacarle las

> niguas a la patrona, para llevarla al baño, para rascarla. Y como por costumbre inmemorial la esposa ha de acompañar necesariamente al huasicama, de ella el servicio de la cocina, y el acarreo de la leña, la conservación y ceba de cerdos, gallinas, etc.; de ella, y sin descanso, lo más pesado, lo más fatigoso, lo más bajo; y algo más: de ella la obligación de traer por su cuenta y riesgo los trastos necesarios para estos servicios... y todo, todo, apenas por los cinco centavos diarios, abonables sólo al huasicama.
>
> ...la inhumanidad elevada al cubo, la ansiedad sin otro límite que lo infinito, el imperio mismo de la muerte; o como si dijéramos, el Ecuador en miniatura bajo los terroristas: eso es el obraje en esta zona; y en ellos, en los obrajes, ni siquiera los cinco centavos diarios.
>
> Trabaje, en una palabra, el gañán cuanto trabajare, catorce sucres anuales no gana jamás; luego, cinco centavos por cada doce horas de trabajo, robo innegable; y mayor robo todavía ese mismo jornal para cuentayos y huasicamas; y el colmo del robo, el colmo de la abominación el obligar a toda la parentela del concierto, especialmente a su esposa, a un trabajo ímprobo y siempre sin remuneración.

Este cuadro sombrío de la situación indígena en 1895, fecha de la transformación liberal, encuentra eco en algunas mentes claras, como la del novelista y político Luis A. Martínez, autor de la novela *A la Costa* y en la de sociólogos y filósofos. Belisario Quevedo, gran corazón y gran inteligencia, escribe:

> El concertaje es la cadena al pie que vuelve ridículos y dolorosos los aletazos que damos en nuestro afán de volar hacia regiones mejores. (Y agrega:) Mientras en los campos haya siervos, en las ciudades habrá villanos. No pueden coexistir el siervo medieval y el libre ciudadano moderno.

Don Carlos Tobar y Borgoño, en magnífico trabajo publicado en la *Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria,* aborda el tema con humanidad y sapiencia. Y el doctor Agustín Cueva fue un brillante defensor de la ley protectora del indio.

Pero el liberalismo inicial tenía que luchar con demasiadas fuerzas contrarias: Alfaro, desde el poder, pasó su primera administración debelando las insurrecciones de los conservadores. Sólo la primera administración de su lugarteniente Leonidas Plaza, quien le sucedió en el poder, se caracterizó por el sentido ordenador y progresivo: ley de cultos, de matrimonio civil, de manos muertas o sea de bienes eclesiásticos secularizados. Tuvo que luchar Alfaro contra sus propios hombres. Contra la menuda rencilla y la burocratización irremediable. Sin embargo, en medio de la lucha, dejó obra perdurable y definitiva; si bien no alcanzó a destruir las bases feudales y coloniales de la existencia ecuatoriana.

La Constitución de 1906 fue obra de clarificación ideológica. Separó la Iglesia del Estado, estableció el laicismo, confirmó las libertades públicas y las garantías ciudadanas, se acordó del indio. Pero las fuerzas internas eran demasiado violentas. Alfaro se precipitó en el error. Por grandes que fueran sus cualidades de estadista y su gran corazón de patriota, se vio arrastrado por la vorágine. Se manchó con la sangre de inocentes fusilados. Los garroteros apalearon periodistas. El 25 de abril de 1907 se asesinó a la juventud universitaria en Quito. Cerró imprentas. Era la exasperación. Y la "alfarada", la turbia masa de militares alzados, los menudos caudillos, los políticos de oportunidad, amagaban desde dentro tanto como desde fuera le cercaban las fuerzas reaccionarias. La sed de poder no fue en Alfaro resultado natural de ambición, sino angustia de realizar la obra anhelada.

Su obsesión fue unir el país mediante el ferrocarril Guayaquil-Quito, nexo de unión de capital y puerto, de sierra y litoral, de trópico y montaña, que debía dar al Ecuador vertebración e integración, complementación de economías en vez de guerra de economías. Mas hasta esa obra era combatida. Los reaccionarios llegaron a combatirla porque llevaba a la sierra ecuatoriana los gérmenes de la impiedad. Los liberales disidentes, por motivos de algarada. Los tránsfugas metidos dentro del liberalismo para traicionarlo, por crear el escándalo.

El país fue una hoguera. Revoluciones. Motines. Pasquín infecto. Calumnia. Guerra civil y amago de guerra internacional. Montoneras de subalternos osados. Descomposición del militarismo machetero, bravo y hazañoso, pero indisciplinado y tumultuario.

Nadie pudo probar, sin embargo, ni deshonestidad ni codicia en el caudillo. Ambición quizás: noble ambición de realizar trabada por errores propios y más aún por ajenos, que le llevó a la burla de los principios democráticos y a la vivencia del cuartelazo como instrumento.

Hoguera bárbara, en suma. Gran hoguera de pasión. Y cuando el anciano caudillo, el glorioso Viejo Luchador, antes ídolo de sus masas tropicales de mulatos costeños cayó en la trampa de una oscura revolución de cuartel preparada por el machismo ilimitado del general Montero, las tropas "constitucionales" desandaron el camino triunfal. Hicieron la contrarruta de la campaña liberal: de la serranía al trópico. Fue vencido. Conducido preso. Se preparó el asesinato. La prisión construida por García Moreno, el penal panóptico de Quito, que era una fortaleza, fue tomada sin combatir por las turbas azuzadas por clericales fanáticos y por liberales tránsfugas. El cuerpo del caudillo liberal fue arrastrado de un extremo a otro de la ciudad. Se le reventó el cráneo y saltaron los sesos al golpear contra las agudas piedras. Y en torno de la hoguera encendida en el verde ejido del norte quiteño, en donde hoy se levanta un parque rodeado por un barrio señorial, ardió la pira en que quemaron el cuerpo magro y pequeño del Viejo Luchador.

Hoguera bárbara: 28 de enero de 1912.

En ella, desgraciadamente, no se purificaron las pasiones, las ambiciones y las luchas.

EL BECERRO DE ORO

El liberalismo, en su primera etapa, que terminó junto a la pira del holocausto, se dejó llevar hacia el terreno que convenía a los intereses feudales: hacia la lucha religiosa.

Tuvo que ser forzosamente, anticlerical, porque el clero fue el aliado principal de la reacción feudalista. Y en vez de enfocar las bases económicas para el análisis clarificador, se trocó en un jacobinismo turbio, insolente y descreído en la forma, listo a pactar con el clero en el fondo. En vez de fundamentar su acción sobre objetivas reformas que destruyeran la base colonial de la existencia ecuatoriana se entretuvo en la

diatriba polémica en torno de simples cuestiones de conciencia, enteramente subjetivas e individuales.

Económicamente, como no correspondió a un capitalismo industrial -que hubiera requerido amplias masas consumidoras y un salario diestro- sino a un capitalismo bancario, no tocó el problema de la liberación económica de las masas indias y del campesinado montubio. Y, consecuente con su carácter de capitalismo puramente bancario y de comercio exportador, se identificó pronto con el problema monetario, que es sólo un aspecto o una resultante del problema total. El maleficio continuó hasta los días presentes.

Trajo, también, la identificación de los intereses "liberales" con los intereses de la banca guayaquileña que amparaba negocios de exportación y de cambio internacional.

> Los negocios de la Banca ecuatoriana (escribe Belisario Quevedo) pueden dar material para un grueso volumen que sería la historia de los quebrantos del Estado ecuatoriano.

Y el banquero Víctor Emilio Estrada, hombre de sentido progresista y de indudable versación económica, dice:

> Hasta 1925 la influencia de los Bancos en la vida político- económica del Ecuador, fue clara y evidente (y acentúa su) influencia perniciosa en la política, en la designación de los grandes cargos y en la legislación congresil.

El sistema monetario ecuatoriano fue, hasta 1884, bimetalista y el sucre tenía una equivalencia de 48 peniques ingleses. En 1898 se cambió al talón oro y se realizó un primer reajuste monetario que fijó el tipo de cambio de un nivel próximo al corriente (21 peniques por sucre) haciendo la estabilización sobre la base de la identidad del cóndor ecuatoriano de oro con la libra inglesa y del sucre en una equivalencia de 24 peniques.

La facultad emisora de los bancos privados se consagró en la ley con la restricción de que las emisiones debían llevar un 50% de respaldo de oro para billetes convertibles.

En 1892 cuenta el viajero Whymper que uno de los "negocios" bancarios era el rechazar los billetes emitidos por ellos cuando estaban demasiado viejos o rotos.

En 1894, un año antes de la revolución liberal, se creó el Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil, con facultad emisora, y esa institución se convirtió en la base económica de la exportación, de la industria y del comercio guayaquileño. Pero comenzó, de inmediato, a emitir más billetes que su respaldo legal: en 1896, tenía ya una circulación clandestina de 2'143.634 sucres, según los informes que dio en 1925 la comisión fiscalizadora.

El auge bancario estimuló la producción cacaotera y es esa la causa de la curva ascendente que hemos citado antes. Y, al mismo tiempo, fue aumentando paulatinamente el total de circulante. En 1900, cinco años después de la revolución liberal, el total de circulante (circulación y depósitos) ascendió a 12'071.000 sucres. En 1905 subió a 15'282.000 sucres. En 1910 ascendió a 23'000.838 sucres. En 1915 llegó a 27'046.000 sucres. En 1920, a 43'510.000 sucres. En 1925, a 71'373.000 sucres.

A la muerte de Alfaro, subió al poder el general Leonidas Plaza. Su administración fue duramente combatida y una revolución negra en Esmeraldas, acaudillada por el coronel Carlos Concha, mantuvo su gobierno en constante expectativa. La guerra europea de 1914-18 le tocó en parte.

El momento era propicio. Para mantener los gastos de guerra y hacer frente a la crisis, el Banco Comercial y Agrícola estableció una alianza indisoluble con el político. En ese año de 1914 obtuvo el Banco una ley especial a la que falsamente se llamó "moratoria", pues técnicamente era de inconvertibilidad del billete bancario. Y como el Banco Comercial y Agrícola era emisor, pese a ser un banco privado, comenzó una política de emisiones fuera del respaldo legal en oro.

El 31 de agosto de 1914 tenía el Banco Comercial y Agrícola una reserva de 154.990 sucres y una emisión de 9'650.820 en billetes. Como el respaldo debía ser de 50%, la emisión ilegal sumaba 9'340.840 sucres.

Al mismo tiempo que se facultaba la inconvertibilidad reconoció el gobierno su deuda al Banco, que ascendía en 1914 aproximadamente a cinco millones de sucres. Pero el *do ut des* se realizó desde entonces: el Banco prestaba dinero al gobierno (gobierno que él formaba y congresos cuyas listas él enviaba) y emitía más billetes para hacer los préstamos. Como no había convertibilidad, adquirían los billetes una circulación forzosa sin peligro de quiebra bancaria, pero con gran depreciación de la moneda.

Los déficit presupuestarios fueron llenados con un procedimiento mágico: mover un botón de las prensas fabricantes de billetes. El cuadro paralelo que trae Luis N. Dillon en su obra *La crisis económico-financiera del Ecuador,* es revelador:

Año	*Déficit efectivo (en sucres)*	*Deuda interna (en sucres)*
1914	2'936.000	15'229.458,69
1915	3'126.000	17'127.497,64
1916	1'971.000	18'658.987,64
1917	1'690.000	18'827.785,31
1918	1'872.000	20'720.517,77
1919	3'007.000	22'472.643,90
1920	2'702.000	25'449.148,83
1921	2'824.000	28'263.175,21
1922	6'900.000	32'239.103,09
1923	8'319.000	35'606.921,41
1924	9'546.000	39'834.541,70
1925	1'803.000	38'500.680,23

A medida que aumentaba la deuda, aumentaba también la circulación de billetes sin respaldo legal: en 1925 la deuda del gobierno al Banco Comercial y Agrícola era de 21'000.000 de sucres y los intereses capitalizados de 11'000.000 de sucres. El circulante ilegal había subido a 18'037.100 sucres.

La balanza comercial se mantuvo favorable. En 1914 hubo 9'450.000 sucres a favor de la exportación. La guerra europea no afectó mayormente la exportación, dada la demanda del cacao como alimento del soldado y el alza del precio. Y aun la postguerra no hizo fluctuar mayormente, hasta 1922, la balanza en sentido desfavorable. En cambio la producción de cacao comenzó a bajar desde 1916: de 1'079.000 quintales bajó a 1'008.000 quintales en 1917, a 819.100 en 1918, a 826.000 en 1919, a 865.000 en 1920, a 884.900 en 1921 y a 877.000 en 1922. Desde 1918 se va derrumbando, por efecto de la peste llamada "escoba de bruja", hasta bajar en 1932 a sólo 247.000 quintales, es decir, casi lo mismo que en 1877.

Las emisiones crecientes de dinero para préstamos administrativos, el descenso de la producción de cacao, el alza de los precios externos, produjeron su impacto en la economía nacional de modo distinto: la región litoral, productora de divisas, lo sintió menos que la región interandina de tipo autárquico, de consumo doméstico.

La consecuencia inevitable, que tenían que sentir ambas regiones económicamente diferenciables, fue el alza del tipo del dólar, al depreciarse el sucre, y el alza del costo de la vida. La paridad monetaria que había sido de dos sucres por dólar fue alterándose: en 1914 era de 2.06. En ese mismo año, subió cuatro puntos. En 1922 había subido a 3.43 la paridad cambiaria.

La consecuencia de esa situación fue la agitación social. El 15 de noviembre de 1922 se produjo el primer movimiento obrero coherente y organizado. Gobernaba como presidente el doctor José Luis Tamayo, y en Guayaquil, como ministro sin cartera y eminencia gris, Carlos Alberto Arroyo del Río, plutócrata abogado de las castas aristocráticas, de la banca y de las compañías petroleras, más tarde dictador "constitucional" y efectivo perseguidor de las nacientes izquierdas. Frente al movimiento

estaban dos abogados de palabra brillante: José Vicente Trujillo y Carlos Puig. Detrás, como inspirador, un político de esguinces y sombras: Enrique Baquerizo Moreno, entonces enemigo y más tarde gobernador de Arroyo del Río. El saldo fue más de mil cadáveres de obreros asesinados en las calles de Guayaquil, niños, mujeres, ancianos, víctimas de una situación que había podido evitarse con tino y prudencia.

Los abogados, frente a la situación del naciente movimiento de masas, desviaron el objetivo. Pidieron dólar barato, como si esto se hubiera podido hacer con decretos. No tocaron el fondo mismo del problema. Y sobre los cadáveres aún sangrantes, se expidió un decreto que ha sido desde entonces el bálsamo de Fierabrás de los males económicos y el seguro medio de enriquecimiento de los políticos: el de incautación de giros oro. Los cuerpos de los hombres del pueblo fueron abiertos, cortados los haces intestinales con las bayonetas de los soldados y lanzados al río. Episodio que ha inspirado uno de los más bellos relatos contemporáneos: las *Cruces sobre el Agua*, del escritor comunista Joaquín Gallegos Lara, cuyo héroe, Alfredo Baldeón, es un símbolo de la lucha popular obrera.

La sangre obrera regada en las calles de Guayaquil, las cruces viajeras que sobre trozos de suave balsa flotante se lanzan cada año sobre las aguas del río, no fueron únicos resultados. Nacía, sin forma, un movimiento obrero. En Leyto, hacienda de la serranía, situada en la provincia de Tungurahua, se produjo, meses después -el 3 de septiembre de 1923-, un levantamiento campesino que también fue ahogado en sangre y acallado por los medios del sable y la metralla.

El capitalismo industrial y comercial de la serranía, que comenzaba a crecer, en pugna con el feudalismo agrícola, encontró un ejecutor de talento y de audacia: Luis Napoleón Dillon, gerente de la fábrica textil *La Internacional*, hombre de fuerte personalidad a quien no se puede imaginar sino en la tonante actitud de Zeus: con un puñado de rayos en las manos.

El descrédito del liberalismo, la influencia de los movimientos obreros, las lecturas de teorías extranjeras, la repercusión de la revolución

rusa, la propaganda de la III Internacional, hicieron nacer un nuevo movimiento: el socialismo, al que se adhirieron hombres de mentalidad capitalista progresiva, intelectuales enamorados de la novedad, y las masas obreras que comenzaban a romper su carácter puramente artesanal y a convertirse en proletariado industrial.

La angustia económica y el descrédito político del liberalismo trajeron también una nueva sensibilidad. El sentimiento regionalista se sumó a esa tendencia: había que destruir la "bancocracia" costeña. Y todos esos factores promovieron la revolución militar del 9 de julio de 1925.

El movimiento militar del 9 de julio de 1925 difiere de los movimientos anteriores: no fue militarista, sino civilista; no quiso el entronizamiento del caudillo, sino que entregó el poder a una Junta civil; no fue hecho por macheteros bravos, másculos y rudos, sino por académicos de sable; de mano enguantada, que realizaron el movimiento con la elegante pulcritud de una revolución hecha en un internado de educandas religiosas. Alguien dijo que se había hecho para levantar la "moratoria" del oro y decretar la moratoria del plomo.

Llevaba en sí un alto idealismo, tanto como carecía de medios de realización. Y la grímpola elevada sobre las barricadas del combate político fue la destrucción de la "bancocracia", la derogación de la "moratoria" o sea la inconvertibilidad del billete bancario, el saneamiento político del partido liberal, corroído por culpas innumerables, y la ordenación administrativa.

El teórico del movimiento fue el talentoso y dinámico Luis Napoleón Dillon quien, con trabajo vertiginoso, comenzó a poner en marcha su teoría bancaria frente a la práctica del ex gerente del Banco Comercial y Agrícola, Francisco Urbina Jado. Lucha de dos teorías económicas contrapuestas: la del valor intrínseco de la moneda y la del valor de la moneda como medio de transacción.

Los académicos de espada aceptaron la idolatría impuesta por el animador violento. El economista Dillon concreta así su tesis en la obra ya citada:

> El billete ideal sería aquel que estuviese respaldado por un valor idéntico en metálico; pero, por desgracia, generalmente no sucede así y se tiende a dejar un margen descubierto cada vez mayor (margen que respalda teóricamente el crédito de la institución emisora y su cartera) hasta llegar a extremos aún más peligrosos que el señalado por nuestra anticuada Ley de Bancos: esto es, el cincuenta por ciento de la circulación.

Frente a tal teoría metalista, la práctica del gerente del Banco Comercial y Agrícola había seguido un camino diferente: sin darle importancia al respaldo legal de oro, había regulado su circulación por las necesidades de la producción. El billete del Agrícola no se asentaba tanto en el respaldo oro como en la mercadería producida: cacao, algodón, caucho, tagua, que movilizaba. Y nada autoriza a pensar que había una inflación peligrosa, excepto en cuanto a su política, siempre funesta, de préstamos al gobierno para llenar déficit presupuestario. El becerro de oro del julianismo, si se analiza a la luz de las modernas doctrinas monetarias, era pura idolatría.

El respaldo de una moneda, lo que le da su valor económico, que es distinto de su valor legal, es la producción que moviliza. Aun un billete "ideal" como el del señor Dillon, ciento por ciento respaldado en oro, es un billete enfermo si no corresponde a prestaciones económicas creadas, a mercadería producida. Pero todavía no habían llegado hasta nosotros las doctrinas monetarias de Knapp, de Bendixen y de Cassel. Y ante el becerro de oro oficiaron los académicos de espada.

La consecuencia -lógica y benéfica- fue la fundación del Banco Central como único instituto de emisión, bajo la técnica aconsejada por el norteamericano Kemmerer, a quien se elevó a ídolo intangible. Kemmerer representaba la escuela monetaria que superestima el encaje metálico. Y un examen incompleto de la realidad económica llevó, bajo la dictadura del eminente partero lojano doctor Isidro Ayora, quien había surgido de la descomposición juliana, a decretar la convertibilidad del billete después de haber fijado una paridad de 5 sucres por dólar en esfuerzo ficticio de estabilización.

Las cifras obligan a abandonar todo comentario. Las reservas de oro y el circulante siguieron la siguiente tendencia:

Año	*Total de circulante (circulación y depósitos)*	*Reserva de oro del Banco Central*
1927	58'574.000	44'085.000
1928	50'758.000	38'029.000
1929	46'124.000	35'063.000
1930	39'583.000	28'915.000
1931	28'109.000	15'967.000

Si se compara la cifra total de circulante en 1931 con la de 1925, año de la revolución, se verá que había disminuido casi a la tercera parte, pues en 1925 fue de 71'373.000 sucres.

Mientras tanto, los presupuestos se inflaban. En el mismo período, los ingresos y egresos fiscales fueron:

Año	*Ingresos*	*Egresos*
1925	39'039.000	41'490.000
1926	42'651.000	38'892.000
1927	51'138.000	46'200.000
1928	58'100.000	58'596.000
1929	60'540.000	63'294.000
1930	60'494.000	60'177.000
1931	45'270.000	44'939.000

O sea que aumentaban los presupuestos fiscales mientras disminuía el circulante, a tal punto que en 1930 el presupuesto era casi el doble que el circulante total.

De 1925 a 1928 todavía la balanza internacional se mantuvo favorable. Pero en 1929 hubo una diferencia de 21'810.000 sucres en contra, en 1930 el déficit de exportación fue de 6'714.000 sucres y en 1931 alcanzó la diferencia a 10'027.000 en contra.

La paridad monetaria se sostuvo artificiosamente debido a la convertibilidad que drenaba las reservas de oro y bajaba el circulante causando una terrible deflación. La crisis del año de 1931 fue realmente pavorosa y arrastró en su resaca al gobierno del doctor Ayora que se había trocado en presidente constitucional después de su duro gobierno dictatorial.

Naturalmente que hubo que cerrar a toda prisa la llave abierta de la convertibilidad y se regresó a la tan abominada inconvertibilidad. El billete *ideal*, respaldado en oro, del señor Dillon, había resultado absolutamente ineficaz. Un año después, en 1933, la paridad del dólar había subido a 6 sucres. En 1934, a 10.79. En 1935 a 10.50. Doce años antes se había derramado sangre en las calles por protestar contra el dólar de a 3.60 sucres. Y en la actualidad, en mercado oficial, vale hasta 15 sucres, mientras en el mercado negro se ha pagado hasta 20 sucres por dólar cheque (1946).

El contragolpe político del movimiento de julio de 1925 fue crear un ambiente de desprestigio liberal. El partido se defendió. Su asamblea de 1925, en plena borrasca, definió altos y nobles postulados de acción... que se han olvidado.

En cambio las fuerzas conservadoras y feudales de latifundistas se organizaron. En vez de ir tras el líder franco -el eminente historiógrafo y arqueólogo Jijón y Caamaño-, buscaron un parapeto y una nueva forma. Se llamaron "La Compactación Nacional". En 1933 eligieron a un rico terrateniente, el señor Neptalí Bonifaz, a quien descalificó el Congreso. Se produjo una revolución sangrienta que fue dominada tras cuatro días de

sitio de la capital. Subió al poder el liberal Martínez Mera, hombre probo, a quien derrocaron las fuerzas coaligadas de liberales blandos, izquierdistas desorientados y "compactados" semifascistas.

Las izquierdas, sin experiencia política, se lanzaron al tumulto. En vez de organizarse, entraron en ligas y alianzas en las que siempre perdieron, o en esperanzas de revoluciones que siempre se frustraron. El conservatismo más evolucionado se emboscó en formas diversas; primero en la "Compactación". Más tarde en las fuerzas violentas que comandó el doctor José María Velasco Ibarra. La confusión se hizo. Y siguió un oscuro período de revueltas, de conspiraciones, de presidentes interinos.

El caos político de liberales aliados con conservadores, de liberales aliados con izquierdistas, de liberales contra liberales, de izquierdas contra izquierdistas y de conservadores contra conservadores, continúa hasta los días actuales.

La política económica, sin rumbo, volvió a girar en torno de la moneda. Nuevos empréstitos al Banco Central substituyeron a los viejos préstamos al Banco Agrícola. La moneda se depreció. Para levantarla se acudió a la medida artificiosa de las incautaciones de divisas. Un caos que expresa, en suma, la paradoja de una estructura política democrática sobre una subestructura económica latifundista y con residuos coloniales.

El 28 de mayo de 1944, en que se hizo una revolución popular, fue el día de la decapitación de la última esperanza.

HOMBRES SIN TIERRAS Y TIERRAS SIN HOMBRES

Tal es la paradoja:

La República no ha logrado romper las bases feudales y coloniales. Económica y espiritualmente, subsisten todavía. Pero la obra depuradora del pensamiento teórico ha creado sobre este mísero fundamento, una copiosa legislatura calcada sobre los modelos capitalistas; partidos políticos que actúan como si lo hicieran en mundos de gran industria fabril;

instituciones democráticas que no tienen más existencia que la enunciación sobre el papel.

Del estudio del señor Pedro Saad titulado *La situación económica del Ecuador y la clase trabajadora,* tomamos la siguiente referencia:

> Las estadísticas oficiales, levantadas para el cobro del impuesto a la propiedad rural, que nos dan cifras aproximadas sobre este estado de cosas, por las razones que luego expondremos, arrojan los siguientes resultados:

AÑO 1941

Número de Predios por Clasificación de Valor

Valor en sucres		*Número*	*Porcentaje*
Menos de	1.000	3.912	4,9
De 1.001 a	3.000	42.154	53,6
De 3.001 a	5.000	13.171	16,7
De 5.001 a	10.000	10.091	12,8
De 10.001 a	25.000	5.384	6,8
De 25.001 a	100.000	2.940	2,4
De 100.001 a	200.000	517	0,60
De 200.001 a	350.000	219	0,30
De 350.001 a	500.000	89	0,10
Más de	500.000	107	0,10

AÑO 1941

Valor de los Predios Rústicos

Valor en sucres		*Valor*	*Porcentaje*
De menos de	1.000	2'271.100	0,3
De 1.001 a	3.000	72'279.840	10,3
De 3.001 a	5.000	51'133.660	7,3
De 5.001 a	10.000	69'863.855	10,0
De 10.001 a	25.000	83'341.010	11,9
De 25.001 a	100.000	139'444.325	20,0
De 100.001 a	200.000	73'769.317	10,5
De 200.001 a	350.000	56'994.150	8,1
De 350.001 a	500.000	36'827.100	15,9
		696.688.217	

Es preciso examinar algunas consecuencias de estos cuadros. Pero ante todo tenemos que indicar que las cifras dadas por ellas son sólo aproximadas, por una serie de razones: a) Porque muchas de las pequeñas propiedades inferiores a 1.000 sucres no han sido catastradas, indicándose, que el número aproximado de las omitidas es de cerca de 80.000; b) Que los valores, sobre todo en las grandes propiedades, son falseados en gran número de casos; c) Que el número de fundos es siempre mayor que el de propietarios, sobre todo en las altas categorías, ya que muchas veces varios fundos corresponden a un solo propietario.

De las cifras antes dichas, cotejándolas con el dato del profesor Ramón Insúa Rodríguez, de la Universidad de Guayaquil, quien calcula la población rural en 2'140.820, en la suposición de que cada predio catastrado correspondía a una familia de cinco miembros y añadiendo los

80.000 predios de valor inferior a 1.000 sucres que no figuraron en las estadísticas, formula el siguiente resultado:

Predios castrados	78.584
Predios omitidos	80.000
Total de predios	158.584
Individuos propietarios	792.820
Población agraria desposeída de tierras	1'374.900

Luego hace el siguiente cuadro comparativo:

	Porcentaje del número de predios	*Porcentaje del valor*
Pequeña propiedad	88,00%	27,90%
Gran propiedad	0,20%	21,20%

es decir (escribe Saad) que 196 propietarios (0,20% del número total) poseen un valor de tierra igual a más de la quinta parte del total de la propiedad agraria del país y sensiblemente igual a la que poseen 69.328 pequeños propietarios.

La estadística acopiada por el señor Saad, que hemos transcrito, demuestra que la base del latifundismo y de absorción de la tierra por un pequeño núcleo, que viene trasmitiendo por herencia sus grandes latifundios desde la Colonia -pues la mayor parte de la burguesía se lanza al comercio y la industria- da al país una configuración eminentemente feudalista, casi idéntica a la de la colonialidad.

En los estudios realizados por el Centro de Estudios Económico-Sociales de Quito, publicados en 1943, constan los siguientes resultados respecto de la distribución de la propiedad, que se refieren al año de 1942:

Clasificando los predios por la escala de valores (dice el informe suscrito por los Ings. Alberto Villacrés, Alberto Suárez Dávila,

> Julio Espinoza Z., Jorge Casares y señor Luis Ernesto Borja) tenemos que la *propiedad mínima* o minifundio, o sea aquella que vale hasta 5 mil sucres, tiene un valor promedio de 2.132 sucres y representa con relación al número el 76.04% y con relación al valor el 19.18%.
>
> *La propiedad pequeña* que es la que va de los 5 a los 25.000 sucres, tiene un valor promedio de 9.784 sucres y representa el 19,47% con relación al número y con relación al valor el 22,55%.
>
> *La propiedad mediana* que es la que va de los 25 a los 100 mil sucres, tiene un valor promedio de 47.980 y representa con relación al número un 3.42% y un 19,40% del valor total.
>
> *La propiedad grande* que es la que va de los 100 a los 500 mil sucres, tiene un valor promedio de 207.717 sucres y su porcentaje con relación al número es de 0,94% y de 23,13% del valor.
>
> *La propiedad mayor* que es la superior a 500.000 sucres tiene un valor promedio de 1'038.568 sucres y representa con relación al número sólo un 0,13% y un 15,74% del valor.

Y luego la comisión, compuesta por personas de variados puntos de vista políticos, pero en ningún caso extremista, saca las siguientes aterradoras conclusiones:

> Si sumamos los dos últimos grupos de esta clasificación (la propiedad mayor y la propiedad grande) encontramos que 960 personas (suponiendo un predio por persona) poseen alrededor del 40% del valor de la tierra del país.

El latifundismo es, pues, un hecho grave, decisivo e innegable, que da al país un tipo feudalista ya que la producción no se ha mecanizado, sino que sigue siendo el indio el medio de producción, con salarios bajos, casi imposibles para la subsistencia, y con el tipo, enteramente feudal, del *huasipungo*, que es la pequeña parcela que se entrega al indio a cambio de prestaciones gratuitas de trabajo de él y su familia. En el mismo informe arriba citado consta que en una sola hacienda, Zumbagua, existían en 1943, tres mil *huasipungueros* entre los cuales, "se produce una a dos muertes por día".

La mala distribución de la propiedad trae, de hecho, una deficiencia de producción. Los datos que consigna el doctor Italo Paviolo, reproducidos por el doctor Pío Jaramillo Alvarado en *El indio ecuatoriano*, establecen que hay una extensión superficial aprovechable en el Ecuador (incluyendo florestas, bosques, sabanas y páramos) de 41'037.400 hectáreas, de las que sólo están aprovechadas 4'442.400 hectáreas, si bien esa cifra total es tomada antes del infortunado instrumento diplomático de Río de Janeiro de 1943 suscrito por el doctor Julio Tobar Donoso, bajo el gobierno de Carlos Alberto Arroyo del Río, mediante el cual se entregaron al Perú más de 200.000 kilómetros cuadrados de territorio ecuatoriano.

El total de tierras aprovechables las divide el citado agrónomo italiano de la siguiente manera:

Florestas y bosques	34'143.300	hectáreas
Sabanas y páramos	5'050.500	"
Cultivos actuales	1'844.050	"

Y es una tremenda paradoja que en un país que tiene 9/10 partes de tierra aprovechable y sólo 1/10 de tierras inútiles, exista la situación económica de hambre y de miseria que actualmente se esboza.

La clave de este estado paradójico se encuentra tanto en la mala distribución de la propiedad, desde el punto de vista de los individuos, que hemos visto, como en la absorción de tierras por el Estado, que es el primer latifundista. La tierra baldía en propiedad del Estado, según el citado agrónomo italiano, es:

Baldías, bosques nacionales, etc.	31'464.100	hectáreas
Haciendas de Beneficencia	60.000	"
Total	31'524.100	hectáreas

O sea que, en el momento en que hizo el estudio el doctor Paviolo, la tercera parte del territorio ecuatoriano era propiedad del Estado, tierras baldías no aprovechadas.

El mayor aprovechamiento, reparto y cultivo de la tierra se ha hecho, desde la época anteincaica, incaica y colonial, en la meseta interandina, sin que una agricultura racional, con rotación de sembríos y abonos -es decir una agricultura capitalista- haya cuidado el suelo gravemente amagado por la erosión y el desgaste.

La distribución de la población en el territorio acusa también una mayor densidad en la meseta que en el trópico litoral, siendo así que las tierras de clima tropical (Litoral y Oriente) significan casi las 5/7 partes del total de la tierra y que son ellas las que dan la mayor riqueza exportable.

Según los datos que trae el general Luis T. Paz y Miño en su estudio de la población ecuatoriana, publicado en la revista *Ecuador* en 1935, la población está distribuida así:

Litoral:

Provincias	*Área en Km2*	*Población*	*Densidad*
Esmeraldas	15.886	68.020	4,3
Manabí	18.923	427.761	22,6
Los Ríos	5.937	186.780	31,4
Guayas	21.259	522.731	25,9
El Oro	7.451	82.799	11,1
	69.456	1'318.091	19.06

Sierra:			
Carchi	3.522	91.104	25,4
Imbabura	4.803	178.986	37,2
Pichincha	16.786	342.045	20,4
Cotopaxi	4.414	215.750	46,7
Tungurahua	3.204	250.930	78,3
Chimborazo	6.161	327.190	53,1
Bolívar	3.261	109.187	33,9
Cañar	2.677	109.550	40,9
Azuay	7.799	236.871	30,3
Loja	11.494	219.162	19,0
	64.318	2'080.757	38,52

O sea que mientras la región litoral, que es la productora de riqueza exportable, tiene solamente 19,06 habitantes por kilómetro cuadrado, la serranía, cuyas tierras útiles están trabajadas por siglos y gastadas por la erosión, tiene 38,52 por kilómetro cuadrado.

Según los datos dados por la Dirección de Registro Civil y Estadística, publicados en *El Universo* de 2 de mayo de 1940, la población condensada en las capitales de provincia es muy numerosa en relación con la densidad total de la provincia. Así, de la población total de Pichincha, en la capital se concentraban en esa fecha más de la tercera parte o sea 134.499 habitantes, y del total de la de Guayas había que disminuir, para la población agrícola, la población de Guayaquil, calculada entonces en 150.000 habitantes.

El carácter feudal del Ecuador, herencia colonial que no ha sido liquidada y que sigue pesando sobre el país, se pone de relieve no sólo por el reparto de la tierra y el trabajo servil del indio, sino también por el poco desarrollo de su industria.

En la investigación del Centro de Estudios Económico-Sociales de Quito, presentada por la comisión antes citada, se consigna que

> el análisis de la economía ecuatoriana revela el escasísimo margen de capitalización que ha tenido el país. En efecto, sus industrias son deficientes, sus manufacturas apenas alcanzan a cubrir parte de las necesidades del consumo y, lo que es más, las materias primas que la industria requiere tienen que ser importadas en gran parte del exterior por la escasez de la producción nacional.

En la obra *El Ecuador en Cifras*, publicada por la Dirección General de Estadística, consta el siguiente cuadro de las industrias, registradas según la cuantía del capital invertido:

Clase de capital	*Núm.*	*Capital*	*o/o*
Sin capital	37		
Hasta 1.000	142	82.361,00	0,02
Hasta 5.000	227	718.912,07	0,19
Hasta 50.000	337	6'265.505,30	1,65
Hasta 200.000	96	10'781.870,27	2,86
Hasta 500.000	57	19'726.920,91	5,23
Hasta 1'000.000	50	37'189.376,68	9,83
1'000.001 y más	43	303'121.373,75	80,22
TOTAL	989	377'886.319,98	100,00

O sea que de 989 industrias existentes en el Ecuador en 1942, fecha de la publicación, 43 de ellas absorbían el 80,22 por ciento del capital. Lo cual demuestra que el resto es una industria semi-doméstica de muy pequeño capital. Y aun la industria superior a un millón de sucres es débil, pues 43 de esas industrias totalizan apenas 303'121.373,75 sucres. O sea un promedio de 7'049.334 sucres por cada industria grande.

Dos características confluyen así a dar al país un carácter feudal y colonial en su aspecto económico: latifundismo agrario, basado en el trabajo manual del indio en la serranía y del montubio en la región litoral, y ausencia de capitalismo industrial.

Esta estructura económica se refleja en la vida social. Las masas mestizas y montubias tienen un escaso promedio de consumo y políticamente son poco aptas, pues existe un alto grado de analfabetismo, que llega a 60,15%, y de semianalfabetismo, de 19,38%, según las cifras de la Dirección Nacional de Estadística en 1942.

El nivel económico de las clases medias es alarmante. Del informe presentado por los señores Amable Ortiz V. y César Endara al Centro de Estudios Económico-Sociales de Quito en 1943, tomamos el siguiente cuadro:

	Población No. de personas		Monto global de mensual	Renta media mensual por familia		
Clase dominante	40.000	1,33 %	28'OOO.OOO	14,33 %	2.800	83,83 %
Clase medIa	960.000	32,00 %	96'OOO.OOO	49,49 %	400	11,98 %
Clase inferior	2'000.000	66,67 %	70'OOO.OOO	36,08 %	140	4,19 %

O sea que el 32% de la población (clase media) sólo tenía en 1942 una renta de 400 sucres y el 66.67% (la clase inferior) una renta de 140 sucres, y la clase dominante absorbía el 83,83% del total de la renta.

El impacto que este estado económico produce en la biología del hombre ecuatoriano es dramático. El doctor Pablo Arturo Suárez, en su obra *Lecciones de Higiene,* dice:

> Actualmente, en 1942 sueldos y salarios han aumentado en un 55% en promedio; de modo que el ingreso promedial de unas 60 familias de la ciudad (Quito), cuando trabaja uno solo, es de 176 sucres. Esta suma, en disparidad con el costo creciente de los artículos, es incapaz de mantener el nivel de gastos adecuados para satisfacer las más elementales necesidades.

Y en otra parte agrega el notable médico quiteño:

> El panorama alimenticio de las clases populares del Ecuador, que son una gran mayoría, no puede ser más desalentador. La alimentación es hidrocarbonada, a base de harinas, en mayor abundancia de cereales, y no hay duda que, en gran parte, la causa es la costumbre apoyada por la ignorancia.

Del dato arriba anotado se deduce que el promedio de gasto diario por persona de clase trabajadora en Quito era en 1940 de un sucre veinte centavos diarios, menos de diez centavos de dólar, para alimentación.

Respecto de la habitación popular, dice el médico quiteño:

> El promedio de habitación por familia es en Quito como sigue: El 56% de las familias se aloja en una sola pieza; el 16,25% en dos; el 7,94% en tres; el 5,41% en cinco, y el 14,40% en más de cinco piezas. De tal manera que la densidad viene a ser de 4 por habitación entre las clases populares que constituyen el 56% y la capacidad de sus habitaciones es un promedio de 30 metros.

A las condiciones de alimentación, se agregan las endemias debidas a mala educación higiénica y a falta de condiciones sanitarias.

El reflejo de las condiciones socioeconómicas en la política ecuatoriana explica su perenne dramatismo. Los partidos tradicionales son borrosos y confusos. Indiferentes para las masas. El liberalismo, que se inició como fermento burgués y capitalista, se detuvo en el camino y entró en alianzas con el conservatismo. Los principios religiosos, que confundieron la orientación doctrinaria, desviaron al liberalismo de su objetivo. Y en vez de partidos claramente orientados, hay una tremenda confusión.

El objetivo claro del liberalismo debió ser, de acuerdo con su esencia, la destrucción del sistema feudal y latifundista para avanzar hacia una etapa capitalista de industrialización. La incorporación de las masas indias a la vida de la producción no es problema sólo de las fracciones izquierdistas, como se ha creído por el liberalismo capitalista. El aumento de los consumidores es fundamental para el desarrollo industrial, pues amplía el mercado interno y hace posible la expansión de la industria nacional. Lo mismo ocurre con la elevación del standard de vida obrera. Don Víctor Emilio Estrada, prototipo del capitalista, lo entendió así en su plan económico, desgraciadamente frustrado por la oposición feudalista en 1934, durante la primera administración del doctor Velasco Ibarra.

Mas el liberalismo refleja las condiciones socio-económicas ecuatorianas. Allí donde las clases medias no tiene más meta que la burocracia, las profesiones liberales, el pequeño comercio, el liberalismo tuvo que ser y fue eminentemente burocrático. El problema de la burocracia ecuatoriana es el de las clases medias, que no pueden derivar hacia la labor agrícola por el acaparamiento de las tierras en pocas manos, ni hacia la industria en un país descapitalizado y sin masas consumidoras.

La paradoja de una estructura política democrática y liberal sobre un fundamento feudal-colonial, explica la inconsistencia doctrinaria de un liberalismo acomodaticio y transaccional, que puede unirse y se une fácilmente con el grupo latifundista para fines de dominación y de mantenimiento del estado económico.

Los partidos de izquierda, por su parte, no tienen la base de un proletariado industrial, sino de un campesinado casi siempre analfabeto y de un artesanado tendiente a la burguesía, del que sale con frecuencia el tránsfuga. Y aun cuando en la mente clara de muchos dirigentes hay un sano realismo, no falta el intelectual nutrido de doctrinas extraídas de libros, que actúa con una orientación poco ceñida a las típicas condiciones de un país no capitalista y aplica tácticas de lucha idénticas a las que usan los partidos de países más avanzados o plenamente capitalistas.

Tal es la paradoja. Y tal el drama.

DESENLACE

EN BUSCA DEL DESTINO

El Ecuador es un pueblo que, por cien años, anda en busca de su destino.

Nació tarde. Su existencia económica sólo comienza cuando la voluntad ordenadora del hombre unió los dos mares desunidos: el Océano que Balboa bautizó con el dulce nombre de Pacífico y el azul Caribe que contempló las andanzas de los primeros aventureros blancos.

Antes de la apertura del canal de Panamá vivió una existencia excéntrica, fuera de las rutas de la migración y del comercio. Y las pocas oleadas que llegaron hasta sus playas hubieron de detenerse por la interposición de una geografía de trópico selvático, de altas mesetas y nudos separatistas, que le impuso un sino de aislamiento.

Sólo ahora comienza su historia. Historia más ligada al barco de motores de combustible líquido y a los aviones de raudo vuelo que a los lentos galeones coloniales. Historia que nace en el siglo XX en que la técnica unió los océanos y la locomotora unió el país dividido, por más que su historia tradicional arranque de lejanos hontanares y que su vida colonial produjera lo más excelso de la creación artística colonial de América.

Su historia viva, como entidad económica, comienza apenas, y esto explica la supervivencia de los factores coloniales de retraso que aún pesan sobre el país maravilloso. Y tiene, por lo mismo, que forzar las etapas para encontrar su destino, en cuya búsqueda gastó sangre, derramó lágrimas, realizó esfuerzos heroicos y sufrió desolaciones inauditas.

Las mismas disidencias geográficas le son favorables para el futuro, tanto como le fueron adversas en el pretérito: su diferencia fundamental de país contrapuesto, de trópico ardiente y templada meseta, le señala una forzosa ruta de complementación económica en vez de las formas regionalistas aisladoras y divisorias en que ha vivido.

Las supervivencias coloniales, de tipo feudal, pueden disolverse sin la estridencia de las grandes convulsiones sociales. No existe allí el problema de los países superpoblados sino, al contrario, el de los países despoblados. La propiedad territorial, aun siendo acaparada por pocos hombres, y explotada feudalmente, está en su mayor parte en manos del Estado. Mas de 3'000.000 de hectáreas de tierra vegetal tan buena como la de Java, según los estudios del doctor Miller, de Cornell University, están sin apropiarse ni cultivarse en el vasto cinturón que une el macizo andino con la costa. La maravillosa provincia de las Esmeraldas está casi despoblada y tiene inmensas tierras baldías.

El problema de distribución de tierras carece, así, de dramatismo. Aun en la región interandina, en donde el feudalismo está más arraigado y vegetan las enormes masas indias puede resolverse el problema agrario sin violencia, pues el Estado es dueño de grandes latifundios de Beneficencia y Asistencia en los que se han creado nuevas encomiendas y que son arrendados actualmente a personajes de influyente actuación política. La parcelación racional de esos latifundios estatales podría, por ahora, resolver el problema sin la necesidad de atacar la base de la propiedad privada.

La revolución que el Ecuador necesita -revolución en el sentido de honda transformación y modificación sustancial de sus bases de existencia socio-economica- no es la gran insurgencia, ni menos aún la revolución social. Esta no es necesaria ni siquiera posible. Con un campesinado

analfabeto y reaccionario, debido a la persistente influencia que ejerce el clero; con clases medias fluctuantes e indecisas; con denso artesanado que aspira a elevarse a cómoda burguesía, sin proletariado industrial, no es posible pensar en revolución social. La revolución -que puede ser incruenta y evolutiva- que el Ecuador necesita, es la democrática y antifeudal, que le ponga a tono con el ritmo de un mundo capitalista e industrializado, dentro del cual el Ecuador conserva caracteres feudales incompatibles con el ritmo del momento histórico universal.

La aspiración de esa revolución democrática presentida, fue cortada en 1895, en 1925, en 1944, por la alianza de las fuerzas feudales con los mesócratas dubitantes y los políticos dudosos.

Y algo más: el Ecuador puede, sin salir en actitud mendicante, resolver su problema. El mesianismo del capital extranjero es perjudicial y peligroso. No se puede esperar la salvación de un capital que vendría a agostar los recursos sin producir beneficio.

El gran problema, los caminos, pueden financiarse solos. La plusvalía de la tierra, que hasta hoy ha aprovechado el latifundista sin beneficio para el Estado, puede pagar el camino y su mantenimiento. Basta la utilización de esa plusvalía dentro de un plan orgánico de vialidad y de colonización conjuntos, para pagar las indispensables carreteras que está reclamando: las que unan, como lo hicieron desde el pre-incario, cada sección territorial de la meseta con su sección litoral correspondiente; las hoyas de la región norte, con Esmeraldas; las centrales de Cotopaxi, Tungurahua, con Manabí, por Quevedo, la de la zona central y austral, con Guayas y El Oro.

La industrialización del país no es problema de gravedad capital. Tiene, para ello, combustible: petróleo, carbón y, sobre todo, la posibilidad de aprovechar en forma de energía eléctrica sus desniveles de agua y el salto de sus cascadas y cataratas. Y quizás sus posibilidades mineras, que hasta hoy han sido aprovechadas sólo por empresas extranjeras que trabajaron exhaustivamente el subsuelo, sean mayores que las que expresa la rutinaria frase de que el Ecuador es un país esencialmente agrícola.

Y tiene riquezas potenciales hasta hoy no explotadas: pesca y turismo bastarían por ahora para elevar el standard nacional, además del desarrollo pecuario, para el que hay excelentes condiciones, y de la fructífera, que aún no ha comenzado a ensayarse.

Todo tiene el Ecuador para ser el país turístico por excelencia en América: paisaje de maravilla, de trópico y meseta, cumbres de nieve y verdes selvas; costumbres típicas de interés, como las danzas indígenas de la hermosa región de los lagos norteños; playas incomparables, serenas y gratas, como las de Salinas, Manta y Villamil; aguas medicinales sin comparación, como las de Baños y San Vicente; arte colonial de extraordinaria pujanza que hace de Quito un relicario de América. Todo: menos organización.

Sus mares cálidos poseen la mayor riqueza pesquera del mundo. Allí, junto al archipiélago ecuatoriano de Galápagos por donde pasa la corriente antártica, pescan hombres de todas las razas y el producto va a industrializarse en California, como antes iba al Japón; modernos piratas asuelan los mares, sin que el Ecuador aproveche de sus ventajas.

Su clima templado podría producir fruta para los ávidos mercados del norte, pues los huertos serraniegos frutecen cuando en California es invierno; podría apacentar miles y miles de cabezas de ganado en sus dehesas; podría pastorear millones de ovejas en sus páramos.

La zona tropical, de riqueza extraordinaria, podría dar aceites vegetales, palmeras productoras de grasa, fibras más finas y mejores que las de Manila, arroz, caucho, café, cacao, azúcar: todos los productos del trópico que Estados Unidos va hoy a buscar en remotos y peligrosos mercados asiáticos o africanos.

Una riqueza potencial capaz de dar prosperidad a una población diez veces mayor, existe en el Ecuador, país de clima benigno, modificado como está su cálido tropicalismo por la acción refrescante de las corrientes frías que vienen del sur y por la altura de sus maravillosas montañas. Selva de ilimitada riqueza de maderas, fibras y celulosas; mesetas de rientes perspectivas para la ganadería y el cultivo del cereal; mares calmo-

sos y ricos; ríos auríferos, subsuelo petróleo: Todo tiene. Todo menos la conciencia clara de su destino y la voluntad organizadora que vence el infortunio.

Pero acaba de comenzar su historia y no es posible saltar en pocos años de la feudalidad a la vida progresista. El proceso tiene, lógicamente, que acortarse. Vendrán hombres nuevos. Nuevas ideas, conductores en vez de demagogos verbosos que se agitan en el poder con vértigo malsano.

Podrá el hombre adorar a su Dios sin que la religión se convierta, como ocurre dentro de la feudalidad colonial, en el soporte de una clase dominadora. Podrá tener tierras y pan. Vivir libre y cordial.

En este breve esquema en que un hombre de América ha tratado de bucear en el fondo de la historia de su pueblo para señalar el drama, ha querido al mismo tiempo manifestar su fe y expresar su esperanza en el destino.

Ha querido, también, destruir muchos mitos de la historia. Los pueblos jóvenes tienen que mirar hacia adelante, en vez de quedarse en actitud de adoración ante el pasado rumiando una historia antojadiza que es más idolatría que historia. No es posible, impunemente consagrarse a la adoración del pasado. Quienes miran hacia atrás en vez de mirar el porvenir, corren el riesgo de la mujer bíblica; quedar convertidos en estatuas de sal al margen de la vida que fluye.

Guayaquil, octubre-noviembre de 1946.

BIBLIOGRAFIA

ACOSTA, Joseph de, *Historia Natural y Moral de las Indias.* Ed. Fondo de Cultura Económica. México. 1940.

ACOSTA SOLIS, M., *Nuevas Contribuciones sobre la Provincia de Esmeraldas.* Ed. Ecuador. Quito. 1944.

AGRAMONTE, Roberto, *Biografía del Dictador García Moreno*. Ed. Cultura. La Habana.

AGUIRRE, Juan Bautista de, *Poesías y Obras Oratorias.* Col. Clásicos Ecuatorianos. Imp. del Ministerio de Gobierno. Quito.

ALFARO, Olmedo, *El Asesinato de Alfaro ante la Historia y la Civilización*. Ed. Jouvín. Guayaquil. 1938.

ALVARADO, Rafael, *Demarcación de Fronteras*. Talleres Gráficos Nacionales. Quito. 1942.
Elocuencia de las Cifras en el Problema Territorial Ecuatoriano-Peruano. Talleres Gráficos de Educación. Quito. 1941.

ÁLVAREZ ARTERA, Segundo, *La Cuestión de Límites entre las Repúblicas del Ecuador y el Perú.* Apuntes y Documentos. Imp. Salesiana. Sevilla (España). 1901.

ANDRADE, Raúl, "Retablo de una Generación Decapitada", en *Gobelinos de Niebla.* Talleres Gráficos de Educación. Quito. 1943.

ANDRADE, Roberto, *Montalvo y García Moreno.* Ed. Jouvín. Guayaquil. 1925.
Historia del Ecuador. (7 vols.) Guayaquil.

ANDRADE MARÍN, Luciano, *Llanganati.* Imp. Mercantil. Quito. 1937.

Altitudes de la República del Ecuador. Ed. Selectas. Quito. 1945.
Ecuador Minero, Ecuador Manufacturero, Ecuador Cacaotero. Imp. Nacional. Quito. 1932.

ARCOS, Gualberto, "La Evolución de la Medicina en el Ecuador", en *Anales de la Universidad Central.* Tomo LXV. No. 306. Quito.
"Biotopología del Habitante del Altiplano", en *Realidades Ecuatorianas*. Imp. de la Universidad Central. Quito. 1945.

ARÍZAGA, Reginaldo María, *Valores Ecuatorianos. Escritores y poetas.* Imp. Romero. Quito. 1942.

BAUDIN, Luis, *El Imperio Socialista de los Incas.* Ed. Zig-Zag. Santiago de Chile.
La Estabilización de la Moneda Ecuatoriana. Talleres Gráficos Nacionales. Quito. 1928.

BAQUERIZO MORENO, Alfredo, *Selección de Ensayos, Apuntes y Discursos*. Imp: Municipal. Guayaquil. 1940.

BARRERA, Isaac J., *Historia de la Literatura Ecuatoriana* (2 vols.) Ed. Ecuatoriana. Quito. 1944.

BEALS, Carleton, *América ante América (America South).* Ed. Zig-Zag. Santiago de Chile.

BERTHE, A., *García Moreno, Presidente del Ecuador, Vengador y Mártir del Derecho Cristiano*. (2 vols.) París. 1892.

BENITES, Leopoldo, *Argonautas de la Selva. (Historia del Descubrimiento del Amazonas)* Ed. Fondo de Cultura Ecónomica. Col. Tierra Firme. México. 1945.
Un Zapador de la Colonia. (Notas para la biografía del Precursor Espejo). Imp. del Colegio Vicente Rocafuerte. 1941.

BOLÍVAR, Simón, *Doctrina Política.* Ed. Ercilla. Col. Amautia. Santiago de Chile.

BORRERO, Antonio, *Refutación por A.B.C. del libro titulado "García Moreno, Presidente del Ecuador, Vengador y Mártir del Derecho Cristiano" por el R.P.A. Berthe de la Congregación del Sagrado Redentor.* Imp. La Nación. Guayaquil. 1889.

BOSSANO, Luis, *Apuntes acerca del Regionalismo en el Ecuador.* Imp. Prensa Católica. Quito. 1930.

CABELLO BALBOA, Miguel, *Obras.* Ed. Ecuatoriana. Quito. 1945.

CABEZA DE VACA, Manuel, *La posición del Ecuador ante el Conflicto Colombo-Peruano.* Talleres Gráficos Nacionales. Quito. 1943.

CALLE, Manuel de J., *Leyendas Históricas de América.* Ed. América. Madrid.
Biografías y Semblanzas. Imp. Nacional. Quito. 1921. *Los Hombres de la Revuelta.*

CARBO, Luis A., *Los Problemas Económicos de la Próxima Post Guerra.* Imp. Banco Central del Ecuador. Quito. 1944.

CARRIÓN, Benjamín, *Atahuallpa.* Ed. Mundial. México. 1934.

Cartas al Ecuador. Ed. Gutemberg. Quito. 1944.

CARVAJAL, Gaspar de, *Relación del Nuevo Descubrimiento del Famoso Río Grande.* Bibi. Amazonas. Imp. del Ministerio de Educación. Quito. 1942.

CASARRUBIAS, Vicente. *Las Rebeliones Indígenas en la Nueva España.* Ed. Secretaría de Educación. México.

CASTILLO, Abel Romeo, *Los Gobernadores de Guayaquil en el siglo XVIII.* Imp. Galo Sáex. Madrid. 1931.

Olmedo Político. Imp. de la Universidad. Guayaquil. 1946.

CASTILLO VÉLEZ, Othón, *Nuestro Suelo. (Bosquejo de Economía Agraria Nacional).* Imp. de la Universidad. Guayaquil. 1943.

CENTRO DE ESTUDIOS ECONÓMICO-SOCIALES. *La Inflación.* Ed. El Comercio. Quito. 1934.

CEVALLOS, Pedro Fermín, *Resumen de la Historia del Ecuador, desde sus orígenes hasta 1845.* (6 vols.). Imp. Guzmán. Lima. 1873.

CEVALLOS GARCÍA, Gabriel, *Entonces fue el Ecuador.* Ed. Austral. Cuenca.

Teoría del Hombre-Pueblo. Ed. Municipalidad de Cuenca. Cuenca. 1944.

CIEZA DE LEÓN, Pedro, *Crónica del Perú.* Ed. Espasa Calpe. Buenos Aires. *Del Señorío de los Incas.* Ed. Solar. Buenos Aires.

CONCHA ENRÍQUEZ, Pedro, *Sanción*. Imp. Fernández. Quito. 1945.

CRESPO ORDÓÑEZ, Roberto, *Historia del Ferrocarril del Sur*. Imp. Nacional. Quito. 1941.

CHÁVEZ FRANCO, Modesto, *Crónicas del Guayaquil Antiguo*. Imp. Municipal. Guayaquil. 1930.

Cartilla Patria. Ed. El Día. Quito. 1922.

CHÁVEZ, Alfredo y LLERENA, J. A., *La Pintura Ecuatoriana en el siglo XX. Primer Registro bibliográfico de Artes Plásticas en el Ecuador*. Imp. Universidad Central. Quito. 1942.

DÁVILA, Aurelio, *El 25 de abril de 1907*. Imp. Popular. 1909.

DE LA CUADRA, José, *El Montubio Ecuatoriano*. Ed. Imán. Buenos Aires. 1937.

DE LA CROIX, Luis Perú, *Diario de Bucaramanga*. Ed. Ollendorff. París.

DESTRUGE, Camilo, *Biografía del General León de Febres Cordero*. Imp. Municipal. Guayaquil. 1920.

Biografía del General don Juan Illingworth. Imp. Gutemberg. Guayaquil. 1909.

DILLON, Luis Napoléon, *La Crisis Económico-Financiera del Ecuador*. Ed. Labor. Quito. 1936.

ENRIQUEZ, Eliecer, *Quito al Través de los Siglos*. (3 vols.) Imp. del Ministerio de Gobierno. 1941.

ESPEJO, Francisco Eugenio, *Escritos. Vols. 1o. y 2o.* Imp. Municipal. Quito. 1912. *Vol. 3o.*, Ed. Artes Gráficas. Quito. 1923.

ESPINOSA CORDERO, Nicolás, *Historia de España en América*. Cuenca.

ESPINOSA TAMAYO, Alfredo, *Psicología y Sociología del Pueblo Ecuatoriano*. Imp. Municipal. Guayaquil. 1918.

ESTRADA, Víctor Emilio, *El Problema Económico del Ecuador en 1934*. (2 vols.) Ed. Jouvín. Guayaquil. 1934.

La Tragedia Monetaria del Ecuador. Ed. Artes Gráficas Senefelder. Guayaquil. 1940.

Vida de un Hombre. Ed. Senefelder. 1942.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VÁLDEZ, Gonzalo, *Historia General y Natural de las Indias y Tierra Firme del Mar Océano*. (14 vols.) Ed. Guaranía Paraguay. 1943.

FLORES Y CAAMAÑO, Alfredo, *Descubrimiento Histórico relativo a la Independencia de Quito.* Imp. El Comercio. Quito. 1909.

FRANK, Waldo, *América Hispana.* Ed. Espasa Calpe. 1932.

FREYRE, Gilberto, *Casa Grande e Senzala.* (2 vols.) Ed. Emecé. Buenos Aires.

GARCÉS, Víctor Gabriel, *Ensayos Sociológicos.* Ed. Quito. 1943.

GARCÉS ORTIZ, Humberto, *La Forma Nacional* Imp. de la Universidad. Quito. 1942.

GENTO SANZ, Benjamín. *Historia de la obra constructiva de San Francisco, desde su fundación hasta nuestros días. Imprenta* Municipal. Quito. 1942.

GIRÓN, Sergio Enrique, *La Revolución de Mayo*. Ed. Atahuallpa. Quito. 1945.

GONZÁLEZ, Fernando, *Mi Simón Bolívar*. Ed. Cervantes, Manizales.

GONZÁLEZ, José Luis, *Nuestra Gran Realidad*. Ed. Labor. Quito. 1936.

GONZÁLEZ RUBIO, Ricardo, U*na apreciación más sobre la reevaluación del sucre y la inflación monetaria*. Imp. Janer. Guayaquil.

GONZÁLEZ SUAREZ, Federico, *Historia del Ecuador.* (7 vols.) Imp. del Clero. Quito.

GUZMÁN, Augusto, *Tupaj Katari*, Ed. Fondo de Cultura Económica. Col. Tierra Firme. México. 1944.

HERRERA, Antonio de, *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. (2 vols.) Buenos Aires. Ed. Guaranía. 1944-45.

HERRERA, Pablo, *Antología de Prosistas Ecuatorianos.* Imp. del Gobierno. Quito. 1895-1896.

HUERTA, Francisco, *De nuestro Pasado Aborigen.* Bibl. Mínima de Ecuatorianidad. Imp. de la Universidad. Guayaquil. 1946.

JÁCOME, Rodrigo, *Derecho Constitucional Ecuatoriano*. Imp. de la Universidad Central. Quito. 1941.

JAÉN MORENTE, Antonio, *Juan Montalvo y Emilia Pardo Bazán.* Ed. Colón. Quito. 1944.

JARAMILLO ALVARADO, Pío, *Estudios Históricos. Quito*. 1943.

El Indio Ecuatoriano. 3a. ed. Quito. 1943.
Tierras de Oriente. Quito. 1936.
La Asamblea Liberal y sus Aspectos Políticos. Quito. 1924.
La Presidencia de Quito. Ed. El Comercio. 1939.
La Guerra de Conquista en América. Ed. Jouvín. Guayaquil. 1941.

JEREZ, Francisco de, *Crónicas de la Conquista del Perú.* Ed. Nueva España. México.

JIJÓN Y CAAMAÑO, Jacinto, *La Religión del Imperio de los Incas.* Tip. Salesiana. Quito. 1919.
Quito y la Independencia de América. Imp. de la Universidad Central. Quito. 1922.
El Ecuador Interandino y Occidental antes de la Conquista Castellana. (3 vols.). Ed. Ecuatoriana. Quito. 1940-1943.
Sebastián de Benalcázar. (2 vols.). Imp. del Clero. Quito y Ed. Ecuatoriana. Quito. 1938.

JOUANEN, José, *Vida de la Beata Mariana de Jesús.* Ed. Ecuatoriana. Quito. 1941.

Historia de la Compañía de Jesús en la Antigua Provincia de Quito. (2 vols.). Ed. Ecuatoriana. Quito. 1941-1943.

KEYSERLING, Conde de, *Meditaciones Suramericanas*. Zig-Zag. Chile.

KIRKPATRICK, F. A., *Los Conquistadores Españoles.* Ed. Zig-Zag. Chile.

Los Dominios Españoles en América. (Historia del Mundo en la Edad Moderna de la Universidad de Cambridge). Tomo XXIII. Ed. Sopena. Barcelona. 1914.

LOOR, Wilfrido, *La Conquista de Quito.* Imp. El Comercio. Quito. 1943.

Estudios Histórico-Políticos. Ed. Ecuatoriana. Quito.

LÓPEZ DE MESA, Luis, *Disertación Sociológica*. Ed. El Gráfico. Bogotá.

MANRIQUE IZQUIETA, Carlos, *Estudio Estadístico de algunos aspectos de la situación general del Ecuador.* Imp. La Filantrópica. Guayaquil. 1936.

MÁRTIR DE ANGLERIA, Pedro, *Décadas del Nuevo Mundo*. Ed. Bajel; Buenos Aires. 1944.

MERA, Juan León, *Ojeada Histórica Crítica sobre la Poesía Ecuatoriana*. Imp. José Cunill Sala. Barcelona. 1893.

La Dictadura y la Restauración en la República del Ecuador. Ed. Ecuatoriana. Quito. 1932.

MIÑO, Ernesto, *El Ecuador ante las revoluciones proletarias*. Imp. Colegio Nacional Bolívar, Ambato. 1935.

MONCAYO, Abelardo, *Añoranzas.* Tall. Tip. Nacionales. Quito. 1923.

MONCAYO, Pedro, *El Ecuador de 1825 a 1875.* Imp. Nacional. Quito. 1906.

La cuestión Límites entre Ecuador y Perú según el Uti Possidetis de 1810 y los Tratados de 1829. Imp. Nacional. Quito. 1905.

MONGE, Celiano, *Relieves (Artículos Históricos).* Ed. Ecuatoriana. Quito. 1936.

MONGE DE MONCAYO, Germania, *La Universidad de Quito*. Imp. de la Universidad Central. Quito. 1944.

MONROY, Joel L., *Primer Convento de Quito.* Ed. Labor. Quito. 1937.

El Convento de la Merced. Imp. del Clero. Quito. 1943.

Los Religiosos de la Merced en las Costas del Antiguo Reino de Quito. Ed. Labor. Quito. 1935.

MONSALVE POZO, Luis, *El Indio.* Ed. Austral. Cuenca. 1943.

MONTALVO, Juan, *Los Siete Tratados*. Ed. Garnier. París. 1912.

Las Catilinarias. Imp. El Tiempo. Quito. 1906.

Mercurial Eclesiástica. Bibl. de Europa y América. París. 1884.

Geometría Moral. Col. Cervantes. Madrid. 1917.

El Cosmopolita. Ed. Garnier. París. 1923.

El Espectador. Ed. Garnier. París.

El Regenerador. Ed. Garnier. París. 1929.

Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ed. Américalee. Buenos Aires.

Páginas Desconocidas. Ed. Cultura. La Habana. 1936.

El Libro de las Pasiones. Ed. Cultura. 1935.

MORA, Alfonso *María, La Conquista Española Juzgada Jurídicamente y Sociológicamente. Fuentes históricas para la Legislación Social Indígena*. Imp. Municipal. Quito. 1943.

MORA BOWEN, Alfonso, *El Liberalismo Radical y su Trayectoria Histórica.* Imp. Romero. Quito. 1940.

MORALES Y ELOY, Juan, *Ecuador. Nociones Históricas. Geografía Física y Antrópica.* 1938.

MORENO, Julio E., *La Revolución del 9 de julio y el Gobierno de la Dictadura*. Tall. Tipog. Nacionales. 1928.

El Sentido Histórico y la Cultura. Imp. Romero. Quito. 1940.

MUÑOZ, Julio H., *La Campaña Internacional de 1941*. Ed. Ecuatoriana. Quito. 1945.

NAVARRO, José Gabriel, *La Escultura en el Ecuador.* Imp. Marzo. Madrid. 1929.

Un pintor quiteño y un cuadro admirable del Siglo XVI en el Museo Arqueológico de Madrid. Tip. de Archivos. Madrid. 1929.

Artes Plásticas Ecuatorianas. Fondo de Cultura Económica. México. 1945.

OLMEDO, J. J. de, *Poesías completas*. Ed. Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Americana. México, 1947.

ORELLANA, Gonzalo, *El Ecuador en Cien años de Vida Independiente.* (2 vols.). Imp. Escuela de Artes y Oficios. Quito. 1930.

PAREJA DIEZCANSECO, Alfredo, *La Hoguera Bárbara.*

PÉREZ CONCHA, Jorge, *Eloy Alfaro.* Imp. de Educación. 1942.

PÉREZ Y SOTO, Juan Bautista, *La Curarina. Antídoto contra el montalvismo*. Guayaquil. 1886.

PINO DE ICAZA, J. J. *Rostros Antiguos y Papeles Viejos.* Imp. Plus Ultra. Guayaquil. 1925.

PINO ROCA, Gabriel, *Apuntes para la Historia de la Medicina y sus Progresos en Guayaquil*. Imp. Sucre. Guayaquil. 1915.

QUEVEDO, Antonio J., *Sobre Política Externa Ecuatoriana en la PostGuerra.* Imp. de la Universidad. Quito. 1945.

QUEVEDO, Belisario, *Historia Patria.* Tall. Gráf. de Educación. Quito. *Sociología, Política y Moral.* Ed. Bolívar. Quito.

RAMOS, Arthur, *Las Culturas Negras en el Nuevo Mundo.* Ed. Fondo de Cultura Económica. México. 1943.

REPARAZ, Gonzalo de, *Historia de la Colonización*. Ed. Labor.

REYES, Oscar Efrén, *Breve Historia del Ecuador*. (2 vols.). Imp. de la Universidad. Quito.

Historia de la República. Imp. Nacional. Quito. 1931.

Vida de Juan Montalvo (2a. ed.). Tall. Gráf. Nacionales. Quito. 1943.

Los Incas, Políticos. Imp. de Gobierno. Quito.

ROBERTSON, William Spence, "Contribuciones al estudio de la Historia de América. El sueño de García Moreno sobre un Protectorado en el Ecuador", en *Boletín de la Academia de la Historia. Vol. XXV.* No. 65.

ROCAFUERTE, Vicente, *A la Nación*. Tip. Escuela de Artes y Oficios. Quito. 1908.

RODÓ, José Enrique, *Los Cinco Ensayos: Montalvo.*

RUBIO ORBE, *Rumiñahui, Ati II.* Imp. del Minis. de Educación. Quito. 1945.

SAAD, Pedro, *El Ecuador y la Guerra.* Imp. Emporio Gráfico. 1943.

SANTACILIA, Jorge Juan, y ULLOA, Antonio de, *Noticias Secretas de América.* Bibl. Ayacucho. Ed. América. Madrid. 1918.

SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro, *Historia de los Incas*. Ed. Emecé. Buenos Aires. 1943.

SEVILLA, Carlos Bolívar, *Montalvo y sus obras.* Imp. Exactitud. Ambato.

SUÁREZ, Pablo Arturo, *Lecciones de Higiene.* Imp. de la Universidad. Quito. 1943.

TOBAR DONOSO, Julio, *La Iglesia Ecuatoriana en el Siglo XIX*. Ed. Ecuatoriana. Quito. 1934.

Monografías Históricas. Ed. Ecuatoriana. Quito. 1938.

TORRES, Alberto María, *El P. Valverde*. Ed. Ecuatoriana. Quito. 1932.

UNIÓN NACIONAL DE PERIODISTAS, *Realidad y Posibilidad del Ecuador*. Quito. 1946.

UNIVERSIDAD CENTRAL, *Realidades Ecuatorianas*. Imp. de la Universidad. Quito.

VACAS GALINDO, Enrique, *Colección de Documentos sobre Límites Ecuatoriano Peruanos*. Imp. Escuela de Artes y Oficios. Quito. 1902.

Nankijukima. Ambato. 1895.

VALLENILLA LANZ, Laureano, *Cesarismo Democrático*. Caracas. 1929.

VAQUERO DÁVILA, Jesús, *Génesis de la Nacionalidad Ecuatoriana*. Imp. de la Universidad. Quito. 1941.

VARGAS, José María, E*l Arte Quiteño Colonial* Imp. Romero. Quito. 1944.

VÁSCONEZ, Francisco, *Olmedo y su Obra*. Imp. Gutemberg. Guayaquil. 1920.

VÁSQUEZ, Honorato, *Exposición ante S.M. C. Alfonso XIII de la Demanda del Ecuador contra el Perú sobre Límites Territoriales*. Imp. Suc. de Rivadeneira. Madrid. 1906.

VÁSQUEZ MACHICADO, Humberto, *La Diplomacia Boliviana en la Corte de Isabel II*. Ed. La Paz. La Paz. 1941.

VEINTEMILLA, Marietta de, *Páginas del Ecuador*. Imp. Liberal. Lima. 1890.

VELASCO, Juan de, *Historia del Reino de Quito en la América Meridional*. 3(vols). Ed. El Comercio. Quito. 1946.

Historia Moderna del Reino de Quito y Crónica de la Compañía de Jesús. Ed. Amazonas. Quito.

VELASCO IBARRA, José María, *Experiencias Jurídicas Hispano Americanas.* Ed. Américalee. Buenos Aires. 1943.

Conciencia o Barbarie. Ed. Moderna. Quito. 1937.

VILLANUEVA, Carlos A., *El Imperio de los Andes*. Ed. Ollendorff. París.

Bolívar y el General San Martín. Ed. Ollendorff. París.

VILLARROEL, Gaspar de, *Gobierno Eclesiástico Pacífico.* Col. Clásicos Ecuatorianos. Quito. 1941.

VITERI LAFRONTE, Homero, *"Un Libro Autógrafo de Espejo", en Bol. de la Soc. de Estudios Históricos Americanos.* Vol. IV. No. 12.

"El Impreso de Espejo en Bogotá". Bol. de la Academia Nacional de Historia. Vol. 1.

WOLF, Teodoro, *Geografía y Geología del Ecuador.* Imp. F. A. Borchhaus, Leipzig. 1892.

Memoria sobre la Geografía y Geología de la Provincia de Esmeraldas. Imp. del Comercio. Guayaquil. 1876.

ZÚÑIGA, Neptalí, Montúfar, *Primer Presidente de la América Republicana.* Talleres Gráficos de Educación. Quito. 1945.

Índice

ESTUDIO INTRODUCTORIO 7

ECUADOR: DRAMA Y PARADOJA

Escenario 47

Dramatis personae 75

Crisol 105

Entre dos mundos 133

Tránsito 187

Del caos a la unidad 229

Drama y paradoja 271

Desenlace 305

Bibliografía 311